

Victoria Kämmerer

(Alejandro Aranda Rickert)

LO QUE ES Y LO QUE NO

.

a G. y M.

Si la indulgencia de los lectores me lo permite, quiero hacer esta breve introducción para dejar en claro que, aun cuando la historia que aquí comienza está basada en hechos reales, me ha parecido más conveniente no usar los nombres verdaderos ni revelar la ciudad donde realmente ocurrió; también, para decir que soy oriunda de Jena, Turingia, Alemania, y que resido en el barrio de Flores desde el año 98; y, por último, para agradecer a Víctor Emilio Aranda, Ina Rickert, Carsten Pohl, Günther Klein, Markus Lokai, Afra Alegría Hermosa, Daniel Jacobson, Giovana Zuccarino, mi novia, y Merriam Webster, mi hija, sin cuyo aporte nada de esto hubiera podido ser escrito.

Victoria Kämmerer, Bs.As. 2012

Dr. Love & Sex:

Pese a que ya hemos cortado, nos seguimos viendo. La última vez estuve a punto de ponerme a llorar desconsolada ¿Cómo puede ser que no se dé cuenta de lo mucho que lo amo todavía?

Susi:

Sin temor a equivocarme, creo que lo único que quieres es despertar de este mal sueño y sentir que todo es como antes, cuando todavía seguíais juntos. Sin embargo no es posible. Debes aceptar que no quiere seguir contigo. Mi consejo es que de ahora en más, renuncies a esas citas que sólo te ponen más triste. Para olvidarlo, prueba escribir sus defectos en algún lado, habla con tu mejor amiga acerca de lo decepcionada que te sientes o escribe su nombre en un papel y quémalo después. Quizás ello te ayude a ver las cosas como son y a entender finalmente que ya no es más el hombre de tu vida. Suerte.¹

¹ *Bravo Girl !* N°14. Pág. 56

OCTUBRE

La vió por primera vez en una parada una noche lluviosa desde la ventanilla de un colectivo, y lo que más le llamó la atención de ella fue la manera en que las gotitas le cubrían la cara y el pelo, y reflejaban las luces de los autos, así como también el hecho de que, mientras los demás se amontonaban para no mojarse, a ella le diera lo mismo quedarse afuera esperando.

Acababa de terminar la única clase que tenía esa tarde y volvía a su casa. Al doblar por la Balthustr. vió a un hombre con una campera inflable violeta llevando a una nena de la mano y arrastrando una mochila con rueditas. Le parecía conocerlos de alguna parte pero no sabía de dónde. En el kiosco de la estación compró el segundo paquete de Marlboros en lo que iba del día y unos chicles. El 13 no tardó en llegar.

El servicio de la mayoría de las líneas era bueno, lo que no impedía que cada tanto hubiera demoras, las cuales obedecían a una reparación o a fallas en el suministro eléctrico, y también, aunque eso era más raro, a algún accidente o al hallazgo de una bomba de la Segunda Guerra.

No había mucha gente en el vagón. Siempre que podía, iba al fondo y se ubicaba en el último asiento al lado de la ventanilla. El tren estuvo quieto un momento. Después, al mirar por el vidrio sucio, vió cómo los álamos empezaban a ponerse en movimiento.

Había dormido mal. Como a casi todo el mundo, siempre que dormía mal, le dolía la cabeza. Encima, había tenido que trabajar todo el día. Lo que lo consolaba era que, ni bien llegara, iba a poder tirarse un rato. Dirk y compañía no regresaban hasta el viernes, así que tenía la casa para él solo.

El día había estado hermoso, sin duda; así y todo, no había que hacerse ilusiones, ya que, de trescientos sesenta y cinco días, trescientos eran horribles y el buen tiempo pronto quedaría tan atrás como la estación donde acababa de subir. El sol empezó a molestarle, de manera que se corrió. Entonces notó a una chica de pelo castaño que una pareja mayor sentada en el medio había estado tapando. La observó con interés. Finalmente se paró, fue a sentarse enfrente y, viendo que usaba reloj, le preguntó la hora. Ella le contestó casi sin mirarlo.

El departamento estaba hecho un desastre. Sin preocuparse demasiado por no patear las valijas medio vacías o pisar la ropa que había tirada en el piso, abrió la heladera y sacó el frasco de Nutella. Como todo parecía haberse adelantado y Dirk se hallaba de vuelta, rogó que, por lo menos, recién apareciera a la noche. Se había

metido en la ducha, cuando escuchó la puerta del departamento que se abrió y enseguida la voz chillona de Leah:

- Hallo! Ich bin´s!

- Hallo ² - contestó él detrás de la puerta.

- Wie geht´s?

- Ganz gut ¿Und dir?

- Danke, gut. Kannst du mir bitte einen Gefallen tun? Würdest du mich mal kurz hereinlassen? Es ist dringend.

- Kein problem. ³

Salió con la toalla atada a la cintura y medio mojado. Tras el golpe de mejilla con que ella saludaba, se quedó esperando en la cocina, sin nada que hacer salvo putearla en voz baja.

El departamento no tenía paredes que separaran la cocina del cuarto de estar o el pasillo de entrada, del living. A la pieza de Dirk, que quedaba en el entresuelo, se llegaba por una escalera de mano; de ahí se veía la casa entera, menos el baño y su cuarto, los únicos ambientes con puertas. Si se tenía en cuenta que estaban en el último piso de un edificio con techo a dos aguas y que, por lo tanto, no había ninguna pared o ventana derecha, se entendía por qué todos se golpeaban seguido la cabeza, y que la casa se pareciera al Gabinete del Dr. Caligari. De la cocina se salía a un balcón con vista a un pulmón de manzana formado por la unión de los jardines de todos los edificios, el cual, buen tiempo mediante, se llenaba de gente con reposeras.

En cuanto hubo destrabado la ventana y expulsado la nube de desodorante de ambiente de limón, lavanda y frutilla, volvió a prender la ducha. No era de quedarse más de diez minutos pero esta vez le costó salir. Se sentía muy cansado y la cabeza le pesaba. Aparte, sabía que tenía que escuchar a Leah cuando saliera. Leah era una persona que hablaba más de lo tolerable, aunque eso no era nada comparado con la velocidad. No había que asombrarse si se quedaba sin aire en mitad de una oración, lo cual le pasaba seguido. Por ahí ésa era la razón por la que Dirk la trataba de ese modo, es decir, no maltratándola ni pegándole, sino simplemente cuerneándola, aunque esto de forma tan evidente, que cada vez que Dino los veía besándose no podía dejar de sentir un poco de pena por ella - hasta en el apellido, Hirsch, llevaba cuernos - y de vergüenza ajena por él.

Apenas Dino salió, ella se largó a hacerle un recuento pormenorizado de todo lo que Dirk y ella habían estado haciendo, empezando con que ella, como él sabía, se había ido sola a Rostock por el cumpleaños número noventa de su tía abuela pero que después, como extrañaba tanto a su *Schätzchen*, había tomado el tren a Hamburgo y caído por sorpresa en medio de la filmación. Tras describir el estudio de la ZDF en detalle, pasó a contarle lo feliz que se había puesto Dirk al verla, y cómo esa misma noche se habían ido a comer a un restaurante sueco re caro y después a pasear a la luz de la luna por el puerto y también cómo, al día siguiente y aprovechando que lo único que él tenía que hacer era resolver algo sin importancia con los sonidistas a la mañana, habían estado toda la tarde juntos, recorriendo la ciudad de punta a punta e incluso haciendo un pequeño crucero por el Elba que fue

² - ¡Hola! ¡Soy yo!

- Hola.

³ -¿Cómo te va?

- Todo bien. Y vos?

- Bien, gracias ¿Me podés hacer un favor: me dejarías pasar un toque? Es urgente.

- No hay Problema.

una cosa de no creer y que la puso tan feliz que después lloró de la emoción. Los tres días de rodaje que quedaban también los pasó a su lado, y, a pesar de que se había sentido siempre re cómoda con la gente del equipo, se había visto obligada a ver cosas medio feas como tipos arruinados, que eran capaces de inyectarse hasta con pis, lo cual era previsible tratándose de un especial de la ZDF sobre drogadictos. Cuando el trabajo terminó, salieron a festejar los dos solos. Fueron a un boliche im-pre-sio-nan-te y también a unos lugares que Dirk quería conocer sí o sí, por ejemplo, el famoso Sankt Pauli con su nueva población de putas rusas y travestis tailandeses.

Entonces sonó su celular. Era Peter. Le preguntaba qué día podían reunirse para hacer la segunda tanda de reproducciones. Quedaban varias pinturas todavía. El le dijo que podía ser el jueves a eso de las siete y media; Peter estuvo de acuerdo. Aunque Leah se disponía a empezar nuevamente, la entrada de Dirk y Lena lo salvó.

Se saludaron con un beso en la mejilla, algo muy raro en un alemán, que Dirk había aprendido de dos rosarinos con los que había vivido en Los Angeles. El español lo había aprendido antes, en la época de su viaje de intercambio a Venezuela.

Después de poner los Simpsons y sacar un cigarrillo del atado de Dino, Dirk se tiró en el sofá, y a continuación, y no obstante las protestas de Lena, se dedicó a hacer zapping hasta que se cansó y salió al balcón.

Desde ahí le hizo una seña a Dino. Quería decirle una cosa importante. Se trataba de la historia para su nuevo corto. Se le había ocurrido mientras manejaba en la ruta. « E una Istorria muy orrihinal, Chamo » aclaró « Toi segurro, que te va gustarr. » Se trataba de un cantante de rock que tenía un montón de mujeres y que, de tanto tomar drogas, al final se moría. Contaba con Dino para escribir el guión. Le dijo que fuera en inglés porque en inglés era más profesional. Además tenía que ver cómo hacía para juntar la plata, armar el casting y planear el rodaje. Dino le aseguró que con esa película iba a convertirse en un nuevo Fassbinder. Dirk se rió y, al asentir con la cabeza, dejó salir algo de humo de la boca. Luego se puso a contarle cómo iba a hacer para convencer a unas actrices turcas conocidas para que trabajaran ad honorem, pero, de repente, se calló y salió corriendo, justo a tiempo para evitar que Lena le diera vuelta el frasco de mermelada a Leah en el pelo.

El sol empezó a molestarle, de manera que se corrió. Entonces notó a una chica de pelo rubio que un tipo de barba larga y un look Hell's Angels con un Bild abierto de par en par había estado tapando, y a la que, como se encontraba de espaldas, no podía verle la cara. La observó con interés.

Esperó unos minutos. Cuando se dió cuenta de que no se movía, decidió sacarse la intriga. Mientras avanzaba hacia donde estaba sentada, le vino a la memoria, y de la forma más arbitraria posible, una escena de una película que había visto de chico en la televisión, en la que un caballero con lanza y armadura que atravesaba un bosque, veía una mujer bañándose en un río, y se le acercaba, sólo para descubrir, al darse ella vuelta, que tenía la cara podrida por la peste o algo así. Se llevó una buena sorpresa cuando reconoció a la chica de la parada.

Sus rasgos era finos y su piel lucía bastante clara. El pelo lo llevaba recogido. En la remera tenía escrito *Sweet Dreams* con letras blancas formando un círculo

alrededor de un conejo en una camita de bebé con un almohadón rosa detrás de la cabeza y dos rosas blancas. Pechos casi no tenía.

En cuanto de sintió mirada, levantó la vista y le sonrió. Luego siguió leyendo. Dino estaba seguro de que eran apuntes de Química. El primer paso estaba dado. Ahora quedaba lo de siempre: preguntar la hora o cualquier pavada, sobre una estación y luego, si estudiaba Química, y el nombre, y si le daba el número. Podía aprovechar y contarle que su hermano hacía un doctorado de Bioquímica - en realidad Biología - en Marburg y averiguar si había estado en Marburg alguna vez. Se felicitó por tanta creatividad.

Sin embargo, las estaciones pasaban y no se decidía a actuar, lo que resultaba insólito en él, ya que hablarle a chicas en la calle era algo que hacía prácticamente todos los días. Se sorprendió sintiendo un súbito interés por el celular, el paisaje urbano o los carteles del vagón.

No sabía bien qué le ocurría pero las manos le traspiraban, y no entendía cómo era que una cuestión tan sencilla lo estuviese alterando de esa manera. Tenía que decidirse rápido, ella podría bajar en cualquier momento. Se prometió contar hasta diez, mirarla a los ojos y hablarle. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

Levantó los ojos pero nada más que para tenerlos yendo de un lado a otro de la forma más lamentable y para finalmente mandarlos como un idiota contra un cartel rojo que pedía voluntarios para testear medicamentos.

Los chirridos de las vías anunciaron que había entrado en la parte final del recorrido y los pasajeros que quedaban - entre ellos, ella - fueron acercándose a las puertas. Por más que Dino tuviera plena conciencia de la falta de naturalidad de sus movimientos, no conseguía relajarse. El tren frenó de a poco; cuando se detuvo, las puertas se abrieron.

Dino se puso detrás de ella. En ese instante, la mujer mayor que tenía a la derecha, tropezó. Se le cayó la cartera. Lo que Dino menos quería era parar para ayudarla, pero no tenía opción.

Cuando consiguió ubicar a la rubia de nuevo, ella ya estaba cruzando la avenida. La hubiera alcanzado de no ser por la luz roja y el río de autos y colectivos.

Apenas vió que no veía nadie, cruzó. Iba tranquilo ahora. Estaba parada junto al semáforo, revolviendo su mochila y con un cigarrillo en la boca.

- Entschuldigung ¿Brauchst du Feuer?

- Äh...Wie bitte? Feuer? Aber ja! Danke schön.

- Entschuldigung, dass ich dich erschrockt habe.

- Macht nichts... Danke!

- Bitte.

- Also, tschüss!

- Tschüss...Entschuldigung ¿kennst du eine buchhandlung, hier, in der nähe? Auf der Luxembürgerstrasse hat man mir gesagt. Ich weiss nicht, ob sie hier oder drüber ist. Sie heisst Johann und Wolfgang . So ist ihr name.

- Echt? Was für einen Namen! Lass mich nachdenken...Ich kenne eine fast an der Ecke von der Weißhausstraße, die aber Le poing heißt. Auf jeden Fall kann es gut sein, dass deine irgendwo hier steht. Ich bin gerade umgezogen und ich kenne mich mit diesem Viertel noch nicht sehr gut aus.

- Also, mach dir keine sorge darum....Ich werde sie finden.

- Moment mal! Es ist mir gerade eingefallen, dass es eine gibt, die vielleicht die richtige ist. Gestern habe ich sie gesehen. Du musst die andere Richtung nehmen und dann den Gürtel ca. 300 Meter entlang gehen. Das ist ein ziemlich kleiner

Laden.

-¿Wohnst du in der Nähe?

- Ja, in der Siebengebirgsallee. Davor wohnte ich in Weyertal, aber dann bin ich ein paar Monate gereist und als ich zurückkam, habe ich mich dafür entschieden, in ein schöneres Viertel zu ziehen.

- Ich verstehe was du meinst. Dieser viertel sieht sehr gut aus...Ich bedanke mich für alles. Nun muss ich weg ¡Mach´s gut!⁴

A ella le llamó la atención que a él se le ocurriera despedirse así nomás. Sin embargo, antes de que la luz cambiara, Dino volvió sobre sus pasos.

- ¡Verzeihung! Ich weiss... es mag ein bisschen komisch klingen... ich meine, was ich dir sagen will. Ausserdem habe ich nie so etwas getan, ich meine, jemandem, eine unbekannte auf der strasse anzusprechen, und ihn, entschuldigung, sie fragen, was ich dich fragen mochte...¿Wurde es dir etwas ausmachen wenn ich dich was frage?

- Es kommt darauf an.

- Na, klar...mein deutsch ist fürchtbar...wirklich. Ich möchte, ich möchte nur wissen, wie heisst du.

- Ich heiße Christiane. Eigentlich Christiane Nina. Und du?

- Ich heisse Dino.

- Bist du Italiener?

- Nein, argentinier.

- Was! Kaum zu glauben! Dein Akzent...ich wusste es! Die ganze Zeit habe ich es mir gedacht, aber dann war ich nicht ganz sicher, weisst du...Wahrscheinlich kommst du aus Buenos Aires oder?

- Ja.

- Wow! Ich habe letztes Semester dort gelebt. Wegen einem Austauschprogramm zwischen der Uni und der UBA. Ich war in einem Hospital.

- ¿Wo warst du?

- Im Hospital del Quemado.

- Nee, ich meine ¿in welchem stadtteil?

- Ach so! In Floras.

- Flores, meinst du ¿Und hat es dir gut gefallen? ¿War es da nachts nicht zu gefährlich?

⁴ - Disculpame, querés Fuego?

- Eh... ¿Cómo? ¿Fuego? ¡Pero cómo no! Muchas gracias.

- Disculpame que te haya asustado.

- No es nada... ¡Gracias!

- Por favor.

- Bueno, chau.

- Chau... Disculpame, conocés una Librería por acá? Por la Luxembürgerstr. me dijeron. No sé si es de este lado o del otro. Se llama Johann und Wolfgang. Así es el Nombre.

- ¿En serio? ¡Qué nombre, eh! A ver, dejame pensar...Conozco una casi llegando a la Weisshausstr. pero se llama Le poing. Igual puede ser que la tuya esté en algún lado por acá. Me mudé hace poco y este barrio la verdad que todavía no lo conozco muy bien.

- Bueno, no te preocupes, la voy a encontrar.

- Momentito...me acabo de acordar de que hay otra que por ahí sí es. La ví ayer. Tenés que ir para el otro lado y caminar tres cuadras derecho por la avenida. Es un negocio bastante chico.

- Vivís por acá?

- Sí, en el Siebengebirgsallee. Antes vivía en Weyertal pero después me fui de viaje un par de meses y cuando volví, decidí mudarme a un barrio más lindo.

- Entiendo lo que querés decir. Este Barrio se ve muy bien... Te agradezco por todo. Ahora me tengo que ir. Chau, que te vaya bien!

- Gar nicht. Und aus welchem Teil kommst du?
- Aus Parque Chacabuco.
- Das kenne ich nicht.
- Es ist schön.
- Du kannst dir nicht vorstellen, wie es mich freut, jemanden aus Buenos Aires so weit weg von Buenos Aires kennenzulernen!
- ¡Du kannst dir nicht vorstellen wie es mich freut, jemandem von hier kennen zu lernen, der da war und jetzt hier ist? ⁵
- ¡Me alegro que lo dos nos alegremos mucho!
- ¡Mirá qué bien que hablás! Bueno, sigamos en castellano ahora.

Aun cuando le costó, no la llamó al día siguiente ni a los dos días. Dejó pasar una semana. Sabía que era un truco que en general funcionaba.

A la mañana había estado en el edificio de la Herkulesstr. para que le volvieran a sellar el pasaporte. El lugar estaba siempre lleno y los trámites eran una agonía cada vez que iba. Pero en esta oportunidad lo atendieron enseguida.

Luego, cuando fue al Instituto, se encontró con que había aprobado. Eso significaba que en dos semestres podía rendir la DSH o *Deutsche Sprachprüfung für den Hochschulzugang ausländischer Studienbewerber*. De ahí salió para la oficina de Manuel, el abogado que lo ayudaba con la residencia. Manuel fue el primero en enterarse. Se alegró mucho, parecía incluso más contento que Dino. « ¡Tú sí que eres un tío con suerte! » le dijo palmeándole el hombro.

⁵ - Disculpame! Ya sé... puede que sueñe un poco raro...quiero decir, esto que quiero decirte. Además nunca hice algo así, quiero decir, hablarle alguien, a una Desconocida en la Calle y preguntarle a él, perdón, a ella, lo que me gustaba preguntarte...te molestara mucho que te pregunte algo?

- Depende.
- Claro...mi Alemán es de terror...realmente. Me gustaría, me gustaría saber cómo llamaste.
- Me llamo Christiane. En realidad, Christiane Nina ¿Y vos?
- Me llamo Dino.
- ¿Sos italiano?
- No, Argentino.
- ¡Qué! ¡No te puedo creer! Tu acento...lo sabía. Lo había pensado todo el tiempo pero no estaba del todo segura ¿sabés?...Probablemente sos de Buenos Aires ¿no?
- Sí.
- ¡Guau! Ahí viví el semestre pasado. Fue por un intercambio entre la Uni y la UBA. Estaba en un hospital.
- ¿Dónde estabas?
- En el Hospital del Quemado.
- No, quiero decir por qué Zona?
- Ahhh, por Floras.
- Flores. Y te gustó? No era demasiado peligroso a la Noche?
- Para nada ¿Y vos de qué parte sos?
- De Parque Chacabuco.
- No conozco.
- Es lindo.
- ¡No te podés imaginar cómo me alegra conocer a alguien de Buenos Aires tan lejos de Buenos Aires!
- No te podés imaginar, cómo me alegra conocer alguien de acá, que haya estado allá y ahora esté acá!

Al salir de la oficina, se le ocurrió meterse en un Biergarten. Había que festejar. Motivos tenía de sobra: había entrado al curso y cumplía años, así que como todavía no había desayunado, le pareció divertido reemplazar el café con leche con tostadas de siempre por una cerveza con salchichas con papas fritas con ketchup.

Tuvo que salir a los tumbos de la ducha. Era la madre que quería desearle feliz cumpleaños. Hablaron más de quince minutos. Ella le contó que en Buenos Aires estaba todo bien. Dino sabía de sobra que *bien* no era la palabra justa y que la separación iba a concretarse en cuestión de días. A la media hora, llamó el padre. Parecía a propósito.

Dino esperó hasta las ocho para ir al locutorio. Marcó dos, dos, uno, cuatro, seis, cero, uno, cinco, uno, siete. La idea era invitarla a tomar algo o al cine. Después, veía si daba para llevarla a otro lugar. Por ahí acababan en la casa de ella, lo que no sería improbable, conociendo a las alemanas.

La noche anterior había soñado que ella le mandaba un mensaje con la dirección y le pedía que fuera a verla a su departamento en el último piso de un rascacielos en medio de la playa. Vivía con una amiga.

Subía las escaleras en caracol, se paraba frente a la puerta. Tocaba. Como nadie atendía, golpeaba de nuevo. Al final la puerta se abrió y aparecía Christiane y detrás, la amiga. Las dos le sonreían y le pedían que se pusiese cómodo.

- Ja, die Nummer ist richtig aber keine Christiane wohnt da. Das ist die Lutz Drückerei.⁶

Pensó que había leído mal; cortó y volvió a marcar. El resultado fue el mismo. La letra de los médicos tenía la peor fama y bien podía ser que lo que parecía un uno, fuera en realidad un siete; el seis, un cero; el cinco, un tres. Trató tres veces más. Siguió dando equivocado.

⁶ Sí, el número está bien pero acá no vive ninguna Christiane. Esta es la Imprenta Lutz.

NOVIEMBRE

Leah, Lena y Dirk dormían. Después de sacar las revistas, medias, cubiertos, botellas y demás objetos molestos que había sobre la mesa lo más silenciosamente que pudo, puso a calentar el agua y comenzó a hacerse unos sándwiches de Philadelphia con Nutella.

De pronto recordó haber dejado el celular cargándose toda la noche y fue a desenchufarlo. Hacía más de un año que, por culpa de Leah, Dirk había dado de baja la línea, y ahora cada uno debía arreglarse con su celular propio. Cuando el café estuvo listo, colocó las cosas en la bandejita de plástico percutido y salió al balcón. Mientras masticaba, miró para abajo y descubrió la cabeza sin pelo del vecino del primer piso recortándose contra las páginas del Frankfurter Allgemeine. Se trataba de un tipo que le caía de lo más antipático. Ni él ni la mujer lo saludaban. No tenía idea por qué. Lo único que sabía de ellos era que eran jueces y que siempre estaban enojados.

Las voces de una mujer joven y un nenito en el primer jardín a la izquierda le hicieron olvidar al vecino. La mujer trataba de que se dejara poner un pullover. Finalmente logró trabarlo entre las piernas, darlo vuelta y hacerle pasar la cabeza por el cuello. Dino estaba admirando la habilidad con que ella ejecutaba la operación, cuando de repente comenzaron los alaridos de Lena y, casi simultáneamente, los de Leah y Dirk.

Cuando Leah logró que Dirk entendiera que Lena se había hecho pis encima y que no hacía falta gritar tanto, los tres se calmaron. Fue recién entonces que Dino se animó a entrar.

Leah bajó a Lena con las sábanas mojadas, se metió en el baño y metió a Lena y las sábanas, todas juntas, en la ducha. El griterío recommenzó pero sólo acabó cuando Leah le dijo a Lena que perdería la voz para siempre si no paraba.

A la media hora Lena salió bañada, vestida y peinada igual que una muñeca y fue a la mesa. Tenía mucho hambre. Se sentó en la sillita rosa, al lado de Dino. Sin saludarlo ni mirarlo, se dedicó a tragar la porción de pasta frola y sorber la leche chocolatada que Dirk le había servido. La nena no lo quería y Dino lo sabía. Esa conducta, de todos modos, era poco y nada comparada con la que tenía las veces que Dirk la obligaba a quedarse con él, es decir, cuando Dirk se iba con Leah al cine sin haber conseguido que ninguna de las huérfanas iraníes del segundo piso hiciera de baby-sitter. En esas ocasiones Lena lloraba a moco tendido y ponía el grito en el cielo, pues para ella estaba clarísimo que Dino era la peor compañía del mundo. Lo que menos soportaba de él era el acento con que le leía los cuentos. Así y todo, ellos se la dejaban igual, no importaba lo mucho que pataleara.

- OK. There are these two other types now. Number two and number three. It's on page ninety-six...Alright, number two means that you use this Conditional in order to express something that is possible but not likely, possible but not likely...do you understand? – preguntó Dino.

- Yes, i do... i does - contestó Jürgen.

- I do.

- Ok.

- *I do*. Repeat, please.

- Please.

- Repeat *I do*.

- I do.

- Very good... I was telling you that for such cases you've got to use Simple Past in the If-clause and *would* plus a bare infinitive in the rest of the sentence. Let's do an exercise.

- Ok.

- I give you some words and you try to build some Conditional sentences out of them. Got it?

- Yes, yes.

- Here you go: be / rich / buy / Ferrari.

- Ok...i think i...doesn't, don't understand the exercise.

- You told me you did.

- Hahaha.

- Let me show you. Be / rich / buy / Ferrari: If I were rich, I would buy me a Ferrari. Now, your turn: eat / much / put on weight.

- Hahaha. Ok. Very easy. If i put weight on, i will eat much.

- Uhhh...It was not that way exactly. Don't worry, though. I know you'll make it. But let's leave it for next week. We're five minutes late now.

Salió de la habitación. La madre de Jürgen lo esperaba con la plata. Mientras lo acompañaba a la puerta, le preguntaba sobre los progresos de su hijo; siempre hacía lo mismo. Dino no había terminado de bajar las escaleras, cuando recibió un mensaje de Lageman avisándole que la otra clase acababa de suspenderse. Dino se puso contento. No eran las seis y media todavía, así que pensó que podía ubicar a Peter y preguntarle si le parecía que pasara. Pero al ver que no atendía el celular ni contestaba en la casa y, no teniendo intención de volver al departamento y encerrarse con Leah, que a esa hora seguro había vuelto del trabajo, eligió quedarse donde estaba.

No había almorzado, de modo que, antes que nada, fue a meterse en un negocio de Döner y comerse un Falafel. Luego, aprovechando que tenía la Bauhaus cerca, fue a comprar un candado grande para la bicicleta. Le habían intentado forzar el otro un par de días atrás. Eso demostraba que, por más a la miseria que estuviera su bicicleta, sobre todo la pintura, siempre iba a haber algún muerto de hambre que se la iba a querer sacar.

Resuelto el tema, tomó por la Luxemburgerstr. y siguió derecho hasta un ciber, donde revisó los mails. Volvió a llamar a Peter pero su amigo seguía sin aparecer. Le quedaba una hora y media todavía. Le pareció bien ir al Kaufland de la Venloer y comprar algo. Como enseguida se acordó de que sólo le quedaban tres euros, optó por gastarlos en el ciber y hacer tiempo. Casi en el acto se le ocurrió algo mejor: podía ver si encontraba la casa de Christiane.

No sabía la dirección exacta pero sabía que vivía en la Siebengebirgsallee. Eran diez cuadras en total. Su plan consistía en arrancar de la estación de la Sülzburgstr.

y revisar las casas una por una. Contaba con una gran ventaja, que era que todo el mundo ponía sus nombres en los porteros. Encontrarla le llevaría menos de una hora, una hora a lo sumo.

La realidad es que en una hora apenas había avanzado dos cuadras y que, además de haberse puesto oscuro, había refrescado y comenzado a garuar. A las nueve fue a meterse en una cabina que había cerca de la estación y llamó a Peter. Le avisó que se sentía engripado y que mejor no lo esperara. Siguió. Aunque se había propuesto llegar hasta el final, no podía evitar sentir que cuanto más avanzaba, más parecía que le faltaba, ni tampoco que ella no le hubiera mentido con la calle si ya le había mentido con el teléfono.

Estaba por acercarse al portero de una casa de tres pisos con un frente de ladrillos claritos, cuando un hombre salió a su encuentro. Le preguntó a quién buscaba. Dino le dijo que a Christian Schwarz, al Dr. Christian Schwarz. Le habían dicho que ahí tenía el consultorio.

- Nein. Bestimmt nicht. Wissen Sie, wenn Sie nicht sofort weggehen, rufe ich die Polizei ! ⁷ - le dijo el hombre de golpe. Dino no entendía por qué le hablaba en ese tono, pero así y todo, sacudió la cabeza, le pidió que no se pusiera nervioso y que seguramente se había equivocado de calle.

A los diez minutos regresó. Mucho no pudo hacer. El hombre seguía parado en el mismo lugar. Pero no fue sólo eso. Apenas advirtió a Dino, sacó el celular y se puso a marcar un número. Como casi en el acto se escuchó una sirena y como Dino no pensaba quedarse para averiguar si se trataba de una ambulancia, los bomberos o un patrullero, resolvió dar la vuelta y abandonar el lugar. Lo hizo, sin embargo, con tanta velocidad que la cadena se zafó a las pocas cuadras. Tuvo que frenar con las suelas y casi se mata con la maniobra. Con los nervios y la poca luz no fue fácil reacomodar la cadena « Semejante quilombo por semejante boluda... » se dijo a sí mismo.

Cuando llamó a Peter para preguntarle cuándo podían juntarse, Peter le contestó que podía ser el sábado y que le gustaría que viniera con tiempo, así se quedaba a comer.

- Il est à l'atelier - le explicó Claire con los tres besos de costumbre. Atravesaron el living, la cocina y luego se metieron por el zaguán que conducía al taller. A Dino le llamó la atención que se moviera con tanta pesadez. Se preguntó si no estaba enferma. Entonces se acordó de que estaba embarazada.

Peter lo felicitó por el cumpleaños atrasado, le hizo prometer que el año próximo no sería tan aburrido y dejaría que ellos le organizaran una fiestita y le alcanzó el regalo, un libro de Taschen de Gómez Cornet. Dino estaba contentísimo, se lo agradeció con un fuerte abrazo, efusividad con la que Peter no se sentía cómodo y a la que tuvo que poner fin, diciéndole medio en serio, medio en broma, que no quería contagiarse. Dino le aclaró que no tenía nada, que había sido una falsa alarma, un amague de resfrío y que ya estaba diez puntos. Sólo le dolía un poco la garganta. Peter le dijo que era obvio que se enfermara si se pasaba con la ventana abierta día y noche. Dino se encogió de hombros:

- Ich bin ein starke mann. Ich gehe nie zum arzt.

⁷ No. Por supuesto que no. ¿Sabe qué? ¡Si no se va de inmediato, llamo a la policía!

- Quatsch!⁸

El taller era muy amplio y un tabique separaba la parte principal donde Peter pintaba de otra más chica donde guardaba las pinturas y las cosas viejas. La parte donde pintaba tenía una claraboya y una ventana grande con varios paneles y marco de hierro. Este *temple of sunlight*, como Adriana Dosenberg de la Pro-B Foundation había definido el lugar en un artículo aparecido dos semanas atrás en el suplemento cultural de un diario londinense, no existía puesto que Peter odiaba el sol y sólo pintaba de noche. En caso de que por alguna casualidad se viera obligado a alterar el horario de trabajo, entonces no tenía ningún problema en tapar todo con cortinas negras. El fundamento de su actitud era que necesitaba una luz fija y constante, y no una que se pasara todo el día moviéndose y cambiando de intensidad.

Peter dejó los pinceles y le pidió que se sentase en el sillón de terciopelo bordó que tenía al lado de una especie de mesada de material revestida con azulejos llena de trapos sucios y pomos retorcidos. Peter lo felicitó por las reproducciones. Dino lo felicitó por las pinturas.

En medio del taller había un caballete con un cartón viejo con una foto de una nenita sonriendo con aparatos fijos y otro caballete más con una pintura que, a pesar de no estar terminada, ya se parecía a la foto. Peter solía copiar la imagen con mucho detalle para después oscurecerla mediante capas de barniz y glaceador mezclado con óleo negro, lo cual le permitía lograr un efecto nocturno que poseía menos en común con las pinturas claroscúricas de los museos - el referente de Peter - que con las que Dino había visto una vez en el taller de un pintor dominguero, un vecino de la calle Zelarrayán a la vuelta de la casa de sus padres, allá en Parque Chacabuco. Peter no siempre lograba parar a tiempo, y a veces los cuadros quedaban tan oscuros que no se podía ver más nada.

Claire volvió a los cinco minutos con galletitas, paté y jugo de naranja. Dejó la bandeja sin hablar pero al salir, pisó mal y se enganchó la pantufla con el felpudo. Tras trastabillar e irse para atrás, tocó sin querer con la espalda un plato grande de cobre que había en la pared, tirándolo y haciéndolo sonar como una campana. Peter, sin duda un tipo nervioso, se sobresaltó de tal manera con el ruido, que, pegando un salto, dejó caer la paleta al piso, que, al igual que una tostada con dulce de leche, cayó del lado equivocado. Entonces, sin poder controlarse, Peter empezó a insultar a su mujer e incluso a querer cachetearla. Dino intervino, se puso en el medio, le dijo que ella no tenía la culpa. Luego trató de distraerlo contándole de la nueva película de Dirk.

Una vez que hubo limpiado el piso y arreglado como pudo los colores, Peter fue a sentarse frente al caballete. Seguía alterado, el tic del ojo lo delataba.

Suspiró. Con una mueca, le preguntó qué era lo que estaba diciéndole de Dirk. A Dirk Peter no lo podía ver desde que en la fiesta de Año Nuevo del British Council del año pasado lo había encontrado in fraganti tratando de sacarle el número a Claire. Dino volvió a contarle el argumento. Ahora Peter lo escuchó. Se rió, se burló de Dirk y lo criticó hasta que se cansó y le mencionó que había conocido a una argentina. Era una amiga de Marcel, fotógrafa, escultora, modelo, actriz y directora de cine. Pese a la desconfianza que a Peter le provocaba el hecho de que ella iba a hacer una instalación con calcos de lechones en el Ludwig, quería que también ella y Dino se conocieran.

⁸ - Soy un Hombre fuerte, sabés? Nunca voy al Médico.
- ¡Qué boludez!

La verdad es que a Dino le resultaba indiferente; no, la verdad es que no le resultaba indiferente, definitivamente prefería no conocerla: los argentinos con que Peter se cruzaba era mejor perderlos que encontrarlos y suficiente había tenido ese año con el doble de Axl Rose y ese Ezequiel Lalemián al que le hubiera gustado ser un animal, además de Alicia D. Artiaga y Mario Hanno Battistozi, unos críticos que parecía que habían nacido sin ojos por lo que después escribían en la N. A las diez en punto se escuchó la voz de Claire avisándoles que la comida estaba lista.

DICIEMBRE

Dino era estudiante sin ser estudiante, en otras palabras, estaba inscripto en el curso de idioma sin tener visa de estudiante, situación que, de acuerdo al octavo párrafo de la segunda hoja del folleto *Wichtige Informationen zur Bewerbung um einen Studienplatz an der Universität zu Köln*⁹ que le habían dado en el Akademisches Auslandsamt (« *Wenn Sie den Bescheid über die Zulassung zum Studium - Zulassungsbescheid - erhalten haben, müssen Sie bei der Botschaft der Bundesrepublik Deutschland in Ihrem Heimatland ein Studentenvisum beantragen. Falls dieses Visum kurzfristig nicht zu erhalten ist, bitten Sie die Deutsche Botschaft, Ihnen ein sogenanntes Studienbewerbervisum zu geben. Verweisen Sie bitte darauf, dass das Auswärtige Amt alle Botschaften mit Runderlass Nr.Gz. 514-516.20 vom 19.04.1989 und mit Runderlass Nr.613-625.07/00 vom 30.12.1996 angewiesen hat, ein solches Studienbewerbervisum selbst dann zu erteilen, wenn Sie noch keinen Zulassungsbescheid bekommen haben. Reisen Sie aber auf keinen Fall mit einem Touristenvisum in die Bundesrepublik Deutschland ein. Es gibt keine Möglichkeit, ein Touristenvisum in ein Studentenvisum umzuwandeln* »¹⁰) resultaba completamente contradictoria.

Todo había comenzado un día de verano, en pleno julio, en que, aun sin poder inscribirse, fue a inscribirse. Recordaba el calor, la cola interminable, las pocas chances que tenía - después de todo, no había muchos a los que se les ocurriera presentarse sin el requisito más importante, que era justamente la visa. Cuando le llegó el turno, pasó con la certeza casi absoluta de que ese esfuerzo no iba a dar ningún fruto. Se equivocó pues el empleado que recibía las carpetas, sellaba las copias de los títulos y certificados, y miraba el pasaporte, recibió su carpeta, selló las copias de sus títulos y certificados, pero no miró el pasaporte. Aunque sea difícil de creer, eso fue lo que pasó.

El curso se dictaba en un edificio bastante feo con una chapa en la entrada que decía *Institut für Deutsch als Fremdsprache*. Hacía dos meses que cursaba.

Aun cuando le molestaba tener que estar ahí toda la mañana, que siempre les dieran un montón de tarea y que hubiera un parcial cada quince días, lo cierto es

⁹ Información importante para la solicitud de una plaza de estudios en la Universidad de Colonia.

¹⁰ Si Ud. ha recibido aviso sobre la admisión a la carrera - aviso de admisión - debe tramitar su visa de estudiante en la Embajada de la República Federal de Alemania de su país. En caso de que esta visa no pueda ser obtenida a corto plazo, pida Ud. a la Embajada Alemana que le entregue la así llamada *Visa de candidato a estudiante*. Tenga en cuenta Ud. por favor que el Ministerio de Relaciones Exteriores ha instruido a todas las Embajadas por medio de los decretos N° Gz. 514-516.20 del 19-04-1989 y N° 613-625.07/00 del 30-12-1996 a efectos de hacer entrega de la tal *Visa de candidato a estudiante* aun cuando Ud. no hubiese recibido el aviso de admisión. Pero bajo ningún punto de vista viaje a la República Federal de Alemania con visa de turista. No existe la posibilidad de transformar una visa de turista en una visa de estudiante.

que iban a la velocidad de la luz y que el curso no tenía comparación con los que había hecho en la Volkshochschule el año anterior.

A las pocas semanas había conseguido la tarjeta de tarifa reducida para viajar en tren, subte y colectivo, el pase libre al Rechenzentrum, el carné azul para hacer gimnasia e ir a la pileta de Leiden, y otro amarillo con el que podía sacar libros de varias bibliotecas. Aparte, ya lo habían puesto en la lista del Studentenwerk, organismo similar a un Centro de Estudiantes que, entre otras cosas, se encargaba de manejar las residencias estudiantiles, lo cual, considerando que quería irse de lo de Dirk como fuera y cuanto antes, era lo más importante de todo.

Conseguir un lugar fuera del Studentenwerk era posible pero resultaba demasiado caro. En caso de que saliera algo, tenía que ver cómo haría, puesto que hasta ahora había estado viviendo con lo justo, y un lugar barato no quería decir un lugar gratis. De todas formas, su padre lo ayudaría.

Un inconveniente que el nuevo status no había podido cambiar, sin embargo, era su situación laboral, ya que seguía sin el permiso de trabajo de media jornada que todos sus compañeros de clase tenían y usaban. Así, se explicaba que le estuviera tan agradecido a Lageman, el director de la Nachhilfevermittlung, que, aparte de darle trabajo, jamás había pedido que le presentara ningún papel excepto un comprobante de la Secretaría de Alumnos que no le costó nada conseguir.

En el mes que llevaba cursado había conocido a Irina y a un montón de gente, y se había hecho bastante amigo de Pedro, un abogado peruano que, no obstante estar casado con una médica alemana, repetía el curso por tercera vez. Debido a que a Pedro también le gustaba la noche, pronto empezaron a armar salidas, a las que Peter se sumó, aunque sólo al principio, pues enseguida se vió que no congeniaba con Pedro ni Pedro con él, sobre todo después del papelón que Pedro hizo en Das Ding con una moza conocida de Peter. Aun cuando Dino estaba de acuerdo en considerarlo un personaje, no podía no divertirse con su compañía o no festejar sus ocurrencias como, por ejemplo, cuando no tenían plata y Pedro le enseñaba a hacer buchecitos con un vaso de cerveza a fin de hacerlo durar toda la noche, o cuando le contaba lo mucho que amaba a Inge, su mujer, sin dejar de dar vuelta la cabeza cada vez que pasaba una. Para Pedro no era causa de risa, nada que ver, era su gran tragedia, una cosa que no podía evitar, ni siquiera en presencia de Inge. Si se daba que iban a comer algún lado, entonces le resultaba imposible no estar deseando que llegara el momento en que ella iba al baño para marcar a las chicas de las otras mesas. Aunque Pedro no renegaba de lo que hacía, era consciente de que el juego era peligroso y de que podía volvérselo en contra en el momento menos pensado. Teniendo en cuenta que no habían cumplido los tres años juntos, en caso de que a ella se le ocurriera pedir el divorcio, no había forma de que él no perdiese el derecho de residencia en el acto.

Pese a eso, y a que las peleas no faltaran e incluyeran vasos y platos voladores, Pedro decía que si nacía de nuevo, seguro que haría lo mismo. En cuanto a las peleas, no había de qué preocuparse. De acuerdo a una revista, las peleas eran la cosa más saludable del mundo, sobre todo en las parejas jóvenes, a tal punto que una pareja sin peleas era una pareja que no funcionaba.

Para Dino no había nada más ajeno que los problemas conyugales, y nada mejor que ser soltero. Estaba convencidísimo.

A Irina la había conocido el día del examen de ingreso. Durante la pausa, justo después de la Lectocomprensión, se arrimó para preguntarle la hora, pero con tantos rusos alrededor, no pudo hacer mucho y debió esperar tres semanas antes de

volver a cruzársela. Fue en un pasillo del instituto. Sola. Valió la pena porque a la semana ya estaban saliendo.

Con ella se sentía tan feliz que comenzó a convencerse de haber sentado por fin cabeza. Iban bastante al Salsódromo - ella había aprendido a bailar la salsa con unos cubanos en su ciudad natal - aunque, por suerte para él, que odiaba la salsa, no era un programa excluyente, y también podía ser que fueran a algún café o a Wladimir, una especie de templo del tecno eslavo, donde siempre pasaban sin pagar. Todo estaba yendo sobre ruedas y quién sabe cuánto tiempo más hubiera se hubiera mantenido así, de no ser porque una noche en Wladimir, ella le presentó a varias amigas, una de las cuales volvió a ver al día siguiente de casualidad en la calle.

No obstante ser consciente de que Olga no tenía nada que envidiarle a Irina, en lugar de saludarla y seguir su camino, se paró, se quedó charlando. Terminó pidiéndole el número.

Olga vivía en Friesenplatz, en un departamento chiquito, con otra chica de de San Petersburgo. Debido a que le había anticipado que su amiga se había ido a lo del novio, Dino esperaba que lo invitara a subir. En vez de eso, lo tuvo abajo como media hora como una diva como un idiota. Cuando ya estaba a punto de irse, la vió aparecer por la escalera agitada y preocupada, disculpándose todo el tiempo. Por lo que le contó mientras subían, el novio acababa de llamarla para preguntarle qué pensaba hacer esa noche. Ella se había visto obligada a inventar cualquier cosa para que cortara rápido y la dejara bajar a abrirle. Ella no podía entender cómo podía ser que siempre estuviera sospechando; la tenía tan pero tan harta con sus celos. La verdad es que menos mal que vivía y trabajaba en Bonn, porque si tenía que aguantarlo todos los días, prefería no verlo más.

A ella el Café Storch no le gustaba, así que fueron a Arkadia. Arkadia le encantaba. Le encantaba que fuera tan grande, que pasaran tan buena música, que prepararan tan buenos tragos y también le encantaba que, siendo martes, hubiera tan poca gente.

Empezaron con unas margaritas. No obstante que Dino no estaba acostumbrado a tomar y, por lo tanto, a gastar esa cantidad de plata, el entusiasmo de Olga lo terminó arrastrando y nada pudo hacer para que a la ronda de Kölsch no le siguiera otra de stout irlandesa y a ésta, otra de caipirinha y a ésta, otra de Jägermeister y otra más de Kölsch. Hacía tiempo que Dino no se sorprendía diciendo o escuchando semejante cantidad de boludeces. Pero no le importó. A ella, menos.

Dino no paraba de ir al baño. En uno de sus viajes le agarró tal mareo que tuvo que apoyarse en la pared y hacer fuerza para no irse de cara al piso.

Al volver se encontró con que ella dormía y roncaba. Intentó despertarla. Permaneció quieto mirándose los pies y repitiéndose que si no se levantaba iba dormirse él también. Entonces fue a la barra para pedir que le llamaran un taxi. Cuando volvió, se sentó. Volvió a mirarse los pies.

Le costó un poco darse cuenta de que se había dormido, reconocer al de la barra, entender que le estaba avisando que el taxi estaba esperando. Al final pudo levantarse. Olga, en cambio, no quería saber nada. Entre los dos tuvieron que hacer un gran esfuerzo para desprenderla del sofá. Llegar al taxi tampoco fue sencillo: al bajar el cordón, ella se enredó con sus propios pies y acabó rompiéndose un taco.

Al taxista se le debió haber pasado por la cabeza pasearlos un poco, pero no lo hizo, lo cual terminó siendo una suerte para él, es decir, para su tapizado, puesto que de haberlos tenido más tiempo adentro, ella se lo hubiera vomitado.

Dino tuvo que darle su propia bufanda para que se limpiara. Luego la acompañó hasta la puerta. Pensaba en irse lo antes posible. Ya había tenido bastante por esa noche. De repente ella comenzó a gritarle que no quería darle las llaves y que de ningún modo iba a meter a un desconocido en su casa. Dino se enojó y amenazó con irse. Por más raro que parezca, eso hizo que ella le pidiera que no la dejara sola, y que le diera las llaves.

Olga se sentía muy débil. Como ascensor no había, Dino tuvo que cargarla los cuatro pisos, una verdadera proeza, aun siendo ella relativamente flaca. Llegó segurísimo de haber traspirado cada gota de alcohol ingerido.

El número de cajas de todos los colores y tamaños, y los muebles ubicados sin lógica en cualquier lugar - en medio del pasillo, trabando puertas, en el balcón - le daban al departamento un aspecto que hacía que lo de Dirk fuera un modelo de orden y limpieza. De todos modos, mientras iban abriéndose paso, ella le dijo que le daba vergüenza que viera la casa en ese estado, pero que no era culpa suya sino de su amiga Natalie. *La perra*, como empezó a llamarla, tenía la culpa de todo. Primero, era a ella a la que le tocaba ordenar y limpiar esa semana, y, segundo, era por haber seguido sus estúpidas consejos, que se encontraba así. Olga ahora hablaba mitad en alemán, mitad en ruso. Nunca se había sentido tan mal en su vida. No tenía nada que ver con lo que acababan de tomar, no, era lo que *la perra* le había dado antes de que él llegara. El mafioso del novio le había traído especialmente de Moscú un paquetito de cocaína negra a *la perra*, y *la perra* estaba tan fascinada con la sustancia y le había insistido tanto a ella para que la probara, que al final le hizo caso. *La perra* le había asegurado que cuando una se sentía medio bajoneada, tomar esa cosa era lo mejor que podía pasarle, y que incluso había un médico en Siberia que la recomendaba y recetaba.

Agarrándose la frente, comenzó a quejarse de que iba a explotarle la cabeza y de que estaba por desmayarse. Dino la hizo a upa y después de mover una mesa con el pie, logró entrar al cuarto y dejarla en la cama.

Empezó por tocarle la frente. Si bien la tenía caliente, no creyó que tuviera fiebre. Le dijo que iba a prepararle un té; con un té y una aspirina quedaría como nueva.

Entonces fue como si a ella le diera un ataque. Abriendo los ojos como platos y, agarrándolo de la manga, le rogó que no la dejara sola porque la cabeza le dolía de tal manera que le daban ganas de llorar. Acto seguido, se puso a llorar diciendo que no quería quedarse dormida porque por ahí se moría mientras dormía, y que no quería morir porque no estaba preparada, y así estuvo un rato hasta que se quedó dormida.

Dino revolvió los cajones de la cocina y el baño, y no encontró té ni aspirinas pero sí un poco de café instantáneo.

Al regresar, se encontró con el televisor prendido y ella roncando. Lo apagó. Se sentó en el borde de la cama. Se paró. Se puso a mirar las fotos que había sobre la cómoda. Ella aparecía en la mayoría; casi siempre estaba con anteojos de sol, haciendo muecas y abrazándose con otra chica de rasgos asiáticos, también con el pelo platinado.

Se podía decir que las cosas no habían salido como esperaba. Luego de sacudirle el hombro, lo cual no bastó para despertarla pero sí para eliminar el ronquido, volvió a prender el televisor y se dedicó a mirar videos hasta que fue sintiendo que ni el café ni la música iban a mantenerlo despierto más tiempo.

« No tiene sentido seguir acá. Es muy peligroso. Por ahí se muere o por ahí aparece la otra boluda con el novio...» pensó. Sin embargo, en el pasillo reconsideró su decisión y pegó la vuelta

Prendió la luz. Se sentó en el mismo lugar que antes y, viendo que ella estaba roncando nuevamente, se puso a moverla, esta vez de la cintura. Aunque el ronquido desapareció, las sacudidas siguieron.

Al cabo de quince minutos, se vistió, la vistió, apagó la luz, cerró la puerta y se fue.

Apenas vio la carta en la cama, se imaginó que se trataba del seguro médico o que era una postal de navidad de Buenos Aires, pero no. Era una notificación del Ausländeramt. Entendió sólo la mitad de lo que leyó. Lo más importante, sin embargo, le quedó muy claro, y era que tenía que abandonar el territorio de la República Federal antes del veinte de diciembre porque si no lo hacía, aparte de aplicársele una multa, se procedería a su expulsión.

Pese a que en los últimos tiempos el Ausländeramt había estado creando bastantes dificultades con el sellado del pasaporte, las intervenciones de Manuel siempre habían resuelto todo como por arte de magia.

El problema es que Manuel acababa de viajar a Murcia y no regresaba hasta Reyes. « ¡Qué manera de terminar el año. Esto sí que se llama tener mala pata...la puta que los parió a estos doichos! » murmuró a la vez que sentía una acidez en el estómago.

Salió de la pieza. Antes de llegar al baño fue interceptado por Dirk, mejor dicho por su voz, ya que él se hallaba del otro lado, tirado en el sofá mirando dibujitos con Lena.

- Que pasa? Te quierran echarr?

- ...

- Io no meto en tus Asuntos, Chamo. Mas aorrta que te veo, nesecito decirte que necesito urrgente que tu colaborre con la Casa i que me pague mi Rreale. No te atrrase, querrido amigo, me debe trre Mese i ia tu sabe que no puedo mantenerr esto io solamente.

- Sí, perdoname. Lo que pasa es que estoy justísimo. La semana que viene mi viejo me hace un giro y te pago los tres meses, no te preocupes.

- Me prreocupo. Tu tambien deberria prreocuparrte.

- ¡Me preocupo y me preocupo más de lo que vos en tu puta vida te vas a preocupar!

- Hey, no me able asi que t´echo! Me a entendido, Pendeho?

No pensaba irse y tampoco pensaba esperar de brazos cruzados a que vinieran a buscarlo. Quedarse ilegal no era una opción válida puesto que significaba mudarse a las apuradas, acabar en un lugar peor que el de Dirk y vivir en un estado de paranoia total. No estaba exagerando. Tenía muy presente el caso de la ecuatoriana esa, amiga de un amigo de una amiga, que habiéndose encontrado una vez sin monedas para sacar el boleto de la máquina como había hecho durante años, se animó a viajar - no porque quisiera arriesgarse sino porque, si se ponía a buscar cambio, iba a llegar tarde a una de las cuatro casas que tenía que limpiar - pensando que siendo nada más que dos estaciones, no podía pasarle nada, para que justo en la estación que venía, le pasara, es decir, para que justo en esa estación subieran varios inspectores por todas las puertas al mismo tiempo, como solían

hacer, y se pusieran a pedirle boletos a todo el mundo y le pidieran a ella también, y luego el pasaporte, y la hicieran bajar y se la entregaran a la policía.

Debía comunicarse urgente con España. Se acostaba ahora, aunque no fuera la una todavía, y llamaba a Manuel a primera hora. A los cinco minutos de haber apagado la luz, una bola de sonido invadió la casa. Era el disco de The Hives. Sin lugar a dudas a Dirk le gustaba mucho, porque apenas terminaba, lo volvía a poner, y así estuvo hasta que a las tres se cansó.

A las ocho menos cuarto, antes de que sonara la alarma, estaba levantado y con el pantalón puesto, a las ocho estaba rumbo al locutorio de la Subbelratherstr., el que nunca cerraba. Pero tanto apuro no valió la pena para nada. Fue imposible comunicarse y tampoco le dejaron mandar mensajes. Se cruzó a un Stehcafé y pidió dos medialunas de manteca que parecían de grasa y una taza de café que parecía alquitrán. Cuando terminó, volvió a llamar. Fue lo mismo de antes.

Tenía que calmarse. No podía dejar que una carta de esos tipos de mierda le hiciera perder la cabeza. Se sentó en una plaza, se puso los anteojos de sol. Prendió un cigarrillo como un monje prendería un sahumero. Luego se dedicó a fumar y trató de no pensar. A las nueve menos cuarto salió para el Instituto.

Al mediodía intentó con la oficina de Manuel, aunque sin esperar que lo atendieran, ya que creía que la secretaria también estaba de vacaciones. Llamó. Atendieron. La secretaria no estaba de vacaciones.

A los dos días, Dino se encontraba en el Juzgado de Appelloplatz con el fax de Manuel. Se lo había mandado al número de Peter. Se lo había mandado a Peter porque, si Dirk no tenía un fijo, menos iba a tener un fax. Después Dino se quedó esperando a que le alcanzaran un documento escrito a máquina firmado y sellado por una jueza, que, según le indicaron, debía darle a Manuel en cuanto volviera.

La fiebre consumista se había apoderado de la ciudad y había decenas de Weihnachtsmärkte por toda la ciudad con puestos vendiendo regalos, adornos, chocolates, galletitas, salchichas y Glühwein, y gente circulando por negocios y shoppings como hormigas. Dino se contagió y acabó en el que había en Neumarkt. Quería comprarle algo a Irina

Enseguida encontró un collar de piedras verdes que le pareció que le encantaría. Lo vendían en un puesto lleno de cajitas de madera llenas de collares de piedras y chucherías de ámbar, apenas uno entraba a la feria, justo detrás del puesto de Glühwein que tenía el del oso polar brindando. Había varias vendedoras atendiendo gente. Dino estuvo esperando hasta que se dió cuenta de que estaba cansado de esperar y de que necesitaba el collar de una vez por todas, lo que lo llevó a acercársele y a metérselo en el bolsillo.

Como Irina iba a visitar a su familia y volaba a Moscú en dos días, arreglaron para hacer la cena de despedida en un restaurant chino. Sin embargo, todo se vino abajo apenas la escuchó por el portero. Irina se había enterado de lo de Olga. Estaba furiosa y ni siquiera le abrió. Le dijo que se fuera, que no quería saber más nada con él y que, si era por ella, lo mejor que podía hacer era matarse. Dino trató de darle todo tipo de explicaciones, se prendió al timbre, empezó a gritar como loco. Así estuvo hasta que armó una discusión con dos señoras mayores, que, como era de entender, no lo querían dejar pasar.

En ese lapso, o sea en poco más de una hora, ninguna de las vendedoras notó la falta y, menos que menos, la devolución del collar.

Terminó comiendo un Döner.

Al regresar fue primero por la Schildergasse, donde se entretuvo mirando vidrieras, y luego por el Aachenerweiher, donde lo agarró la primer nevada. Los copos se destacaban contra el fondo sucio y rojizo de las nubes. Parecían panaderos. Le causó gracia la ocurrencia.

Con las clases no le alcanzaba; debía recortar más gastos; tuvo que dar de baja el seguro médico. No le costó mucho tomar esa decisión. Después de todo, la única vez que lo había necesitado en los últimos dos años había sido para ir al dentista. A Manuel, obviamente, no le avisó. Si se enteraba, le hubiera hecho dar marcha atrás. Seguro que le hubiera dicho que de esa forma le daba al Ausländeramt otro argumento en su contra, y que la mejor forma de evitar dolores de cabeza era cumplir con cada cosa que le pedían. Pero Manuel no se imaginaba lo mucho que necesitaba la plata. Salud, en cambio, le sobraba.

- ¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?
- Todo bien ¿Y vos cómo andás?
- Bien
- ¿Seguro?
- Sí, como siempre ¿Cómo están todos ahí? ¿Qué cuenta Luli?
- Está bien. Consiguió trabajo en una oficina de Puerto Madero ¿viste qué nivel? Betina se fue a vivir a Santa Fe con el novio.
- ¿A que lugar de Santa Fe?
- ¿Qué estás diciendo?
- Diego si se fue a la ciudad o-
- No, cabeza hueca. Al departamento de Santa Fe.
- Ah, qué boludo...¿Pero cómo? ¿Está trabajando?
- No, está estudiando. En el IUNA. Siguen los dos en el IUNA. El novio ya expuso en el Malba ¿sabías?
- No.
- Es un artista q-
- Sí, lo conozco. El aparato ese de Vicente López que se tiñe de colorado y que para que no se lo confundan con la calle se hace llamar Vincent. Se lleva mal con Ma ¿no?
- De ésa mejor no me hablés, mejor no me hablés.
- Ya empezamos.
- Lo que pasa es que vos estás muy lejos y no te enterás de las cosas que pasan.
- Sí, me imagino. Lo mismo de siempre.
- No, momentito. De ninguna manera, lo mismo de siempre, no. Ahora tengo pruebas.
- ¿Pruebas?
- Sí, tengo pruebas de que me engaña, para que sepas...
- ¡Dios mío! Ella me dijo que la volvés loca, que te ponés re agresivo, que le querés pegar y que la vez pasada incluso la amenazaste con una tijera ¿Es cierto eso? ¿Vos

estás mal de la cabeza o qué? ¡Pará de agredirla! Te digo una sola cosa: si le llegás a hacer algo, te voy a buscar y te juro que me olvido que soy tu hijo.

- ¡Dino, por favor! No puedo creer lo que me estás diciendo. Son todas macanas, no le creas nada. Es una falsa, una mentirosa que no tiene nombre; vive engañando a medio mundo. Es cierto que nos peleamos pero ¿me querés decir cómo querés que trate a una mina que tiene otro tipo, una puta, una puta de lo peor?

- Si seguís con ese tono te corto. Yo hablé con ella la semana pasada y me dijo que le pagás a un detective para que la siga ¿No te parece que estás exagerando?

- Escuchame, la mina me engaña. Vos no tenés ni idea de lo que es eso. Me lo está haciendo a mí, yo, que nunca tuve ojos para otra mujer, que me maté laburando toda la vida, que me preocupé para que nunca le faltara nada, ni a ella ni a ustedes, nada. Ahora resulta que, después de treinta años, me clava el cuchillo por la espalda, nos clava el cuchillo por la espalda. Porque está clarísimo que no me está jodiendo a mí solo ¿Te parece bien una traición así, te parece bien?

- ¿Estás seguro de que no es un invento tuyo?

- ¡Pero haceme el favor!

- Sí, ya sé.

- Sí, ya sé ¿Qué vas a saber? ¿Sabés acaso que yo mismo fui el que le encontré ese programa en el dial, que yo mismo la llevé para que fuera a trabajar ahí? Qué ironía ¿no? Gracias a mí conoció a ese pelotudo. La puta que la parió y la puta que lo parió a ese pelado. Ahora, te soy sincero: a veces me da tanta rabia, que a veces me agarran ganas de ir a cagarlos a tiros.

- ¿Te das cuenta de las barbaridades que decís? Cuando estés más tranquilo, hablamos. Chau.

- Pará, pará... te tengo que decir algo más. En realidad por eso te llamé. Bueno ¿viste los documentos que estoy haciendo, lo de Lolo, viste? Resulta que aparte de los dos departamentos y los trámites de la sucesión que ya sabés, apareció otra cosa. Lolo estaba siempre con la historia de la Bolsa...y bueno, acaban de aparecer unas acciones. Son más de diez mil pesos. El quería que te quedaras con la mitad. Vas a tener que tener paciencia, va a tomar un tiempo el trámite.

La Nochebuena la pasó con los padres de Dirk en Bergisch Gladbach. A pesar de que no podía decir que había sido un placer conocerlos, su *villa* con jardín y estanque le había gustado, y también la comida. Pero lo que más le había gustado era el hallazgo de *La Merdeuse*, un grabado de Pablo Ruiz, firmado y fechado al revés, y con la tirada escrita en lápiz como solía ocurrir con los grabados de Ruiz. Apenas podía creer que tanto el padre como la madre se empeñaran en hacerle creer que se trataba de una reproducción.

Para Navidad, en cambio, estuvo en lo de Peter, donde uno de los amigos de Peter, un flamenco, se despachó un montón de space cookies pensando que eran galletitas de chocolate.

El Año Nuevo Dino había pensado en festejarlo con alguno de sus amigos pero como al final Pedro viajó a Kiel con Inge, y Peter, a Bruselas con Claire, tuvo que quedarse con Dirk. Aunque recibir el año con él, Leah y sus amistades no era una idea que lo entusiasmara ni por asomo, trató de motivarse pensando que Dirk le había prometido presentarle una chica. Según Dirk, era su tipo.

A las nueve el departamento estaba lleno de gente fumando, tomando cerveza y hablando a los gritos. Dino se encontraba en medio de un debate sobre Oliver Kahn cuando vió a una rubia con la ropa ajustada y la cara igualita a Britney Spears, a la que Dirk acababa de hacer pasar, y con la que se quedó hablando al lado de la puerta sin registrar o sin querer registrar la mirada de odio de Leah. Cuál no sería el asombro de Dino cuando a los cinco minutos, Dirk se acercó con su invitada, y, luego de presentársela, volvió adonde estaba Leah.

Pero no tardó en desilusionarse. Aun cuando trataba de interesarse por lo que Dino tenía para contarle, *Britney* no se perdía un solo movimiento de Dirk. Pese a todo, Dino siguió insistiendo pero al final no pudo desanimarse ni sacarse la impresión de que ella estaba incluso empezando a tomarle un poco el pelo, como cuando, al preguntarle si no quería bailar, ella, sin parar de canturrear y mover las caderas, le respondiera que bailar le aburría.

Dino sintió que era hora de probar suerte con la de pelo negro y look gótico parada cerca del televisor. En ese momento, y como si hubiese leído su mente, *Britney* lo agarró de la mano:

- Hat dir jemand mal aus deiner Hand gelesen?
- ¿Wie bitte?
- Ich meine, ob man dir schon deine Zukunft gelesen hat.
- Nee, eigentlich nicht.
- Ich meine es ernst.
- Nein.
- Guck mal. Das ist deine Lebenslinie, siehst du? Lass mich sehen...es sieht so aus, dass du ein langes Leben haben wirst. Und hier steht, dass du ein Maler, nee, ein Musiker bist, oder?
- Fast.
- Ich kenne viele Musiker. Nun lass mich deine Liebeslinie anschauen. Hmmm...du wirst wohl ein Mädchen von hier heiraten.
- ¡Ja, dich! ¡¡¡Hahaha!!! Unglaublich ¿Wo hast du alle gelernt?
- Meine Mutter is Astrologin und ich helfe ihr gerne.
- Sehr schon.¹¹

Ella tomaba tanto como Olga; la diferencia era que no mezclaba. Así se entendía que fuera al baño cada cinco minutos. Aunque Dino encontraba estas interrupciones algo enervantes, no podía hacer nada. En realidad, enseguida encontró algo que hacer: apenas *Britney* desaparecía, él se quedaba mirando a la de pelo negro. Ella empezó a mirarlo también. Dino decidió no andarse con muchas vueltas, y acercarse y decirle de una que tenía un pelo hermoso. Pero necesitaba ir al baño antes.

¹¹ - ¿Te leyeron la mano alguna vez?

- Cómo?
- Digo si ya te leyeron el futuro.
- No, la verdad que no.
- Te lo digo en serio...
- No.
- Mirá, acá está la línea de la vida ¿ves? Dejame ver...parece que vas a tener una vida larga. Y acá ésta que sos pintor, no, músico ¿no?
- Casi
- Conozco a muchos músicos. Ahora dejame mirar la línea del amor. Mmm...probablemente te vayas a casar con una chica de acá.
- Sí, con vos! Jajaja! Increíble. Dónde aprendiste esos?
- Mi mamá es astróloga y la ayudo con gusto.
- Qué vien!

Cuando volvió, vió que ninguna de las dos estaba. Le costó encontrarlas. A la gótica fue a la que vió primero. En el sofá con un negro. Casi en el acto dió con *Britney* en el balcón. Se hallaba en el balcón hablando con un gordito que conocía muy bien. Se trataba de Arne, el hermano mayor de Dirk, el mismo que, desde hacía un año y medio, siempre que se lo cruzaba, lo abrazaba y le decía que lo necesitaba urgente en su productora.

- ¡Hey Arne! Schon lange her...¿Wie geht es dir? ¿Und deine familie, deine frau, deiner kinder? ¹²

Arne parecía acostumbrado a salir del paso porque lo felicitó por lo bueno que era su alemán ahora y hasta intentó abrazarlo.

Dino se había propuesto no dejar ir a *Britney* de nuevo. Empezó a hablar sin parar, a decirle lo mucho que le gustaba su pelo, lo mucho que le gustaba la cerveza que tomaban, lo mucho que le gustaban sus ojos. Luego intentó contarle un chiste. *Britney* no lo entendió, así que Dino se lo repitió, esta vez de mal modo. La incomodidad no podía ser mayor.

En ese instante hubo un bullicio y todo el mundo se amontonó en el living. Nadie quería perderse a Dirk, borracho de pies a cabeza, bailando como un mono arriba de la mesa y cantando con Shakira. Dino se distrajo. Esa era la oportunidad que Arne y *Britney* estaban esperando. Bajaron al kiosco. Cuando Dino se dió cuenta, se puso mal, tan mal que fue a encerrarse en la pieza. No volvió a salir.

¹² Ey, Arne! Tanto tiempo...Cómo te va? Y tu Familia, tu Mujer, a tus Hijos?

ENERO

Fue incapaz de pegar un ojo en toda la noche, en lo poco que quedaba de la noche, aunque menos por la música y los cohetes que porque no se podía sacar de la cabeza la idea de Arne tocándola. Ya lo tenía decidido. Iba a ir a la casa y le iba a romper el auto con un adoquín. Cuando se levantara vería bien en qué momento. Probablemente fuera a la noche bien tarde. Estaba seguro de poder concretarlo. Al fin y al cabo, no era la primera vez que hacía locuras como ésta.

Alrededor de las diez se duchó rápido y sin hacer ruido, metió algunas cosas en la mochila - un pan, una zanahoria, dos manzanas, una botellita de agua, un libro - y dejó una nota avisándoles que salía a correr.

No había nada abierto ni tampoco gente, un par de autos y alguno que otro colectivo. Se puso a correr. Pese a que ganas de correr en realidad no tenía, menos ganas tenía de andar vagando sin hacer nada. Pronto llegó al Fernsehturm; se tiró en el pasto, comió, leyó, corrió un poco más, practicó patadas. Fue recién cuando se puso oscuro, que resolvió volver. Sin embargo, antes de subir, le pareció que, ya que la plazoleta que había a una cuadra, justo en la esquina con la Ottostr., estaba sin las madres, los niños y las parejas de costumbre, podía aprovechar para entrenar cinco minutos más. Era un lugar con pocos árboles ocupado casi por completo por una iglesia de cemento enorme y cuadrada, pero no pudo hacer mucho, debido a que alguien le estaba chistando. Tuvo que forzar la vista antes de dar con la ventana sin luz, desde donde una mujer de pelo blanco lo señalaba con el dedo. Aunque a Dino le pareció que el movimiento de los labios no coincidía con las palabras, logró entenderla. Ella le pedía, le exigía que no le hiciera más daño.

- ¿Wer?

- *Wem* meinen Sie ! Dem Baum, wem sonst? ¹³

Estuvo tentado de reírse pero, en vez de eso, se atragantó y empezó a toser. Como la mujer no se daba cuenta y seguía hablando, apenas él consiguió aclararse la garganta, le dijo que se fuera a la mierda y se corrió del otro lado de la iglesia.

Tras media hora de trompadas contra un roble viejo, se puso a estirar, si bien no con los ejercicios habituales. Probó uno nuevo que había encontrado en una revista de moda unos días atrás llamado *el cielo se abre y el dragón devora su fuego*, que se suponía que además de estirar, relajaba pero ni lo estiró ni lo relajó. De hecho, apenas cerraba los ojos, volvía a ver a *Britney* y Arne. Decidió volver a los golpes y, enseguida, a las patadas y, después, a una patada con salto y giro que había visto hacía poco en la televisión, con la pared de la iglesia como blanco, lo cual fue una decisión poco inteligente, tan poco inteligente como la de golpear de puntín en vez de con el empuje o la de estar usando alpargatas en vez de zapatillas.

¹³ - Quién?

- ¿A quién querrá decir! Al árbol ¿A quién si no?

Jamás se imaginó que los cien metros que lo separaban del departamento podían llegar a costarle tanto. Lo primero que hizo arriba fue sacarse la media del pie izquierdo y ver que tenía el dedo gordo hinchado y todo negro.

En la heladera no habían dejado nada salvo un par de salchichas y una leche vencida.

Fue una semana difícil y no salió siquiera a buscar comida: prefería vivir a base de cigarrillos, galletitas, arroz y té. Podía haber sido peor. Podía decir que el desastre por lo menos coincidía con las vacaciones de invierno y que no tenía que salir a trabajar o cursar en el Instituto. De todos modos, nada de eso impedían que fueran las peores vacaciones de invierno de su vida. Aun cuando supiera que tenía un hueso roto y que debía hacerse ver, y que con hacer reposo no alcanzaba, para ir al médico le hacía falta plata y plata era lo que más le faltaba. Si quería ir a un hospital, estaba en la misma: ninguno era gratis.

Cuando Dirk lo vió, puso el grito en el cielo. Le dijo que estaba loco, que se sacara el entablillado, que no podía curarse así, que podía quedar rengo para toda la vida. Dino no pensaba que lo del entablillado fuese tan mala mala idea pero, por más que estaba segurísimo de que Dirk hacía teatro - porque si tanto le preocupaba su salud, hubiera encontrado la forma de que Astrid, la mujer de Arne, que era médica, lo atendiera - le siguió la corriente y le prometió ir al Sankt Franziskus al día siguiente. Pero como era de esperar, no fue nada.

La convalecencia terminó con las vacaciones. Entonces, aspirinas y antiinflamatorios mediante y de forma más o menos lastimosa, volvió a la calle, lo que resultó aún más deprimente que seguir en la casa.

No soportaba ver que todos caminaran suponiendo que caminar era la cosa más normal del mundo, sin entender que el hecho de que no caminaran era puramente casual, sin ver que si caminaban era sólo porque el destino les hacía un favor.

Estar las veinticuatro horas midiendo los pasos o tratando de no rozarse el dedo era imposible, y, por más precauciones que tomara, a veces le dolía horrores, pero eso no le impedía que cambiara su cabeza en tiempo récord y se organizara para, de acuerdo a como se daban las cosas, encontrar formas para movilizarse. Lo primero que se dio cuenta fue que vivir sin bicicleta era inconcebible. Realmente inconcebible. Si tenía que ir lejos y tenía que tomar el tren, iba en bicicleta hasta la estación, la subía al tren y cuando llegaba a la destino, seguía en bicicleta. En el subte o en el colectivo nunca le hacían problema - después de todo, no era el único que se movilizaba de esa forma - y lo haya notado o no, fue un gran alivio para él que en nuestro país todo está pensado para que uno llegue pedaleando a cualquier parte, que haya una cultura ciclística tan fuerte.

Obsesionado como estaba con no dar un paso de más, cada vez que debía ir a lo de un alumno, agarraba el mapa y la guía de subtes y colectivos, y planeaba el recorrido con más cuidado que si tuviera que hacer un viaje a la luna. Además, a instancias de Peter, compró otra bicicleta. No era bueno depender sólo de una. Pinchar era común en esos días, con la cantidad de botellas rotas que aún quedaban de Año Nuevo. Así también se evitaba el stress de cuando el ciclero no podía o quería hacerle el trabajo en el momento y se veía obligado a emparchar él mismo todo rápido y así nomás. Con dos bicicletas, en cambio, podía salir del apuro y arreglar lo que había que arreglar más tarde y con tranquilidad. Una

nueva y no especialmente buena podía llegar a salir cien euros; la que compró, que, por ese precio, seguro que era robada, le costó cinco.

Otra compra muy útil fue la de un monopatín. Lo encontró en un mercado de pulgas. No obstante lo ridículo que al principio se sentía, lo ayudó mucho a la hora de enfrentarse a los shoppings, las terminales y los pasillos de la Universidad. A pesar de que no pensaba que nadie lo fuera a molestar, se había preparado una explicación con dos o tres términos clínicos en caso de que la policía o personal de seguridad se le acercara. Cuando no lo usaba, lo doblaba y lo llevaba al hombro colgado como una mochila.

Manuel tenía la costumbre de hacerlo esperar, con o sin gente, pero Dino ya se había acostumbrado. También se había acostumbrado a la sala de espera, al sillón de cuerina, a las revistas viejas.

Dino le entregó el documento del Juzgado. Manuel lo invitó con un café. « Pues que todavía no sé por qué se me ha ocurrido regresar, coño...siempre con este tiempo de mierda...» dijo mirando el cielo que se había puesto verde de tan gris.

En las paredes podía verse el diploma de Salamanca con un vidrio lleno de reflejos, un banderín con el escudo de España, otro con el de Murcia y varias fotos de él y su mujer. Sobre la mesa de trabajo, que ni la secretaria ni la señora de la limpieza podían tocar, y que quién sabe hacía cuánto que no él ordenaba, había un despertador digital, un libro destartalado, una cafetera, un azucarero, varias tazas usadas con sus platos, una laptop peligrosamente cerca del borde, lápices Staedtler, lapiceras Parker, una lámpara vieja, un fax último modelo, diarios españoles, diarios alemanes, una HOLA y una pila de documentos judiciales.

Mientras le alcanzaba el azúcar, se puso a hablar de la Liga Europea y así estuvo hasta que, al cabo de diez minutos, se aclaró la garganta y cambió de tono. Manuel acababa de recibir una carta del Juzgado.

« ¡Venga, hombre! » se rió abriendo desmesuradamente la boca, haciéndole llegar algo de su halitosis y aclarándole que no se trataba más que de una simple certificación. Pese a que suponía que eso era lo único que recibirían en los próximos meses, no había que dormirse en los laureles. Había estado pensando que podían presentar una demanda contra el Municipio arguyendo arbitrariedad e ilegalidad de parte del Ausländermat, lo cual les daría más tiempo y la posibilidad de pensar en una mejor estrategia.

- Como te he dicho...pues, lo ideal sería conseguirse una chica y que te cases...No, de veras, no te rías. Es la forma más segura y veloz ¿Tienes novia?

- Tenía.

- Pues consíguete una nueva y pronto, chaval...ah, procura que sea una *aborigen*.

- Sé de un par de sudamericanos que se casaron...con cada una...

- ¡No exageres!

- No exagero. Daba vergüenza ajena. Ahora que me pongo a pensar, había excepciones: algunas no eran viejas, eran bagres, nomás.

- ¿Bagres? ¡Qué manera de hablar de las pobres señoras!

- Pobre el estómago de los maridos.

- Mira, no eres un gilipollas, pero a veces lo pareces. Un anillo no te vendría nada mal. Un anillo te vendría...como anillo al dedo.

- Muy gracioso. De todas formas, vos sabés que tampoco es tan fácil y que no todo depende de uno. Las mujeres son complicadas.

- Y sí...Oye, otra alternativa es que saques el pasaporte italiano. Hmmm...lástima que no lo hayas tramitado en Buenos Aires. Tú sabes, tengo un amigo en Roma que trabaja para el gobierno. Pues, joder, llegado el caso, podría sacarte la ciudadanía. No le llevaría más de dos semanas. Eso sí, hay que ver cuánto pide. Le pregunto. Preguntar no cuesta nada.

- Preguntale, por favor.

Manuel comenzó luego a contarle de uno de sus clientes nuevos. Era napolitano; lo conocía a Maradona. Dino le preguntó irónicamente si también había tenido problemas con el pasaporte. Manuel le dijo que se había puesto a discutir con un policía y había terminado sacándole la gorra y noqueándolo. Se rieron. Manuel no parecía apurado y le sirvió otro café. Pero de pronto pareció acordarse de algo, sacó el celular, lo miró alarmado. Fue corriendo a meter una hoja amarilla en el fax, hizo una copia, se quedó con ésta, le dió aquélla. Enseguida le dijo arqueando las cejas:

- Mira, muchacho, que me tengo que ir. Aquí la tienes. No la pierdas; tenla siempre encima. Lo mismo que el pasaporte. Si por esas cosas de la vida, alguna vez la policía te pesca, pues tú les muestras ésto, que de este modo no pueden tocarte un pelo, ¿vale? De más está decir que no sigas los pasos del napolitano.

Costaba creer lo mucho que había desmejorado el tiempo en las últimas semanas, y desde Navidad que el sol brillaba por su ausencia. Cuando no llovía, nevaba, y cuando no llovía o nevaba, había tanta humedad o hacía tanto frío, que era casi seguro que en cualquier momento llovía o nevaba.

Había indicios que lo llevaban a creer que, a pesar del estado catastrófico de las cosas, todo iría mejorando de a poco, pues era obvio que uno no podía seguir cayendo si ya había tocado fondo, y eso quedaba en evidencia cuando pensaba que el dedo le dolía menos, que se había sacado la nota más alta en el parcial de la semana anterior, y que el giro de su padre había venido con el doble de lo previsto. Es cierto que la plata seguía angustiándolo, y por supuesto que no le alcanzaba para volver a tramitar el seguro o para ponerse a buscar médicos. Pero sí le había alcanzado para pagarle un mes a Dirk, y también para planear una gran compra el miércoles. Iría al hipermercado de Barthonia-Platz, no al mercadito de mala muerte de la Subbelratherstr. donde siempre compraba.

Llegó a las siete y cuarto. Había acabado con la última clase del día, y venía de lejos, de Meschenich. Por más cansado que estuviera, la perspectiva de llenar el carrito lo entusiasmaba. La única preocupación era que cerraban a las ocho y que, por lo tanto, iba a tener que recorrer los dos pisos enormes con los minutos contados. Aunque no dejó de lamentarse por haberse olvidado el monopatín, y verse obligado a hacer más descansos que un viejo - no le cabía la menor duda de que si lo metían en un geriátrico y armaban una carrera con los otros viejos, quedaba último -, logró dar con cada una de las cosas de la lista y llegar a las cajas antes de las ocho. Al ver que estaban llenas y comprobar que no era el único comprando sobre la hora, se puso más tranquilo. Mientras esperaba, agregó unos paquetes de chicles y cigarrillos, y una versión bilingüe de Otelo a un euro con cincuenta.

Hizo caso omiso de la alarma que le avisaba que el celular estaba a punto de descargarse, agarró las bolsas y salió. Se arregló con las bolsas lo mejor que pudo, es decir, puso una en la mochila, otra en la parte de atrás de la bicicleta, y colgó el

resto del manubrio. La lluvia no había parado en todo el día y el piso de cemento brillaba como un espejo. Debía ir con cuidado si no quería patinar. Tantas bolsas por todos lados hacían todo más difícil. Arrancó, tomó velocidad. Sin embargo, a los pocos metros, tuvo que frenar para atender una llamada.

Una alumna cancelaba la clase del viernes y quería saber si era posible recuperarla otro día. Dino iba a decirle que en principio no había problema, pero que igual le diera un momentito para fijarse bien en la agenda. No pudo continuar. La batería terminó de descargarse y se quedó hablando solo.

Tenía puntadas en el pie y tenía hambre. Pensó que podía llamarla desde su casa pero descartó la idea porque se acordó de que estaba sin crédito, así que, como no deseaba ponerse a buscar un kiosco donde conseguir la tarjeta, le pareció que lo mejor sería sacarse la preocupación ahí mismo y cruzarse a una de las cuatro cabinas de enfrente, justo al lado de la boca del subte. Al acercarse vió que una sola funcionaba con monedas. No obstante tener dos tarjetas automáticas en la mochila, a ninguna le quedaba saldo, lo cual significaba que no podía usar las otras cabinas. Le molestó porque estaban vacías. Se puso en la fila detrás de una mujer. La lluvia había dado paso a una llovizna muy tenue.

Fue recién después de unos minutos que notó lo nerviosa que estaba. Movía la pierna sin parar, hacía chasquidos con la lengua y se quejaba de que la cola no avanzara, de que el que hablaba demorara tanto con toda la gente que había. Aunque los dos hombres mayores delante de ella asentían con la cabeza, ninguno decía una palabra.

Recién cuando la mujer perdió la paciencia y se dirigió a tocar la puerta de la cabina, fue que Dino pudo verlo. Era un hombre de unos veinticinco, flaco y con algo de barba. Usaba ropa suelta y una gorra roja con el logo de los New Yorkers. La respuesta a la mujer fue darse vuelta y agarrarse la entrepierna con una mano. La mujer volvió sacudiendo la cabeza y sin parar de renegar. Los hombres se fueron.

El de la cabina seguía. Cada tanto consultaba su celular. Era evidente que llamaba a más de un número. Por fin abrió la puerta. Al pasar al lado de la mujer, le dijo algo feo pero Dino no alcanzó a escuchar qué. Acto seguido, caminó arrastrando los pies y con las manos en los bolsillos, y dobló en la esquina. Pero no desaparecería por mucho tiempo, pues antes de que la mujer terminara, regresó, se detuvo junto al cartel del Commerzbank, se quedó mirándola. Parecía enojado. Ni bien ella notó su presencia, cortó. De no haber sido por Dino, se hubiera olvidado la cartera adentro. Dino estaba contento de que le tocara pasar después de haber esperado tanto. Como no consideraba que valiese la pena bajarse por una llamada así de corta, adelantó la bicicleta y trabó la puerta con la rueda de adelante. Nunca llegó a completar la maniobra. En un abrir y cerrar de ojos, tenía al otro metido en la cabina.

- Ich bin dran ¹⁴ - le dijo

- Nee, ich bin dran ¹⁵ - contestó Dino.

- Ich bin dran!!

- ¿Wie bitte? Du warst dran...

- Ich bin dran, du arschloch!!! ¹⁶ - aulló el recién llegado empujándolo con las dos manos.

¹⁴ ¡Yo estoy primero!

¹⁵ No, yo estoy primero.

¹⁶ - ¡¡Yo estoy primero!!

- Cómo? Vos estabas primero...

Si bien la bicicleta terminó en el piso, y una bolsa se abrió y dejó salir naranjas en todas direcciones, Dino consiguió mantener el equilibrio.

El otro se disponía a marcar su número, cuando Dino abrió la puerta, lo agarró de los hombros y lo arrastró afuera. El otro entonces le soltó dos ganchos, que, no obstante su furia, salieron sin precisión y pasaron de largo. Volvió a intentar con otro golpe más, pero Dino logró esquivarlo nuevamente. Se limitaba a eso, a amagar con el cuerpo, a hacerlo quedar fuera de distancia puesto que tenía mucha conciencia de que no estaba en condiciones de pelear con nadie. Pero por más que tratase de calmarlo, no había forma y el otro seguía avanzando. Afortunadamente era lento y torpe, así que erró otro gancho. Eso lo puso todavía más rabioso. Lo escupió. Aun cuando el blanco fue su cara y no la campera, Dino consideró que ya había aguantado todo lo que podía aguantar, y olvidándose del pie y olvidándose de Manuel, le lanzó un directo corto a la nariz que le voló la gorra. Luego vio cómo su adversario trastabillaba, caía sentado, se levantaba sangrando, salía corriendo.

El dedo le latía más que nunca y no se veía a nadie salvo los autos que pasaban por la avenida. Se limpió la manga con un pedazo de diario, recogió las naranjas y las bolsas. Trataba de poner orden en su mente. En el instante en que agarró la bicicleta para subirse, vio al otro que volvía.

Vaya a saber por qué - quizás fue por su cabeza baja o por sus ojos llorosos o por sus manos en la espalda, como un jugador de fútbol que se acerca al referí - la cuestión fue que creyó que venía a disculparse. Hasta sintió un poco de vergüenza por el espectáculo que estaban dando: era patético que se hicieran mala sangre por una estupidez como ésta. « Aparte, de última somos todos hermanos...la gente no tiene por qué ser tan mala » pensó al ver al otro ofreciéndole la mano. Lo que le llamaba un poco la atención es que no fuese la derecha.

De repente no entendió nada más. No entendió por qué la cabeza se le sacudía con semejante violencia. Primero creyó que era un terremoto. El gusto metálico en la nariz y la lluvia caliente en la cabeza pronto le hicieron ver que se trataba de otra cosa.

Entonces, mientras se ponía a gritar con una voz irreconocible: « Ich bringe dich um, ich bringe dich um!!! »¹⁷, agarró la piedra tirada y se puso a correr largando espuma por la boca, asustando a un ciruja que caminaba por ahí y a un gato negro que dormía tranquilo bajo un coche, sin importarle que las monedas, la billetera, el pasaporte y las llaves se le salieran de los bolsillos. Hizo una cuadra, dos, tres. A la cuarta, en el preciso instante en que el otro alcanzaba la Körnerstr., su pie se negó a seguir y tuvo que detenerse.

Llegó a la esquina casi reagueando. El gusto metálico era muy fuerte y le costaba respirar. Se restregó con la bufanda para sacarse la mezcla de baba y sangre que le cubría la cara. La garúa no paraba, las calles seguían sin gente. No sabía para dónde agarrar. Aun cuando considerara muy probable que el otro hubiera seguido, su intuición le decía que estaba por ahí todavía. No era una hipótesis descabellada, podía ser que el otro estuviera cansado, que se hubiera escondido...Sintió un ruido, sus nervios se crisparon y giró preparándose para tirar la piedra.

De la otra esquina, vio acercarse una bicicleta con una mujer y un nenito, ambos con cascos naranjas y ponchos fluo. Tan distraídos iban, que ninguno alcanzó a verlo detrás de la fila de coches estacionados.

- ¡¡¡Yo estoy primero, pelotudo!!!

¹⁷ ¡¡¡Te mato, te mato!!!

Como la Kneipe estaba cerrada, o por lo menos eso parecía, enfiló en dirección al Café Sehnsucht, que se hallaba a media cuadra, un lugar elegante en el que recordaba haber estado alguna vez. Entró. Las mozas no pudieron disimular la expresión de espanto. Dino las ignoró y fue directo a los baños. No encontró lo que buscaba. Tampoco encontró nada afuera, ni en los zaguanes ni en las entradas oscuras de las casas de la cuadra. Estaba tan agotado que fue a sentarse en el cordón. La lengua le raspaba igual que una lija y tenía tanta sed, que de buena gana se hubiera puesto a tomar agua de la alcantarilla, o aunque sea, se hubiera mojado un poco la cabeza.

Pero le resultaba imposible quedarse quieto, de modo que, más por pensar que estaba haciendo algo que porque esperara encontrarla, regresó por la bicicleta. Cada paso le retumbaba en la cabeza más que un martillazo y sentía que el dedo había alcanzado el tamaño de un huevo.

Las cabinas continuaban vacías y todo seguía tal cual lo había dejado. Tuvo que realizar un esfuerzo para levantar las bolsas. « ¿Qué más puedo hacer que no sea volver a casa y rezar para que dentro de unos años no me salga un tumor en la cabeza? » se preguntó en voz alta.

Había hecho una cuadra ya, cuando se acordó de la billetera y el llavero. Se desvió a la Stammstr. y ahí se puso a mirar entre los autos, al lado de los canteros, detrás de los contenedores. Luego de un rato, y sin haber encontrado una moneda, se le ocurrió despegar la vista del asfalto, momento en el que, y apenas pudiéndolo creer, vio una cara familiar asomándose por la puerta de la Kneipe.

Dino entró como un animal, empujando sillas y mesas, tropezando con todas, tirando un par, y casi ni escuchó al hombre de bigote blanco que estaba en la barra cuando le dijo:

- Entschuldigen Sie aber Sie dürfen nicht mit dem Rad rein! Sie müssen es draußen abstellen!

- ¿Was? ¡Halt's Maul! ¿Wo ist dieser verdammten hurensohn? ¿Ist er vielleicht dein sohn? ¹⁸ - replicó Dino bajándose la capucha y agitando la piedra de manera amenazadora.

- Nein, Sie-ähhh-er ¹⁹

Comenzó a revisar el salón pero solamente se topó con un cliente asustado.

- ¿Wo sind die scheisstoiletten? ²⁰

Se escuchó una puerta que se abría y vio a varios cocineros. El primero, que era el más alto y el único con un atizador en la mano, le preguntó al de la barra:

- Was ist bloß hier los?

- Nichts, Emin. Es ist nur, dass dieser junge Mann mit dem Fahrrad reinkommen wollte.

- Nee, das ist eine lüge. Ich will nur doch, dass ihr ihn mir gebt.

- Wen?

- Den baum, ich meine, den arschloch, der mich mit diesem stein gerade angegriffen hat. Ich will ihn haben. Er ist in klo versteckt, der scheiskerl! Deine kollege verteidiget ihn, weil er ist sein sohn.

- Was? Wie kommen Sie denn auf so was?

- ¿Warum verteidigest du ihn denn?

¹⁸ - Discúlpeme pero no puede pasar con la bicicleta. La tiene que estacionar afuera....

- Qué? Cerrá el Pico! Dónde está este reverenda Hijo de Puta? Es tu Hijo acaso?

¹⁹ No, usted-ehhh-él.

²⁰ Dónde están los Baños de Mierda?

- Ich verteidige ihn nicht. Ich habe nur einen Kerl atemlos an der Tür gesehen und sofort reingelassen, denn er sagte mir, dass ihn ein Psychopath draußen mit einem Stein überfallen hat. Das war´s.
- Der psychopath ist er, nicht ich, du spinner! Mit diesem stein sollte i-
- Hey, Stopp! Du sollst ruhiger und leiser sein, sonst schlage ich dich tot. Capito?
- Ich möchte keine problem mit dich haben, nicht nervös werden.
- Du machst mich nervös.
- Also, machen wir folgenden: wenn du mich erlaubst, erzähle ich dir, was es ist passiert wirklich... Ich hatte vor, mit einer schülerin von mir zu telefonieren, als dieser verrückte wie ein blitz aus heiterem himmel aufgetacht hat, um meinen kopf kapput zu machen. Guck mal ¡Das ist blut!
- Ich sehe es. Du kannst Recht haben aber ich muss dich auf jeden Fall bitten, den Stein auf der Theke liegen zu lassen. Nee, nicht hier. Steck ihn lieber auf den Aschenbecher.²¹

A pesar de lo mucho que le costaba expresarse, fue capaz de llegar a un acuerdo: no bajaría a los baños, Emin sacaría al otro a la calle. Además, Emin se ofreció a cuidarle las bolsas.

Pero haber hablado tanto le había consumido sin duda lo poco de energía que le quedaba. Como si esto no bastara, se encontró con un grupo de curiosos, entre los que reconoció al ciruja. También había alguien con un rottweiler.

« Tengo que tener cuidado con éstos... » pensó. « Por ahí, este puto tenía para un par de SMS todavía y resultan ser sus amigos. Lo único que me falta es que me tiren el perro. »

No obstante que pronto se dio cuenta de lo infundado de sus sospechas y de que ninguno tenía la menor idea de lo que había pasado, Dino no sabía qué decirles. Todos le hacían preguntas al mismo tiempo - uno, incluso, se dirigía a él en turco, luego en inglés -, todos daban vueltas a su alrededor como moscas. Se sintió mareado. De todas formas, iba a contestarles, cuando la puerta se abrió y Emin salió de nuevo.

Le hizo una seña para que se acercara; el otro acababa de contarle que Dino había querido robarle; ahora no estaba seguro si debía ayudarlo; por ahí era él el que mentía. Dino pensó que trataba de confundirlo y lo miró con odio. Se quedaron mirándose en silencio. Al final, Emin dijo que entraba y veía lo que hacía.

²¹ -¿Qué pasa acá?

- Nada, Emin. Es sólo que este joven quería meterse con la bicicleta.
- No, eso es Mentira. Lo único que quiero es que me lo entreguen.
- ¿A quién?
- Al Arbol, quiero decir a lo Pelotudo que me acaba de atacar con esta Piedra. Quiero agarrarlo. Está escondido en el Baño el Tipo de Mierda! Tu Colega lo defiende porque su Hijo es.
- ¿Qué? ¿De dónde saca eso?
- Y por qué lo defendés entonces?
- No lo defiende. Es solamente que ví a un flaco exhausto al lado de la puerta y lo dejé pasar enseguida porque me dijo que un psicópata lo había atacado con una piedra. Eso es todo.
- El es el Psicópata, no yo, Boludo! Con esta Piedra tendría y-
- ¡Che, para! Te tranquilizás y bajás el tono, que si no te muelo a palos ¿capito?
- Calmate. No quiero tener ninguna Problema con voy, no te pongas nervioso.
- Vos me ponés nervioso.
- Bueno, hagamos la Siguiente: si vos me permitís, te cuento lo pasó que en realidad...Estaba por hablar por teléfono con una Alumna mía, cuando este Loca aparació de la Nada para ronperme la Cabeza. Mirá. Esto es Sangre!
- Ya veo. Puede que tengas razón pero igual te tengo que pedir que dejes la piedra en la barra. No, acá no. Ponela mejor en el cenicero.

Antes de que Emin reapareciera, el ciruja, a esta altura borrachísimo, empezó a acusar a Dino de no tener derecho a engañar así a la gente haciéndose el que no sabía alemán, cuando en realidad se notaba que se había pasado la vida leyendo a *Wolfgang Amadeus Goethe*. Dino no le prestó atención. Emin le comunicó que el otro se negaba a salir. Dino le dijo que era obvio que se iba a negar. Según Emin, el otro pensaba que Dino quería asesinarlo y prefería esperar a la policía. Emin admitió que no era capaz de hacer más de lo que había hecho, que no podía obligar al pobre tipo.

Dino trató de controlarse. Le dijo que lo entendía a Emin pero era evidente que Emin a él no. Sólo quería hablarle, preguntarle por qué lo había agredido. Emin le respondió que lo había agredido porque Dino había querido robarle, y agregó:

- Ähm...also, das ist was er sagt

- Das weiss ich schön. Ich weiss schön, was er sagt ;Nicht alles noch einmal, bitte!

- Das kommt auf dich an.

- ¿¿Auf mich?? ²²

Sin que nadie lo esperara, y en una fracción de segundo, el otro surgió como una sombra detrás de Emin, saltando sin dificultad por encima de la zancadilla con el pie sano que Dino intentó hacerle. El ciruja, además, pasó a la acción y se interpuso entre ellos, haciendo que el otro volviera a escapar. Luego de sacudirse al improvisado mediador de encima y saltar sobre el asiento, Dino comenzó a pedalear calle abajo. Casi logró darle alcance. Casi, ya que la cadena se soltó de improviso, él perdió el control y poco faltó para que saliera volando por los aires.

Apenas tuvo la cadena en su lugar, se metió en la plaza donde el otro acababa de escabullirse. Si bien los faroles estaban todos rotos, Dino la revisó de punta a punta un montón de veces. No sirvió de nada.

Volvió a la Kneipe por sus cosas. No quería, pero Emin insistió tanto, que tuvo que pasar a lavarse y aceptar un whisky. Dino le agradeció. Mientras se despedían, Dino pensó que no era un lugar tan horrible, al fin y al cabo. Pero al irse, en el instante mismo en que cerraba la puerta, oyó al cliente que, con cierto amaneramiento en la voz, le pedía que no se olvidara la piedra.

A la cuadra se cruzó con el del perro, que le preguntó en qué había quedado todo. Dino tuvo que contarle. El del perro también le contó cosas, por ejemplo, que, a pesar del pelo rubio, el otro no era alemán sino tunesino, que vivía en el barrio, que siempre pasaba por la Simrockstr. y que trabajaba en una obra en construcción. « Un árabe de mierda y, encima, rubio...» reflexionó « mi viejo hubiera aprovechado para ponerse a hablar de los vándalos y Belisario...»

El del perro estaba bastante exaltado. Le hizo saber que, en su lugar, no lo perdonaría. Debía encontrarlo a cualquier precio. No debía olvidarse, sin embargo, que se trataba de un loco peligroso. El dueño de la Kneipe le había contado que había querido agarrar un cuchillo de la cocina. Dino le agradeció de corazón los

²² - Esteee...bueno, eso es lo que él dice.

- Eso yo lo sé. Yo yo sé lo que dice. Todo de nuevo no, por favor!

- Eso depende de vos.

- De mí??

consejos, y luego le explicó que se había quedado sin batería y que también le agradecería - igual pensaba pagarle - si le prestaba el celular un minuto.

Marcó el número de Dirk. Apenas reconoció la voz de Dino, sin darle tiempo a nada y al mejor estilo Leah, se puso a decirle que había conocido a una chica hermosísima en el Rubinrot y que era probable que no volviera esa noche, pero que no se preocupara, que Lena estaba en lo de la madre, y que si tenía ganas, podía llevar a alguna amiga a la casa, con tal de que después dejaran todo limpio, y también que, para celebrar que había abierto una cuenta en Pascha - el edificio de putas más grande de Europa -, podían ir juntos el sábado, si quería.

Dino le dijo en español que se callara, que había tenido un accidente con una moto y que necesitaba ver a un médico urgente. Le pidió que por favor se comunicara con Astrid porque eso era mejor que ir al hospital y ser atendido por cualquiera. A Dirk le costó entender que no le estaba haciendo un chiste. Quedaron en que Dino volvería al departamento, donde pondría a cargar su celular, y que alrededor de las diez y media Dirk lo llamaría para avisarle lo que había arreglado.

Cuando Dino metió la mano en los bolsillos para pagar por la llamada, vió que los tenía vacíos. Debía proseguir la búsqueda en la Stammstr. El del perro se ofreció a ayudarlo.

Más o menos a mitad de cuadra, justo debajo de un Twingo azul, dieron con el pasaporte, la billetera - vacía - y algunas monedas. Dino intentó darle las monedas pero el del perro no quiso aceptarlas.

Después de enchufar el teléfono y desinfectarse, agarró la cámara y se sacó varias fotos en el espejo con una luz muy tenue y apenas mostrando la cara. Cuando terminó, guardó la cámara y prendió la ducha.

El pelo estaba lleno de pegotes repugnantes y deshacerlos fue difícil ya que le dolía ni bien se acercaba el peine. De haber tenido rulos, hubiera sido peor.

Salió del baño, miró el reloj y vió que eran las once, puso el agua para el té. Al recostarse en el sofá, se durmió en el acto.

FEBRERO

Unos obreros que trabajaban en la calle se encargaron de despertarlo a las tres horas. Aunque se pasó el resto del día con los tapones puestos, siguió escuchando el taladro como si los tuviera metidos en el living, y fue recién a las cinco, cuando pararon, que pudo recuperar algo de sueño. A las ocho, sin embargo, estaba levantado de nuevo. El chichón se había hecho más grande, el dolor del pie, más intenso. También habían aparecido unas puntadas en la cabeza y una especie de hormigueo que consideró síntoma indudable de su desintegración encefálica. Entre las ocho y las nueve se bañó, comió rápido unos fideos medio quemados, serruchó una escoba vieja, y, con los palos trabados en el asiento de atrás de la bicicleta y un cuchillo de cocina en el bolsillo, salió, a pesar del frío y la lluvia, a dar vueltas por Ehrenfeld.

Volvió alrededor de las doce. En la mesa de la cocina había un montón de bolsas de supermercado y una nota de Dirk de dos carillas - Dino no entendía por qué no lo llamaba si tanto tenía para contarle - contándole que volvía a Hamburgo para cubrir al director de fotografía del documental sobre Los Beatles, pues el tipo se había caído de una escalera y había tenido que ser internado de urgencia, tras lo cual pasó a explicarle que Astrid no podría atenderlo ya que también estaba de viaje, y, por último, a pedirle que guardara todo en la heladera.

Durmió dieciséis horas.

Al despertar, sus dolores volvieron. Se deprimió. En el transcurso del día se fue deprimiendo cada vez más. A la tarde se sintió tan mal que le pareció que nunca más iba a tener ganas de salir a la calle o de saber nada más del mundo exterior. Sin embargo, no estaba lo suficientemente deprimido como para olvidarse de avisar a Lageman y a la secretaria del Instituto que suspendía las clases del miércoles, jueves y viernes. Les dijo que era por culpa de una gripe.

El viernes, mientras se lavaba los dientes, al querer levantar la toalla, calculó mal la distancia y se dió la frente contra el lavatorio. El hormigueo empeoró.

Había algunos pacientes pero el trámite en la recepción de la guardia del Sankt Franziskus no duró casi nada y enseguida pudo pasar. Lo atendió un médico joven. A Dino le pareció que muchas ganas de trabajar el hombre no tenía, porque a los cinco minutos ya lo estaba acompañando a la puerta. Dino se negaba a irse así nomás, sobre todo desde el momento en que lo suyo podía ser algo grave. Se lo dijo. También le dijo que si los de afuera tenían que esperar, que esperaran, que no se iban a morir. Aunque el médico puso caras, lo que menos quería era un escándalo, así que accedió a revisarlo de nuevo. También a hacerle una orden para el neurólogo y un certificado para el Instituto.

A los dos días estaba viendo a un neurólogo viejo y con barba parecido a Freud que, después de escuchar la historia de cómo se había caído de la bicicleta y golpeado contra el cordón, se dedicó a mirar la herida, lo cual, pese al cuidado que

se tomó, le llevó menos tiempo que al de la guardia. Antes de despedirse, le informó que tenía que derivarlo a un cirujano porque iba a ser imposible hacer los estudios si no pasaba por el cirujano primero. Como éste atendía toda la tarde, le dijo que aprovechara y viera si podían darle un turno. Dino bajó resignado a la recepción. Le dieron un sobretorno y lo mandaron a un consultorio del segundo piso. Tras llenar una planilla, se sentó a esperar. Eran las dos menos cuarto. Trataba de poner orden en su mente. En el instante en que agarró la bicicleta para subirse, vió al otro que volvía. Vaya a saber por qué - quizás fue por su cabeza baja o por sus ojos llorosos o por sus manos en la espalda, como un jugador de fútbol que se acerca al referí - la cuestión fue que creyó que venía a disculparse. Hasta sintió un poco de vergüenza por el espectáculo que estaban dando: era patético que se hicieran mala sangre por una estupidez como ésa. « Aparte, de última somos todos hermanos...la gente no tiene por qué ser tan mala » pensó al ver al otro ofreciéndole la mano. Lo que le llamaba un poco la atención es que no fuese la derecha. De repente vió algo en sus ojos que lo puso en guardia y que lo llevó a agarrar al otro con los dos brazos y a encajarle un tremendo rodillazo en la entrepierna. El otro soltó la piedra y cayó. Dino le pateó enseguida la cabeza. Se la pateó como si fuera una pelota. Trataba de poner orden en su mente. En el instante en que agarró la bicicleta para subirse, vió al otro que volvía. Vaya a saber por qué - quizás fue por su cabeza baja o por sus ojos llorosos o por sus manos en la espalda, como un jugador de fútbol que se acerca al referí - la cuestión fue que creyó que venía a disculparse. Hasta sintió un poco de vergüenza por el espectáculo que estaban dando: era patético que se hicieran mala sangre por una estupidez como ésa. « Aparte, de última somos todos hermanos...la gente no tiene por qué ser tan mala » pensó al ver al otro ofreciéndole la mano. Lo que le llamaba un poco la atención es que no fuese la derecha. De repente no entendió nada más. No entendió por qué la cabeza se le sacudía con semejante violencia. Primero creyó que era un terremoto. El gusto metálico en la nariz y la lluvia caliente en la cabeza pronto le hicieron ver que se trataba de otra cosa.

Entonces, mientras se ponía a gritar con una voz irreconocible: « Ich bringe dich um, ich bringe dich um!!! »²³, agarró la piedra tirada y se puso a correr largando espuma por la boca, asustando a un ciruja que caminaba por ahí y a un gato negro que dormía tranquilo bajo un coche, sin importarle que las monedas, la billetera, el pasaporte y las llaves se cayeran de los bolsillos. Hizo una cuadra, dos, tres. A la cuarta, en el preciso instante en que el otro alcanzaba la Körnerstr., lanzó la piedra y le dió de lleno en la espalda. Dino se acercó, recuperó la piedra. Había llegado a un punto de no retorno, a algo irreversible, lo sabía. Lo que menos le molestó fue que el otro no pudiera defenderse cuando comenzó a triturar su cráneo. A las tres volvió a escuchar la voz de autómeta de la secretaria llamándolo por el apellido.

Tras echarle una ojeada a la planilla, el cirujano le sonrió y se puso a hablar de la selección argentina y de lo mucho que le gustaba su forma de jugar. A continuación se calzó los guantes y lo examinó. De acuerdo a lo que podía ver, la herida estaba medio infectada y no quedaba más que abrirla, desinfectarla y darle un par de puntos, lo que no llevaría más de media hora. Dino le dijo que no había problema, que siguiera. El médico le aplicó una inyección, luego estuvo revolviéndole el pelo y manipulándole la cabeza por espacio de unos cuarenta y cinco minutos. Finalmente dió por concluída la intervención; su cara lucía más radiante que al principio; estaba muy satisfecho por lo bien que lo había dejado. Enseguida le recetó unos

²³ ¡¡¡Te mato, te mato!!!

calmantes. Dino le dió a entender que prefería ahorrar y seguir con los que ya tenía, pero el médico sacudió la cabeza y le aseguró, riéndose, que aquéllos no iban a hacerle ningún efecto.

Pese a que cuando se cruzó a la farmacia de la esquina para comprar los calmantes nuevos y escuchó el precio, estuvo a punto de empezar a las puteadas porque veía que no le alcanzaba, pronto fue capaz de ver las cosas desde otra óptica e incluso de alegrarse pensando que ésa era la oportunidad para cortarla con los químicos, ya que de seguir así, es decir, de seguir empastillándose como lo estaba haciendo, iba a terminar seguro como un zombi o envenenándose. Apenas salió de la farmacia, hizo un bollo con la receta y la tiró.

Recién a las cuatro de la mañana supo que se había equivocado en forma. El dolor era tan fuerte que le parecía que le estaban clavando un clavo en el cerebro. El hormigueo era una sensación agradable, casi un masaje en comparación. Salió. Luego de buscar y buscar, encontró una farmacia de turno en la que, a pesar de sus ruegos, se negaron a venderle sin receta. Desesperado, regresó a la farmacia del hospital. Se encontraba cerrada, por supuesto. Pero eso no le importaba, lo que le importaba era que la receta aún estuviera en el tacho de basura. No estaba. Aguantó toda la noche, no supo bien cómo. Apenas se hizo de día, llamó al hospital. El cirujano recién venía a las doce.

A las doce en punto, Dino ya estaba entrando al consultorio. Por lo que había averiguado abajo, el cirujano acababa de llegar. Pacientes, en cambio, no había ninguno todavía. No obstante todas las explicaciones que le dió a la secretaria, ella no paraba de repetirle que ése no era el modo de trabajar de ellos, que si quería otra receta, debía volver a sacar un turno, y que el doctor era muy claro y estricto al respecto. Dino no daba el brazo a torcer; terminó por convencerla de que fuera a preguntarle si podía hacer una pequeña excepción considerando la urgencia del caso.

Se quedó esperando parado. Podía reconocer las voces detrás de la puerta. El cirujano hablaba bastante más fuerte. Decía que no tenía tiempo ahora y que si quería más recetas, que viniera otro día. En el momento en que escuchó eso, Dino se enojó, abrió la puerta y los tres se pusieron a discutir. La secretaria fue quien puso punto final a la discusión y lo hizo acercándose al teléfono y amenazando con llamar a Seguridad.

Dino volvió más tarde. Iba a sorprenderlo cuando saliera. Esperó un ratito. Sabía que saldría entre las seis y cinco, y las seis y cuarto. Sin secretaria ni Seguridad de por medio, sería fácil molerlo a palos. Se puso a leer el diario en la puerta pero, de golpe, y sin causa aparente, se dió cuenta de que todo era una locura y decidió irse a comprar más calmantes viejos. En su casa ya vería cómo mezclarlos con café y aspirinas.

Por más que creyera ver al tunesino en la calle, en un kiosco, en la biblioteca, en el subte, y se lo confundiera con gente que ni siquiera se le parecía, esos traspies no lograban quitarle las ganas de proseguir con su búsqueda. Sin embargo, cada vez le resultaba más difícil sacarse la sensación de que la tierra se lo había tragado.

Peter estaba jugando con el azucarero de vidrio. En un momento lo llevó al borde de la mesa y le preguntó qué pasaría si seguía. Dino le dijo que iba a ayudarlo a resolver el enigma: se caería. Peter le preguntó qué quería decir *caerse*. Dino se rió, le dijo que *caerse* era irse para abajo. Peter se restregó los ojos y le preguntó si no era posible plantear la existencia de un mundo en donde las leyes de la física y hasta de la lógica dejaran de aplicarse, y el azucarero se cayera para arriba o saliera volando para un costado o se evaporara o se convirtiera en una flor. Le aclaró que lo que decía no era nada nuevo, que ya varios se habían ocupado antes del tema. Se aclaró la garganta y volvió a mirar el azucarero. Así como existía nuestro mundo y otros mundos como el nuestro, también podía haber otros con otras leyes. La existencia de tantos mundos distintos podría entonces explicarse recurriendo a una especie de *Überwelt* platónico, un mundo por encima de todos los mundos por medio del cual cada mundo - y, desde ya, la cadena de efectos que se activaba al empujar un azucarero - estuviese determinado de antemano. Aunque no sabía explicar muy bien cómo, esto se hallaba en relación directa con lo que ocurría cuando alguien decía *Buch*. Decir *Buch* implicaba pensar en algo más o menos vago, más o menos concreto, en algo definible individual y socialmente. Así como la idea de *Buch* podía establecerse como aquello que diferenciaba la idea de Peter de la de Dino, también podía considerársela como eso que había en común entre ellas. Según Peter, las cosas no se agotaban ahí, y la naturaleza socioindividual de las ideas era sólo la manifestación de una que estaba por encima del objeto, una idea que sobrevolaba al libro y lo definía, una anterior y externa que para nada se limitaba al mero promedio del conjunto de las ideas individuales y sociales existentes. Del mismo modo que no podía decirse que esta dimensión se diera sólo por el hecho de que la idea de *Buch* que Peter y Dino tenían fuera parecida y distinta a la vez, podía asimismo decirse que el ejemplar de tal libro de tal autor de tal edición que Peter tenía, era parecido y distinto a otro ejemplar del mismo libro del mismo autor de la misma edición que otra persona tuviera. Era evidente que estos ejemplares - estos dos o los miles de ejemplares que se habían impreso - no eran idénticos. Y si alguien decía *Buch* y pensaba en una pelota de básquet, eso resultaba menos un argumento contra su teoría que un indicio de que la persona hablaba otro idioma o estaba mal de la cabeza.

Lo que Dino todavía no había logrado entender era qué tenía que ver el devaneo anterior con el carácter necesario de su mundo lleno de mundos. De todos modos, semejantes planteos le parecían un delirio y cuanto más conocía a Peter, más se convencía de que todo era una pose que se explicaba menos por haber cursado un semestre en Freiburg, que por su deseo de demostrar que se podía ser artista contemporáneo y, aun así, tener algo en la cabeza. Así que, en el estado lastimoso en que su propia cabeza estaba, no podía no considerar todo eso muy irritante.

Sea como fuera, lo cierto es que Peter puso punto final a lo anterior y se puso a hablar de los dolores. Según él, los dolores del cuerpo no se comparaban con los del alma: los del alma eran mucho peores. Cualquiera sabía que había personas y animales que se deprimían de semejante manera que se terminaban muriendo. Dino le contestó que le costaba concebir un dolor imaginario que tuviera la fuerza de un dolor real. Peter le aseguró que que el dolor no fuera físico no quería decir que no fuera real. Dino le dió la razón porque no quería ponerse a discutir, pero para él era al revés y, por más grave que fuera una depresión, no podía tener comparación con algo físico, ni siquiera con un dolor de muela.

Si de joven tenía que sufrir lo que sufría ahora, ni quería saber lo que le esperaba de viejo; de ahí a pensar que la solución era no llegar a viejo, sólo mediaba un paso. Había visitado el Dom una sola vez, a la semana de haber pisado Colonia. Había sido con una visita guiada. A pesar de que había pasado bastante tiempo desde entonces, se acordaba muy bien de la escalera en espiral de la única torre a la que se podía subir, de las ventanas finitas como ranuras cada diez metros, de los turistas pululando por todas partes, de cómo al llegar arriba de todo, salía a una terraza protegida por una baranda con una extensión de alambre tejido de más o menos un metro de ancho, y de la especie de alero bajo el que se asomaban las gárgolas, y del Rhin serpenteando bajo los puentes, entre las casas y las fábricas, y luego alejándose hasta perderse en la bruma, y también del guarda, un viejito con uniforme azul, que poco y nada iba a poder hacer si a él se le ocurría treparse a la baranda y saltar.

Pero este plan no lo convencía demasiado, como quedó en evidencia el día en que, en vez de subir al Dom, decidió viajar a Paris.

Al pasar delante de una agencia, una tal Rainbow Tours en Mediapark, descubrió el cartel anunciando una promoción increíble por lo poco que costaba y que incluía pasaje, alojamiento y pensión completa. Esa misma noche fue a pedirle plata a Peter.

A la semana se hallaba sentado en un micro con su mochila de cuero, su Nikon digital - la Cannon hacía rato que la tenía archivada con los rollos -, una muda de ropa de invierno y los calmantes. Llegaban el viernes temprano y se quedaban hasta el domingo a la noche. Que tuviese que faltar al Instituto un día, no le preocupaba mucho.

Sus compañeros de viaje eran todos gente mayor, menos tres parejas con niños, el chofer y la guía, que en los folletos figuraba como Hannelore pero a la que todos le decían Hanni. Era muy simpática. Era tan simpática que él no paraba de llamarla para hacerle preguntas. Así fue, por lo menos, hasta que se dió cuenta de que era la novia del chofer.

Cuando los ubicaron en dos hoteles distintos, y le tocó ir al más viejo, eso no le molestó en absoluto. Lo que sí le molestó fue que el cuarto doble que le habían asignado, tuviese que compartirlo con otra persona del tour. Pero al final, nunca supo bien el motivo, esta persona no apareció y pudo quedarse solo.

Cuando se reunieron para el primer recorrido, fue a hablar con Hanni para que le diera permiso para no tener que hacer el recorrido por Montmartre y la Torre Eiffel y poder irse al Louvre directamente. De hecho quería pasarse los tres días en el Louvre. A ella le pareció rarísimo pero le dijo que no había problema.

Lo que más le llamó la atención fue que los visitantes pudieran sacar todas las fotos que quisieran, incluso con flash y que, al ir a preguntar a uno de los guardas, éste le dijera que las pinturas habían sido tratadas con un barniz protector y que con eso alcanzaba. La única excepción era la Gioconda, siempre detrás de su cristal y de un mundo de gente. Había intentado verla de cerca, pero cada vez que iba parecía estar más alejado que antes. Para resolver el problema, se le ocurrió hacer algo diferente el segundo día, así que apenas abrieron, ya estaba ahí sacando su entrada. Valiéndose del plano, hizo el camino más directo y entonces llegó a la cara sonriente antes que nadie. No obstante eso, como pronto apareció un hombre con

un niño, que se puso a copiarla con birome en un cuaderno rayado, y luego, un malón de turistas asiáticos, su felicidad contemplativa duró unos minutos apenas. Estar ahí le hizo olvidar un poco el lugar de donde venía, lo llevó a pensar en otras cosas, por ejemplo, en lo mucho que le hubiera gustado dedicarse a la pintura y la escultura. Sin embargo, él no era como Peter, sabía que no tenía talento, y que si lo intentaba, terminaría convirtiéndose en lo que más odiaba: en esa clase de inútiles arrogantes narcisistas de cuarta de mierda que, ignorando para qué servía el óleo o el mármol, creían que esa cosa amorfa y sin nombre con la que se daban corte, se llamaba arte. No, la verdad que prefería seguir donde estaba. Cada día sacaba tantas pero tantas fotos que siempre terminaba con la memoria llena. Como el pendrive no se había inventado todavía y CDs no había traído, al término de la jornada iba a un ciber y guardaba las mejores en el mail. La parte desagradable de las visitas fue el pie. Más allá de los calmantes y los descansos que se tomaba para ir el baño y ponerlo bajo el chorro de agua fría, era una tortura constante. Regresó el lunes a las ocho, y del Hauptbahnhof fue directamente al Instituto. Tomó la clase y después trabajó toda la tarde.

Debido a que el jueves tenía asignado un alumno nuevo en Sülz, salió antes. El tren no tardó nada, de manera que, al llegar, se encontró con que era demasiado temprano y con que tenía que hacer tiempo. Seguramente hubiera ido al kiosco de la estación, prendido un cigarrillo, leído titulares y mirado las fotos previsibles de modelos aceitadas y a punto de romperse la espalda de tanto arquearse, y las de soldados israelíes y/o americanos asomando entre escombros y pedazos de palestinos y/o iraquíes chamuscados, pero no fue el caso, ya que, apenas levantó la vista, vió a Christiane. Se subió a la bicicleta y la alcanzó antes de que llegara a la esquina. No podía creerlo pero volvían a estar en la misma esquina.

- Ich kenne dich.
- ...Jawohl. Ich dich auch!
- Na klar. Du bist das mädechen, die mir eine falsche telefonnummer gegeben hat ¿oder?
- Wie bitte?
- Christiane, die, dass mir eine falsche nummer gegeben hat.
- Mensch, was sagst du ? Ich habe dir keine falsche Nummer gegeben.
- Doch
- Was meinst du? Wieso?
- Keine ahnung. Warscheinlich hattest du nicht viel lust, mir widerzusehen.
- Ach, du lieber Gott! Habe ich so etwas getan?
- Ja
- Echt? Hmm, das ist aber blöd! Ich weiß wirklich nicht, warum ich dir ja nicht direkt meine Handynummer gegeben habe... Damals war ich gerade hier eingezogen und hatte die Nummer noch nicht im Kopf...Was für eine dumme Kuh! Ich weiß, dass das ein bisschen merkwürdig klingen mag, aber das ist so passiert. Ich schwöre bei Gott.
- Ich glaube dich
- Sag mal deine Nummer. Nee, nicht deine, die falsche, meine ich.
- Warte mal. Hier habe ich es. Das ist die null zwei zwei eins sieben eins sex funf null neun zwei.
- Ähm, nein. Es ist die null zwei zwei eins sieben eins fünf sechs null neun zwei.
- Sicher?

- Ja, sicher
- Bist du ganz sicher, dass ich dir anrufen soll? ²⁴

Decir que no le dolía más nada era exagerar un poco. Así y todo, desde ese momento, el dolor le importó muy poco. Unas horas más tarde, tirado en la cama, sintió que sus pensamientos no estaban orbitando alrededor del agujero negro habitual, que no se tropezaban unos con otros como siempre, que parecían tomar otra dirección. El aire era nuevo, tenía un perfume nuevo, una especie de olor a menta, había algo que le permitía respirar profundo, algo que iba quitándole el peso de encima, esa maldita carga que lo doblaba. Esa noche durmió bien.

Desde el instante en que entró al locutorio y agarró el teléfono, supo que la encontraría. Hablaron casi una hora - apenas le importó lo que después tuvo que pagar - y hablaron de todo, del tiempo, de lo que habían estado haciendo durante el día, de Colonia, de la música que escuchaban, de Buenos Aires, de los libros que leían, de la Facultad, de las películas que habían visto, del Instituto. Ella estaba por contarle algo gracioso de un profesor, cuando él la interrumpió para confesarle que nunca había conocido a nadie con los dientes tan blancos. Medio en serio, medio en broma, le preguntó cuántos blanqueamientos se había hecho hasta la fecha. Ella negó ofendida haberse hecho jamás un blanqueamiento; lo que sí admitió fue que se cepillaba tres veces diarias e iba al dentista una vez por mes - su hermano era dentista, de modo que tenía que aprovechar. También que se cepillaba con una crema especial y un cepillo eléctrico. El cepillo eléctrico hacía que la limpieza fuera más agradable y efectiva. Ella quiso saber si alguna vez había probado. El le dijo que no.

Ella le pidió un minuto y se alejó del tubo. Enseguida le hizo escuchar algo raro del otro lado. Tenía el cepillo en la boca. Se rieron. Después, ella le contó que su padre también había sido dentista pero que ya había muerto. Hacía años que había muerto. Le había agarrado cáncer cuando tenía catorce. Su hermana Anna, en cambio, era médica. Con ella se llevaba mejor que con Thomas, el hermano. Por más que en el fondo fuera un buen tipo, no podía estar mucho con él sin terminar

²⁴ - Yo a vos te conozco.

- ...Sí, seguro ¡Yo a vos también!
- Claro, vos sos la Chieca que me dió un Número falso, no?
- ¿Cómo?
- Christiane, la que me dió un Número falso.
- ¿Qué me estás diciendo, che? Yo no te dí un número falso
- Sí.
- ¿Qué querés decir? ¿Por qué?
- Ni idea. Proablemente porque no tenías muchas ganas de volber a verme.
- ¡Ah, Dios mío! ¿Yo hice eso?
- Sí.
- ¿En serio? Mmm ¡Qué cagada! En realidad no sé por qué no te dí mi celular directamente...me acababa de mudar y no me había aprendido el número todavía...¡Qué boluda! Ya sé que suena un poco raro pero es lo que pasó. Te juro por Dios.
- Ti creo.
- Decime tu número. No, no el tuyo, el falso quiero decir.
- Esperá. Acá lo tengo: es el cero, dos, dos, uno, siete, uno, sei, cimco, cero, nueve, dos.
- Estee, no. Es el cero, dos, dos, uno, siete, uno, cinco, seis, cero, nueve, dos.
- Segura?
- Sí, segura.
- Estás completamente segura de que querés que ti llame?

discutiendo. Lo único que le interesaba era la plata. La madre era igual y además vivía quejándose. Su hermana vivía en Huyesen y casi nunca venía a Colonia, pero ella siempre iba a verla. De hecho, esa misma mañana la había llamado para que fuera unos días. Vivía en una casa de dos pisos con jardín y pileta. Con su pareja.

- Abla Espaniol como tu.
- Mira vos...¿Y de dónde es él?
- De España. Pero no es *el*. Se llama Micaela.
- Ah.

Al percibir su incomodidad, ella soltó una carcajada:

- No te preocupes: son Gustos de ella. Yo de veras no los comparto.

Se encontraron en el Café Storch. Era un lugar chico pero lindo. Lo conocía de haber ido una vez con Irina. Había sido en ocasión de un recital de poesía, al que un amigo de ella, un ruso alemán que escribía, los había invitado, y en el no podía decir que no se hubiera aburrido. Pero en esta oportunidad, todo era distinto; por ahí era simplemente porque estaba bien acompañado.

Hacía tres horas que nevaba. Era poco frecuente. En general, nevaba poco y nada en Colonia.

- En serio que nunca probaste?
- ¿Qué cosa?
- El Cepiio, naturalmente.
- No, por suerte no.
- Como por Suerte no, du, meine Güte? ²⁵
- Y... no.
- Ai, a mi me encanta meterse Cosas en la Boca.

Se había puesto a aprender español en la secundaria y, aunque hubiese sido sólo lo básico, se entusiasmó tanto que después de arduas negociaciones con la madre, pudo anotarse en un curso de verano en Málaga. A partir de entonces, viajó tres veranos seguidos. Pero eso no fue más que el comienzo, ya que antes de arrancar con la universidad, decidió tomarse un año para conocer Latinoamérica. Pese a que a Dino no le quedó muy claro si a su novio de entonces no lo quiso llevar o si él mismo no quiso ir, la cuestión es que fue sola. Voló a Méjico, y de ahí bajó de a poco en dirección a Perú.

- Fue una Experiencia unica, un Viaje en todo sentido
- ¿Qué querés decir?
- Áhhhh...bueno, tu sabes. No quiero que te formes una Imagen equivocada de mi pero en Macchu Pichu, me hicieron probar, me dieron unas Cosas con Ongos. Yo no podía decir que no, todo el Mundo probaba.... Pero te aclaro que yo no e consumido eso nunca desde entonces.
- No te ataques. Yo también tuve una época parecida. Igual, vos estás mejor ahora: yo fumo, vos no.
- Yo fumo a veces.

De las sustancias tóxicas pasaron a la biografía de Dino. Le dijo que no había hecho gran cosa, simplemente había estudiado fotografía en Avellaneda y California, que había conocido a Dirk en el campus, y que después él lo había invitado a conocer Alemania. Había aceptado por curiosidad más que nada pero también porque así podría visitar a su hermano de Marburg. Sin embargo, por más que parezca mentira, todavía no se habían visto.

²⁵ ¡Mamita querida!

Luego le dijo que quería hacer fotos de ella. Lo antes posible. Ella se puso colorada.

A las diez y media empezaba *What's the time, Mr. Wolf?* La Filmpalette quedaba en Hansaring y en bicicleta llegarían rapidísimo. El apuro no valió la pena, pues apenas entraron, vieron un papel amarillo sobre el cartel: la película se había suspendido por un problema técnico y, en su lugar, proyectarían el *Othello* de Orson Welles. Aun cuando Dino recibió la noticia con entusiasmo, no tardó en decepcionarse. Había visto *El Proceso* muchas veces pero esto le pareció un verdadero bodrio, a tal punto, que no le cabía la menor duda de que, de haber estado solo, se levantaba y se iba. Si se contuvo era porque planeaba besarla. El plan, sin embargo, no llegó a concretarse. Menos por timidez o torpeza, que por advertir lo concentrada que ella estaba con la película. Más frustración se sumó cuando, al despedirse, ella le dijo que había adelantado el viaje a lo de la hermana y no iba a estar en Colonia los próximos días.

- Um den Karneval hier zu feiern, muss man sich verkleiden. Das ist die erste Bedingung²⁶ - sentenció Peter sorbiendo la Kölsch y sacudiendo las trenzas rubias pegadas a su casco de vikingo. Claire, por su parte, se mostraba muy feliz con la peluca de tres pisos y se reía con cada cosa que Peter decía. Recién al verla frente al espejo pasándose el lápiz labial por el cuello, entendió que no era la Pompadour como pensaba, sino la otra, la austríaca. Aunque alquilar los disfraces les había salido una pequeña fortuna, no les importaba, pues, al igual que tantos otros, estaban convencidos de que el carnaval lo valía.

En cuanto a él, y a pesar de que se arreglaba bastante bien con la nariz de payaso que había conseguido en un negocio cerca del Instituto, la presión de Claire y Peter fue tan grande que no tuvo más remedio que aceptar la ayuda de Claire, quien, con lo que quedaba de un traje viejo de Papá Noel de Peter y su propia caja de maquillaje, lo *mejoró*. Si bien esperaba algo ridículo, la combinación de la ropa de calle y la nariz roja con la barba blanca, el gorro con pompón, el talco en la cara y los labios pintados, superaba por lejos cualquier expectativa.

En Hildebrand's se encontraron con los amigos belgas de Peter; no habían perdido el tiempo y ya se encontraban bailando. Pese a que la música carnavalesca resultaba insoportable y que ni con los tapones puestos dejaba de molestarle, Dino se sintió más aliviado cuando Peter le presentó a Marie, una amiga de Claire que acababa de mudarse a Colonia. Marie era Gatúbela y llevaba puesto un antifaz, una mini y una campera con tachas. Hablaron en francés, pero Dino más con sonrisas que con palabras. En el momento en que estaban yendo a la barra, su celular comenzó a vibrar. Pidió un Mojito para ella y una Kölsch para él, y fue al baño a ver quién era. Dino estaba confundido y sorprendido por el mensaje: no esperaba a Christiane antes del sábado. Ahora ella le preguntaba si no quería que se vieran en Chlodwigplatz en una hora. Cuando iba a responderle, vió que no tenía más crédito. Como Peter tampoco, acabó por pedirle el celular a Marie.

Las botellas rotas volvían a tapizar la ciudad y, salvo que quisiera terminar en llanta, tenía que ir despacio y mirar bien por dónde agarraba. Lo que hubiera hecho en cuarenta y cinco minutos, le llevó más de una hora.

²⁶ Acá, para festejar el carnaval, hay que disfrazarse. Esa es la condición número uno.

A pesar de que Christiane parecía haberse puesto lo primero que encontró, y de que la brillantina en las mejillas y el cinturón de plástico con estrellitas de arbolito de Navidad le daban un toque poco sofisticado e incluso medio tonto, a él le pareció más linda que cualquier gatúbela. Ella también parecía muy contenta de verlo. Lo besó en la mejilla. Luego, sin perder un minuto, pasó a presentarles a Andreas, Markus y otros tres de los que enseguida él se olvidó el nombre, y una morocha bajita, Nadine, y una flaca alta con el pelo hasta el hombro, Erica.

Hubiera preferido estar con Christiane a solas y le molestaba que después de todos esos días, el reencuentro fuera en medio de tantos desconocidos que, encima, ni se tomaban la molestia de ponerse algo que no fuera una peluca o cualquier cosa medio colorinche. En él y en ella lo aceptaba, en ellos, no. Según lo que ella le fue contando, todos estudiaban Medicina, menos Andreas y Nadine que venían de Odontología. Nadine, además, había empezado la carrera en París.

- Aha ¿kommst du aus Frankreich? ²⁷ - preguntó Dino con interés.

- Nein, aus Tunesien. ²⁸

Debido a la oscuridad, nadie notó la cara que puso.

Cuando la batucada de negros brasileros dió por concluído el show, el grupo se puso en marcha hacia la estación. Como ahí vieron que los trenes estaban que rebalsaban, y que no había forma de subir, optaron por seguir hasta la Zülpicherstr. caminando, excepto él, que ni loco se bajaba de la bicicleta.

Llegaron enseguida. Lo primero *gracioso* que vieron fue un barbudo con una enredadera en la cabeza a la manera de un emperador, usando su capa, de frazada, el pavimento, de cama y el cordón, de almohada. Los bares se encontraban tan repletos como los trenes, lo que no impedía que - pese a haber gente que se rebelaban contra el estado de las cosas y preferían hacer rancho en la calle, sentarse, y ponerse a cantar y a tomar como si estuvieran en un fogón - la mayoría quisiera entrar en alguno y entonces se pusiera en alguna cola. Andreas tuvo una idea: ya que eran varios, podían sacar ventaja y dividirse y hacer cuatro filas distintas. Fue una buena idea.

Stiefel era un lugar ensordecedor pero, para consuelo de Dino, uno de los pocos en toda la ciudad, donde no había que estar escuchando un Schlager tras otro. Atravesaron el amontonamiento como pudieron hasta lograr ubicarse detrás de un parlante. Por más que no hubiera mesas ni taburetes, y todos ya se hubieran mentalizado de que iban a estar parados un buen rato, no les importaba, siempre y cuando tuvieran suficiente cerveza, lo cual evidentemente no iba a resultar un problema, ya que corría más alcohol en Stiefel que agua en el Rhin. Andreas y Markus fueron a la barra en el acto. El calor no se aguantaba y la temperatura parecía estar subiendo a cada minuto. Dino guardó en la mochila lo que a esa altura le quedaba del disfraz y, como el volumen también aumentaba, volvió a recurrir a los tapones, procurando que la gorra los mantuviera ocultos, pues sabía muy bien que no había nada menos cool que ponerse tapones. El ruido parecía molestarlo sólo a él y todos hablaban sin parar, sobre todo uno de los amigos de Christiane, el más alto, que se le había acercado para contarle chistes que, de haber Dino escuchado, tampoco hubiera entendido. Lo único a que atinaba era a sonreírle más o menos boludamente, y a decirle *ja* o *nein* cada tanto, hasta que, al ver Andreas y Markus acercándose con las Kölsch, aprovechó para alejarse de su compañía y acercarse a Christiane, que a todo esto charlaba muy divertida con sus amigas, y, sin prólogo de ningún tipo, le preguntó si antes que la cerveza no

²⁷ - Ah, ¿sos de Francia?

²⁸ - No, de Túnez.

prefería mejor un licor de cereza. Ella le dijo que sí, que el licor de cereza le encantaba.

A medida que avanzaban hacia la barra, más complicado se hacía mantenerse juntos en medio de ese mar de cabezas. Cuando por fin lograron llegar y que los atendieran, se ubicaron en una parte que estaba bastante más despejada, justo debajo de la escalera.

- Escucha esta Cancion que pasan. Io la amo.

- ¿Qué?

- Digo que es una Cancion demasiado buena.

- ¿Qué?

- La Cancion

- Ah, sí. La conozco ¿Cómo era que se llamaba?

- Sweet Dreams.

- ¿Cómo?

- Sweetdreams.

- Estás loca. No es Eurythmics ni ahí.

- I claro, si es de La Bou...- iba a explicar Christiane pero no pudo porque en ese instante alguien que pasaba empujó sin querer a Dino haciendo que se le derramara parte del trago sobre el pantalón de ella. Giró furioso tratando de ver quién había sido, pero entonces alguien la empujó haciendo que también le tirara el vaso encima. Ella le pidió perdón.

- No, perdón yo. Yo te mojé primero.

Eran las seis de la mañana ya y, mientras a Erica se le cerraban los ojos, Andreas iba a buscar más Jägermeister y Markus daba vueltas por ahí. Los demás se habían ido. Aunque las mesas seguían ocupadas, el local empezaba a vaciarse. Salieron a la calle más por despabilar a Erica que por pensar en volverse. No eran los únicos. A juzgar por el movimiento que aún se veía, a muchos les costaba aceptar que la noche había terminado. Dino y Christiane se apoyaron contra una ventana y siguieron besándose. Luego Erica salió y Christiane se puso a hablar con ella y a fumar. Dino quería que siguieran con los besos pero no se animó y tuvo que conformarse con prenderles el cigarrillo y quedarse mirándolas. Enseguida les dijo que no le parecía mal que un fotógrafo fumara, pero sí que fumaran ellas, que estudiaban Medicina y que tenían que dar el ejemplo. Christiane se rió dejando ver todos sus dientes y le explicó que no fumaba a menos que tomara y, con voz algo gangosa, pasó a contarle sobre la vez aquella que las dos habían tenido que hacer la disección del pulmón de un fumador crónico, pero también a justificarse diciendo que no eran perfectas, que algún vicio podían tener - volvió a reírse - y que era preferible uno chico a uno grande, como decía su hermana que, además de ser una gran médica y una excelente persona, también fumaba y mucho.

Markus apareció de golpe. Quería saber dónde estaba Andreas. Nadie sabía. Christiane dijo que suponía que en el baño. En eso, hubo una especie de alboroto y gente apurándose y, enseguida, un patrullero pasando por la Roonburgstr. Dino era el que más quería ir pero no insistió cuando vio que Christiane se ponía seria y les pedía que no fueran. De todos modos, él le dijo que se cruzaba un momentito a mirar la bicicleta, debido a que estaba corriéndose la voz de que había gente enferma pinchando gomas. Al volver, se encontró con alguien hablando con las chicas. Tenía más o menos su edad, el pelo largo y rubio, y un perfume a medio

camino entre la Kölsch y la Kölnischwasser. Les hablaba y les sonreía, sobre todo a Christiane. Dino no avanzó del todo; desde atrás, podía escuchar perfectamente.

- Also, liebe Ingrid, du sagst, dass du keine Ahnung hast, mit welcher Linie ich zum Alexanderplatz fahren muss, oder?

- Nee, ich weiß es nicht.

- Also, und deine Freundin?

- Nein, sie auch nicht.

- Wieso ist sie so unsympatisch? Wieso spricht sie nicht?

- Sie ist sehr sympatisch aber bedauerlicherweise ist sie stumm. Stumm wie ein Fisch.

- Stumm? Was soll das? Echt?

- Achh...das arme Kind hat einen Unfall gehabt, als es sehr klein war. Eigentlich handelte es sich nicht um einen Unfall sondern um etwas traurigeres, grausameres, schrecklicheres. Ihr Großonkel, ein ehemaliger SS-Offizier und ein echter Scheisskerl hat versucht, sie zu erwürgen. Er wurde kurz danach festgenommen, aber sie hat dadurch so ein schweres Trauma erlebt, dass sie seitdem unfähig war, ein Wort mehr zu sagen.

- Scheiss Nazis... Ich bin also Jude. Hätte ich ihn damals umbringen können... So schön und so unglücklich... Also...wenn es keine U-Bahn nach Alexanderplatz...

- Dann muss du einfach dorthin gehen. Du bist ziemlich weit weg aber Gehen ist sehr gesund.

- Na klar, also... möchtet ihr mitkommen? Wir können den Park durchqueren und auch den Sonnenaufgang bewundern. Wie sieht das aus?

- Nee, ich bin todmüde, ich gehe lieber schlafen.²⁹ - dijo Christiane imprevistamente. Le hizo una seña a Dino, que dió un paso al frente y enseguida la agarró de la cintura.

- Christiane, Christiane! Verdammt! Himmel Herr Gott Sakrament nochmal! Es gibt doch noch Wunder! Du kannst wieder sprechen... Wie ist es passiert? ³⁰ - exclamó Erica tirándose del pelo.

- Zu viel Bier, meiner Meinung nach.

- Du bist also nicht stumm....

- Ich bin nicht stumm. Ich bin allerdings stumm gewesen.

- Also, Mädels. Vielen Dank für die Auskunft. Ciao!

²⁹ - Bueno, querida Ingrid me decís que no tenés idea de cuál línea me deja en Alexanderplatz ¿no?

- No, no sé.

- Bueno ¿y tu amiga?

- No, ella tampoco.

- ¿Por qué tu amiga es tan antipática? ¿Por qué no habla?

- Es muy simpática pero por desgracia es muda. Más muda que la *h*.

- ¿Muda? ¿Cómo? ¿En serio?

- Ahhh...la pobre criatura tuvo un accidente cuando era muy chiquita. En realidad, no se trató de un accidente sino de algo mucho más triste, cruel y espantoso. Su tío abuelo, un ex-oficial de las SS y un verdadero forro, intentó ahorcarla. Lo metieron preso enseguida pero el trauma que experimentó fue tan severo que fue incapaz de decir una palabra desde entonces.

- Nazis de mierda. Bueno, yo soy judío. De haberlo podido matar en ese momento...Tan linda y tan desgraciada...Bueno...si no hay ningún subte a Alexanderplatz...

- Entonces tenés que ir caminando. Estás bastante lejos pero caminar es muy saludable.

- Claro, bueno... ¿tienes ganas de venir? Podemos cruzar el parque y también podemos ver el amanecer ¿Qué les parece?

- No, estoy muerta de cansancio, mejor me voy a acostar.

³⁰ - ¿Christiane, Christiane! ¡La puta madre! Dios y María Santísima! Existen los milagros todavía! Podés hablar otra vez...¿Cómo hiciste?

- Tschüss!

- Tschüss! Mach ´s gut und gute Reise!³¹

El recién llegado siguió caminando pero no había hecho ni media cuadra cuando pudo escucharse una carcajada general. La aparición de Andreas cortó el festejo. Había habido una riña a cuchillo a la vuelta y uno que se había metido para separar, había terminado con un tajo en el estómago. Esta vez Christiane no se opuso y todos salieron para allá pero al llegar sólo vieron una ambulancia alejándose. Volvieron a Stiefel.

Mientras Erica y Andreas seguían con la cerveza, Dino y Christiane se sentaron en el mismo lugar que antes y empezaron a besarse de nuevo. Al rato, Dino se paró, la agarró del pelo y, mirándola con los ojos muy abiertos, le dijo que tenía la mejor vista de la ciudad, y le aclaró que no se refería al cielo, que a todo esto ya se había puesto rosa. Christiane sacudió la cabeza, le dijo que estaba equivocado, que la mejor vista la tenía ella.

³¹ - Demasiada cerveza, me parece.

- No sos muda entonces....

- No soy muda. Sin embargo he sido muda.

- Bueno, chicas. Muchas gracias por la información ¡Ciao!

- ¡Chau!

- ¡Chau! ¡Que te vaya bien y buen viaje!

MARZO

Peter lo llamó antes de las doce; lo primero que le preguntó fue si lo había despertado pero Dino le contestó que no, que hacía rato que se había levantado y que ni siquiera estaba en su casa, sino en la plaza congelándose. Le explicó la causa: a eso de las siete Dirk había aparecido con otra mina. Por culpa del ruido que hicieron con la puerta, Dino se despertó enseguida. Pese a que hubiera querido no salir, pues eso implicaba ver sus caras desagradables, lo cierto es que tenía que ir al baño urgente. Pero al salir, se encontró con que no podía pasar al baño - estaba ocupado, estaban duchándose - de forma que se resignó a lavarse la cara y hacer pis en la pileta de la cocina. Luego se puso a preparar el café. Fue recién cuando lo colaba que, aparte de la ducha, escuchó los gemidos - apenas al principio, después, muy claramente. No sabía lo que otro hubiera hecho en su lugar, pero se le hizo difícil no sentir un poco de asco. Al salir al pasillo vió varias facturas tiradas: una era para él, del hospital.

Lo que más le molestaba no era haber estado chupando frío, sino haberles dejado el café. Siempre había pensado que el café de Claire era horrible pero, ahora, con todo el frío que tenía, le pareció riquísimo. Peter le dijo que no se afligiera y, después de pasarle la leche, otra magdalena, un cigarrillo y luego el cenicero, se levantó para despedirse de Claire que se iba al supermercado. Peter le dijo que lo había llamado porque quería saber si él tendría tiempo para ayudarle con unas fotos que necesitaba esa misma tarde. Esta vez no eran fotos de obra, sino fotos del carnaval, del desfile de carnaval de la Venloerstr. A medida que Peter le explicaba, Dino se fue dando cuenta de que el asunto tenían menos que ver con el carnaval que con una nueva serie de pinturas. Todo había comenzado dos semanas atrás, durante la inauguración de una retrospectiva de un artista reconocido y re conocido - en su opinión, re malo - que se llevaba a cabo en el Walraff-Richarz Museum y que estaba siendo publicitada en todos los medios de todas las formas posibles, y a la que había ido, no por haber sido invitado, ni por curiosidad, ni tampoco para ratificar lo que pensaba del artista - a saber, que era un boludo, ya que no había otra manera de calificar a un escultor que, en vez de ponerse a hacer escultura como la gente, prefería encerrarse con un coyote en una galería proclamando a los cuatro vientos que cualquiera era un artista, lo que, sin embargo, Peter podía entender si se definía a un artista como a un boludo con sombrero y con la cabeza quemada, que se encerraba con un coyote en una galería - sino para ver si conocía a alguna chica. Había mucha gente, pero pocas chicas. De hecho, sólo un par y bastante feas. Aprovechando la aparición de un actor de televisión, Peter se escapó, copa en mano, a la sala de atrás y de ahí, pasó a las otras. Para su asombro pudo recorrer el museo sin que ninguna alarma sonara ni ningún guardia apareciera. Era una buena oportunidad para echar una ojeada a las salas de Arte Medieval, por las que siempre había tenido la costumbre de pasar

de largo, y precisamente eso fue lo que hizo. Sin embargo, recorrió todas sin pararse delante de ningún cuadro. Es probable que entonces se hubiera convencido de que no había esperanza alguna de que el gótico le interesara, de no haberse sido porque, al final de la última sala, tropezó con Ursula y las Once Mil Vírgenes. La pintura le pareció tan buena, que fue incapaz de seguir. Se trataba de una tabla de uno ochenta por sesenta realizada a principios del siglo quince por un pintor anónimo, representando la llegada de las santas a Colonia y su martirio a manos de los hunos. Pese a ser eventos sucesivos, se mostraban de manera simultánea, como era el caso con otras obras. El fondo estaba formado por la muralla y los techos en punta de Colonia, y un cielo con estrellas doradas. La armonía de la composición no impedía una gran variedad de detalles macabros, como ser, mujeres arrastradas del pelo, arrojadas a los perros, empaladas etc.

Lo primero que Peter hizo al volver, fue encerrarse en el taller, agarrar un block y ponerse a bocetar *su* versión. Tenía tantas ideas que sentía que le rebalsaban. Así fue llenando varias hojas. Se sentía motivado y no era para menos, pues, aun cuando deseara mantenerse fiel a su línea de trabajo, ésta era su oportunidad para crear un espacio nuevo, un espacio que, de modo análogo al de un collage, surgiera de la yuxtaposición de distintas perspectivas y fuentes de luz. Con lo que encontró en Internet más la pila de libros que Claire le consiguió en unas bibliotecas, tenía material de sobra. Dino no terminaba de ver la relación de eso con el desfile. Peter sonrió, prendió otro cigarrillo. Le dijo que lo acompañara a la computadora. En *Favoritos* seleccionó un ícono, entró al sitio oficial del Drescherkarnevalverein y pasó a mostrarle un montón de fotos. Eran de las dos carrozas que habían desfilado en Aachen el año anterior, que seguramente también desfilarán esa tarde. La primera carroza, pintada de amarillo y dorado, estaba llena de niñas - Dino contó doce, todas vestidas igual que la Bella Durmiente y con unas aureolas hechas con alambre, menos una que hacía de Ursula y que tenía una corona y una aureola todavía más grande - y niños - contó veinticuatro, todos con túnicas y unas alas enormes. En la otra, en cambio, sólo podían verse hombres con pieles: los bárbaros. Dino opinó que parecían más bien cavernícolas, excepto uno que se encontraba disfrazado de chino y blandía un hacha de plástico como si fuera de verdad. Ambas carrozas habían sido adornadas con guirnaldas y paños de seda y terciopelo, y tenían cuatro estandartes con el logo de la asociación, que eran dos eses cruzadas, una vertical y otra horizontal, saliendo de las torres de carta pesta ubicadas en cada esquina. Recién cuando Peter le explicó que tenían que sacarles fotos para combinarlas después con tomas en estudio, es decir, tomas con la vecina del jardín haciendo de Ursula, y un coreano amigo de Günther haciendo de Atila y cada uno de los hunos, fue que Dino entendió por qué Peter había estado acondicionando el taller y pegando estrellitas de papel metalizado en las cortinas.

Lo pasaron a buscar a las tres en punto. Peter llevaba un traje de jeque y Claire, el de una valquiria. Dino se había vuelto a poner la nariz y la barba. El desfile era de dimensiones modestas y, aunque no había forma de que resistiera la comparación con el que se hacía el lunes, el Rosenmontag, ni por la calidad de los disfraces ni por el tamaño de las carrozas, nada impedía la presencia de un público numeroso. Peter lo ayudó a treparse a una salida de aire a unos metros del Gürtel. Claire parecía muy contenta de haberse cruzado con unas amigas. Estuvo arriba más de una hora. Nunca en su vida vio tantos payasos, tiroleses, vikingos, romeos, julietas, policías, indios, cowboys, sirvientas, bomberos, marcianos, astronautas, osos panda, futbolistas, enfermeros, mariachis y heavy

metals juntos. Al aparecer las Mariechen, sus tricornios y polleritas causaron tal revuelo, que la barrera formada por voluntarios vestidos de boy scouts se rompió en tres lugares distintos. En un momento, el ronroneo del celular le anunció un mensaje. Era Christiane. Le contaba que se había ido con Erica a Bonn y que se quedarían todo el día, pero que si quería, podían verse y ver juntos el Geisterzug a la noche.

De Ursula seguía sin haber rastro. Pedro estaba nervioso y se notaba, ya que cada tanto aparecía para darle charla empezando con algún comentario como « Es ist arschkalt, oder? »³² o « Geduld mit dem Bauernjazz! »³³ Cada tanto, también, llovían caramelos de las carrozas que la multitud enloquecida recibía gritando *Kamelle!* Cuando las pausas entre las carrozas se hacían demasiado largas y Peter no venía, Dino, a falta de algo mejor, se quedaba mirando al público. Pero eso lo entretuvo poco y nada comparado con lo que fue cuando se puso a mirar con el teleobjetivo, lo que le permitió ver a dos mujeres con las que había viajado el día anterior en el subte, a Claire sin sus amigas y con un cono de papas fritas, a un hombre leyendo a Cortázar en francés en un bar, a Peter detrás de una caja de luz hablando con unas chicas y...al tunesino. Dino quedó sumido en un estado de shock, se sentía mareado, el corazón le saltaba igual que un sapo.

Le costó que la cámara no se le cayera de las manos, le costó bajarse y abrirse paso hasta la bicicleta. Avanzó casi sin pedir permiso, consciente de que debía apurarse si no quería que se le escapara nuevamente. Esto le permitió alcanzar la parte menos concurrida antes que el otro; incluso logró tener algo de tiempo para agarrar una piedra de un cantero y metérsela en el bolsillo. Luego se quedó esperándolo, aparentando mirar una vidriera. No lo quería atacar enseguida, quería verlo de cerca. Sabía que se arriesgaba, que su barba no era una garantía, que el otro podía reconocerlo, pero no deseaba equivocarse de persona. Apenas vió la figura, con un disc-man y sin parar de mover la cabeza, reflejándose en la vidriera, supo que era él.

Apagó el celular. Avanzaron hasta que a las dos cuadras se quedaron solos. Le llamó la atención que no hubiera nadie. Era como si se volviese a repetir lo mismo de la vez anterior. Sin embargo, ahora era de día. Quizás estaban todos en el desfile. Pero no podía ser por eso, Ehrenfeld estaba lleno de turcos y los turcos no eran muy amigos del carnaval. Por ahí era simplemente porque era sábado y dormían la siesta. En cuanto a él, le daban ganas de quedarse en remera. Hacía frío pero la transpiración le corría por los brazos. A la altura de la Simrockstr. se bajó de la bicicleta, la puso sin hacer ruido sobre la vereda y, maravillándose de ser capaz de movimientos tan rápidos, lo atacó por la espalda.

Rodaron varios metros, como gatos. Se levantaron, se enredaron con la bicicleta, cayeron. Como Dino se recuperó antes, lo agarró del pelo y volvió a tirarlo. No obstante lo difícil que le estaba resultando, Dino buscaba inmovilizarlo para poder usar la piedra. El tunesino pareció ver lo que Dino tramaba. Haciendo más fuerza que antes, consiguió sacárselo de encima. No pudo evitar, sin embargo, tirar la cabeza para un costado y clavarse la punta del freno en el ojo.

Se quedó un rato retorciéndose despacio. No gritaba, boqueaba nada más. Dino permaneció congelado mirándolo. Cuando por fin fue capaz de reaccionar, recogió la barba y el gorro del piso, se subió a la bicicleta y pedaleó todo lo que le dieron las piernas.

³² Frío como el culo¿no?

³³ ¡Paciencia con el jazz de los campesinos (despectivo para la Volksmusik)!

A los cinco minutos, sin saber cómo, se encontró bajo un árbol, al lado del Fernsehturm. Así se quedó un rato largo en el pasto, no supo bien cuánto hasta que, una vez recuperado el aliento y con las manos ya sin temblarle, procedió a sacarse la campera, enrollarla y meterla en la mochila. Ahora, pasado el efecto de la adrenalina, veía que no había parte del cuerpo que no le doliera y que su dedo gordo estaba más a la miseria que nunca, y que si seguía con cosas por el estilo, iba a quedar rengo pronto. Lo mejor iba a ser volverse cuanto antes, aunque no derecho, sino yendo por la Innere Kanalstr. y luego haciendo un rodeo. Antes de llegar, se metió en la estación de la Nußbaumerstr. Esperó a que el tren apareciera y que la gente bajara o subiera, y apenas vio que el tren se había ido y ya no quedaba nadie, sacó la piedra y la tiró a las piedras de las vías, ya que más difícil que encontrarán una aguja en un pajar, era que encontrarán una aguja en medio de un montón de agujas. En cuanto a la bicicleta, de ninguna manera podía quedársela y seguir circulando con la pobre. Tenía que sacrificarla. Es verdad que podría haberla conservado y luego incluso pintado de cualquier color, pero lo que menos tenía eran ganas de ponerse a buscar pintura un sábado de carnaval, y además de que ni siquiera era seguro que no encontrase la Bauhaus cerrada, tenía que llegar hasta allá y luego volver, y, por último, ponerse a pintarla en la calle delante de cualquiera que pasara, ya que de ninguna manera Dirk iba a dejar que la pintase adentro. Todo eso, aparte de complicado, resultaba arriesgado. Lo cierto es que ya no quería exponerse más. La aguja, quiero decir, la piedra, le hizo dar con la solución. Se tomó el tren. Con desfile y todo, pudo atravesar la Venloer.; luego combinó con el 9. Se bajó en la Mensa. Ahí enfrente estaba el estacionamiento de bicicletas más grande de la ciudad. Después de dejar la suya en el medio, se volvió en taxi.

Al salir de la ducha, se acordó del celular. Al prenderlo, se encontró con las llamadas de Peter. Podía entender que estuviera enojado. Debido a que no le quedaba más crédito, tuvo que bajar de nuevo e irse con la otra bicicleta hasta la cabina de la Subbelrather. Peter lo atendió con suma frialdad contándole de todo el stress que había tenido por su culpa, y de cómo había tenido que volver a buscar la cámara, sin dejar de rezar para que las carrozas no hubiesen pasado, pero, en vano, ya que, antes de llegar, Claire lo llamó para avisarle que las carrozas estaban pasando, por lo que buscó el auto a ver si podía alcanzarlas más adelante. Lo logró. Las fotos, que no eran gran cosa, eran, sin embargo, mejor que las suyas, que no existían. Dino le pidió que por favor lo perdonara, y a continuación, se puso a explicarle lo que había ocurrido, relato con el que consiguió ablandar a Peter bastante. De hecho, Peter parecía más preocupado que con lo que había pasado en enero. Le dijo que estar metido con esas cosas y esa gente no era cool, y que tenía que cuidarse, que sus aventuras en la calle podían costarle caro. Pero, así y todo, le dejó en claro que era su amigo y que podía contar con él para lo que fuera, por empezar, para ver si no salía algo en los noticieros o en los diarios.

Ni bien cortó, Dino se acordó de que más le valía apurarse, ya que aun cuando vaciarle el ojo a alguien y lesionarse de vuelta el pie no era la mejor forma de prepararse para una cita, era imposible suspenderla. Se encerró en el baño, y en

quince minutos, se cortó el pelo y se lo tiñó con el agua oxigenada de Leah. Así como estaba, le costaba reconocerse en el espejo. El maquillaje de Claire parecía cosa de aficionados, ésto, en cambio, era una caracterización en serio. Se dió ánimos pensando que ésa era la idea. Además, iba a tener que dejarse la barba, lo que le entusiasmaba todavía menos, sobre todo cuando pensaba lo mucho que le picaría.

Escuchó a Dirk abriendo la puerta de la casa. Antes de salir del baño, y para evitar preguntas, se calzó la gorra. Dino lo saludó, le preguntó cómo estaba. Dirk hizo un gesto desagradable, abrió la heladera y sacó un plato de fideos. Le agregó ketchup y se puso a comerlos fríos. Dino le preguntó qué tenía. Dirk vociferó y entonces unos pedacitos de fideo salieron volando de su boca.

- De nuevo eme perrrdido contrra eso Pendehos marricas!

- ¿Quiénes?

- Los del Bayern-München, pues!!!

A medida que se aproximaba a Weyertal, se encontró con que había aún más gente que en la Venloer. Se vió obligado, faltándole dos cuadras, a bajarse y avanzar por entre todos esos fantasmas y vampiros. La ubicó en el acto. Tenía mucho rimmel y delineador, y los labios pintados de un rojo oscuro que nunca más volvió a usar. Estaba toda de negro, con un vestido al cuerpo, guantes y bufanda, y una vincha que le mantenía el pelo muy tirante.

- Na?

- Nee.

- Nee?

- Ni.

- Ni?

- Na...ni-na-ni-na.

- Du bist soooo lustig. ³⁴

- ¿De qué se supone que estás disfrazada?

- De Bruha.

- ¿Cómo de bruja? Me estás cargando...

- Te huro.

- ¿Desde cuando las hadas se disfrazan de brujas?

- Desde oi. I las Bruhas de Adas. I vos? No se puede decir que te estes disfrasado, me parese.

Dino se sacó la gorra antes de que ella pudiera terminar; ella tosió y luego dejó escuchar su risita nerviosa.

- ¿Te gusta?

- Creo que no, pero no te preocupes pues me voi ir acostumbrando. Mi Ex se a cortado todo el Cabeio hasta la Rais una vez, sabias? Tambien se ha tatuado sin consultarme. Era una Monstruosidad, una Cruz enorme en la Espalda.

³⁴ - ¿Qué tal?

- No.

- ¿No?

- Ni.

- ¿Ni?

- Na...ni-na-ni-na.

- Sos taaaan gracioso.

- ¿Gamada?
- Gamada? Was ist das?
- Ein kackenkreuz, ein hackenkreuz, meine ich.
- Nein, kein Hackenkreuz aber es sah genauso schrecklich aus.³⁵

El Geisterzug podía considerarse una versión local del Halloween y en las últimas ediciones se había impuesto como el único evento de carnaval con pretensiones alternativas, como la música electrónica y la presencia casi exclusiva de gente joven lo indicaba. Pero no se veía ningún desfile. Christiane le terminó contando la verdad: se habían confundido con el horario - a Dino no le quedó claro si los amigos o ella - y el Geisterzug había pasado hacía una hora. No pudo decir nada más porque las campanitas navideñas del celular de ella la interrumpieron.

- Hallo! Wo seid ihr, um Gottes Wille? Wir warten auf der anderen Seite, in der Redwitzstr. Stimmt. Gut. Ähhh...Und Erica? Wo zum Teufel hat sie sich versteckt? Sollen wir hier auf euch warten?...Keine Ahnung. Na gut. In einer halbe Stunde oder so... Tschüss!

- ¿Was ist los?
- Nichts. Die anderen sind einfach weggegangen und gehen gerade zu Charlotte. Da treffen wir uns alle.³⁶

Aun cuando alejarse de un montón de gente disfrazada reunida en la calle para juntarse con un montón de gente disfrazada reunida en un departamento estaba lejos de entusiasmarlo, le dijo que le parecía una buena idea. Por miedo a ofenderla, no se animó a decirle ninguna otra cosa. A medida que intentaban salir de donde estaban, a él le pareció que podía proponerle ir a tomar algo a un lugar tranquilo, y se lo hubiera dicho, de no ser porque de repente todo el mundo empezó a empujarse, aunque no como en Stiefel, sino mucho peor, y Dino ya se imaginaba en medio de una estampida con heridos y muertos, y su bicicleta y su pie, destrozados.

No fue para tanto; todo volvió a la normalidad enseguida. Christiane, sin embargo, no estaba. Se puso a buscarla con la vista por todas partes hasta que se preguntó si ella no había aprovechado para escaparse. Pese a no saber bien por qué debería ella hacer eso, fue lo que se le cruzó por la cabeza. Durante cinco minutos, se dedicó a llamar a su número pero nadie atendía. Después, mientras miraba con disgusto a unas chicas disfrazadas de prostitutas del Lejano Oeste gritándose y empujándose entre ellas, recibió una llamada...de Peter para invitarlo a una fiesta en Pech, donde Jan, el hermano de Günther, haría de DJ. Dino le agradeció y le dijo que ya había arreglado con Christiane. Pero en el fondo, no estaba tan seguro de no terminar esa noche en Pech. Ya estaba empezando a pensar en mandarle un mensaje y pedirle la dirección exacta, cuando la vió venir. Se hallaba escoltada por un emperador romano y un *The Killer*. Por más que ella no los miraba, ellos no paraban de hablarle.

³⁵ - ¿Qué es eso?

- Una Cruz cagada, una Cruz gamada quiero decir.
- No, no era una cruz gamada pero se veía igual de horrible.

³⁶ - Hola ¿dónde están por el amor de Dios? Los estamos esperando del otro lado, en la Redwitzstr. Seguro. Bueno. Ehhh...¿Y Erica? ¿Dónde carajo se escondió? ¿Tenemos que esperarlos acá?...Ni idea. Está bien. En media hora más o menos...¡Chau!

- ¿Qué pasa?
- Nada. Los otros simplemente se fueron y ahora están yendo a lo de Charlotte. Allá nos encontramos todos.

- Du kannst es dir nicht vorstellen, was mir passiert ist... - le dijo cuando tuvo a Dino cerca. Al advertirlo, sus acompañantes la dejaron, dirigiéndose al unísono al Lejano Oeste.

- ¿Was ist mit dir passiert?

- Ich habe mein Handy verloren!

- Also, ruhig bleiben. Es gibt noch schlimeres.

- Das glaube ich nicht.³⁷

Le contó que después de la avalancha, había querido llamarlo; en ese preciso instante, uno, no sabía si a propósito o qué, la había agarrado del brazo y su celular terminó en el suelo. Le dió mucha bronca que el tipo siguiera bailando y que nadie pareciera darse cuenta de lo que pasaba... Varias veces se agachó para buscarlo pero no encontró nada.

Cuando Dino la notó más tranquila, le dijo si no le parecía de ir a tomar algo antes de agarrar para lo de Charlotte. Estaba poniéndose muy frío y les vendría bien algo caliente. Ella le agradeció pero no quiso. Lo del celular la había puesto del peor humor. Empezó a contarle que era prácticamente nuevo, que se lo había regalado su hermana y que todavía no podía creer que lo hubiera perdido. Una vez se le pasó todo eso, salió con que estaban atrasados y que más les valía apurarse. A continuación le preguntó si no le prestaba su celular. Quería saber si Andreas había llegado. El se lo dió. Ella se puso entonces a marcar varios números. Ninguno era.

- So eine blöde Gans! Ich kann das ganze scheiss Kapitel über die Anatomie des Atmungssystems auswendig lernen, aber ich bin nicht in der Lage eine einzige scheiss Telefonnummer, im Gedächtnis zu hab... Ich erinnere mich nur an meine.

- Und das nicht ganz.³⁸

Christiane entrecerró los ojos y Dino pensó que iba a decirle algo feo, pero sólo le sonrió.

Un poco antes de llegar al Gürtel empezó a caer aguanieve. A pesar de que Dino suponía que a ella no le importaba continuar, le pidió que mejor pararan. Se ubicaron debajo de un balcón y estuvieron ahí un rato, viendo cómo el agua iba envolviendo y desdibujaba los edificios de enfrente. De improviso, ella rompió el silencio. Le dijo que podían ir a tomar un té, después de todo. Conocía un lugar donde preparaban el mejor té de la ciudad y donde, encima, no tenían que pagar un euro.

- ¿Echt?

- Jawohl.

- ¿Und wo ist dann das?

- Bei mir.³⁹

³⁷ - No te podés imaginar lo que me pasó...

- Qué te pasó?

- Perdí el celular.

- Bueno, calmate. Hay cosas piores.

- No me parece.

³⁸ - ¡Pero qué pavota! Puedo aprenderme de memoria todo el capítulo de mierda sobre la anatomía del sistema respiratorio pero no soy capaz de retener un solo número de teléfono de mierda... Solamente me acuerdo del mío.

- Y eso hasta ahí nomás.

³⁹ - En serio?

- Sí, seguro.

- Y dónde queda eso?

- En casa.

Agarraron por la primera calle a la izquierda pero pronto todo se transformó en un diluvio. Tuvieron que volver a buscar refugio. Esta vez, bajo el pórtico de una casa muy vieja. Ella le ofreció un chicle, él escupió el que tenía. Empezaron con los besos. Aunque el agua y el frío los envolvían, parecía como si tuvieran planeado quedarse ahí parados toda la noche. Dino hubiera podido asegurar que estaba tocando el cielo con las manos, de no ser por que, apenas cerraba los ojos, volvía a ver la cara de dientes amarillos, la sangre saliendo sin parar. La bocina de un coche lo trajo a la realidad.

- ¿Qué les pasa a estos boludos?

- Es que le iaman la Atencion el Lugar donde me las pones las Manos...

Ignoraba por completo a qué hacían referencia los nombres de las calles - Nonnenstrombergstrasse, Petersbergstrasse, Siebengebirgsallee - pero le gustaba cómo sonaban. Llegaron al edificio beige, que Dino reconoció de inmediato como el lugar donde había tenido el problema con aquel viejo. Ella le señaló con una sonrisa el portero, la etiqueta que decía *Schoeller / Schwarz / Braun*; luego sacó las llaves; luego subieron al primer piso.

El lugar era bastante grande, un cuatro ambientes. Lo compartía con Ali Schoeller, mecánico dental y con Katharina Braun, otra estudiante de Medicina. Ali y Katha, según Christiane, no soportaban el carnaval así que por eso, todos los años, huían a Bonn con sus familias. Sin parar de hablar, se sacó los zapatos, los ubicó en un estante que había al lado de la puerta bajo un cartel pintado con acrílico rosa que decía: « Achtung Baby! Bitte Schuhe ausziehen! »⁴⁰ y entró en la cocina. El hizo lo mismo. Christiane puso el agua en el fuego. Una vez que sacó las tazas, las cucharas y el azúcar, agarró la agenda que había arriba de la heladera y fue marcando las teclas del teléfono inalámbrico, que sonaba como un órgano Yamaha. La única palabra que Dino entendió de la conversación telefónica fue *Lotte*. Apenas ella cortó, sin darle tiempo a nada, y justo antes de que la pava se pusiera a silbar, él se acercó desde atrás y la besó.

La pava silbó y silbó, y la dejaron hasta que casi no hubo más agua. No era muy grave, ya ninguno tenía ganas de tomar té. Al final, ella apagó la hornalla y la luz, y lo invitó a ir a un lugar más cómodo. Avanzaron por el pasillo, pasaron dos puertas; al llegar a la tercera, entraron. La oscuridad era total. Entonces el cuarto se iluminó con un click y una luz suave y anaranjada proveniente de una lámpara de papel con forma de estrella. Había varias fotos tamaño póster de paisajes y, también, tres tapices con motivos incaicos, y, en un extremo, se encontraba un escritorio con un montón de apuntes desparramados y dos dicroicas apagadas y, a la derecha y en ángulo recto, un mueble grande con cajones y estantes con libros y, detrás del escritorio, una ventana grande a la calle. La cama tenía dos pisos. La parte de abajo estaba cubierta con almohadones y velos y tules, con una lámpara de pie cerca de la cabecera, y otra chiquita empotrada en la pared, que ella usaba para leer. La parte de arriba era para dormir y lo demás.

Las cosas estaban yendo más que bien, cuando, de a poco, Dino sintió que estaban empeorando y, luego, que estaban desbarrancándose sin remedio. En su desesperación echó mano a todo su repertorio, pero nada funcionó; lo más patético

⁴⁰ ¡Atención, baby! ¡Sacarse los zapatos, por favor!

de todo, era cuando ella se daba vuelta para preguntarle si no le gustaba. El balance no pudo ser más deprimente y terminaron en la cocina haciéndose un té.

ABRIL

Como ni la semana de carnaval ni la siguiente salió nada en ningún lado, pensaron que era porque el tunesino no había hecho la denuncia, y que no la había hecho porque era ilegal o porque por ahí tenía prontuario. Otra cosa no se les ocurría si no. A Peter le resultaba más que obvio que el tipo no era de los que se olvidaban rápido, y que seguro que empezaría a buscarlo apenas tuviera el ojo de vidrio puesto. Aun cuando lo que menos quería era meterle miedo, en su lugar, se mudaría. Podía irse a Düsseldorf, por ejemplo. Si hablaba con Jan y Günther lo dejarían quedarse en su casa encantados. Dino le palmeó la espalda: le agradecía de corazón pero no iba a escaparse. La idea le repugnaba y, aparte, no pensaba tirar por la borda todo lo que tanto tiempo y esfuerzo le había costado. Peter insistía. Le dijo que, por lo menos, debía mudarse de barrio. Dino le contó que estaba anotado en el Studentenwerk. De todas formas prefería que no saliera nada todavía.

- Wie kommt´s?

- Ich habe kein geld.

- Ich kann es dir leihen.

- ¡Auf keinen fall! ¿Spinnst du? Ich habe zu viel schulde. Wenn du mir etwas kohle gibst, dann vergiss sie für immer. Ich meine es....Du brauchst dir keine sorge um mich zu machen. Mit einem echtem bart und blonden haaren, darf ich vor dem scheissarschloch stehen bleiben, ohne dass er merkt, wer ich bin eigentlich. Auch nicht vergessen, dass er jetzt 50 prozent weniger sehen kann.⁴¹

Sea como fuere, terminó dándole la razón y prometiéndole que se mudaría, sin imaginarse que fuera a terminra haciendo eso en menos de quince días. En efecto, aquella misma noche levantó un mensaje del padre contándole, primero, que Jonás había muerto - Dino no lo podía creer; por más viejo que Jonás estuviera, no le entraba en la cabeza que se hubiese caído del balcón igual que una maceta; lo más desesperante era que, si tenía que creer lo que una vez había leído, es decir, que los animales creen que los amos están muertos cuando dejan de verlos, Jonás se había muerto convencido de que Dino hacía años ya que se había muerto - y, segundo, que el tema de las acciones del abuelo se había resuelto, y que en una semana le mandaba la plata por Western Union.

⁴¹ -¿Por?

- No tengo Plata.

- Te puedo prestar.

- ¡De ninguna manera!¿Te patina,acaso? Tengo demasiado Deuda. Si me das algo de Guita, entonces olvidátela para siempre. Te lo digo en serio...No ti tenés que hacer Problemas por mí. Con una Barba de verdad y Pelo rubio, puedo pararme delante del Idiota de mierda sin que se dé cuenta quién yo soy realmente. Tampoco hay que olvidarse que ahora ve un 50 por ciento menos.

Debido a que las únicas veces que Dino había invitado a Christiane fue cuando no había nadie en la casa, ella pensó que el motivo principal por el que estaba tan ansioso por mudarse era la mala relación con Dirk y no la falta de espacio, que era lo que le había dicho. Pero, para el caso, le daba lo mismo. Ahora lo más importante era ayudarlo como fuera, de manera que trató de ponerse en contacto con el Studentenwerk, para ver cómo iba todo. Llamó varias veces hasta que, al darse cuenta de que no atendían, fue en persona. Le dijeron que la espera podía alargarse tres meses más a causa de que había muy pocos cuartos disponibles y demasiados estudiantes en la lista, estudiantes de otros países, de otras ciudades e incluso de Colonia misma. No se desanimó. Como la idea de alquilar un departamento para él solo quedaba descartada - no sólo por no tener garantía sino también por ser demasiado caro - se puso a buscar con él todos los días en los avisos de WG ⁴² que salían en los diarios y en los que se publicaban on line. También quería ir a ver los lugares, pero él le decía que no se molestara, que ya estaba haciendo bastante. La primera semana encontraron varias WG interesantes pero él no quedó seleccionado en ninguna; la segunda, el balance fue igual de negativo porque, o eran muy limpias y caras, o muy baratas y sucias. La excepción fue un cinco ambientes en Kalk. Dino no se lo dijo, pero eran solamente mujeres: una francesa, una danesa, una japonesa y una uruguaya. Menos la japonesa, que acababa de irse a la facultad, cuando fue, estaban todas. La encargada de abrirle y mostrarle el departamento fue la uruguaya, que la verdad que le cayó muy simpática - y lo mismo él a ella - tanto, que después lo invitó a tomar el té con las demás. Dino se fue del lugar contento y absolutamente convencido de que lo contactarían, y no se equivocó, puesto que a los dos días recibió un mensaje de la uruguaya, uno tan largo que fue apareciendo en tres partes: « Lieber Dino, obwohl wir alle Dich sehr nett gefunden haben, haben wir uns bedauerlicherweise dafuer entschieden, Dich nicht auszuwaehlen. Wir werden uns ohnehin dafuer freuen, wenn Du uns zu deinen naechsten Ausstellungen einlaedst. Viel Erfolg und bis dahin! » ⁴³

Las cosas con Christiane habían mejorado mucho, tanto que ahora él se quedaba a dormir día por medio, y eso a pesar de que ella lo había amenazado con que iba a hacerseles difícil por todo el stress del comienzo del semestre y la cantidad de cosas que tenía que estudiar, vale decir, lo de las siete materias más el Physikum. En los desayunos, a veces se cruzaban con Ali y Katha. Aunque a él le parecían agradables, si tenía que ser sincero, prefería que los dejaran solos y que estuviesen en Bonn. Es más, teniendo que elegir entre Katha y Ali, se quedaba con Katha. En Ali había algo, no sabía bien qué, que le provocaba rechazo, no sabía si eran sus anillos, sus ojos delineados o sus novias gordas, o todo eso junto. Los domingos, que era cuando ellos nunca estaban, y el tiempo se ponía lindo, los desayunos dejaban de ser lo que en general eran - un café a las apuradas - y se convertían en un gran acontecimiento. Le ayudaba a Christiane a sacar la mesa con yogur con cereales y pasas de uva, y café con leche con canela, y un montón de tostadas y mermeladas y

⁴² Wohngemeinschaften, departamentos con más de un inquilino.

⁴³ Estimado Dino: aunque nos has caído muy simpático a todas, hemos decidido por desgracia no elegirte. Nos encantaría, de todos modos, que nos invites a tus próximas exposiciones ¡Exitos y hasta entonces!

jugos y frutas, al balcón, y ahí, rodeados por el jardín lleno de flores y pajaritos, se pasaban el día charlando o leyendo hasta que se hacía de noche y el frío los corría. Hablar los dos idiomas era una especie de juego y, como en todo juego, había reglas. En realidad, las reglas se reducían a una sola, que consistía en no hablar todo mezclado, y así era como se organizaban para turnarse y hacer un día español y un día, alemán, o por lo menos al principio, ya que luego les pareció más práctico cambiar semanalmente. En cuanto al aprendizaje formal de Dino, y pese a que en el Instituto lo habían estado presionando para que se anotara en alguno de los cursos complementarios de Fonética, Vocabulario y Producción Textual, terminó dando bien el final y quedando en el grupo que tenía la opción de pasar al intensivo y rendir la DSH en la primera fecha para, eventualmente, empezar la carrera un semestre antes. Aun cuando muchos se habían dejado tentar por la oferta, él desconfiaba, y se decía que era mejor esperar y aprobar, que apurarse y desapropbar. No era el único, una compañera bielorrusa también pensaba que se trataba de otra trampa de la *Wehrmacht*. Pedro, por el contrario, ni siquiera aprobó el final, así que tuvo que dejar el Instituto. En caso de querer rendir la DSH de nuevo, debía prepararse por su cuenta o ir a algún lugar privado. Dino no entendía cómo, con el tiempo que llevaba casado, no sabía más que cualquiera del curso. Pedro se atajaba echándole la culpa a su mujer, diciendo que le hablaba todo en español, que no había forma de que ella viera lo urgente que él necesitaba aprender. Sin embargo, ésa no era la única cosa que le reprochaba: sacando un trabajo de mierda - literalmente - que era limpiar los baños de un hospital, en el que había durado dos días, ella nunca le había conseguido nada, justificándose siempre con que no era tan fácil y con que cada vez había más desocupación. Como Lageman tenía las vacantes de español cubiertas, Dino tampoco podía darle una mano por ese lado. Al final Pedro se hartó de todo y resolvió probar suerte en el Großmarkt con un compañero del primer nivel, un ingeniero de Senegal, en un firma que importaba carne y carbón de la Argentina, y que pertenecía a un tal Iván A. Sáenz Ocampo, un argentino. El trabajo era duro. Comenzaba a las cinco de la mañana y terminaba al mediodía; tenía que ir todos los días, incluyendo domingos y feriados; la plata no era gran cosa; todos estaban en negro y, como si fuera a propósito, todos sus compañeros eran negros, negros tan negros que, salvo su amigo, que tiraba más bien al marrón, tenían la piel casi azul. Le parecían tipos tranquilos, le caían bien, realmente; el dueño, en cambio, no. « Que puedes esperar de un negrero como ése... un verdadero carbón; un cabrón, digo » le dijo a Dino cuando lo vio.

Nunca dejaba de mirar a su alrededor. Cuando se quedaba esperando en una parada o en la estación, siempre tenía la espalda contra la pared, cuando entraba a algún lugar se fijaba rápido quiénes estaban, y lo mismo cada vez que salía a la calle. No es de extrañar que, ni bien cobrara, fuese a comprar un cuchillo táctico retráctil con mango ergonómico en una armería de la Altstadt. El otro, el cuchillito que había estado usando hasta entonces volvió a dejarlo en el cajón de los cubiertos; en cuanto a los palos, seguía llevándolos trabados en el asiento de atrás de la bicicleta, pero después sintió que llamaban demasiado la atención, y dejó solamente uno.

A juzgar por su espalda, Andreas parecía un nadador; aunque eso estaba muy lejos de ser cierto, pues a duras penas había alguien en Colonia menos interesado en el deporte y más fanático de los libros - sobre todo de los que tenía que leer para la Facultad - que Andreas. No por nada, iba a recibirse en un tiempo récord de tres años. Tenía el cráneo afeitado, un bigote tipo Kaiser, un arito y una rosa chiquita tatuada en la nuca. A Dino le molestaba la confianza que mostraba con Christiane y que, apenas se juntaran, estuviera haciendo rancho aparte y contándole secretitos. Había veces que Dino se ponía mal y le daban ganas de buscarle problemas, pero se la aguantaba porque ella le decía siempre que se quedara en el molde, que conocía a *Andy* desde preescolar, que era su mejor amigo y que más marica no podía ser. A propósito de él, el veinte de abril cumplía años. No lo festejó ese día sino que lo pasó al sábado, cosa de hacer una fiesta como la gente en Leiden, donde vivía. Como Christiane no pudo contar con Erica para alcanzarlos en coche - estaba con los padres en Düsseldorf - tuvieron que tomarse el colectivo. No fueron los primeros en llegar ni mucho menos, y aunque no era como en Stiefel, Andreas parecía haber invitado a media Facultad. Ella tenía ganas de bailar, así que bailaron un poco, luego se besaron un poco, luego volvieron a bailar. No les alcanzó, sobre todo porque el alcohol les dió ganas. En el momento en que nadie les prestaba atención, aprovecharon para subir a la terraza. No se podía creer lo hermosa que estaba la noche, no corría una gota de viento. Trabaron la puerta sin hacer ruido y por media hora tomaron posesión del espacio como si de su cuarto se tratara, y, tan pronto como terminaron, fueron a recostarse contra una de las chimeneas cuadradas que había al lado de las antenas, con la música que pasaba a través del techo vibrándoles en la espalda lo mismo que un jacuzzi. El cielo titilaba, y la luna relucía finita y horizontal.

- Parece una Boca, una Boca pequiita...

- Parece que se estuviera riendo.

- La Sonrisa del Noche, de la Noche, digo.

- Si, tal cual...Igual, no es la noche la que se ríe, es...cómo se llama el gato ese, el de Alicia.

- Que Alicia?

- La de las Maravillas.

- Ah, the Cheshire Cat.

- Sí, muy bien. Cheshire...Las estrellas acá son increíbles...nada que ver con las de Buenos Aires.

- Es porque se encuentran en el Emisferio Sur.

- No, no digo por eso, tonta... Digo porque allá no ves nada por el smog y la luz. Malos Aires va a terminar llamándose, creeme.

- Las grandes Ciudades son asi... Si.

- ¿Qué?

- Io no dihe nada.

- Sí.

- Si?

- Dijiste sí.

- Si.

- Bueno basta ya... ¿Nunca se te ocurrió pensar que la noche es un monstruo con un montón de ojos que mirándote?

- No, a mi no, pero a un Escritor que debi ler en la Escuela.

- ¿A quién?

- No me recuerdo, un Ingles me parece.
- No puede ser, lo acabo de inventar.
- No te creo.
- En todo caso, inventé algo que ya estaba inventado. Puede ser ¿no?

Esa misma tarde Christiane lo llamó para pedirle que pasara urgente. Había conseguido el dato de un amigo de Andreas, un tal Gerhard Müller que vivía en una residencia del Studentenwerk de por ahí nomás, que estaba buscando subalquilar el cuarto porque aparentemente se iba de viaje. Al escucharla tan entusiasmada, Dino estuvo a punto de recordarle lo del Studentenwek, pero no se animó. De todos modos, y aun sabiendo que perdía el tiempo, fue a verla ni bien terminó con la última clase. Al llegar, vió que había una ambulancia en la entrada y, adentro, dos enfermeros ocupados en bajar a un hombre en silla de ruedas por la escalera. Era el viejo.

Christiane estaba bastante acelerada y hablaba sin parar, explicándole que no se había podido aguantar, y que era por eso que acababa de llamar a Gerhard y que, de acuerdo a lo que éste le había adelantado, el cuarto se alquilaba por un semestre pero, en caso de que le prolongaran la beca - se iba a Estados Unidos con una beca - estaría disponible otro semestre más. Después ella empezó con el destino y la causalidad, y después con que Dino tenía que aprovechar la oportunidad y llamarlo de inmediato.

Hubiera preferido hacer las cosas solo y tranquilo, pero Christiane insistió como nunca y no sólo tuvo que llamarlo, con ella parada delante, sino que también tuvo que llevarla cuando fue a verlo al día siguiente. La residencia quedaba sobre la Theresienstr. En la puerta de calle, al lado del portero, Gerhard los estaba esperando. Era alto y flaco, y usaba anteojos. Aunque parecía agradable, no decía una palabra de más. En realidad fue así hasta que se enteró de que Dino había estudiado en Estados Unidos, en Los Angeles, más precisamente, en la UCLA, más precisamente, ya que entonces cambió de repente, y se puso a decir re emocionado que no podía creerlo porque él iba a estar en la UCLA también, y, tras ofrecerle un cigarrillo, le pidió que le contara todo sobre la universidad. A la media hora, Gerhard dejó una pregunta sobre las *cheerleaders* a medio hacer y, disculpándose por su falta de seriedad, les dijo que ya mismo les mostraba el edificio. Bajaron al subsuelo. Ahí quedaba el lavadero lleno de lavarropas que funcionaban con monedas, y, unos metros más adelante, una sala, un garage tapiado, para fiestas y reuniones. De ahí agarraron por un pasillo que lo llevó al jardín y al estacionamiento de bicicletas. La residencia tenía tres pisos, con un promedio de quince habitaciones por piso, todas las cuales, chicas y grandes, daban a un corredor en forma de L. Luego les mostró una desocupada que estaba siendo arreglada por unas filtraciones. Eso les alcanzó para ver lo chicas que eran las chicas. El baño, al final del pasillo, incluía cuatro duchas y se compartía. Lo mismo la cocina. Todo estaba organizado de forma que cada piso fuera autónomo y se las arreglara sin interactuar con los otros. Así podía entenderse que la puerta del corredor estuviera cerrada con llave las 24 horas. Entre el baño y la cocina había un balconcito con vista al jardín, donde Dino estuvo a punto de contarle a Gerhard las paldas del Studentenwerk pero, pellizcón de Christiane mediante, no alcanzó a decir nada. El cuarto era grande y luminoso, con una ventana a la calle. Tenía un placard, un teléfono, un lavatorio con un espejo detrás de la puerta y un frigobar.

Lucía bastante limpio y casi ni se veían manchas en las paredes. Gerhard les ofreció Coca con galletitas danesas y volvió a sacar el tema de California. Del contrato y las condiciones del alquiler, en cambio, no dijo ni una palabra. Cuando Christiane iba a preguntarle, sonó el portero. Gerhard les aclaró que debía seguir atendiendo gente. Quedaron en que les avisaría tanto por sí como por no en el transcurso de la semana. Cumplió su palabra. Lo llamó al día siguiente para informarle que se lo alquilaba. Dino no salía de su asombro. Tampoco cuando, al ir los tres a firmar el contrato en el Studentenwerk, la secretaria que lo había atendido la última vez, hiciera los trámites

como si nada, sin hacer la menor objeción. Enseguida Dino se dió cuenta de que no se trataba de otro error burocrático sino de que, siendo un subalquiler temporario, estaba en una categoría aparte. Gerhard se portó muy bien: como ya estaba instalado en lo de los padres, no tenía ningún problema si Dino necesitaba adelantar la mudanza unos días.

A Dirk, no le había contado nada. Recién se enteró al encontrarlo con las cajas en el pasillo. Se mostró sorprendido. « Sorprendido y contento... más contento que sorprendido » pensó Dino. No podía culparlo, al fin y al cabo. No obstante que todavía le debía dos meses, lo que Dirk más quería en la vida, Dino suponía, era poder sacarse a ese clavo sudamericano de encima.

No hizo falta ningún flete. Con el auto de Peter se arregló bastante bien. Pero siendo el auto medio chiquito, fueron necesarios dos viajes. Cuando terminaron de ir y venir, se puso con Christiane a vaciar cajas, mover el televisor, colgar la ropa, limpiar el piso. Así hasta la noche. Ella, sin embargo, decía que había que seguir limpiando, y no había forma de que él pudiera hacer que ella parara de lavar, desinfectar, fregar, rasquetear, encerar. Cuando ya no quedó nada que no brillara, ella se volvió para su casa y él fue a ducharse y, luego, a prepararse dos sándwiches de salchichas con pan lactal y mayonesa en la cocina.

Pese a que durmió bien, amaneció mal, muy mal, con la espalda a la miseria.

MAYO

Todos se habían tirado en el pasto, alrededor de los manteles cubiertos de platos con cosas ricas, y botellas de vino y cerveza. El jardín era un lugar grande, con un cubo de arena con juegos y hamacas, y una especie de casita con parrilla que se usaba cuando llovía. Era primero de mayo, el día de la primavera, y Christiane organizaba un picnic. Pedro estaba al lado de Erica y le hablaba en español pero ella, por más que pareciese entender todo, le contestaba en alemán.

En el instante en que Dino se levantaba para buscar ir a más cerveza a la casita, llamó su padre. Nunca se daba cuenta de lo caras que eran ese tipo de llamadas, así que lo tuvo más de veinte minutos preguntándole por Christiane, la universidad, el trabajo, los amigos, y luego contándole cosas de política y economía. Del divorcio, que su madre le había anunciado por mail dos días atrás, en cambio, no mencionó una palabra. Dino tampoco iba a preguntarle. Cuando volvió, Pedro se puso a hablarle, medio entonado ya, y así acabó por confesarle que había dejado el Großmarkt. Aunque había durado menos de tres semanas, no estaba arrepentido. Hacía rato que no presenciaba condiciones de trabajo tan inhumanas y costaba creer que la gente fuera explotada en Europa de esa manera, y si le preguntaba por qué no había denunciado al *argentino bujarrón chupasangre* era solamente porque sabía que su amigo africano no conseguía nada mejor. Luego Dino le preguntó si había podido sacarle el número a Erica. « No » le contestó bajito « ésa es otra bujarrona...Tú tienes más suerte con la que tienes. Tu novia sí que es una mujer...tan hermosa con esos cabellos tan largos. Además, se ve que te quiere... no sé cómo has hecho... con lo feo que eres. »

Como al día siguiente no había clases y ni él ni Christiane trabajaban, y como el tiempo seguía bueno, a ella le pareció una buena idea hacer otro pic-nic para los dos solos. Le preparó un sándwich gigante de jamón, queso, lechuga, tomate y ensalada Waldorf más un vaso helado de cerveza con coca. Ella se hizouna ensalada de pepinos. Comieron un durazno de postre cada uno, y acto seguido, fueron a lavarse los dientes al baño de la casita, donde se les ocurrió encerrarse, no obstante la falta de picaporte y el peligro de que bajara algún vecino, y una vez que terminaron, volvieron a las hamacas y se quedaron fumando. Ella había empezado los sonetos de Quevedo que él le había prestado, pero necesitaba leer un poco más para saber si le gustaban. Así y todo, le parecía que eran difícilísimos de entender, y tenía que estar siempre con el diccionario. Después, y sin que tuviera mucho que ver, pasó a hablarle de la reencarnación y de Paulo Coelho, y acto seguido, y teniendo menos que ver todavía, de una tal Lorna, una compañera - no se acordaba si de West o East Sussex - que estaba haciendo un semestre en la Uni y que la

semana anterior, en la Mensa, le había dicho un montón de cosas de su vida privada sin que ella le hubiera preguntado, como, por ejemplo, que con su novio tenía una relación abierta que les permitía seguir juntos desde la secundaria pero que no les impedía divertirse con otros y otras, y que, mientras le contaba eso, le había acercado la mano y se la había agarrado y puesto una cara tan rara que a Christiane le dio vergüenza y asco, a tal punto que no dudó en decirle que tenía que ir al baño, y de ahí aprovechar para desaparecer dejando el almuerzo sin terminar. Dino se rió. Sin embargo, le preguntó si le gustaría tener ese tipo de relación. Ella cambió la cara, tiró la colilla y señalándolo con el índice, le dijo que no le parecía que andar revolcándose en la mierda igual que un cerdo fuera gracioso y, menos que menos, moderno, por más que muchos boludos o boludas, que después, seguro, se morían de sida, lo creyeran. Dino le dijo que no hacía falta que se pusiera mal; él pensaba lo mismo. Las mariposas iban y venían. Se estaba nublando de vuelta. Al rato empezaron a verse alguaciles.

- ¿Y tu hermana y su novia?

- Mi Ermana i su Novia?

- Sí ¿qué hacen?

- Como que acen? Acen mas o menos lo Mismo que nosotros, no?

- Quiero decir si también son una pareja abierta.

- Hey, de vuelta eso? No, para nada. Son una cerrada, mui cerrada. No ai Lugar mas que para dos. Se aman mucho.

- Qué raro...

- Por que que raro? Es lo Mismo.

- No es lo mismo ¿o acaso a vos se te ocurrió estar con una chica?

- No, que dices? Io para estar con alguien tengo que estar enamorada, no soi Lorna.

- Sí, claro ¿Pero que pasa si te llegás a enamorar de una chica?

- Como me voi a enamorar de una Chica?

- Ahora me quedo más tranquilo.

- Para el Caso creo que vos tambien puedes enamorarte de un Chico.

- Paso.

- Paso?

- Paso quiere decir *no, gracias*.

- Ahora me quedo mas tranquila.

Al poco tiempo, subieron a la casa y se ducharon con *Synchronicity* de fondo. Ella se puso a cantar una canción tras otra, se sabía todas las letras. El estaba muy impresionado. Con una media sonrisa, ella le explicó que ése era su talento oculto. Pero él la interrumpió, le dió un cachetazo en el culo y le dijo que no, que ése era su talento oculto.

Siempre que lo veía, se reía. En uno de los compartimientos individuales del baño de la residencia, pegado sobre la puerta del lado de adentro, había un cartelito. Era parecido a otros que ya había visto en otros baños, por ejemplo en el de Christiane, y representaba a un hombrecito parado, haciendo pis y tachado con una equis, y, al lado, a otro haciendo pis, sentado y sin tachar. En el de la residencia, la mitad izquierda había sido arrancada, y sólo quedaba el hombrecito sentado y tachado con marcador indeleble.

Se lavó las manos con tranquilidad. Luego fue a la cocina. El arroz se había quemado, pero no tanto que no pudiera salvarlo con un poco de pimienta,

mayonesa y mostaza. Estaba en eso, cuando aparecieron Franz, su vecino de la habitación 54, un hamburgués muy simpático y Samuel, el búlgaro de la 46. Lo saludaron, buscaron cosas de la heladera comunitaria y se fueron. El que vino y se quedó a comer fue Debendranath o Deben, como todo el mundo lo llamaba. A pesar de no ser un gran conversador, a pesar de que esos anteojos lo hacían parecer un búho y a pesar de abrir la boca más para tragar que para decir algo, hablaron un buen rato, sobre todo de música. De música sabía bastante.

La plata le había ayudado a ponerse al día con todos, y lo único que quedaba era resolver el tema de su salud. Para eso no había solución si primero no conseguía una nueva obra social. Resulta irónico que fuera Pedro, tan necesitado como estaba, el encargado de conseguírsela. Se llamaba Viktoria AG y le cobraban menos que en la anterior, y a la legüa se notaba que estaban más interesados en que llenara el formulario y pagara la primera cuota que en hacerle un chequeo, que si bien se lo hicieron, no fue muy en serio. A la semana, recibió la admisión junto con una carta de bienvenida, una cartilla médica en la que había un listado con todos los médicos y clínicas, y un carné con el logo dorado en relieve. Resolvió buscar un traumatólogo esa misma tarde. El problema es que no conocía a ninguno, así que eligió el que atendía más cerca. Por las dudas, y para tener una segunda opinión, pidió turno con otro. A los dos les contaría que se había golpeado contra un mueble una semana atrás; el plan no le salió del todo bien, porque el día que tenía que ir al primero, se quedó dormido, y cuando llamó para disculparse, le ofrecieron recién para dentro de un mes. El traumatólogo que le quedaba no estaba tan lejos, atendía cerca del lugar donde Dino iba a nadar. El hombre le impresionó bien, era un rumano-alemán formal y respetuoso, que lo dejaba hablar sin interrumpirlo, arqueando las cejas de vez en cuando, quizás porque le costara entender su acento. Tras revisarlo, le hizo una orden para las radiografías y le dijo que lo esperaba el lunes. Al volver Dino con las placas, le mandó hacerse una resonancia. Recién a la tercera consulta le explicó qué tenía. El golpe contra *el mueble* le había astillado, por lo visto, uno de los huesos de la articulación, y aunque había logrado soldarse solo de modo satisfactorio, unas partículas de hueso que habían quedado sueltas seguían desplazándose libremente. Eso era la causa del dolor y la molestia. Ante semejante cuadro se presentaban dos posibilidades: o bien se hacía una artroscopia o bien probaba con un tratamiento kinesiológico. Debía dejarle, sin embargo, en claro, que ninguna era garantía de que fuera a quedar perfecto; de todos modos, si tenía que hablar con el corazón, no era improbable que volviera a quedar como antes. Dino le dijo que los cirujanos le caían mal y que prefería a los kinesiólogos. No era sólo porque le repugnaba la idea de que un desconocido le metiera una aguja en el dedo, o por la desventurada aventura del hospital, también era por el drama ese de Marlies, Marlies Roterbaum, su mejor, y hasta el momento única, coleccionista. Había sido atacada el año pasado por el perro pelotudo de un pelotudo en pleno centro de Wuppertal, y eso había sido el inicio de un calvario que incluía cuatro operaciones y la comprobación desesperante de que con cada operación quedaba un poco más coja.

El miércoles fue un día con dos turnos, puesto que al salir del kinesiólogo fue para el neurólogo. El consultorio se hallaba en un décimo piso, en un edificio gris de los setenta, a dos cuadras de la estación de Friesenplatz. Pese a que estuvo esperando una hora o más, por la cantidad de revistas que había en la salita no se le hizo tan

pesado. Una vez que lo hicieron pasar, y el médico lo invitó a tomar asiento, dió comienzo a su historia, que fue que se había caído de la bicicleta y golpeado la cabeza contra el cordón. El hombre se acomodó los anteojos y le preguntó si no había perdido el conocimiento. El le respondió que no, pero que enseguida había aparecido un hormigueo con unas puntadas, y la sensación de que algo adentro se le estaba moviendo, no rápido sino más bien despacio, como una nube. Ese era la razón por la que evitaba saltar o moverse con movimientos bruscos, y si se olvidaba y lo hacía, la sensación volvía. « Es ist fruchtbar. Einfach fruchtbar...furchtbar, furchterlich. »⁴⁴ suspiró. Tenía miedo de que la masa encefálica se le hubiera soltado. El médico sonrió, le palmeó el hombro, le aseguró que no, que eso de ninguna manera era posible. Cuando le preguntó cómo dormía, Dino tuvo que admitir que, sacando el hecho de que nunca había tenido un sueño muy profundo, tampoco podía decir que hubiera empeorado.

- Nehmen Sie Medikamente oder irgendwelche Art von Drogen?

- Nein.

- Na gut. Ich bitte Sie nur darum, hier eine Weile sitzen zu bleiben. Ich bin gleich wieder da.⁴⁵

Al regresar, se dirigieron a un consultorio más chiquito, donde los esperaba una mujer de pelo gris enrulado, con un apellido árabe bordado en el delantal, que después de estrecharle la mano y pedirle que se sentara en un sillón tipo dentista que había en el medio, procedió a ponerle alcohol y pegarle un montón de electrodos en la cabeza.

Apenas Christiane y Katha le dijeron que estaba todo bien, Ali trajo a Tschitscho, un gatito de ocho meses, todo blanco y vaporoso. Aunque no tardó en convertirse en el centro de atención de los tres, de los cuatro, en realidad, porque Dino era el que más jugaba con él, a la semana, Ali se olvidó de cerrar el balcón y Tschitscho se escapó.

- Hast du je ein Haustier gehabt?

- Ja, Otto. Er war eine schöne katze aber ist gestorben.

- Woran?

- ¿Woran? ¿Was ist *woran*?

- Ich will wissen, wie er gestorben ist.

- Ahhh...Er war zu alt.

- Wann?

- Wann was?

- Wie *wann was*? Wann ist er gestorben?

- Ahhh...seit einem jahr oder so. Und du?

- Ich bin noch nicht gestorben, verdammt nochmal!

- Du, clown. Ich meine, hast du schon ein haustier gehabt?

- Jawohl. Ich habe halt zwei Kater gehabt: Kraut und Rüben

- Und was ist passiert?

⁴⁴ Es horripile, simplement horripile...horrible, horribilante.

⁴⁵ - ¿Toma medicamentos o consume algún tipo de drogas?

- No.

- Está bien. Le voy a rogar que me espere un momentito acá sentado. Ya estoy de vuelta.

- Ähhh...ich weiss nicht...Als ich ausgezogen bin, habe ich sie meiner Mutter überlassen. Leider konnte ich sie nicht mitnehmen.
- Und? Hat sie die Katzen immer noch?
- Nee, das glaube ich nicht. Sie hat sie auch nicht länger haben können und sie schliesslich weggeben müssen.
- Wie schade!
- Ja, Schade. Es waren sehr schöne Kätzchen.⁴⁶

Cuando abrió su casilla, se encontró con un mail de Manuel. En *Asunto* decía: « Muy bien, chaval! » y, a pesar de no haber nada más escrito, venía con un adjunto, una carta escaneada de la Bezirksregierung Köln con fecha 29 de abril: « *Wegen der Vielzahl der zu bearbeitenden Vorgänge ist mir zur Zeit die Entscheidung über Ihren Widerspruch nicht möglich. Sie erhalten von mir unaufgefordert weitere Nachricht über den Verlauf des Verfahrens. Mit freundlichen Grüßen i.A. Frau Popp.* »⁴⁷

En el mail de abajo, Christiane le avisaba que Tschitscho había aparecido.

Peter vino a visitarlo con una botella de Jägermeister. Estaba harto de sus tecitos. No venía sólo a tomar, quería contarle también que a Pedro ya no lo podía ni ver, y que si se lo volvía a cruzar, le pegaba. Dino sabía que no había forma de que congeniaran, pero tampoco esperaba eso, si, al fin y al cabo, no se cruzaban nunca. Peter le explicó que no se ponía agresivo porque sí, sino porque el día del picnic, mientras Dino y Christiane estaban trayendo las frutas, el *Peruaner* se le había acercado para, con su aliento etílico habitual, preguntarle, y sin provocación mediante, si era cierto que los pintores eran todos putos (« Es ist war, das alles Mahler sein schwüll? »⁴⁸) y que él, que en general se consideraba muy malo para

⁴⁶ -Nunca tuviste una mascota?

- Sí, Otto. Era una linda Gata pero está muerto.
- ¿De qué?
- De qué? Qué es *de qué*?
- Quiero saber cómo murió.
- Ähhh...Era muy viejo.
- ¿Cuándo?
- Cuando qué?
- ¿Cómo cuándo qué? ¿Cuándo murió?
- Ähhh...Hará cosa de un Año. Y vos?
- ¿Yo? ¿Yo no me morí todavía, la puta madre!
- Qué ridícula...Quiero decir:¿ nunca tuviste una Mascota?
- Sí, seguro. Tuve dos gatos: Yuyo y Remolacha.
- Y dónde están?
- Ehhh, no sé...Se los dejé a mi mamá cuando me mudé. Por desgracia no me los podía llevar.
- Y? Tiene a los Gatos todavía?
- No, no creo. Tampoco los podía tener y al final tuvo que regalarlos.
- Qué Pena!
- Sí, qué pena. Eran unos gatitos muy lindos.

⁴⁷ Debido a la gran cantidad de acciones que deben ser tramitadas, me es imposible tomar una decisión sobre su recurso de amparo por el momento. Sin ser yo conminada a ello, Ud. irá recibiendo noticias mías acerca de la marcha del procedimiento. Lo saludo muy atte. p.p. Sra. Cule.

⁴⁸ ¿Es verdad que los pintones todo son pattos?

replicar, con el odio se inspiró: « Es ist wahr, dass alle Peruaner schwul sind? »⁴⁹. Le aseguró que esta vez era en serio, y que al Pedro no lo quería tener más cerca, y que si alguna vez se le ocurría invitarlos para hacer algo juntos, que no contara con él. Dino trató de calmarlo, y restándole importancia al asunto, le alcanzó unas Selecciones que tenía debajo de la cama. Las había encontrado esa mañana en la mesa de la cocina. La abrió en un artículo que había marcado con un pedazo de servilleta. Se la había separado para que la leyera. Era una anécdota sobre un profesor preocupado por convencer a sus alumnos de que Dios no existía, y un alumno preocupado por lo contrario, que supuestamente había tenido lugar en una universidad alemana alrededor de 1830. El argumento del profesor se reducía a que Dios no existía, pues, de existir, no se explicaba que permitiera que el Mal existiera, mientras que el del alumno era que Dios sí existía y que, en cambio, el Mal, no, pues, así como la oscuridad o el frío eran la ausencia de lo que existía, vale decir, la luz y el calor, el Mal no era más que la ausencia de Dios. Peter lo interrumpió para decirle que estaba seguro de haber leído una historia similar en la revista de la parroquia cuando iba a la escuela primaria pero ambientada en la época de los romanos. Cuando terminó de leer la hoja y media, el tic le había reaparecido: « Sehr erbaulich aber es gibt viele Probleme darin. Erstens irrt sich der Professor, der zweifellos Unrat heißen sollte. Er meint, dass wenn Gott alles geschaffen hat, dann hat er auch das Böse geschaffen und dann ist er böse. Er irrt sich aber, wenn er sagt, dass wenn es das Böse gibt, dann gibt es keinen Gott. Möchte man über das Gute und das Böse sprechen, muss man unter anderen Voraussetzungen denken. Einerseits schliesst die Existenz des Einen nicht unbedingt die des Anderen aus, da das Böse existieren kann, ohne die Existenz von Gott zu verleugnen. Sonst kann man Mani fragen. Andererseits können das Böse und das Gute existieren, ohne die Existenz von Gott zu verlangen, denn man kann alles nur noch als eine ganz menschliche Problematik betrachten. Zweitens entdeckt man beim Gedankengang des Schülers viele Fehler auch. Im Grunde genommen spricht er mit voller Unverschämtheit über das Böse, Gott, das Licht, die Dunkelheit, die Kälte und die Wärme, ohne es zu begreifen oder ohne es begreifen zu wollen, dass diese Konzepte den verschiedensten Kategorien gehören und nur poetisch zu vergleichen sind... Als ob die Philosophie ein Wortspiel wäre! »⁵⁰

Las Selecciones más el alcohol le habían hecho olvidar a Pedro y ahora estaba definitivamente en su salsa, tanto que de ahí pasó a contarle que esa tarde se había puesto a ver de nuevo *Kaspar Hauser*. La primera vez que la vió, apenas se había dado cuenta de la escena con el profesor de lógica, pero ahora le había parecido tan interesante, que la pasó mil veces. Mientras se limpiaba la boca con la manga,

⁴⁹ ¿Es verdad que los peruanos son todos putos?

⁵⁰ Muy edificante pero hay algunos problemas ahí. Primero, el Profesor, que sin duda debería llamarse Basura, se equivoca. El opina que si Dios creó todo, entonces también creó el Mal y que entonces es malo. Pero se equivoca al decir que si el Mal existe, entonces Dios no existe. Si se quiere hablar sobre el Bien y el Mal, debe pensarse bajo otras condiciones. Por un lado, la existencia de uno no excluye necesariamente la del otro, ya que el Mal puede existir sin que eso niegue la existencia de Dios. Puede preguntársele a Manes si no. Por otro lado, el Bien y el Mal pueden existir sin exigir la existencia de Dios, puesto que todo esto puede considerarse como una problemática completamente humana. Segundo, también pueden descubrirse muchos errores en el razonamiento del alumno. Básicamente, habla del Mal, Dios, la oscuridad, la luz, el frío y el calor con total descaro, sin advertir o sin querer advertir que esos conceptos pertenecen a las más diferentes categorías y que solamente pueden ser comparados en sentido poético...; Como si la filosofía fuera un juego de palabras!

le explicó que había otro profesor, un tipo desagradable que venía de una universidad para certificar si Kaspar tenía algún retraso o no, y que, aparte de ser desagradable, era tan boludo, que para eso, no se le había ocurrido nada mejor que plantearle el siguiente problema lógico. Kaspar tenía que imaginarse que estaba en un camino y que tenía que ir hasta el pueblo de los que siempre decían la verdad. Cuando el camino se abría, él sabía que por un lado agarraba para el pueblo de los que siempre decían la verdad, y por el otro, para el pueblo de los que siempre mentían. El tema es que no sabía cuál era cuál. De pronto se acercaba una persona ¿Qué pregunta le debía hacer Kaspar para llegar al pueblo de los que decían la verdad? Dino le dijo que si Kaspar no sabía, él menos. Peter se rió. Según el profesor, la pregunta era: « Kommst Du aus dem Lügnerdorf? »⁵¹ Dino prendió un cigarrillo y se quedó mirando el humo un momento. Enseguida habló. Le dijo que le parecía que en realidad el profesor mismo venía del pueblo de los mentirosos, ya que la pregunta estaba mal formulada, y tanto el que decía la verdad como el que mentía contestarían siempre con un *no*. Lo peor de todo era que si Kaspar le preguntaba a la persona si venía del pueblo de los que decían la verdad, ésta iba a responder con un *sí* tanto si decía la verdad como si mentía. Pero en ambos casos se trataba de preguntas que la persona, más allá de su origen, contestaría siempre de la misma forma, y no de preguntas que realmente sirvieran para que Kaspar encontrara el camino. Peter quiso saber si ahora se le había ocurrido. Dino le aclaró que sí y que las preguntas eran muchas:

- ¿Wieviel ist eins plus eins? ¿Ist eins plus eins drei? ¿Heisst du Kaspar Hauser? ¿Heisst du nicht Kaspar Hauser? ¿Ist das gras rot? ¿Regnet es? ¿Scheint die sonne? ¿Bist du eine frau?... man hat immer drei antworten jeweils: eine richtige, eine falsche und eine, die weder richtig noch falsch ist. Ich zeige dir: Scheint die sonne? Ja. Scheint die sonne? Nein. Scheint die sonne? Ich weiss nicht. So ist es einfach zu wissen, wer lügt und wer nicht ¿Was würdest du denn fragen?

- Ach, Mensch...« Bist du ein Laubfrosch? »

- ¡Sehr kreativ, verdammt nochmal! ¿Und was hat der Kaspar endlich gefragt? »⁵²

Peter quería contarle otra cosa más, no una boludez sino algo importante. En realidad, era por eso que había venido. Había quemado todas las fotos de la carroza, se había deprimido tanto que las había quemado. Los negativos también. Es que las fotos eran tan malas que le sacaban las ganas de seguir con el proyecto. Ahora sentía que tenía que replantearse todo. Igual, no se le ocurría cómo. Por ahí, era cuestión de sentarse a esperar el próximo carnaval.

Apenas Peter se fue, sonó el portero. No era Peter volviendo por el celular que había dejado en la mesa, sino Dirk que pasaba de casualidad con el auto.

⁵¹ ¿Venís del pueblo de los mentirosos?

⁵² - Cuánto es uno más uno? Es uno más uno tres? Te llamás Kaspar Hauser? No te llamás Kaspar Hauser? Es el Pasto rojo? Llueve? Brilla el Sol? Sos una Mujer?... uno tiene siempre tres Respuestas en cada caso: una verdadera, una falsa y una que no es ni verdadera ni falsa. Te muestro: Brilla el Sol? Sí. Brilla el Sol? No. Brilla el Sol? No sé. Así entonces es fácil saber quién miente y quién no. Qué preguntarías vos entonces?

- Ahhh, chabón...« ¿Sos una rana? »

- Muy creativo, la puta madre! Y qué preguntó Kaspar al final?

Dino lo invitó a subir pero él dijo que no, que le agradecía. Estaba con más gente y simplemente deseaba saber si tenías ganas de venir a una rave cerca del Aachener Weiher. Dino le dijo que esperaba a Christiane. Dirk insistió: podía venir con ella. Dino le dió las gracias aclarándol que pensaban ir al cine esa noche. Antes de despedirse le comentó que unos días atrás dos tipos lo habían parado cuando salía de la casa. Preguntaban por él. Pese a que aseguraron que eran amigos suyos, a Dirk le parecieron medio raros, aun cuando policías no eran, seguro. Uno usaba anteojos de sol, algo perfectamente normal, salvo por el pequeño detalle de que había estado lloviendo todo el día. Dino le dijo que no lo conocía y que era probable que se hubieran confundido con otro. Apenas se fue, cayó Peter de nuevo.

JUNIO

Las cosas se pusieron muy tensas cuando ella le preguntó por qué había estado mirando a la rubia en el subte y él le contestó que no sabía de qué hablaba, que no había estado mirando a nadie, y que mejor que no le viniera con esas cosas porque era justamente ella la que estaba haciéndose siempre la simpática con los compañeritos de la facultad y repartiendo besos a los cuatro vientos. Se pusieron todavía más tensas cuando ella se fue del cuarto gritando que no podía creer lo que escuchaba, y también que era preferible eso a ser un tipo amargo y resentido como él, y luego, cuando él, al preguntarle qué tenía de malo ser como él, se llevó por delante un manual de química que había tirado al lado de la puerta. El golpe en el dedo terminó de desbordarlo por completo, y entonces agarró el manual y lo tiró contra la pared mientras le decía que era una gorda pelotuda y que estaba harto de que lo jodiera siempre con sus pelotudeces. Ella gritó más que antes y le dijo que con qué derecho la insultaba y que, por más que estuviera acostumbrado a manejarse de ese modo en la vida, a tratar mal a los demás, porque hacía rato que se había dado cuenta de lo mal que trataba a los demás, a ella iba a tener que respetarla. Además no entendía por qué le había mentado con la edad, y le pedía que no se hiciera ahora el tonto, y menos con esa cara de idiota, si él sabía muy de qué hablaba. La vez pasada ella le había visto el pasaporte. Ahí estaba clarita la fecha de nacimiento. Había algo que soportaba todavía menos que la gente maleducada, y era la gente mentirosa. A continuación, se agachó donde estaba el libro, lo recogió y se puso a planchar las hojas lo mejor que pudo. Dino se puso los zapatos y pegó un portazo.

No tuvo ganas de volver, es más no tuvo ganas de volver a verla nunca más. pero ese sentimiento no duró mucho y terminó desvaneciéndose. A la hora, y después de dar vueltas sin rumbo, decidió llamarla y pedirle perdón. Ella le dijo que había estado mal pero que ella también había estado mal. Enseguida se encontraron en *su* esquina, la esquina donde se habían conocido e hicieron las paces. De ahí fueron al Aachener Weiher, buscaron un banco y se besaron a la luz de la luna. No se veía a nadie cerca y ambos estaban muy contentos de estar solos y a los arrumacos hasta que sintieron unas pisadas a sus espaldas. Dino fue a agarrar el palo. Pese a a lo oscuro que estaba todo, consiguió distinguir unas manchas. Parecían ratas; Christiane por fin se dió cuenta de lo que estaba pasando: eran conejitos, había un montón, siempre se escapaban de la Facultad de Veterinaria.

- Para que ievas el Palo? – preguntó luego. Dino la miró. Le llamaba la atención que nunca le hubiera preguntado antes.
- Para defenderme si me quieren robar o si llega a aparecer algún neonazi.
- Para eio esta la Policia.
- A veces no está.

Más explicaciones no le dió y ella tampoco se las pidió. Al fin y al cabo, ninguno tenía ganas de pelear de nuevo.

Se sacó la mochila, corrió la bicicleta para no bloquear el pasillo y puso el pie izquierdo a resguardo, luego se acercó a la ventanilla. Quería mirarla mejor. Era una rubia con trencitas. Decidió bajarse. Usaría el cuento de la birrome que venía usando. Ya iba a empezar, cuando ella se adelantó y, moviendo las manos exageradamente, fue a abrazar a una amiga en la otra punta del andén. Entonces supo que tenía dos posibilidades: la amiga se tomaba otro tren y le dejaba el camino libre, o la amiga se tomaba el mismo tren que ella y le arruinaba todo. El 9 no tardó en aparecer. Apretando los dientes, Dino rogó que se le diera. Cuando paró, subieron las dos. Así y todo, antes de que las puertas se cerraran, se acercó un poco y, sonriéndole, le gritó: « ¡Schöne augen! »⁵³.

Después de haber visto cómo el neurólogo sacaba los papeles de adentro de una carpeta bajo la lámpara, y de haber escuchado que tanto el electro como las otras pruebas no le habían diagnosticado nada de lo que tuviera que preocuparse, haciendo ver, por el contrario, que no había secuelas del traumatismo aparte del chichón, la cicatriz de la herida y una inflamación extremadamente leve, la cual explicaba las molestias que abía tenido, que con toda seguridad desaparecerían con el tiempo, siempre y cuando no se dedicara al boxeo, Dino no pudo reprimir un suspiro ni despedirse como un argentino con un beso, ni tampoco darle una tarjeta para que pasara por su *estudio* en cualquier momento, asegurándole que era mejor tener una auténtica obra de arte que una reproducción barata de Monet.

Como en el instituto privado no eran tan estrictos con las faltas, Pedró aprovechó para irse una semana a Brujas con Inge. No podía más con tanto stress; necesitaba hacer una pausa y relajarse. Dino volvió a encontrárselo recién en una de las fiestas de la Mensa. La pausa parecía haberle hecho efecto, parecía haberles hecho efecto a los dos: no se pelearon, charlaron tranquilos, bailaron. Pero a la una, ella empezó a sentirse mal. Tanto insistió con que quería volverse, que Pedro tuvo que hacerle caso. Sin embargo, al rato apareció de nuevo. Esta vez, solo. No le importó que Dino y Christiane ya se hubieran ido, pero no era tan grave porque no los necesitaba para lo que pensaba hacer, que era ir a hablarles a un montón de chicas. En eso anduvo hasta que se dió cuenta de que estaba con poca suerte. Entonces cambió de planes y se puso a tomar. Terminó metido en una pelea con un chileno, en la que llevó la peor parte, como Dino pudo constatar al otro día. De todas formas, Pedro le restó importancia al asunto y prefirió hablar otra vez de su búsqueda laboral, y contarle que la semana pasada había ido a un lugar que pedía gente para un video porno, en el que, por más que parezca mentira, se presentó. El dueño del lugar, un ruso sin pestañas que hablaba marcando las *r* del mismo modo grotesco que todos sus compatriotas, le hizo una entrevista y luego le explicó que

⁵³ Lindos Ojos!

tenía que hacer un pequeño depósito para cubrir los gastos de las pruebas de cámara, pero que no debía preocuparse porque era casi seguro de que iba a ser seleccionado. Pedro se puso contento, le dijo que no había ningún problema, fue a su casa, le sacó algo de plata a Inge y volvió esa misma tarde. Las pruebas se hicieron el miércoles a las ocho de la mañana en una habitación rosa. Por desgracia, su partenaire, Tamara Liebe, de Kazakhstán, estaba excedida de peso, tenía problemas de ortodoncia y no derrochaba simpatía, todo lo cual, sumado a la presencia doblemente molesta del ruso con la cámara y de otra mujer con un reflector, contribuyó a que saliera bastante mal parado. Ni hace falta decir que jamás llamó para ver si había quedado en la selección.

A esta altura, Christiane casi ni iba a lo de Dino. Se entendía, puesto que, más allá de lo puntilloso que se mostrara con su higiene personal, el cuarto había ido convirtiéndose en un verdadero chiquero. Cuando ella trataba de decirle que lo limpiara, o de que, por lo menos, dejara que ella lo limpiara, él se ofendía, y cuando ella le decía que el caos de un casa reflejaba el caos de quien la habitaba, él se ofendía más todavía, y luego se burlaba y le decía que no sabía que también estudiara Psicología, y que el cuarto se veía de esa manera porque era el estudio de un artista, y punto. Pero apenas ella se iba, él se acordaba de que conocía colegas con estudios muy limpios, y entonces no tardaba en llegar a la conclusión de que si decidía mantener las cosas en ese estado, era más por usto y por desidia. Cada vez estaba más convencido de lo mucho que tenía en común con Dirk. Viendo que no había modo de hacerlo entrar en razón, de que hablarle no tenía sentido y de que visitarlo la enfermaba, ella optó por dejarle en claro que era mejor que se vieran en su casa, condiciones que Dino aceptó con más facilidad de lo que ella había previsto. Y estaba claro por qué: a él le gustaba ser recibido y atendido muchísimo más que recibir y atender. Aún tenía fresco el recuerdo de las veces que la había odiado por tener que interrumpir lo que estuviera haciendo, para salir rápido a comprar algo para comer. Le quedaba muy claro que a él le convenía que a ella no le gustase su cuarto, y que a la vez le gustase hacer de anfitriona, puesto que, qué mejor que tener una novia que siempre quisiera recibirlo y atenderlo y estar cuidando de que no le faltara nada, aun cuando eso la llevara a no tocar ni un libro, y a pasarse el fin de semana en la cama tomando mate, mirando películas, acariciando a Tschitscho, escuchando a The Police o haciendo lo obvio, y a acordarse de las materias y el Physikum recién el domingo a las siete de la tarde. Podía ser que ella a veces se pusiera firme y que se fuera a estudiar y a él lo mandara a leer alguna novela en el balcón, o si no - a ella no le molestaba en absoluto - dejarlo que se pusiera a mirar las fotos de ella. Las tenía en álbumes separados por año. El nunca había conocido a nadie que tuviera tantos. Se hallaban junto a la colección de National Geographics, vecindad poco casual, si se consideraba que la mayoría de las fotos eran de viajes. Viajar y sacar fotos era casi lo mismo para ella; conocer un país sin llevar un registro de la gente y los paisajes le parecía absurdo. Tanto estaba asociada una actividad a otra, que, de vuelta en Colonia, jamás tocaba la cámara. Pero sacar fotos no la convertía necesariamente en fotógrafa, y tanto su forma de componer como sus combinaciones de apertura y velocidad dejaban mucho que desear. Aparte de las fotos de viajes, que eran la mayoría, estaban las familiares. No eran fotos de ella, sino fotos donde solamente aparecía, es decir, las previsibles fotos de la infancia sonriendo, soplando las velitas,

con amigas, con parientes, etc. Lo que le pareció raro fue que la madre apenas apareciera, y que, si aparecía, fuera sin Christiane. Por lo que ella le había contado, nunca se habían llevado muy bien. Entre las fotos más descoloridas, había algunas de un hombre con bigotes, su padre. Cuando se lo contó después, en la cama, ella se emocionó. No obstante el tiempo transcurrido, aún le costaba creer que se había muerto, que le hubiera tocado justo a él, un hombre tan fuerte, tan fanático de los deportes. La enfermedad fue fulminante. Cada vez que iba al hospital a verlo, lo encontraba diez años más viejo. El día que ya no pudo hablar, ni con ella ni con nadie, y ella se quedó junto a la cama escuchándolo respirar, le pareció estar escuchando a un muerto. Enseguida comenzó a desear que su sufrimiento - el de ella más que el de él - acabara. El drama fue que, al hacerse su deseo realidad, le agarró tal culpa, que su vida no tardó en convertirse en un infierno. Fue incapaz de evitar que su rendimiento en el Gymnasium se fuera a pique. Ella, que siempre había sido la mejor de la clase. Le tuvieron que poner profesores, mandarla a terapia, medicarla. Al final, no supo bien cómo, empezó a recuperarse.

- I tus Padres ?

- Y...bien...Bueno ¿qué tal si apagamos la luz? Es tarde ¿no?

- Si, claro.

- ¡Que sueños con conejitos!

- Con Ihitos? No, gracias!

- No te preocupes, yo tampoco sueño con hijitos. Y menos que menos con hijitos con nariz de conejo como vos.

- Aces bien. Los mios an de ser todos Rubios con Ohos celestes, Arios de pura Cepa, hahaha!

- ¡Sieg heil⁵⁴, jajaja!

Con el sueño seguía mal, y no tenía la menor duda de que había ninguna relación con el golpe en la cabeza. Desde que tenía uso de razón y memoria, que dormía mal; antes había sido mucho peor. No hacía falta hacer un gran esfuerzo para acordarse de los rituales de enfermo de su adolescencia, por ejemplo ese de prender la luz en medio de la noche simplemente porque el orden en que había dejado las cosas del escritorio le molestaba, y lo obligaba a levantarse y cambiarlas de lugar, y al rato, de vuelta lo mismo y así toda la noche. Dormir acompañado no ayudaba. A veces, con tal de evitar estar dando vueltas en la cama y despertarla, bajaba al diván y esperaba a que se hiciera de día.

Otro motivo de preocupación fue haber roto el espejito de la bicicleta sin querer en la ducha. Christiane se le rió en la cara y le dijo que no fuera ridículo, que a ella cada dos por tres se le rompía un espejito cuando se maquillaba, y que si era por eso, ellas sí que tenía mala suerte.

Peter había insistido tanto que el final fueron a la inauguración de la muestra de Mapplethorpe en el Ludwig. Como las inauguraciones las aburrían, iban sin Claire ni Christiane. Cuando estaban por llegar y cruzaban la plaza del Dom, Peter señaló un afiche con el escudo de la ciudad y le preguntó si sabía por qué aparecían tres

⁵⁴ Saludo muy usado por los nazis.

coronas y once lágrimas negras. Dino sacudió la cabeza. Peter le contó que las coronas eran el símbolo de los Reyes Magos, que los Reyes eran el símbolo de Colonia, que estaban enterrados en el Dom, como seguramente Dino ya sabía, que, de hecho, el Dom era su mausoleo, que una vez por año se abría un cofre para mostrar sus huesos y que los más blancos eran los de Baltasar. En cuanto a las lágrimas, contrariamente a lo que Dino creía, no se trataba de las lenguas de fuego de los apóstoles - negras porque estaban apagadas, y estaban apagadas porque todos estaban muertos, menos Judas y otro más que no estaban muertos, y que por lo tanto no aparecían - sino de las almas de las Vírgenes, y que cada lágrima representaba mil almas. Se quedó pensando un instante y luego agregó que el escudo quedaría mucho mejor si tuviera una lágrima por cada alma, es decir, una trama con once mil puntitos.

A Dino esas fotos lo tenían sin cuidado. La seriedad con que todos se las tomaban le parecía patética, empezando por la curadora esa, que en una entrevista que había leído en *Die Zeit* hacía poco, al ser llevada por la periodista a buscar una palabra para definir a Mapplethorpe, había elegido *disturbing* y no *fucking*. El museo estaba lleno, había vino blanco y tinto, y hasta un DJ. Se agarraron unas copas y fueron recorriendo las salas. Aunque a Dino lo que veía lo ponía de mal humor, trataba de ser receptivo y escuchar lo que Pedro le comentaba. Se sirvieron vino varias veces. Luego Dino fue al baño. Cuando salió, se encontró con Peter conversando con una señora mayor y una chica. Imaginándose lo que pasaba, y sin querer interferir, agarró por la escalinata y salió a la terraza, donde se quedó un buen rato mirando el río. Se encontraron recién en el hall de entrada. Peter estaba muy contento y no paraba de hablar: la chica se llamaba Lisa, iba a ser de Ursula y le había dado el teléfono delante de la abuela sin ningún problema. Dino no le pudo decir que no cuando Peter lo invitó al Rubinrot a celebrar su triunfo

El lugar se hallaba medio vacío y habían puesto la música tan bajita que cualquiera diría que venía del local de al lado. Pidieron dos Kölsch. Peter sonrió, suspiró y dijo « Lisa ist klasse »⁵⁵. Pero, de repente, Peter pareció acordarse de otra cosa, sacó la agenda y, mientras la ojeaba, aseguró que eran dos idiotas al haber pensado que el profesor era un idiota.

- ¿Was für ein professor?

- Der Professor von Kapar Hauser, wer sonst?

- Na gut.

- Er hat nicht so eine Dummheit wie: « Kommst Du aus dem Lügnerdorf? » gefragt, sondern...warte...hör zu: « Wenn Du aus dem anderen Dorf kämest, würdest du mit nein antworten, wenn ich Dich fragen würde, ob du aus dem Lügnersdorf kommst? »

- ¿Wie?

- Wenn Du aus dem anderen Dorf kämest, würdest du mit nein antworten, wenn ich Dich fragen würde, ob du aus dem Lügnersdorf kommst?

- ¿Wie?

- Wenn Du aus dem anderen Dorf kämest, würdest du nein antwort-

- Es tut mir leid, ich...

- Ich weiß, ich auch...aber ich habe mir den Film, also, die Szene zehnmal angesehen und ziemlich viel darüber nachgedacht...und dann bin ich zu diesen Antworten gekommen. Vorsicht, ich lese vor; der, der die Wahrheit sagt, wird mit nein antworten und Folgendes sagen: « Nein, wenn ich aus dem anderen Dorf

⁵⁵ Lisa es genial.

käme, würde ich nicht mit nein antworten, wenn Du mich fragen würdest, ob ich aus dem Lügnersdorf komme» weil er so denkt: « Wenn ich lügen würde, würde ich dann sagen, dass ich nicht lüge »...hast du verstanden?

- Nein. Nochmal, bitte.

- Der, der die Wahrheit sagt, wird mit nein antworten. Wenn er aus dem anderen Dorf käme, würde er nicht mit nein antworten, wenn der Professor ihn fragen würde, ob er aus dem Lügnersdorf kommt, nur weil er denkt, dass, wenn er lügen würde, würde er dann sagen, dass er nicht lüge. Hast du jetzt verstanden?

- Nein, aber ich glaube dir.

- Danke. Der, der lügt, wird so denken: « Wenn ich die Wahrheit sagen würde, würde ich sagen, dass ich lüge » und daher antworten: « Ja, wenn ich aus dem anderen Dorf käme, würde ich mit nein antworten, wenn Du mich fragen würdest, ob ich aus dem Lügnersdorf komme. »

- Also, das bedeutet, dass der profesor recht hat. Ich und Kaspar aber nicht.

- Nee, das bedeutet, dass beide Recht haben.

- ¿Sowohl Kaspar als auch ich?

- Nee, sowohl der Professor als auch du.

- ¿Willst du mich verarschen? ¿Warum?

- Darum. So steht in Wikipedia. Und was den Professor und den Kaspar angeht: wenn sie nicht gestorben sind, dann leben sie noch heute.⁵⁶

⁵⁶ - Qué Professor?

- El profesor de Kaspar Hauser ¿quién si no?

- Ah, bueno.

- El no preguntó una taradez como « ¿Venís del pueblo de los mentirosos? » sino...esperá...escuchá: « ¿Si vos vinieras del otro pueblo, contestarías que no si te preguntara si venís del pueblo de los mentirosos? »

- Cómo?

- ¿Si vos vinieras del otro pueblo, contestarías que no, si te preguntara si venís del pueblo de los mentirosos?

- Cómo?

- ¿Si vos vinieras del otro pueblo, contest-

- Lo lamento, pero yo...

- Ya sé, yo también...pero vi la película, bueno, la escena diez veces y me quedé pensando bastante...y entonces dí con estas respuestas. Guarda, ahí te leo; el que dice la verdad va a contestar que no y decir lo siguiente: « No, si yo viniera del otro pueblo, no contestaría que no si me preguntaras si vengo del pueblo de los mentirosos » porque pensaría así: « Si yo mintiera, entonces diría que no miento »...¿entendiste?

- No. De nuevo, por favor.

- El que dice la verdad va a contestar que no. Si viniera del otro pueblo, no contestaría que no si el profesor le preguntase si viene del pueblo de los mentirosos, solamente porque piensa que si mintiera, diría entonces que no miente ¿Entendiste ahora?

- No, pero te creo.

- Gracias. El que miente va a pensar así: « Si yo dijera la verdad, diría que miento » y por lo tanto va a contestar: « Sí, si yo viniera del otro pueblo, contestaría que no si vos me preguntaras si vengo del pueblo de los mentirosos. »

- Bueno, eso significa que el Professor tiene Razón. Y que yo y Kaspar, en cambio, no.

- No, eso significa que ambos tiene razón.

- Tanto Kaspar como yo?

- No, tanto el profesor como vos.

- Me estás jodiendo? Por qué?

- Porque sí. Así aparece en Wikipedia. Y en lo que al profesor y a Kaspar se refiere, colorín colorado este cuento se ha acabado.

Iba a otras tres sesiones y terminaba con todo. De acuerdo a lo que el médico le había dicho, la kinesiología ya había cumplido con su parte, y a partir de ahí, era cuestión de ponerse en manos del propio cuerpo. Sin saber quién decepcionaba a quién - si él al cuerpo o el cuerpo a él - una semana después de la consulta tuvo otro accidente. Otro más. Esta vez fue al caminar tranquilo por el pasillo de la pileta, olvidarse del desnivel del piso del vestuario y caer con todo el peso sobre la pierna izquierda. A pesar de que siguió como si nada, y de que luego hizo un montón de largos de pecho, a la noche comenzó a dolerle la rodilla y a tener una sensación arenosa.

El médico no estaba del todo seguro, pero parecía ser una pequeña lesión en el menisco, no estaba seguro. Recién lo sabría cuando se fijara en la resonancia; le preparó una orden y le sugirió no usar la bicicleta. Dino tenía ganas de arrancarse los ojos de la rabia; justo ahora que estaba empezando a sentirse mejor, que estaba empezando a animarse a caminar y a sacudir la cabeza para todos lados, justo ahora tenía que pasarle eso. Era patético a más no poder. Como su madre siempre le había dicho, no podía vivir sin que le doliera algo. Ya le quedaba muy claro, a esta altura del partido, que no era mala suerte sino otra cosa, una vocación por sentirse mal, una necesidad de estar mal para estar bien, como si la única forma de estar bien, fuera estando mal. Sin embargo, no sabía cómo sacar provecho del hecho de eso, ya que por más consciente que fuera, las cosas seguían pasándole. Aparte de la molestia física, estaba también la vergüenza de que lo volvieran a ver reducido a un estado miserable, de que cuando llegara a una escalera, por ejemplo la de la residencia, estuviera obligado a subir o bajar de a un escalón por vez. Se había puesto tan sensible, que apenas escuchaba a alguien acercándose, interrumpía la operación y hacía como que tenía que revisar el celular o anotar algo. Ahora dependía del monopatín más que nunca. Si la calle estaba muy rota, y con el monopatín también se le hacía difícil, y entonces no le quedaba más que agarrar la bicicleta y empujarla con la pierna sana.

A diferencia de lo que le pasaba con la mayoría de sus vecinos, la presencia de Deben, el *neurobiologo* - así lo llamaba cuando hablaba de él con Pedro - no lo irritaba. Lo consideraba un gran tipo, más allá de sus anteojos cuadrados enormes, de su forma de caminar como un pato, de lo increíblemente *aparato* que era cuando hablaba y de que prefiriera tocar la guitarra antes que hacer el curso de la Facultad y aprender alemán. Si bien a Dino no le importaba, esto último le llamaba la atención más que lo demás. Hacía tres años que había llegado de Nueva Delhi con una beca para hacer su tesis en Colonia, pero su testarudez lo llevaba a insistir con su inglés, mechando algún *ja, du* o *bitte* de vez en cuando, convenciéndose de que había tenido suficiente con la media docena de idiomas que le habían obligado a aprender en su país, y negándose a ver que esa situación, más su extrema timidez, lo llevaba a estar todo el día encerrado en el laboratorio y a no salir nunca, ni siquiera con hindúes.

Estaba en la cocina poniendo el arroz para la cena, cuando vio a Dino que se acercaba. Entonces le dijo:

- What a face, mann. Come on, what's going on?

- Not much.

- Come on...
- Not much...The thing is that Christiane is in love with me.
- That´s not a reason to be worried about. You are a *verruckte*.
- The thing is that I´m not in love with her. I´m in love with Adelajda, I guess.
- Who the hell is Adelaida? ⁵⁷

⁵⁷ - Qué cara que tenés, Hombre. Vamos ¿qué pasa?

- Nada.
- Vamos...
- Nada. El tema es que Christiane está enamorada de mí.
- Esa no es una razón para estar preocupado. Sos un *loka*
- El tema es que no estoy enamorado de Christiane. Estoy enamorado de Adelajda, creo.
- ¿Quién carajo es Adelaida?

JULIO

Fue en el colectivo. Ni siquiera esperó a que bajara, se le puso al lado y, después de preguntarle cómo se llamaba, le dijo que estaba hablando con la chica con la cara más linda de Colonia. Exageraba pero no mucho: la cara, más la figura esbelta y fibrosa, y el largo fuera de lo común del pelo, le daban a Adelajda una presencia muy especial. Consiguió su número, la llamó, empezaron a salir. Aunque a él le molestaba tener que estar siempre pendiente de que nadie la mirara demasiado o le dijera cosas cuando caminaban por la calle, se daba cuenta de que el verdadero problema no era eso sino el hecho de que tuviera novio. Es cierto que le cayó mal enterarse. Pero después de lo de Olga, se lo tomaba de otra manera. Además, tampoco era tan terrible: el otro vivía en Polonia y la veía cada dos meses. Adelajda lo animaba a Dino a seguir pero tampoco le hacía el camino tan fácil, y él le seguía el juego Dino tratando de no presionar más de lo aconsejable, confiando en que todo se fuera a dar en algún momento.

No es que Christiane hubiera dejado de gustarle; no, no se trataba de eso y no había, de hecho, nada más alejado de la realidad; era simplemente que necesitaba un poco de variedad, siempre le pasaba. Christiane era como una canción, la preferida de un disco, una canción que podía estar escuchando todo el día y mucho más que cualquiera; así y todo, no veía por qué tenía que obligarse a pensar que disfrutar de las otras estuviera mal.

Volvieron a tirarse en el diván. « Fíhate esto » le dijo abriendo una revista.

- Si el Iho de Huan es el padre de mi Iho ¿que soi io de Huan?
- ¿El hijo?
- Es una Pregunta?
- No, una respuesta.
- Soi el Padre.
- ¿Estás segura?
- Sí, mui seguro. Aca lo dice.
- Y bueno, será así entonces ¡qué pena!
- Que Pena, dices? Que pena que Huan sea mi Iho i no mi Padre?
- Qué pena que me haya equivocado... Igual, eso me parece que no está bien: vos no podés ser el padre de Juan; la madre, en todo caso.
- Es lo mismo.
- ¿Cómo lo mismo?
- Bueno, az de cuenta que soi Varon. Ahora escucha lo que sigue: si Huan es el Iho de su Padre, el Iho del padre de Huan, que es suio?
- ¿Del padre o de Juan?

- De Huan.
- No sé...de Juan debe ser el hermano.
- No, no i no. Te sigues equivocando. Es el Sobrino.
- ¿El sobrino? No te creo nada.
- Aquí dice el Sobrino i qu-
- Bueno, basta ya de jueguitos.
- No te a gustado?
- No, no me pareció muy gracioso, qué querés que te diga.
- Eres aburrido!
- Los juegos de palabra me aburren; no les veo la gracia.
- No son Huegos de Palabras, son Huegos para ayudar a desarroiarse la Mente, son Huegos de Logica.
- La lógica... no la soporto.
- No te creo, de cualquier modo creo que ai muchas Cosas que tu no las soportas.
- Y sí...Ahora que me lo decís y sin ir más lejos, no soporto que el boludo de Ali siga dejando que Tschitscho se escape.
- No es tu Gato.
- Ya sé, pero ¿viste cómo vuelve, todo lastimado, con el pelo todo sucio? Tengo mis dudas de que lo haya castrado. Ese Ali es más forr-
- Basta! Es una Locura lo que dices. A los Gatos no los puedes proibir salir, si no salen, eios mueren.
- Mentira.
- Es cierto. Pero ello no es lo mas importante.
- ¿Ah, no? ¿Y qué es?
- Pue que lo que te lo e dicho que el Gato no es tuio i no puedes acer nada.
- ¡Genial!
- Tienes que ser más tolerante i comprensible.
- *Comprensivo* querrás decir...
- *Comprensivo*...No ablamos mas de esto porque nos pondremos a discutir... Ven, acercate. Mira - dijo Christiane tirándolo de la manga y llevándolo hacia la ventana. Al principio le costó verla; luego pudo distinguir una paloma en un nido. Christiane le contó que había aparecido hacía cosa de dos semanas y que la había descubierto en una pausa cuando estudiaba. Desde entonces, cada tanto iba a mirarla. La paloma también la miraba. Ya se habían hecho grandes amigas. Luego volvió a la revista y le mostró una nota sobre una retrospectiva de Modigliani. Se estaba haciendo en Bonn, en la Kunsthalle. Modigliani y Dalí, eran los pintores favoritos de Christiane. Lo convenció para que fueran ese mismo sábado. Dino entonces aprovechó para invitar a Peter y Claire, que aceptaron encantados, aunque la invitación no era del todo desinteresada, puesto que, como seguía con lo de la rodilla, de esa forma se evitaba el calvario que era ir y volver en tren. Sin embargo, el sábado por la mañana el auto se negó a arrancar y terminaron yendo a la estación.

La muestra les encantó a todos, menos a Dino, que, aunque no lo dijo, hubiera preferido quedarse en su casa tranquilo en vez de estar arrastrando su pierna con una sonrisa. Una vez que terminaron con los tres pisos, bajaron a tomar un café y luego fueron a la librería. Había libros sobre Modigliani de todos las formas, tamaños y colores. Pero no era lo único: en una mesa de saldos, Christiane dió con un catálogo bilingüe de una exposición de Luis Felipe Noelia. Por lo que Dino le explicó, y luego ella confirmó leyendo, se trataba de un artista argentino que ya había expuesto en la Dokumenta. Los textos preliminares, unos textos largos que

ocupaban más espacio que las fotos, estaban firmados por la curadora Marcela Pacheco y el artista mismo. Christiane leyó: «...*mi juego no es mi propio juego, un mero juego, es mi doblemente ominoso estar en el mundo, es mi ir siendo en él, yendo con él, ya que lo que va definiendo a éste en la marcha es aquello sobre lo cual va construyéndose su devenir, igual que un pensador esplendente jugando al ajedrez entre la sangre de los conceptos intrínsecos que fabrica ¿Contra (posición) quién, con (tendiendo) quién juego? Contra/con el doble, contra/ con el ominoso, contra/con quién siendo fantasma, es mi propio reflejo, mi propio significativo de los hechos aliterados de la nada. Pero no tanto, no del todo todavía. Yo...*» Mientras Dino se dirigía a la mujer de pelo corto y anteojos retro para pedirle el precio del nuevo libro de Taschen sobre Lacámara, Christiane leyó más adelante: «... *aber manchmal darf der Künstler dem Grau seine Ehrerbietung erweisen, indem er reine Beschreibungen der Welt darstellt. Klares Grau. Manchmal sieht er es an, als ob er sein Geflüster merkt, als ob er die geheimnisvollste Stimme der Welt darin hört. Manchmal ist der Himmel selbst das Ziel aller Freiheit, die Lösung aller Sorgen, der Himmel, der wie eine geheimnisvolle Stimme in der Mitternacht der Zelle hinab und hinauf, hinein und hinaus geht. Er ist ein Künstler der Welt, trägt einen berühmten Namen, welcher Familienreisen und Städtetrips entspricht, und wird dank der geheimnisvollen Stimme der Nacht unsere Gefühle widerspiegeln. Er kann allerdings seine Auge schließen, um sich mit den beleuchteten Himmeln des Tages zu treffen. Der Künstler öffnet den Tag mit den Augen y schließt sie mit der Nacht. Ferne Zwerggalaxien leuchten in seinen Augen und seinem Geiste vor Freude. Dieser großartige zeitgenössische Künstler ist ein seliger Geist, dessen Dasein sich im Kreis geht und sich zur Ewigkeit des Augenblickes richtet...*»⁵⁸

El quince terminaba el semestre en el instituto y aunque el veinticinco iba a tener que dar el DSH, la verdad es que se encontraba sumamente tranquilo. Aparte de la gramática que venía repasando por su cuenta, se había armado una rutina extra para las últimas tres semanas. Esto incluía el copiado de diarios - un artículo de economía, otro de fútbol, otro sobre un kurdo que había matado a una persona en la Oficina de Migraciones de Hannover - o de libros, igual que un monje - medio capítulo del *Facundo* alemán, la primera parte de un libro sobre Husserl, unos párrafos de *Das Urteil*⁵⁹, varias páginas del manual de Histología de Christiane. También trataba de ver todas las películas que pudiese, sin importar que fuesen alemanas o que, como *Taxi Driver* y *Der Morast*⁶⁰, estuviesen dobladas. Por último,

⁵⁸ “...pero a veces puede el artista rendir su homenaje al gris, en tanto representa puras descripciones del mundo. Gris transparente. A veces él lo mira como si sintiera su susurro, como si escuchara la más secreta voz del mundo ahí dentro. A veces es el cielo mismo, el objeto de toda libertad, la solución de todas las preocupaciones, el cielo que, como una secreta voz en la medianoche de la célula, va abajo y arriba, adentro y afuera. Es un artista del mundo, lleva un nombre famoso, el cual se corresponde con viajes familiares y excursiones a ciudades, y refleja nuestros sentimientos gracias a la secreta voz de la noche. Puede, sin embargo, cerrar sus ojos para encontrarse con los cielos iluminados del día. El artista abre el día con sus ojos y los cierra con la noche. Lejanas galaxias enanas brillan de alegría en sus ojos y en su espíritu. Este magnífico artista contemporáneo es un espíritu bienaventurado, cuya existencia camina en círculos y se orienta hacia la eternidad del momento.”

⁵⁹ *La sentencia*

⁶⁰ *La ciénaga*

había logrado convencer a Christiane para cambiar las condiciones del intercambio, y suprimir el castellano por unas semanas.

Dino se trepó a la cama y, cuando le tocó la cintura, ella pegó un grito diciendo que tenía las manos heladas. El no podía creer que fuera tan friolenta, estaban en pleno verano. Jugaron a que luchaban, dándose con las almohadas. Luego ella se agitó y le pidió que pararan. Se quedaron en silencio hasta que ella volvió a hablar:

- Sabes, a veces siento que soi mui feliz y tanto, que me dan Ganas de salir a la caie i bailar como en Karneval o ponerme a iorar.
- No me jodas.
- No es Burla.
- Y cuando estás triste ¿no te dan ganas de reírte?
- Mui gracioso.

Christiane estaba lejos de enterarse de lo de Adelajda. Saber que ella no sabía, y estar convencido de que no iba a enterarse, le daba a él menos vergüenza a la hora de inventar excusas y coartadas, actitud que quedó muy clara un día en que salía del instituto para verse con Adelajda. Habían quedado en reunirse en el restaurant del Ostasiatisches Museum. Para eso tenía que agarrar por un caminito y atravesar todo el parque detrás del Aachener Weiher. No le faltaba mucho, cuando, y como salida de la nada, Christiane le salió al encuentro. No se esperaba semejante susto pero lo disimuló lo mejor que pudo, se hizo el contento. le dió un montón de besos. Detrás, tirados bajo un árbol, alcanzó a ver a Erica y a otros más. Fue a sentarse con ellos. Mientras aceptaba un vaso de Apfelschorle, le dijo que no podía creer lo hermoso que estaba el día. Enseguida le preguntó cómo era que alumnos tan responsables estuvieran ratéandose. Ella le contestó que porque eran menos responsables de lo que pensaba. Dino aceptó un sándwich de miga. No lo había acabado todavía, cuando sacó el celular. Entonces se le acercó y le susurró al oído que estaba con los minutos contados y que lo disculpara, pero que tenía una clase en media hora. Le dió un beso, se despidió del resto, agarró la bicicleta y volvió a ponerse en marcha.

Otra vez, a la semana de aquel episodio ocurrió algo todavía peor. Había ido a retirar unas copias al laboratorio donde siempre iba, justo frente al cementerio de Melaten. Este lugar era, para él, el mejor laboratorio de Colonia, ya que no era caro, eran amables y, cuando se equivocaban con la saturación o el brillo, no le hacían problema y volvían a hacer las copias sin cobrarle de nuevo. Había dejado fotos de Christiane, es decir fotos con ella de modelo. Era difícil asegurar la cantidad que le había sacado desde que estaban juntos: de día, de noche, despierta, dormida, sentada, parada, acostada, con ropa, sin ropa, con el pelo atado, con el pelo desatado, en blanco y negro, en color, con gente, sin gente, triste, contenta, de frente, de espaldas, de arriba, de abajo. Al retirar todo, y mientras sacaba el candado de la bicicleta, vió pasar una rubia con el pantalón ajustado, así que en vez de agarrar para la estación como tenía previsto, decidió seguirla, aunque eso significara ir para el lado contrario.

- Bedenke, dass du Staub bist ⁶¹ - dijo Erica
- Wie dramatisch! ⁶² - respondió Christiane
- So steht´s drauf ⁶³ - dijo Erica señalando la placa de bronce en la entrada.

⁶¹ Recuerda que eres polvo.

⁶² ¿Qué dramática!

⁶³ Así aparece.

- Das mag ich nicht. Man muss ein bisschen höflicher sein. Meiner Meinung nach wäre es besser: « Bedenke, dass du Staub bist, bitte. »...Der Dino hat mir einmal gesagt, dass-

- Wenn man vom Teufel spricht.⁶⁴

Un segundo antes de tocar el hombro de la desconocida para preguntarle la hora, escuchó a Christiane gritando su nombre. Se dió vuelta, la vió que cruzaba la avenida. Venía con Erica. No obstante lo cerca que había estado, se acordó de Arne, se recompuso, las invitó al barcito que había al lado de la casa de fotos. Christiane se lamentó mucho pero no podían porque tenían el seminario de Anatomía en quince minutos.

Dino hubiera preferido encontrársela sola. Siempre estaba con la otra. Le molestaba tener que verla tanto. No era algo personal, pero, para decirlo honestamente, le parecía tonta y molesta, y le hartaba ya. En los últimos meses, encima, a ella se le había metido en la cabeza que quería hablar español igual que Christiane, y entonces no dejaba pasar oportunidad de quedarse escuchando sus conversaciones, e inclusive se metía para decir una que otra idiotez, y eso con un acento tan marcado que ni se notaba que ya no estaba hablando alemán. Había empezado a tomar clases con una profesora. Según ella, con lo de la facultad no iba a ningún lado - se la pasaban leyendo libros del mil quinientos, y se aburría; viajar y estar allá y conocer gente, en cambio, era otra cosa - así que para el verano tenía programado su primera visita a España. Aún no sabía si a Madrid o Barcelona. Ahora, antes de despedirse, le preguntó de improviso qué le aconsejaba, si Madrid o Barcelona. El la miró:

-¡Nicht mich aber die Christiane muss du fragen! Sie ist die reisenderin. Unglücklicherweise bin ich noch nie in Spanien gewesen.

- Achsoo!

- Erica weiß Bescheid, dass ich dort war, wir glaubten allerdings, dass du auch da warst.

- Nein, nie.

- Auf jeden Fall konnte ich nicht Barcelona bereisen.

- Weiss du was? Lass uns beide einmal dorthin fliegen! Bald, meine ich. Es wäre wunderbar. Eigentlich habe ich einen sehr guten freund, ein alter schulkamerad von Avellaneda, der seit zwei jahren in Barcelona wohnt. Ich könnte ihm anrufen. Wir könnten bei ihn übernachten...

- Wow! Das sieht toll aus! Auf nach Barcelona!

- Guck mal, falls ich ein paar Fotos verkaufe, besorgen wir uns die Flugtickets. Germanwings hat immer viele Angebote. Es kann im august oder september sein. Ich werde unbedingt heute abends mit Santiago telefonieren.

- Wer ist er?

- Dieser Freund von mir.

- Verstehe.

- Das ist schon prima, oder?

- Nicht schlecht, Herr Specht!⁶⁵

⁶⁴ - No me gusta. Se tiene que ser un poco más amable. En mi opinión sería mejor: « Recuerda que eres polvo, por favor »...El Dino me dijo una vez que-

- Hablando de Roma...

⁶⁵ - A mí no, a Christiane tenés que preguntarle! Ella es la Viajera. Degraciadamente nunca estuve en España.

- Ahhh...

- Erica sabe muy bien que yo estuve, creíamos, sin embargo, que vos también habías estado.

- No, nunca.

El concierto de Rheinkultur, que, de hecho, eran muchísimos conciertos juntos, duraba todo el día y se llevaba a cabo al aire libre en un predio enorme y lleno de ondulaciones parecido a un campo de golf, en Bonn. Tocaban grupos y solistas de diferentes géneros y, como era gratis, se esperaba más de ciento cincuenta mil personas. Aparte de los cinco escenarios, los puestos de comida y las filas de baños químicos, se había instalado una especie de kermesse y hasta una grúa para Bungee jumping. A causa de la clase que Dino tenía que dar a la mañana, quedaron en que Christiane y sus amigos fueran primero. El se reuniría con ellos más tarde. De todas maneras, no quería hacer el viaje solo, así que trató de convencer a Peter y a Franz, pero, como ninguno podía, terminó yendo con Deben. Lo que hicieron fue ir hasta Barbarosaplatz y ahí tomarse el 18, que era la forma más directa. A pesar de que hacía calor, había demora, los vagones venían llenos, y Dino se había quedado sin crédito y no podía avisarle a Christiane que no iban a llegar a las cuatro, eso fue compensado con creces con la aparición de unas suecas. Aprovechando los saltos del vagón y el poco espacio disponible, Dino se las arregló para alargar la mano en más de una ocasión, y también Deben, que, todo nervioso, lo imitó, sin imaginar que una de las suecas fuera a darse vuelta y estuviera a punto de cachetearlo.

Llegaron antes de las cinco. Christiane estaba con un top y un pañuelo en la cabeza, y de no ser por la música electrónica, cualquiera hubiera dicho que se encontraba en Woodstock. Andreas, Markus y Ali con su nueva novia - « más gorda y machona que la anterior » pensó Dino - aparecieron enseguida, luego otros que no veía hacía mucho y, por último, dos más que no conocía, dos hermanos australianos vestidos estilo Jim Morrison. Se quedaron todos juntos, charlando, tomando cerveza y comiendo salchichas con ketchup y papas fritas. A las siete decidieron abandonar los escenarios electrónicos e ir por algo de rock. A las diez, estando el cielo claro todavía, se pusieron a fumar marihuana, lo que no impidió que después, cuando fueron a buscar sándwiches, Christiane y él se largaran a discutir de nuevo por una estupidez. Fue un malentendido, en realidad. Al acercarse al puesto de comida, se cruzaron con un hombre con muletas, y eso a Dino le dió pie para comentar que ése estaba peor que él, comentario que a ella le cayó mal y la sacó de quicio, preguntándole por qué se burlaba así del pobre tipo. El reaccionó diciéndole que era una mogólica si pensaba que siempre estaba burlándose de sus semejantes. La cosa no llegó a mayores y pudieron hacer las paces.

El evento concluía a la medianoche con un espectáculo de fuegos artificiales. A las once y media, Andreas propuso que, a menos que alguno estuviera realmente

-
- De todos modos no pude visitar Barcelona.
 - Sabés qué? Podríamos irnos allá en algún momento! Pronto, quiero decir. Sería maravilloso. Justamente tengo un muy buen Amigo mío en Barcelona, un antiguo Compañero de Avellaneda que hace ya dos años que vive en Barcelona. Podría llamarle. Podríamos quedarnos en su Casa....
 - ¡Guau! ¡Me parece genial, a Barcelona entonces!
 - Mira, en caso de que venda un par de Fotos, conseguimos entonces los Pasajes. Germanwings tiene siempre muchas Ofertas. Puede ser en Agosto o Septiembre. Sin falta esta Noches hablo con Santiago.
 - ¿Quién es?
 - Este Amigo mío.
 - Ah, entiendo.
 - Buenísimo, no?
 - ¡Nada mal, Sr. Ramal!

interesado en el cierre, lo mejor sería salir en ese momento para evitar el caos en que pronto todo se convertiría. Agarraron el camino principal con la idea de salir directo a la estación. Sin embargo, cada vez se topaban con más y más gente, y era como si todo el mundo se hubiera puesto de acuerdo para salir antes. Dino vió que se hacía difícil seguir con la bicicleta, y ya iba a gritarle a Christiane y a Andreas que él y Deben no podían avanzar tan rápido, cuando sintió que le pisaban el pie. La puntada lo paró en seco y se puso insultar y a gritar sin saber bien a quién, y recién se calmó al ver la cara de espanto de Deben. Dino le dijo que no se preocupara, que estaba todo bajo control. Como otra cosa más que mirarse el dedo dolorido, no podía hacer, eso fue lo que hizo: se salió del camino, fue a sentarse en un tronco caído y se sacó el zapato. Al volver al camino, hacía rato que habían perdido de vista al grupo. Para colmo de males, Deben no usaba celular, así que era imposible comunicarse con Christiane. Ella, por su parte, tampoco llamaba. Dino sabía que no tenía crédito tampoco. En el acto pensó que eso no era excusa, y que nada le impedía pedirle el celular a Andreas o a Erica.

Ahora era imposible seguir, parecía Stiefel. No obstante que Deben no quería dejarlo solo, le dijo que mejor se separasen, que él trataría de agarrar el tren en el Hauptbahnhof. Se despidieron con un apretón de manos.

A Dino le costó encontrar a alguien que pudiera indicarle de forma sencilla cómo llegar al Hauptbahnhof. Debido a que las calles estaban mal iluminadas y tenían tantas botellas rotas como Colonia en Año Nuevo, y a que el lugar era enorme y no traía su kit de auxilio ni su inflador, ni se quería imaginar el desastre que sería si de pronto pinchaba. Finalmente, por milagro o casualidad, se encontró frente al Hauptbahnhof. Sacó el boleto, esperó cinco minutos, subió a un S-Bahn vacío. Estuvo de vuelta antes de la una y media. Saludó a Deben, que acababa de aparecer, y después fue al cuarto a llamar a Christiane. Le costó, al principio daba siempre ocupado o saltaba el contestador. Obviando lo mal que se escuchaba, alcanzó a entender lo más importante, que era que la locomotora había tenido un problema, que habían debido bajarse en medio de la nada y esperar otro 18. Estaban en camino y llegarían en media hora.

Quería pedirle a Franz que lo ayudara a llenar un formulario que necesitaba. Era una cosa del seguro médico. Aunque Christiane lo había acomplejado por la manera en que vivía, sabía que Franz era peor que él. Ni bien uno entraba, la puerta chocaba con la cama, que, aparte de que parecía no haber sido tendida nunca, tenía una bandeja de aluminio con ravioles a medio comer junto a un rollo de papel higiénico con manchas de tuco en las sábanas, y una mountain bike colgada de la pared justo sobre la cabecera.

Franz bajó el volumen del televisor y le ofreció una Kölsch; acto seguido, se puso a leer los formularios. Dino no prestó atención al partido. En cambio se quedó mirando a un insecto - no alcanzaba a distinguir bien si era un escarabajo o una cucaracha - subiendo por la pared. Lo que más le gustaba de gente como Franz era la actitud. No importaba que el mundo se viniera abajo, siempre tenía motivos para estar contento. Nada que ver con Samuel, un verdadero vinagre humano, que con su cara y su humor, parecía estar cargando con todos los problemas del mundo. Pensaba que por ahí era porque le faltaba una mujer, pero inmediatamente se acordaba de Deben, que nunca había estado con una, y entonces se decía a sí mismo que la ausencia de mujeres no justificaba a ningún infeliz.

Peter se hallaba sorbiendo el té mezclado con el Jägermeister que le había quedado a Dino de la vez anterior, muy concentrado con los avisos fúnebres del Frankfurter Allgemeine. De vez en cuando entrecerraba un ojo y se sacudía el pelo. « Gedenkerer, die schon das sind, was Du bald sein wirst »⁶⁶ murmuó. Le mostró un recuadro con un texto en letra gótica ubicado entre una rosa y un laurel, sobre una cruz y bajo dos fechas - 03.12.1930 y 12.07.2003 - con un nombre en letras grandes - Dr. Dr. Holger Hartmut Kranz. Peter consideraba la frase contradictoria desde un punto de vista ontológico. A él le resultaba claro que los muertos no eran, siendo justamente el hecho de no ser lo que los definía. No era posible decir que quienes de ninguna manera podían ya ser - aunque si podían yacer – fueran. Le hizo notar que en muchos idiomas se tropezaba con el mismo problema y que decir *Lebewesen, living being, être vivant o ser vivo* era una redundancia, y decir seres muertos, un contrasentido, debiendo por tanto, hablar de seres vivos muertos cuando se hablaba de muertos. Dino le dijo que tenía razón sólo si definía ser como vivir; si no, no veía dónde estaba la contradicción. Difícilmente podía decirse que el cielo, las montañas o los ríos no fueran, si, al fin y al cabo, existían. Ser era existir, y existir no era estar vivo sino estar. Si todo lo que estaba, era, entonces no le parecía mal que los muertos fueran. Peter hizo un gesto entre impaciente y despectivo, y siguió con otro, leyendo esta vez en voz alta y moviendo los brazos. Peter le preguntó si declamaba bien, si no tenía apata de actor. Dino le respondió que para nada, que más que actor, parecía un brujo conjurando espíritus. Peter le dijo que se sentía muy honrado, que le encantaba Black Sabbath y que, para su información, Colonia había estado llena de brujas allá por el año 1600 o, por lo menos, así decían los que habían quemado a esas pobres diablas.

- ¿Glaubst du, dass du irgendwohin gehst, wenn du stirbst?

- Zur Hölle! Zur Hölle und mit dir! Zur Hölle mit dir!⁶⁷

Al final, se cansaron de tantas idioteces y se dedicaron a tomar alcohol en silencio. Luego de una pausa, Dino quiso saber cómo le estaba yendo con la chica Mapplethorpe. Peter se aclaró la garganta. Con Lisa ya no se veían. Dino le comentó que era una pena que no hubiera pasado nada porque le había parecido su tipo. Peter se puso a resoplar. El punto justamente, dijo, era que habían pasado cosas, más de las que hubiera querido, y no muy buenas. Todo había sido una locura, y así como ella había aparecido, así había desaparecido. Le daba un poco de pena que hubiese salido mal, pero la verdad es que a una puta hija de puta no se le podía tener mucha pena. Dino lo miró extrañado. Al día siguiente de lo del museo, continuó Peter, arreglaron para verse en la cafetería del Philosophikum. Lisa vivía ahí nomás, con la hermana. Eran de Dortmund. Su hermana, vivía en Colonia desde hacía un par de años. Lisa, en cambio acababa de mudarse. Su abuela, que también era de Dortmund, también estaba instalada en Colonia. La hermana se la pasaba encerrada en las bibliotecas del Philosophikum y era lo que se decía una alumna brillante. En un año se iba a hacer un curso en la Sorbonne. Estudiaba lo mismo que Lisa, Romanistik. Por suerte para Peter, en las dos horas que estuvieron en la cafetería, a la hermana no se le ocurrió aparecer.

⁶⁶ Recuerda a aquéllos que ya son lo que pronto serás.

⁶⁷ - Vos creés que vas a ir a algún lado cuando mueras?

- ¡A la mierda! ¡Con vos a la mierda! ¡Andate a la mierda!

Se volvieron a ver dos veces más en otros bares, hasta que al final ella le dijo qué le parecía si la próxima la invitaba al cine. Quedaron para el día siguiente.

Cuando él la pasó a buscar, ella no estaba lista todavía. Ella le pidió que no se quedara abajo, que se iba a aburrir si no, y que subiera, que ya terminaba. Peter subió hasta el tercer piso. Ella no le abrió en el acto, no encontraba las llaves. Mientras él esperaba, se quedó mirando a través de la ventana del pasillo. Abajo se veía a muchos estudiantes, iban y venían por la plaza del Philosophikum, revisaban sus celulares, tomaban sol alrededor de la estatua de San Alberto Magno. Ella abrió de golpe. Lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja, luego le dio un beso cerca de la boca. El departamento era chiquito pero a Peter le pareció muy acogedor, sobre todo cuando Lisa le dijo, con ojos entrecerrados y brillantes, que su hermana estaba en Dortmund, que no volvía hasta dentro de tres días, y que mejor no fueran al cine.

En el momento en que ya todo iba a concretarse, surgió un contratiempo: el único Vitalis que le quedaba - a él - estaba un poco roto a la altura de la base. No había más remedio que salir a buscar una farmacia. Al ver que Peter empezaba a vestirse, Lisa le dijo que de ningún modo, y lo detuvo asegurándole que se podían arreglar con la píldora perfectamente, y que, para ser sincera, Pippi Langstrumpf⁶⁸ no le caía nada bien. Dino se asombró de que él aceptara semejantes condiciones, sabiendo lo maniático que era con las enfermedades. Peter le dijo que eligió no desaprovechar esa oportunidad y hacerse, en cambio, un análisis después. Dino le preguntó si ya se lo había hecho. Peter le dijo que no, pero que no le metiera miedo, porque si no, prefería quedarse con la duda.

La llevó a un restaurant. Aunque era aceptablemente bueno, apenas comieron. Peter, para ahorrar, se había comprado un Döner antes. Lisa, por su lado, nunca tenía hambre. Sin embargo se quedaron un rato tomando vino a la luz de las velas como si estuvieran en una comedia romántica. Al terminar la cena, salieron a pasear. Se metieron en una especie de feria parecida a las de Navidad, donde le acabó regalando una pulserita de cuero argentino. Enseguida volvieron al departamento. Peter le había dicho a Claire que tenía que ir a Düsseldorf a visitar a Jan y que probablemente se quedase a dormir. Rogaba por que a ella no se le ocurriera llamarlo - no a él, sino a Jan; de todas maneras, Jan ya había recibido instrucciones suyas. Claire no sospechaba nunca. Si él no atendía cuando ella llamaba, él le decía después que se había quedado sin batería, y listo.

A las siete y media estaban desayunando en Kramps. Ella tenía un final a las ocho. Los dos se pidieron unos cafés bien cargados. En cuanto ella volvió del baño, él le preguntó a qué hora podían encontrarse esa noche. Ella cambió de cara, se puso seria, le explicó que no, que no iba a poder, que tenía que estudiar un montón. Peter le propuso que se vieran al otro día. Ella no podía tampoco, todavía le quedaban tres finales. Tras un silencio, bajó los ojos y le dijo que había algo más. El se quedó mirándola. De repente ella comenzó a hablar de un novio en Dortmund, de que hacía cuatro años que salían, y de que no podía creer lo que le estaba haciendo - al otro -, pero que lo hecho, hecho estaba. Amagó con ponerse a llorar. El no sabía qué decir. Al principio se conformó con mirar la mesa y después el humo de los cigarrillos que se iba mezclaba con el vapor más tenue del café. Luego se le ocurrió algo. Le dijo que su interés por ella era serio. No la quería para pasar el rato. Lisa le agarró la mano y le contestó que lo sabía. Tenía que entender que la situación era difícil, que no podía no ser más difícil. De alguna forma sentía

⁶⁸ Personaje de libros infantiles e informal para preservativo.

que dejar a su novio lo destruiría, estaba segura. Para Hermann, ella era la única mujer en el mundo. Jamás esperaría algo semejante. Peter le dijo que la entendía pero que, para el caso, el otro tampoco se esperaba lo que ella ya le estaba haciendo. Ella sacudió la cabeza. Al final le prometió que dejaría a Hermann. Sin embargo, necesitaba algo de tiempo. Era cierto que después de todos esos años juntos, ella no sentía por él lo que una vez había sentido, e incluso podía admitir que se aburría un poco, pero lo de ellos era algo prematuro; hacía unos días nomás que se conocían. Peter le recordó que dos semanas, exactamente, y enseguida aprovechó para agregar que ése era tiempo más que suficiente para dos personas que se querían, y que así como se habían conocido en un instante, ese instante había sido para siempre. Le dijo que era así porque se querían. Otros podían pasarse años tratando de conocerse, y al final se daban cuenta de que no se conocían, que era lo que pasaba con un montón de gente. Para enamorarse se necesitaba un instante, nada más. Era un chispazo, *un coup de foudre*. Si ella estaba con él, entonces eso era un signo de que el ciclo con Hermann había concluido. Apenas el amor entraba en escena, no hacía falta poner a nadie bajo observación para saber si se era la persona indicada. No, no podía ser de esa manera, pasaba por otro lado, pasaba por lo que uno o una sentía, no por el tiempo. El tiempo, dijo, mientras citaba algo en latín, no era sino una sucesión idiota de instantes, o sea, de cosas inexistentes, ya que un instante, que parece ser algo que es, en realidad no es, pues el instante que todavía no fue, apenas es, deja de ser, y entonces uno (o una) más uno (o una) es uno (o una), no dos. « Tu filosofía me parece más trasnochada que nunca. Igual no sos el único. Todos los chupadroga siempre piensan que están inventando la pólvora » pensó Dino. Sin embargo, encontró muy acertado que Peter no hubiese usado ninguno de esos argumentos patristicos con ella; aparentemente se había limitado a opinar que el tiempo era una mierda y que no tenía que confiar demasiado en él - en el tiempo. Parece ser que ella lo miró pensativa y luego le contestó que él podía hacer sonar todo muy sencillo, y hasta comprendía que para él fuera sencillo pues todo se reducía a ganar o perder, pero que para ella era nada más que cuestión de perder: si se quedaba con él, lo perdía a Hermann, y si se quedaba con Hermann, lo perdía a él. Una vez que tomara una decisión no habría forma de echarse atrás. Era muy consciente de que en ninguno de los dos casos, iba a tener al otro esperándola, y de que, de tomar la decisión equivocada, podía quedarse sin ninguno de los dos. Podía ser que se animara a cambiar y que entonces se fuera con él, y que luego no se aguantaran ni dos meses, o podía ser que renunciara a Peter, y que a los dos meses terminara dejando a Hermann o incluso Hermann, a ella. Peter le decía que debía elegir, que no elegir era malo para ella, para él, para los dos, para los tres. Ahí volvían a aparecer sus lágrimas de Lisa. Después de un rato sucedió algo increíble: ella le dijo que lo había elegido a él. Pero él no la debía presionar, de ahora en más tenía que ser paciente y esperar hasta que ella encontrara la manera de hablar con Hermann.

Cuando Peter reapareció en su casa, alrededor de las nueve de la mañana, Claire dormía tan tranquila, que ni se despertó. Ese día tenía franco, así que siguió hasta las diez. En el desayuno - él no tuvo ningún inconveniente en volver a desayunar, sobre todo por lo mucho que necesitaba café - ella le preguntó cómo andaba Jan. Peter le contestó que ni idea, no se había ido al final a Düsseldorf.

Ese fin de semana Lisa volvió a Dortmund y quedaron en verse el lunes. Ella se comunicaría apenas llegara, después arreglarían para ir a la Mensa. El fin de semana pasó rápido. El lunes Peter estuvo toda la mañana pintando y esperando, más esperando que pintando. Viendo que ya eran la una y Lisa no se comunicaba,

llamó él. Tenía un mal palpito, suponía lo peor: un accidente en la ruta o algo por el estilo. Y si no era eso, no se le ocurría qué podía hacer que no le contestara o lo llamara. Le costaba sacarse de la cabeza la imagen del celular sonando entre hierros retorcidos y restos humanos. A las dos comenzó con los mensajes; debió haberle mandado más de diez. Tratando de que la preocupación se le notara menos, le avisó a Claire que salía a dar una vuelta.

Fue recién a las siete que escuchó su voz. Tras pedirle perdón por el retraso, pasó a contarle que había llegado más tarde de lo previsto, y que por eso le había parecido mejor llamarlo después de terminar con todo, es decir, después de rendir los últimos dos finales, y que no lo había escuchado porque había dejado el celular y las demás cosas en el locker. Ahora estaba en el Philosophikum, iba a quedarse un rato más. Si él tenía ganas, podían verse en la cafetería. A las ocho, si le parecía. Ni bien cortó, Peter empezó a lavar los pinceles. Se sentía aliviado. Sin embargo, también sentía vergüenza por haberse desesperado tan boludamente. Acomodó el retrato a medio retocar y salió. En el camino se acordó de que todavía no habían arreglado nada concreto por las fotos. Se propuso convencerla y hacerlas esa semana. Ni bien llegó, le llamó la atención que las luces de la cafetería estuvieran apagadas y que no hubiera nadie dentro. Cerraba más temprano de lo que suponía, era evidente. Tuvo que dar la vuelta. Entonces vió a Lisa. Se encontraba hablando con una chica con colita, como ella. Las dos se habían sentado en esas sillas de plástico marrón horribles que había por toda la facultad. Lo vieron recién al tenerlo enfrente. Lisa se levantó, le dió un beso en la mejilla, se lo presentó a la hermana. Hablaron un rato. La hermana no intervenía, más bien lo contrario, se quedaba callada y lo miraba como si fuera un extraterrestre. Pese a que Peter esperaba a que se levantara en algún momento, que Lisa se liberara de ella de algún modo, no sólo no fue así, sino que además acabó contándole que la abuela las esperaba a comer, y que mejor arreglaran para otro día. Ella lo llamaría después.

No llamó nada - era de prever. Cuando Peter intentaba comunicarse, tampoco atendía. Eso duró hasta el jueves. Esa noche, estando a punto de meterse en la ducha, recibió un mensaje: « Lieber Peterchen, was zwischen uns passiert ist, war soooo schoen aber ich kann nicht weiter. Ich liebe ihn doch noch. Ich hoffe, dass Du mich versteht und lass uns gute Freunde bleiben. »⁶⁹ Entonces, sin poder más del odio, le respondió: « Ein Tipp fuer deine Gesundheit: wenn du fremdgehst, tu es mit dem Gummi... »⁷⁰ Al escuchar estas palabras, a Dino le agarró tal ataque de risa que enseguida tuvo que parar porque le empezó a doler la panza.

Cuanto más mensajes ella mandaba o dejaba, menos ganas tenía Peter de contestarle y más a gusto se sentía. Era muy consciente del efecto que su respuesta había causado y disfrutaba sin remordimientos del pánico de Lisa. Dino apenas podía creerlo, pero le encantó: « Denn sie so ein luder ist, ist es gut, dass du so ein arsch bist.»⁷¹

Dino seguía con Adelajda, lo que, sin embargo, no era un obstáculo para que agregara otra variable a la ecuación.

⁶⁹ Querido Pedrito: lo que pasó entre nosotros fue taaan lindo, pero no puedo seguir. Lo amo mucho todavía. Espero que puedas entenderme y quedemos como buenos amigos.

⁷⁰ Un consejo para tu salud: cuando metas los cuernos, hacelo con la gomita...

⁷¹ Ya que es tan ella Atorranta, está bien que vos seas tan Forro.

Fritzi vivía en una casa bastante vieja por la zona de Merkenich. Para llegar, él tenía una hora de viaje, aunque eso Lageman se lo había aclarado de antemano. La casa no se hallaba pegada a las de al lado y estaba rodeada por una verja con cuatro pilares en punta piramidal y unos barrotes de hierro forjado con una especie de motivo art nouveau. En el jardín de adelante había dos pinos enanos. La construcción era de antes de la guerra, y no podía decirse que su estado de conservación fuese óptimo, pues el frente dejaba ver partes descascaradas, manchas ocre y rajaduras. Tanto el jardín, también bastante mal cuidado, como el zaguán, le recordaron a la casa de su abuela en San Telmo. Si bien era con la madre de Fritzi con quien había arreglado todo por teléfono, fue el padre el que le salió al encuentro y lo atendió. La mujer apareció recién en el patio interior. Después de una breve conversación, no tardaron en presentarle a Fritzi, que lo esperaba en la planta alta. Le parecieron muy correctos e incluso simpáticos. Igualmente no esperaba que fueran tan grandes, seguramente ya habían pasado los setenta. Ella, en cambio no tenía más de quince.

Al terminar la clase y salir, se encontró con que alguien le había robado el palo de la bicicleta. Se enojó pero trató de ver el lado bueno: todavía tenía el otro en la mochila. En el viaje se acordó de que la noche anterior el tipo que atendía la pizzería adonde cada tanto iba, le había contado que era socio de un club de tiro y que salía a cazar palomas todos los fines de semana, y también de que, cuando uno de la cocina, le gritó si no le daba pena matar a los pobres bichos, él se encogió de hombros y dijo que no, porque eran un plaga. Ahora bien, lo que convertía a una especie en plaga era básicamente, Dino pensaba, su número y su nocividad. Si uno se guiaba por eso, quedaba clarísimo que, habiendo en el mundo menos palomas que gente, y siendo también menos nocivas, era más apropiado que el pizzero se pusiera a tirarle a la gente, empezando, por ejemplo, por los neonazis, los asesinos, los criminales, el tunesino, el tarado que le había sacado el palo. Luego se olvidó de esas cuestiones, y se quedó pensando en Fritzi. A pesar de estar convencido de que nadie podía echarle en cara no haberse portado siempre de forma irreprochable cada vez que daba clases, con Fritzi tenía que hacer una excepción, cualquiera la hubiera hecho.

AGOSTO

Peter lo llamó a la noche para contarle que acababa de cerrar la venta de cuatro pinturas. El, que nunca tenía plata, ahora podía vivir tranquilo un año entero. Pero no lo llamaba por eso nada más; era también para avisarle que le había pasado el CD a Frau Keh, la curadora del Kulturzentrum de Leverkusen. Peter había expuesto ahí dos veces. Como Dino bien recordaría, la mujer estaba buscando gente para una colectiva de *fotografía joven* para marzo. Si lo contactaba, sería una gran chance, sobre todo considerando la cantidad de críticos y coleccionistas que siempre iban a sus inauguraciones.

Una cosa que Dino había aprendido con la experiencia era que la mejor forma para no desilusionarse era no ilusionarse. Así que no demostró demasiado entusiasmo; simplemente le agradeció; después le preguntó cómo iba con la tela. Peter le dijo que mal, que no había pasado de imprimarla. Estaba todo re parado, le parecía que sin Lisa, no iba a haber más Ursula. Dino le dijo que se dejara de joder, que no fuera boludo, que hiciera la pintura, no podía ser que dependiera de una mina de esa forma. Dino pensaba que Peter estaba demasiado pendiente de las mujeres, hacía que todo girara alrededor de ellas, y eso era malo. Lo notaba cada vez más desorganizado, menos concentrado. Cuando lo conoció, Peter ya era así. Pero por lo menos tenía una disciplina de trabajo. Ahora, se dedicaba a perder el tiempo, nada más, se la pasaba en la calle, sin rumbo y con la idea fija, parecía un perro en celo. De haberle preguntado, le hubiera dicho de una que le parecía patético.

Aunque a Christiane la idea no le hizo mucha gracia, tanto insistió él con que iba a bajar al diván cada vez que se desvelaba, que al final tuvo que decirle que sí y empezaron a dormir separados.

Ese domingo se levantaron a la una. Mientras desayunaban, ella se puso a contarle que estaban volviéndola loca con el programa, que cuanto más avanzaba, más cosas le quedaban por estudiar. Hizo una pausa, sus rasgos se tensaron, se largó a llorar. Tenía sólo hasta el jueves para terminar el capítulo y ni siquiera había empezado el anterior. El le pidió que se tranquilizara. Ella le preguntó por qué estaba con ella, si no le parecía la persona más aburrida del mundo. El le contestó que se dejara de imbecilidades, que no había nada en el mundo que le gustara más que estar con ella, y que era la persona menos aburrida del mundo. Ella le sonrió, le pareció que era un mentiroso. El sacudió la cabeza: era la pura verdad.

Acababa de despejarse, así que bajaron con Tschitscho al jardín. De todos modos no se quedaron mucho porque enseguida comenzó a nublarse y hasta se puso fresco. Cuando ya no quedó nada de sol, subieron y comieron. Después él le avisó

que no quería distraerla más, y que mejor se iba. Ella le dijo que no lo iba a retener, si tenía que hacer cosas, pero, si era por ella, podía quedarse. Podía quedarse leyendo, por ejemplo. Mientras estudiaba, él podía quedarse leyendo. Ya que acababa de terminar el libro de Schmidt, podía aprovechar y empezar otro; en la biblioteca tenía para elegir. El le preguntó cuál le parecía. Ella no lo pensó mucho, le recomendaba el *Werther*: entre los tres que le habían hecho leer en la secundaria, era el que más le gustaba. Fueron a la biblioteca. Ella tardó más de lo que pensaba en encontrarlo. Al final lo vió detrás de un manual. Tschitscho no perdió tiempo y aprovechó para restregarse contra sus piernas varias veces. Antes de irse a la cocina, Dino le comentó que lo notaba un poco flaco. Christiane sonrió, se rió y le aseguró que no había motivos para preocuparse. Tschitscho estaba requetebién, lo único que tenía era que vomitaba.

- Aber das ist ganz normal: Katzen kotzen ⁷² - agregó.

Dino insistió, le sugirió que lo llevara a la veterinaria. No le costaba tanto, tenía una a dos cuabras. Christiane volvió a decirle que estaba bien y que se la pasaba de techo en techo y de que, con tanta actividad, era entendible que no estuviera gordo. Verlo gordo, en cambio, hubiera sido triste. Cuando era chiquita, había una tía suya de Bochum que vivía con un gato gordo, gordísimo, tan gordo que parecía más bien un lechón peludo. Volviendo a Tschitscho, no había que darse manija innecesariamente, Ali lo cuidaba como a un hijo.

Por causas poco claras, por lo menos para Dino, Katha terminó de dar todos sus finales y se pasó a la Universidad de Tübingen. Tampoco entendió bien por qué el almuerzo de despedida que Christiane y Ali le habían preparado tuvo que cancelarse. A la semana apareció su reemplazante: Erica.

Lo de Katha no fue lo único. Casi al mismo tiempo, Dino se enteró de que Pedro se había vuelto a Perú. Pese a que no podía decir que era por causas poco claras, lo cierto es que había sido una partida extremadamente repentina. Intentó contactarlo por mail un montón de veces, pero no le contestaba. Al final, lo agarró chateando. Entonces le contó todo. Si bien no le dió detalles, y él tampoco se los pidió, le contó que su relación con Inge había alcanzado un punto de no retorno. Tanto es así, que lo que menos quería en el mundo era verla. Cuantos más kilómetros había entre ellos, mejor, y la verdad es que no la extrañaba ni un poquito, y menos que menos esa ciudad fundada por un tartamudo para una ninfómana, ni ese país de mierda lleno de gente blanco teta adicta a la cama solar con pelo de paja, y siempre tan derechos todos que parecía que nacían con un palo en el culo.

Al salir de la Mensa, agarraron para el lado del parque. Se tiraron en el pasto delante de las bicicletas. Antes de prender el segundo cigarrillo, ella le preguntó:

- Liebst du mich?

-¿Aus dem heiterem himmel fragst du mich das?... Ja, ich liebe dich. Un du?

- Ich dich auch.

- Wieso fragst du mich das?

⁷² Pero eso es completamente normal: los gatos vomitan.

- Weil...weil ich mich nicht geliebt fühle. Dies mag nicht besonders originell klingen aber...ich meine, du tust, als ob es völlig egal ist, dass ich dabei bin oder nicht.
 - ¿Was? ¿Spinnst du?
 - Du zeigst nie deine Gefühle.
 - Es tut mir leid. Es ist nur, dass ich so bin.
 - Das glaube ich nicht.
 - Glaub mir, bitte, ich liebe dich ¿Wie kann ich sonst weiter leben?
 - Das sieht ein wenig übertrieben aus.
 - Glaub mir.⁷³
- Ella tenía lágrimas en los ojos.
- ¿Was ist jetzt los?
 - Nichts, gar nichts.
 - Komm, sag mal...
 - Mach dir keine Sorgen.
 - Komm.
 - Nicht böse sein aber ich habe den Eindruck, dass... einerseits habe ich den Eindruck, dass wir sehr nah zueinander stehen, dass wir wortlos kommunizieren können und miteinander seelenverwandt sind. Andererseits finde ich, dass wir weit weg voneinander sind.
 - Das ist widersprüchlich.
 - Ich weiss.
 - Und nicht wahr.
 - Das hoffe ich doch. Aber ich habe ja eigentlich Angst davor, irgendwie habe ich eigentlich Angst davor, dass wir uns immer weiter voneinander entfernen werden.
 - Guck mal, Christiane. Vielleicht hast du recht, wir sind ganz anders, ich als dich, und du als mich. Das ist allerdings eine gute Sache, denn wir uns beide auf diese Art und Weise können einander ergänzen.
 - Kann sein...Gegensätze ziehen sich an... aber manchmal sind wir so unterschiedlich wie Tag und Nacht, manchmal sprechen wir verschiedene Sprachen.
 - Selbstverständlich, hahaha...nicht sprechen sondern radebrechen, hahaha.
 - Nicht lustig.
 - Entschuldigung.⁷⁴

⁷³ - ¿Me querés?

- De lo Nada me preguntás?...Sí, te quiero. I vos?
- Yo también.
- Por qué me preguntás?
- Porque...porque no me siento querida. Puede que no suene muy original que digamos pero....quiero decir, es como si te diera totalmente lo mismo que esté con vos o no.
- Qué? Te patina?
- Nunca mostrás tus sentimientos.
- Lo lamento. Es que soy así.
- No te creo.
- Creeme, por favor, te quiero. Cómo podría seguir viviendo si no?
- Me parece un poco exagerado.
- Creeme.

⁷⁴ - Qué pasa ahora?

- Nada, absolutamente nada.
- Vamos, decime...
- No te preocupes.
- Vamos.

La abrazó fuerte, pero en el fondo odiaba esos planteos, no había manera de que no los odiara.

Llegaron a la casa de Christian, un alumno suyo de Longerich, más o menos a las nueve y media. Christian cumplía diecisiete y había aprovechado para que ese día fuera también la presentación de Black Death, su banda. Si a Dino le gustaba Rammstein y Oomph!, entonces iba a gustarle la música que hacían. Los padres los hicieron pasar al sótano. El show acababa de empezar y la banda había largado con todo.

Por lo que la penumbra y el humo de los cigarrillos dejaba ver, había medio colegio ahí abajo. Dino en seguida se dió cuenta de que, más allá de lo ilusionado y bien predispuesto que estaba, poco podía hacer contra ese sonido. Salía tan empastado que era imposible distinguir los instrumentos o reconocer la melodía. No obstante que a Christiane le parecía lo mismo, pensaba que no era para tanto, así que le rechazó los tapones.

Al cabo de unos quince minutos, ella le mostró un mensaje y le preguntó si no quería mejor ir a lo de Bärbel, una amiga de Andreas, donde aparentemente también había una fiesta. Dino se sintió aliviado. Sin esperar a que terminara la primer parte, fueron a buscar a los padres y, después de inventar cualquier excusa, llamaron un taxi.

A Bärbel Christiane apenas la conocía, pero estaba Andreas y había gente de la Facultad. La música era *trance* exclusivamente, la música que más le gustaba a Dino, que sin preocuparse mucho se puso a comer salchichas con chucrut y tomar Jägermeister como descosido. Sin embargo, Christiane quería volverse a la hora de haber llegado. A él le costó creerlo, pero el motivo era porque quería repasar Histología. Aunque pensó: « Esta mina está loquísima » no quería armar una escena, y no le dijo nada.

Al llegar a la casa, ella le pidió, si no le molestaba, si podía quedarse en la cocina leyendo. Luego le sirvió un jugo de pomelo. Dino se puso a leer el *Werther* pero se aburrió en seguida y prefirió prender el televisor.

- No te enojés, pero tengo la impresión de que... por un lado tengo la impresión de que estamos muy cerca el uno del otro, de que podemos comunicarnos sin palabras y de que somos almas gemelas. Por otro lado, me parece que estamos muy lejos el uno del otro.

- Eso es cuntraditorio.

- Ya sé.

- Y no es verdad.

- Eso espero. Pero, la verdad, tengo miedo, en cierto modo tengo miedo de que vayamos a estar cada vez más lejos el uno del otro.

- Mirá, Christiane. Por ahé tenés razón, somos totalmente distintos, yo de vos y vos de mí. Eso es, sin embargo, una Cosa buena, puesto podemos que de esa Forma complementarnos.

- Puede ser... Los opuestos se atraen... pero a veces somos tan diferentes como el día y la noche, a veces hablamos idiomas diferentes.

- Evedentemente, jajaja... como Tarzán, jajaja.

- No es gracioso.

- Disculpame.

Pasadas las siete, y ya de día, Dino decidió entrar. Se la encontró dormida en el escritorio, con el manual de almohada. La movió con suavidad hasta que ella fue abriendo los ojos.

- ¡Qué manera de quemarte las pestañas!
- No, lo....Gente... Physikum de Mi... ir contigo de Vacacion al Karibe...
- ¿Al Caribe? ¿Desde cuándo?
- A Espania, a Espania quiero, quiero decir.

Aunque el éxito de Peter le servía de inspiración y aunque, cada vez que miraba a Adelajda, no podía dejar de reconocer lo hermosa que era con esos labios tan rojos, debía reconocer también, que la falta de resultados estaba desanimándolo.

Pero no del todo. Habían arreglado que iba a pasar a recogerla a la Kneipe de Sülz donde trabajaba, y que de ahí saldrían para el *Rubinrot*.

Ella le había dicho que estuviera a las diez, que era cuando terminaba el turno, pero ya eran las once menos veinte, y el dueño la tenía lavando copas todavía. El hombre era el cincuentón sentado con otras dos mujeres en la única mesa ocupada en todo el local. Además era su tío.

A las once, Adelajda terminó de lavar. Pero antes de que pudiera colgar el delantal, el hombre se acercó, y, agarrándola de la nuca, susurró algo en polaco. Acto seguido, volvió a su lugar.

Cuando Adelajda le preguntó con qué podía invitarlo, Dino le respondió que no se preocupara, que mejor se fueran, que se iba a ser muy tarde si no. Ella insistió, su tío se ofendería si no aceptaba un trago. También se ofendería si dejaba las copas sin secar. Dino no podía creerlo, tenía ganas de ir hasta donde estaba el tipo, y llevárselas y estrellárselas delante de las narices. Adelajda seguía arremangada con cara de desesperación y lo miraba sin saber qué hacer. Al final a Dino le dió pena, así que le dijo que no se preocupara y que hiciera tranquila.

Al notar que él ya estaba a punto de terminar la segunda cerveza, ella se dió vuelta y se fijó la hora en el reloj de la pared. Tiró el trapo y el delantal, y saliendo con apuro de atrás de la barra - lucía un pantalón de cuero que Dino nunca le había visto antes - le hizo entender que ya estaba lista.

Tras disculparse por el mal momento que esos tres polacos roñosos le - les - estaban haciendo pasar, y rogarle afligida que no les prestara atención si lo - los - habían estado mirando mal todo el tiempo, puesto que era obvio que, aparte de tarados, eran unos enfermos los tres, sobre todo el tío, se pusieron en marcha. Sin embargo, no habían llegado ni a la esquina, cuando ella se detuvo para estornudar y agarrarlo de la manga, y decirle que estaba olvidándose la campera. Sin darle tiempo a nada, retrocedió y volvió a entrar.

Dino prendió un cigarrillo.

Las ventanas eran de un vidrio grueso y rugoso que sólo dejaba pasar luces y colores. Aunque prendió otro, lo tiró después de la tercer pitada. Estaba harto de esperar.

Adelajda se hallaba delante de la mesa, asintiendo con la cabeza mientras el tío le hablaba. Al notar a Dino, ella le hizo una seña de que ya estaba con él. Dino asintió y fue a sentarse cerca de la puerta. Adelajda vino enseguida. Pero esta vez tampoco pudieron hablar mucho: de repente tenían a una de las mujeres en el medio

diciéndole en alemán que quería hablar un minuto con ella. Levantaba la voz de manera innecesaria, era obvio que esperaba que Dino escuchara todo. Dino la observó bien: por el tamaño de las caderas, tenía forma de rombo.

Hablaba sobre un viaje, sobre que Adelajda tenía que prepararse para un viaje, y le aconsejaba que más le valía descansar, que no era bueno salir la noche anterior a un viaje tan largo como era el viaje hasta Gdansk. La mujer quería saber si Andrzej no iba a recibirla en la estación. Con un novio así tendría que sentirse más que feliz, no cualquiera tenía un novio como Andrzej, más le valía cuidarlo si pensaba casarse, máxime a menos de un mes para el casamiento. Luego la mujer la agarró del brazo y se la llevó de nuevo al tío. Dino vio que la resistencia de Adelajda era muy tibia. Entonces no sintió más deseos de quedarse. Se levantó y se fue sin saludarla.

Estuvo esperando un rato largo en la oscuridad. Recién después de que las mujeres se hubieran ido y las luces de adentro se hubieran apagado, la vio salir con el tío - esa fue la última vez que la vio - y subirse a un auto gris destartado, un modelo ruso de los ochenta.

Christiane cumplía el catorce, pero prefería festejar el sábado. El catorce, además, era el día que rendía el Physikum, de modo que, sabiendo lo nerviosa que estaría, Dino decidió acompañarla a la facultad. Mientras esperaba que ella terminara de arreglarse, Tschitscho asomó por el pasillo. Dino se puso muy contento: hacía una semana que no lo veía. Pero la alegría se disipó al tenerlo cerca y descubrir que era piel y hueso.

Dino bajó con Christiane y la acompañó en bicicleta hasta el aula donde rendía. Aunque en el camino no se le ocurrió mencionar a Tschitscho, tenía algo planeado. La dejó y volvió. Tuvo suerte porque Ali todavía no se había ido. Comenzó a decirle que había que tratar a Tschitscho, que estaba enfermo, y que los gatos que andaban sueltos siempre se contagiaban cosas. Ali le dijo que le hubiera gustado que siguieran discutiendo el tema, pero que lo disculpara. Era un mal momento, estaba saliendo para Bonn, y afuera había un taxi esperándolo. No debía tomárselo a mal, le encantaba que velara por la salud del animal, no tenía ningún problema en que le ayudara a encontrar una solución. Si quería, podían charlar el sábado, cuando volviera.

Ni bien se liberó, es decir, ni bien terminó de llevar todas las cosas al jardín y ayudar a descargar las tres docenas de packs de cerveza que trajo Andreas en el auto, Dino empezó a buscar a Christiane. La encontró hablando con una gótica.

- ¿Wer war das?
- A lesbian vampire.
- ¡Sie muss auf mich aufpassen, da ich ein lesbian vampire killer bin!
- Hahaha. Wie der Film?
- Ja, genau.⁷⁵

⁷⁵ - Y ésa quién era?

- Una vampira lesbiana
- Tiene que cuidarse de mí ya que soy un matavampiraslesbianas!

Luego se acercaron a una de las mesas. El volvió a llenarle la copa con clericó. « Endlich ein bißchen Ruhe! »⁷⁶ dijo ella dejándose caer en uno de los sillones que Dino había bajado. Dino le comentó que había estado pensando que ahora que la DSH y el Physikum habían quedado atrás, podían ver lo que iban a hacer en el verano.

Si deseaban irse a algún lado, debían tener en cuenta que tiempo no les sobraba: las vacaciones habían empezado hacía un mes y las clases arrancaban el primero de octubre. Había hablado con su amigo de Barcelona. Estaba todo bien si iban y se quedaban en su departamento. Es cierto que estaba con la mujer y el bebé, pero tenían el cuarto de huéspedes disponible. Si querían conseguir pasajes para mediados de septiembre, más les valía ir viendo de meterse en Germanwings y sacarlos cuanto antes.

Ella puso caras, le dijo que también había estado pensando y que, en realidad, prefería que no fueran a Barcelona sino a la casa de su abuela en el Comersee. Hacía varios veranos que no iba. Pero no era por eso que quería ir. Quería que estuvieran solos y tranquilos. Su abuela no iba a estar. No iba a ir este verano, ya se lo había confirmado. Eso quería decir que tendrían la casa a su disposición. Le dijo que él no se daba una idea de lo que era eso con ese paisaje, con el lago, las montañas, los arbolitos. Hasta entonces ella siempre había ido en tren o en auto. En caso de tomarse el avión, iban hasta Milán y de ahí seguían en micro. En cambio, la movida de Barcelona sería un gran despelote con un montón de gente y un montón de stress. La verdad que tenía cero ganas. Dino se dejó convencer fácilmente. Total, a Santiago le mandaba un mail después, y listo. No les faltaría oportunidad para visitarlo más adelante.

Entonces cayeron Erica y Charlotte. Las dejó fumando un porro gigante, el regalo de cumpleaños de Charlotte, y fue en busca de Ali.

La casualidad quiso que en el camino se cruzara con una amiga de Inge. Le llamó la atención encontrársela - después, averiguando, se enteraría de que era conocida de Markus, y de que había venido con su grupo - y a ella parece que le llamó la atención también. La diferencia es que ella se hizo la que no lo reconocía. Dino la saludó, y sin mayores preámbulos, le preguntó si sabía qué había pasado con Inge y Pedro. Aun notando su incomodidad, insistió. De ese modo pudo enterarse de que Inge y Pedro se habían separado definitivamente, de que, por lo visto, habían tenido una pelea fea, más fea que de costumbre, y de que Inge había acabado en la guardia con un ojo negro y Pedro, preso varios días.

Le dijeron que Ali estaba en la casita. Tardó en abrir. Dino pensó que era porque estaba con la novia. Pero no, estaba con un amigo. Ali le preguntó en qué podía ayudarlo. No parecía estar del mejor humor. Dino sonrió, tosió, le dijo que él ya sabía. Por un momento Ali pareció no entender, luego reaccionó. Se puso a hablar atropelladamente, le dijo que cuidaba a Tschitscho como a un hijo y que lo llevaría esa semana sin falta al veterinario. Pese a que Dino estaba seguro de que Ali no haría nada - hasta entonces la única vez que Tschitscho había estado en la veterinaria, había sido cuando lo castraron, y de eso se había encargado Katha, en realidad - y de que hablar con Ali servía para sacarse su propia culpa y nada más, le recordó que Tschitscho necesitaba un tratamiento cuanto antes, y se ofreció a llevarlo esa misma noche a una veterinaria de Chlodwigplatz que estaba de turno, si él lo dejaba, claro.

- Jajaja ¿Cómo la película?

- Sí, exacto.

⁷⁶ ¿Por fin un poco de tranquilidad!

Ali puso cara de odio, le agradeció de todo corazón que se preocupase, pero iba a ser mejor que no se preocupase más, ya que a *su* gato lo cuidaba bien sin su ayuda, y que así como estaba, estaba bien. Acto seguido le pidió que lo disculpara porque tenía que irse urgente con su amigo a Dino no entendió bien qué lugar, y cerró la puerta.

SEPTIEMBRE

Menos mal que se le ocurrió preguntarle porque cuando le preguntó, Manuel le dijo que salir del país no era lo más recomendable y que si no había forma de que Dino quisiera conocer Rügen o Neuschwanstein y tantas ganas tenía de ir a Italia, por lo menos debía entender que debía viajar en micro o en tren y no en avión, y que cuanto menos tuviera que mostrar el pasaporte, mejor, ya que no había que ser un genio para darse cuenta de que después del once de septiembre los aeropuertos eran los lugares más vigilados del mundo.

Pero, por otro lado, cuando le dijera a Christiane que no podían tomarse el avión y le saliera con lo que Manuel le había dicho, ella se lo tomaría a mal, y le reprocharía que él no le hubiera mencionado nunca nada sobre los problemas con sus papeles, y seguro que luego le diría que ocultarle cosas era igual o peor que mentirle. De todos modos, y como él algo tenía que hacer, decidió mentirle, así que cuando la vio, le contó que había tenido un sueño. En el sueño los dos estaban en un avión y de golpe el avión se caía. El hecho de haber habido un accidente aéreo frente a la costa de Libia la semana pasada, ayudaba, pensaba. Pero se equivocó. Ella le dijo que se dejara de joder. No podía creer que él creyera esas cosas. Era sabido que los accidentes de avión eran muchísimo menos comunes que los de tránsito. Por semejante idiotez no pensaba quedarse sin vacaciones.

Ni bien llegó Peter, Dino le pidió que lo acompañara a la cocina, donde se encontraron con Deben. Estaba muy ocupado limpiando la olla eléctrica. Dino le invitó a comer pero Peter le dijo que acababa de cenar y que un té, en cambio, le aceptaría con gusto.

- Ich glaube, ich bin in Christiane nicht mehr verliebt

- Wat? Was sagst du, Mensch?... Du muss Adelajda vergessen. Sie ist keinen Scheißpifferling wert-

- Ich weiss, aber es geht um...Ich bin in Fritzi verliebt. Frisch verliebt.⁷⁷

El colegio empezaba en dos semanas pero Fritzi había retomado el lunes las clases de apoyo. Era insoportablemente caprichosa, hacía lo que quería con sus padres y a la hermana menor la trataba como a un trapo. Pero eso no le molestaba. Lo que le jodía en forma era que, a pesar de histeriquearlo al punto tal de dejarse besar el lunes en medio de la Passive Voice, le hablara siempre del compañero de clase con el que salía.

- Ach du Scheiße!....

⁷⁷ - Creo que no estoy más enamorado Christiane

- ¿Lo qué? ¿Qué decís, chabón?...Tenés que olvidarte de Adelajda. No vale una mierda-

- Ya sé, pero se trata de...Estoy enamorado de Fritzi. Me acabo de enamorar.

- ¿Was sagst du? ¿Ich, scheisse?
- Das ist bloß ein-eine Wendung. Du Dumpfbacke!
- ¡Fuck you!
- Du springst von Bett zu Bett...das steht fest.
- Nee, da hast du unrecht, da dass dein fall ist, nicht meiner. Ich springe ins bett nur mit Christiane und sonst mit keine.
- Jawohl, aber nur weil du nicht kannst und nicht weil du nicht willst.
- Fahr zur hölle!
- Leck mich! Hör zu: ich bin auch verliebt!⁷⁸

El día anterior, a eso de las dos, mientras se hallaba fumando tranquilo en la ventana, Peter había visto un grupo de niños. Estaban chapoteando en la pileta de lona del jardín de la casa de enfrente. Desde que la habían instalado en junio, era la primera vez que veía gente usándola.

- Du bist nicht der einzige, die dich solch komische sachen anschaut. Das letzte mal habe ich mir mal auch ein paar menschen gesehen, die unten im garten spielten⁷⁹ - dijo Dino.

- Wie viel waren sie?⁸⁰ - preguntó Peter muy serio.

Dino le contestó que dos. Peter, en cambio, había visto tres: un chico chiquito, una nena gordita y otra más flaca. Sin que Dino le preguntara nada se puso a describirlos. La más gordita usaba bikini; la otra, una malla enteriza; el nenito deambulaba desnudo y además no podía dar dos pasos sin caerse. Las nenas, además de reirse cada vez que se daba de panza contra el agua, le tiraban cosas para que buscara igual que un perrito. Al rato, sin embargo, la más bajita se cansó y entró en la casa. Pero la más alta siguió con el nene. Se burlaba pero también lo atendía: lo levantaba, le limpiaba los mocos, lo retaba. Al rato empezó a desparramarle algo que parecía aceite por la espalda. El chiquito no estaba muy convencido y comenzó a retorcerse y a gritar, hasta que ella, harta de forcejear, lo dejó ir. Después ella se puso unas zapatillas amarillas y fue a sentarse en la reposera. Todavía le quedaba algo de aceite en las manos así que aprovechó para refregárselo por los brazos. Luego agarró la botellita y se pasó más por la cara, los hombros y las piernas. En ese momento a Peter le dieron ganas de ir al baño. Cuando volvió, apenas pudo creer lo que estaba viendo. « ¿Was?... Ehhh, warte mal... Das kind ist zurückgekommen, hat sich in ein monster verwandelt und hat beide endlich gefressen »⁸¹ lo interrumpió Dino sin parar de reirse. El tic había vuelto a la cara de Peter.

Entonces pasó a contarle que la más alta, que todavía seguía con la botellita, se había sacado la malla. Dino quiso saber si entonces no había entrado Claire e

⁷⁸ - ¡Mierda!

- Qué decís?¿Yo, Mierda?

- ¡Es solamente un-una expresión, gil!

- ¡Fuck you!

- Vos saltás de cama en cama...eso es seguro.

- No, ahí no tenés razón, ya que ése es tu Caso, no el mío. Salto a la Cama con Christiane y con nadia más.

- Sí, seguro, pero solamente porque no podés, no porque no querés.

- Andate a la Mierda!

- ¡Chupámela! ¡Escuchá esto: yo también estoy enamorado!

⁷⁹ No sos el único que ve Cosas tan raras. La vez pasada yo también ví un par de Personas jugando abajo en el Jardín.

⁸⁰ ¿Cuántos eran?

⁸¹ Qué? Ehhh, esperá... El Nene se transformó en un Monstruo y al final devoró a las dos.

intentado partirle la cabeza con la bandeja. Peter dijo que el problema no fue Claire precisamente, sino los vecinos que se pusieron a jugar a la pelota. Apenas los sintió, se envolvió en el acto con la toalla y salió corriendo.

« Die ist Ursula. Echt...Das ist wöd! »⁸² suspiró Peter. Ahora iba a ponerse a pintar de nuevo. Lo único que había que hacer era ubicarla y convencerla para posar. Era tan linda que también podía usarla para las Once Mil Vírgenes. Contaba con Dino para las fotos. Dino le pidió que lo esperara y se fue para la cocina apurado, sabiendo que el agua ya se habría recontra hervido.

No podía decir qué de cierto había en todo lo que acaba de escuchar. Conocía el gusto de Peter por las mentiras. Para él todo era lo mismo, lo que le pasaba y lo que se le ocurría inventar. Pero lo peor no era que se confundiera sino que le gustara confundirse: más de una vez le había dicho que, como no tenía tiempo para ponerse a escribir, por lo menos tenían que dejarlo en paz si le daban ganas de ponerse a inventar. Por otro lado, podía ser que fuera verdad. No era raro que anduviera metido en cosas raras. Sin ir más lejos, hacía unos meses nomás se le había dado por merodear escuelas. Se apostaba cerca a la hora de la salida, y si una cara le llamaba la atención, se acercaba y no paraba hasta conseguir un par de fotos. Así varios días. Hasta que un padre fue a buscarlo. Lo encontró in fraganti. Le sacó la cámara, se la rompió y poco faltó para que no le rompiera la cara también.

Dino metió el agua en el termo y una vez que puso las tazas dentro del lavatorio, las llenó y agregó los saquitos. Ocupado como estaba, no supo cómo fue que Peter salió con la historia esa del profesor de Física de Chemnitz que se había fugado con la alumna, y de cómo los dos se habían terminado matando en la ruta, cerca de Stollberg. Peter aseguraba que eran los nuevos *Romeo und Julia*⁸³, lo que demostraba que una pasión semejante era posible en la vida real, siempre y cuando la vida fuera corta; de no haberse conocido, enamorado y matado en tan poco tiempo, seguro que se hubiesen cansado el uno del otro y, tarde o temprano, se hubiesen engañado o separado. Dino sacudió la cabeza y le hizo ver que había parejas que realmente duraban, que nunca se separaban. El paso de los años no les había quitado las ganas de seguir juntos, como era el caso - ya que a Peter le gustaba hablar de casos - de aquel viejo de noventa que había querido acuchillar a su vecino de ochenta porque pensaba que tenía algo con su mujer de ochenta y cinco. Peter se rió, diciéndole que el tema era la pasión, no la demencia senil. Peter no decía que no había gente que no se separara, porque era obvio que había, y mucha - sus propios abuelos, sin ir más lejos - pero opinaba que todo tenía más que ver con la presión social o el miedo a estar solo que con lo que en el fondo cada uno quería. Incluso si le daba algo de razón a Peter, aunque sea a nivel estadístico, eso no impedía encontrar gente que fuera todo lo contrario y que con el paso de los años se quisiera todavía más. Dino no decía ni que fuera la mayoría ni que fuera una excepción - eso no lo podía saber; de lo que estaba seguro es de que esa gente era real. De todos modos ya se había dado cuenta por qué Peter y los que pensaban como él, pensaban como él: era nada más que porque les molestaba tener que ver a su pareja engordando, enfermándose y envejeciendo, y eso porque ese espectáculo constituía el recordatorio y reflejo permanente de lo que a ellos también les pasaba. Si tanto les molestaba el paso del tiempo en el cuerpo del otro, era solamente porque no podían soportarlo en el propio. Eso hacía que, en su desesperación, se aferrasen a la fantasía de que cambiando de pareja, no engordarían, se

⁸² Esa es Ursula. En serio...;Es de no creer!

⁸³ Romeo y Julieta

enfermarían o envejecerían, o por lo menos de que engordarían, se enfermarían o envejecerían menos.

- Ja, gut gesagt. Ich stimme zu. Aber wer möchte den Zahn der Zeit an den anderen sehen, wenn man, bei einem selbst genug davon hat? Und wer hat nicht übel Lust, nur mit einer Frau zusammen zu sein, wenn man Bescheid weiß, dass sie früher oder später alt wird, dass es da immer wieder Schöne gibt und dass man sich immer eine Neue aussuchen kann?

- Hahaha. Du bist Nosferatu, alter.⁸⁴

Peter se fue a las diez; a las once lo llamó por teléfono. Quería avisarle que un amigo de una agencia de publicidad acababa de llamarlo para decirle que estaba buscando un fotógrafo. Su amigo, mejor dicho, la agencia para la que trabajaba, necesitaba a alguien urgente. Era para reemplazar al fotógrafo con el que siempre habían trabajado; el hombre había tenido una discusión fea con una de las directoras y ya no lo querían más. Tan apretados estaban con el tiempo, que su amigo le había dado a entender que si Dino era tan bueno como Peter decía, lo que menos importaba es que no tuviera el permiso, y que seguro que las directoras harían la vista gorda e incluso aceptarían la sugerencia de Peter de firmar el contrato con su nombre, si Dino también estaba de acuerdo, obviamente. El trabajo le resultaría de lo más fácil, trabajaría un par de semanas y ganaría un montón de plata, más plata que toda la que había ganado con las clases. Dino tenía que hacer todas las fotos que irían en un calendario en ocasión de festejarse los cincuenta años de Perolevi GmbH, una compañía química con sede en Aachen.

A la mañana siguiente Dino llamó a Alex Gross, el amigo de Peter y arreglaron para verse al mediodía en su oficina de Barbarosaplatz. A medida que le explicaba, Dino se fue haciendo una idea de lo que quería, sobre todo, de que iba a empezar el quince y también de que trabajaría siete días corridos, o sea, hasta el veintiuno. Las fotos se tomarían en las tres fábricas que había a cada lado de la frontera con Bélgica. Aun admitiendo que le parecía genial tener al fin una chance para demostrarle a Alemania lo bueno que era como fotógrafo, al mismo tiempo, era consciente de que le estaban arruinando las vacaciones en forma. De todos modos, pronto pudo ver las cosas desde otro ángulo y darse cuenta, con una sonrisa, de que no había mejor excusa para no subirse a un avión que tener que quedarse trabajando.

A Christiane, ni hace falta decirlo, este asunto la agarró por sorpresa. Primero se mostró desconcertada. Conociéndola era entendible que, después del shock inicial, le dijera que le parecía muy bien que le hubiese salido algo tan bueno. Ella decía que él no podía no aceptarlo, era una oportunidad única, ya era hora, y que para las vacaciones iba a haber tiempo. No tenía sentido que Dino se amargara. Se irían a Italia apenas terminase. Ella le juró, le juró por su vida, que irían a Italia. Incluso podrían viajar antes, del siete al doce. Dino se quedó pensando un momento, luego hizo una mueca y le dijo que mejor no, que sería demasiado stressante, pero que

⁸⁴ - Sí, bien dicho. Coincido ¿Pero quién quiere ver la lima del tiempo sobre los otros, si con uno mismo ya se tiene bastante? ¿Y quien se muere de ganas por estar sólo con una mujer, si sabe con seguridad que tarde o temprano va a ponerse vieja, que siempre va a haber otras mujeres lindas y que siempre va a poder conseguirse una nueva?

- Jajaja. Sos Nosferatu, Viejo.

podrían hacer un viaje corto, por ejemplo a Amsterdam. Siempre había querido conocer Amsterdam. Con el ICE ⁸⁵ estaban en un par de horas.

Por último, tenía que hablar con Fritzi. El lunes, cuando fuera, le diría que habría que suspender las clases unas semanas.

Ya creía haber tenido todo resuelto, cuando llamó Gross. Le quería pedir, ya que el mismísimo gerente se lo había pedido, que adelantaran el comienzo al diez. Pero eso no era todo. Lo más probable es que hubiera más trabajo del que habían pensado y de que por lo tanto no fuera a terminar antes del veintiocho. Si aceptaba, trabajaría - y cobraría - tres veces más. Gross le hizo saber que asimismo le gustaría arreglar la forma en que iban a hacerse los pagos. Podían pagarle con cheques al portador a cobrar en treinta días o podían hacer tres depósitos en la cuenta de Peter.

Estos cambios hicieron que tuviera que rehacer los planes con Christiane. Tras varios tires y aflojes, se pusieron de acuerdo en que viajarían a Ámsterdam el primer fin de semana libre. Lo de Italia se correría para las vacaciones de otoño, es decir, una vez que empezaran las clases.

Fritzi estaba medio seria y al principio no habló mucho, lo cual a él le llamó la atención, llegando a imaginarse que estaba tramando algo, como, por ejemplo, contarle a sus padres de su relación y que, de pronto, ellos aparecerían en la habitación con las caras más serias y grises que nunca y le dirían que no apareciera nunca más, que le prohibían la entrada a la casa, y que, apenas se fuera harían la denuncia por abuso. Se equivocó. El mal humor de ella terminó siendo una nube pasajera y así como vino se fue. La mejor prueba fue que, al acompañarlo hasta la puerta, se dejó besar y tocar más de lo habitual. Eso más el tiempo que no la vería lo urgieron a hacer algo. Le propuso juntarse a hacer las fotos que ella le había dicho una vez que necesitaba para una agencia.

Al día siguiente se encontraron en una plaza de por ahí nomás. Fritzi se había cepillado el pelo y puesto un pantalón elastizado. Tenía sombra en los ojos y los aparatos le relucían.

No habían hecho más de tres fotos, cuando la sesión se vió interrumpida por un chaparrón que los llevó a buscar refugio bajo el techo de uno de los juegos en medio del arenero. Aunque la lluvia no tardó en parar, ellos prefirieron seguir con los besos. Así estaban cuando Andreas, que en ese momento pasaba en el Escarabajo verde que la madre de su novio le había prestado para poder retirar las varillas que había encargado el día anterior en una herrería de la zona, miró para donde él estaba y reconoció su perfil. Fritzi alcanzó a verlo:

- Wer war das? Warum hat er mich angeguckt?

- ¿Wer denn?

- Nix passiert...schon weg. Es war ein Ferkel im Auto...ich hasse diese Perverslinge...⁸⁶

⁸⁵ Intercity Express, tren rápido.

⁸⁶ - ¿Quién es ése? ¿Por qué me miró?

- Quién, eh?

- Nada...ya se fue. Un pajero en un auto...odio a esos perversos...

El diez se levantó a las siete. A las nueve menos cuarto ya estaba en Aachen. A las nueve lo pasaron a buscar, y de ahí lo llevaron a la oficina que el gerente general, un rotterdamés de apellido Knoll, tenía en una de las fábricas. Le pareció irritante que Knoll insistiera tanto con buscarle alojamiento en Aachen y que le costara un poco entender que Dino quisiese volver a Colonia todos los días.

Del diez al trece estuvo muy ocupado con las tomas de las instalaciones de la fábrica más chica. Knoll y su ayudante, una ingeniera que nunca se sacaba el casco, le fueron indicando qué lugares y qué máquinas. Asimismo pusieron a su disposición los faroles que Gross había mandado y una especie de estudio portátil en la sala multiuso, en caso de que necesitara hacer retratos o fotos de producto.

Dino llegaba a Colonia entre las ocho y las ocho y media, y en general se quedaba a dormir en lo de Christiane. Si pasaba por la residencia era solamente para buscar algo o para cambiarse. La tercera noche ella lo recibió con una cena de camarones que le había llevado toda la tarde preparar, y que a él le encantó. Sin embargo, estaba lejos de imaginarse la otra sorpresa que ella le tenía reservada: le dijo que Nadine la había invitado a Túnez. La idea era volar el dieciséis y quedarse una semana en lo de los padres de Nadine.

Dino la miró sin saber qué decir. Le costaba creer que quisiera irse de vacaciones sin él, le costaba creer que quisiera irse sin él, y encima a Túnez. La invitación no salía de la nada. Nadine y su hermano iban todos los años. Ya habían sacado los pasajes y tenían prácticamente las valijas hechas, cuando a la novia del hermano le agarró una enfermedad extrañísima y se le paralizó la mitad de la cara. Como tenían que internarla, su hermano decidió quedarse. Nadine debería viajar sola. El trámite por el otro pasaje iba a ser un dolor de cabeza, lo sabía. Los empleados de la agencia de viajes y inventarían cualquier cosa con tal de no devolverle nada. Pero otra solución no quedaba. Por lo menos hasta el momento en que estaba por marcar el número de la agencia y... marcó el de Christiane.

Dino se dió cuenta de que a Christiane le daba culpa pero que se moría de ganas. Le dijo que no era el fin del mundo, que descansar le haría bien, y aunque ya estaba odiando a Nadine con toda su alma, la convenció para que le dijera que sí, e incluso la llamara esa misma noche.

Como ella ni loca quiso aceptar el cuchillo, Dino tuvo que conformarse con darle la pimienta y un montón de recomendaciones. Debía ir con mucho cuidado. Esos tipos eran todos bestias: secuestraban turistas y las metían en harenes y, luego, cuando se cansaban, las cambiaban por camellos. Ella le pedía que le hiciera el favor de no ser tan ridículo. Entonces, como no podía ser de otra manera, él se ponía furioso y terminaban discutiendo, y entonces él le gritaba que ya que tenía tantas ganas de que le tocaran el culo, por lo menos que no se olvidara de vacunarse contra la lepra.

En opinión de Franz, a Dino se le estaba yendo un poco la mano. Por haber tenido un problema con un tarado, no debía pensar que había que matarlos a todos. Además, para el caso, los norteamericanos eran más terroristas que cualquiera. Y que la novia se fuera sola si él no podía acompañarla, era muy normal, lo más

normal del mundo. Por lo menos para Franz. Su propia novia se había ido el año pasado con dos amigas a Tailandia, y él ni se había mosqueado ¿Por qué debería? Si era por seguridad, estaba seguro de que ella se sabía defender. Si no era por eso y era por lo otro, se preocupaba todavía menos. Suponiendo que fuera una atorranta y quisiera cagarlo, no hacía falta irse tan lejos; con dar la vuelta a la esquina, alcanzaba.

Peter pensaba que Dino no tenía que pensar no que iba estar solo sino que iba a estar libre ¿No era eso acaso lo que quería? ¿No estaba acaso siempre quejándose de que siempre pensaba de que ella finalmente lo iba a descubrir con otra y de que así no se podía vivir tranquilo? Y si no lo podía convencer de que no estaba solo, acaso no era mejor estar solo que mal acompañado. De todos modos, era obvio que no tenía por qué estar solo, y que podía estar acompañado, bien acompañado. Lo que quería darle a entender, es que aprovechara de una vez por todas con Fritzi, si tan entregada estaba como decía.

Ahí no quedó el asunto, sin embargo; ese fue sólo el principio. En menos de veinticuatro horas, Christiane le salió con otra locura. Erica, que, como él muy bien sabía, estaba en Valencia desde hacía dos semanas, había llamado esa tarde para preguntarle si no quería venir a visitarla. Le propuso quedarse unos días en Barcelona y después volverse a Colonia juntas. Con la cantidad de ofertas en Germanwings, iba a salirle un par de euros nomás, menos que tomarse el subte. Dino no podía creerlo. « Una tras otra » pensó « Con esta mina termino en la lona. » Christiane no sabía qué hacer. Le dijo que no se sentía nada bien dedicándose a la farra, mientras él se quedaba trabajando, pero que si, a pesar de todo, no le molestaba, cuando volviera, lo primero que hacían era ir a Amsterdam. Y después para lo de Italia, no iba a haber necesidad de sacar ningún pasaje: esa tarde también había hablado con su hermana, y ella les prestaría el auto.

Ella ya se había encargado de hacer todos los arreglos para no volar de Túnez a Barcelona directamente, y volver para quedarse una semana en Colonia, pero él no consideraba que fuera una gran diferencia. Había que estar ciego, se decía, para no ver que las cosas estaban condenadas sin remedio. Dino estaba decidido. La iba a dejar.

« Esto de haber elegido Túnez, teniendo tantos lugares para elegir, teniendo todo el mundo para elegir. Si es amiga del enemigo, está con el enemigo. Es una cuestión de lógica » pensaba. Sea como fuere, a los cinco minutos le daba pena y dudaba de que realmente se animara a dejarla.

El avión salía el martes a la seis de la mañana. Dino se ofreció a acompañarla al aeropuerto, explicándole que no iba a haber problema si avisaba que entraba a trabajar más tarde. Christiane le dijo que mejor no. El auto del hermano de Nadine era chiquito, así que con la valijas, apenas iba a haber lugar para ellos tres.

El lunes fue de la estación a la casa de ella, como tantas otras veces. Pero ahora era distinto, porque venía a despedirse, a despedirse para siempre. Estaba a pocas

cuadras, cuando sintió algo en la cabeza. Miró para arriba y no vio nada. Pero ya antes de tocarse, sabía que una paloma acababa de cagarle encima. Se limpió como pudo, preguntándose desde cuándo las palomas cagaban de noche.

Al llegar, frenó delante de la puerta. No podía decidirse a entrar. La odiaba. Ni siquiera tenía ganas de verla.

Al mismo tiempo otra voz le decía que se dejara de joder, que no fuera así de duro, no era para tanto. Tenían muchas cosas planeadas. No podía arruinar todo por tan poco. Debía cuidarla más, al fin y al cabo era su novia, no una puta cualquiera. De todos modos, por más cosas que se dijera, había algo en este viaje que no le cerraba. Le dolía la cabeza de tanto pensar. Luego de seguir ahí parado un rato más, prendió un cigarrillo y marcó el número de Fritz. Como saltaba siempre el contestador, le mandó un mensaje: « *Hola :-)* »

Tocó el portero. Lo atendió Andreas. Dino le dijo que no iba a subir, que le pasara por favor con Christiane. Después de esperar un momento reconoció su voz surgiendo del chirrido metálico. Quería saludarla, desearle un muy pero muy buen viaje y que se divirtiera, y decirle que lo llamara cuando volviera. Debía disculparlo si ahora no subía. Es que tenía mucho que hacer. Después hizo silencio, dando por descontado con que ella iba a enojarse y a empezar a los gritos como siempre hacía, o simplemente a cortar. En vez de eso, ella se puso a pedirle en voz baja que subiera, y que le gustaría que se despidieran como la gente, y que aunque no se hubiera ido todavía, ya lo extrañaba. Entonces sonó la chicharra.

Empujó la puerta y pasó. Al subir la escalera, miró para arriba, pensando que iba a verla junto a la puerta, como siempre, pero la puerta estaba cerrada. Antes de tocar el timbre, se abrió de golpe, dejando salir a Ali y al amigo de la fiesta, que al verlo se llevó la mano al pecho. Le dijo que lo había asustado. Enseguida se rió. Ali también.

Dino se equivocaba si esperaba una despedida de carácter íntimo. La casa parecía un gallinero revuelto. A medida que avanzaba por el pasillo se encontró con Markus y Andreas - quienes, después de saludarlo e indicarle que Christiane estaba en la pieza, se disculparon y volvieron a la cocina donde, por lo visto, cocinaban algo - y luego con una señora de pelo rubio entrecano que se presentó como la madre, y un par de amiga que no conocía, muy ocupadas mandando mensajes. Christiane estaba hablando por teléfono. Al mismo tiempo que sostenía el tubo con el hombro, doblaba ropa y la metía ropa en una valija de cuero. Apenas lo vio, le guiñó el ojo.

Lo primero que hizo fue pedirle perdón por tenerlo esperando - era Erica desde España - y también por el estado de la casa. El le dijo que no importaba. Le dió un beso. Se quedó mirándola. Le sonrió y le dijo que pasaba sólo un minuto, que estaba reajustado con el tiempo, lo mismo que ella, y antes de que ella pudiera reaccionar, volvió a darle un beso y se fue.

En la escalera se cruzó con los enfermeros.

Se bañó, comió rápido y volvió al cuarto. Tenía una migraña que le había aparecido tres días atrás y no se le iba. Mientras se desabrochaba la camisa, se dió cuenta de de lo mucho que necesitaba dormir bien. Estaba por abrir la cama cuando sintió una pareja discutiendo debajo de la ventana. Como hacía mucho calor y con la ventana cerrada, iba a ahogarse, decidió ir a buscar los tapones. Pero no llegó a ponérselos. Hablaban en español, con acento ecuatoriano.

- ¿Como pudiste haber hecho algo semejante?
- No es para que te pongas de este modo, Nelly.
- ¿Qué no? Tú mismo, por si no lo recuerdas, me has dicho que nunca habías conocido a alguien como yo, y ahora me entero que... ¿Cómo tienes el coraje de decirme...
- Perdóname, Nelly. No lo hice a propósito.
- ¿Cómo pudiste haber podido hacer algo semejante? Es que sencillamente no me lo puedo creer, no comprendo cómo eres capaz de haberlo hecho sin más. Es que no puede ser posible...

Cuando ella se largó a llorar, él trató de consolarla, pero entonces ella se puso agresiva y lo amenazó diciéndole que si no le sacaba las manos asquerosas de encima, lo mataba. Acto seguido se escucharon unos taconazos y enseguida todo volvió a quedar tranquilo como antes.

Se recostó sin sacarse la ropa. Lo más probable es que Christiane estuviera durmiendo a esa hora, por ahí estaba durmiendo cerca del mar. O por ahí no estaba durmiendo nada, y estaba despierta como él, y miraba la luna como él. Mientras pensaba esas cosas, se quedó dormido

Se despertó con ella. Estaban en el instituto, en un aula. Había un montón de sillas de plástico. Vió una con un cartelito. Decía: « Por favor no sentarse ». Esa fue justo la que ella fue a agarrar. Como no podía ser de otra manera, ella se dió un flor de golpe, y él, en vez de ayudarla, se empezó a reír como descosido. Tanto que tuvo que sentarse. Entonces, sin entender cómo, terminó también en el piso.

Se despertó muy molesto. Lo primero que hizo fue girar la cabeza y ver que el reloj se había vuelto a parar pese a haberle cambiado la pila hacía menos de dos días. Manoteó el celular. Eran las cuatro. Le llevó unos instantes darse cuenta de que el mal humor no era sólo por la pesadilla o por la ropa, sino porque nuevamente había gente hablando a los gritos.

Al sacar la cabeza, se encontró con dos personas - aunque no parecían estudiantes, no podía asegurar que no fueran estudiantes - apoyadas contra la máquina expendedora de cigarrillos. Lo que hablaban sonaba a ruso. Uno tomaba cerveza del pico, el otro estaba ocupado metiéndose el dedo en la nariz.

- ¡Hey, leute! ¿Es ist möglich, dass ihr ein bisschen leiser sprecht? ⁸⁷ - preguntó Dino.

Siguieron. Dino pensó que quizás no lo habían escuchado o que no entendían alemán, así que intentó de nuevo, más alto y ayudándose con señas:

- ¡Hey, leute! ¿Es ist möglich, dass ihr ein bisschen leiser sprecht?

Lo habían escuchado pero la reacción no fue la esperada: después de mirarlo de arriba abajo, el de la botella torció la boca:

- Vielleicht versuchen wir es mal. ⁸⁸

El otro le hizo eco:

- Vielleicht. Mal sehen. ⁸⁹

Dino sintió que levantaba presión; no pudo contenerse:

- ¡Also, versucht ihr- versuch ´s doch mal, du arschloch!

- Blas mir einen! Und sag deiner Freundin, dass-

- Gute Idee! Du und deine Freundin könnt uns beiden einen blasen!

- Ja, hahahahaha!

⁸⁷ Hola, Gente! Es posible que hablen un poquito más bajo por favor?

⁸⁸ Por ahí tratamos.

⁸⁹ Por ahí.Vemos.

- Geh´schlafen! Nee, lieber geh´klöppeln, du bedauerlicher Klappstuhl, du Memme!

- Ja, putz die Furt, du Wichser!

- ¿¿¿ Was sagt ihr???

- Blas mir einen, sagen wir.

- Wichser, Memme, Klappstuhl sagen wir.⁹⁰

Dino apenas podía creer que le dijese todo eso tan tranquilos. Revolvió la campera y la mochila y sin ponerse los zapatos, abrió la puerta, atravesó el pasillo, bajó la escalera y salió a la calle. Tenía el palo y el cuchillo.

- ¿¿¿ Was sagt ihr???? ¡Kommt mal hier her, du hurensohn, du, schleimfresser!

- Ruhig. Hast du... hast du Luft im Sack oder was?

- Chill mal, Manno! Chill-

- ¡Verpisst euch, idioten ¡! ¡Sofort!

- Ruhig, Rambo. Sei doch m-

- ¡!!!! Sofort scheissfresser, sofort habe ich gesagt oder ich schlage euch tot, sofort!!!!
91

A los cinco minutos estaba de vuelta en la cama. Salvo uno que otro auto pasando por la avenida, no se escuchaba nada más. Prendió y apagó la luz varias veces. El sueño parecía haberse ido por completo así que al final la dejó prendida. Entonces metió la mano en la pila de libros que tenía bajo la cama y sacó *La Reina vuela*, una novela argentina con una foto fuera de foco en la tapa que había comprado en una mesa de saldos. Arrancó con muchas expectativas. Después de las primeras dos páginas, sin embargo, tuvo que esforzarse para terminar el capítulo. Enojado por los tres euros con cincuenta que había gastado, pensó: « Ahora vamos a ver cómo vuela » y la tiró por la ventana.

Levantarse a las siete y salir para la estación en ese estado, no fue nada fácil, e incluso estuvo tentado de llamar y avisar que estaba enfermo. Pero descartó la idea. Tenía que aguantar y punto. Así y todo, se sentía como un zombie. El cuerpo le pesaba y le costaba coordinar lo que hacía. Encima, a la tarde, mientras movía unas bolsas de arena que le estaban arruinando un encuadre, tuvo que atender un llamado del Studentenwerk, de un tal Jörg Larsen, que le informaba que alguien le había roto la ventana, y que habían debido avisar a la policía y labrar un acta, siendo imprescindible que, apenas regresase, pasase por la oficina del

⁹⁰ - Bueno, traten- tratelo, Pelotudo!

- Chupámela! Y decile a tu novia que-

- ¡Qué buena idea! ¡Vos y tu novia nos la puedan chupar!

- ¡Sí, jajajajaja!

- ¡Andá a dormir! ¡No, mejor andá a hacerte la paja, aparato patético, cagón!

- ¡Sí, tomátelas, pajero!

- Qué dicen???

- « Chupámela » te decimos.

- « Pajero, cagón, aparato » te decimos.

⁹¹ - Qué dicen???? Vengan acá, vos Hijo de puta y vos Comemoco!

- Tranquilo ¿Tenés... tenés aire en la cabeza o qué?

- ¡Calmate, chabón! Calma-

- Rajen, Idiotas! ¡Ya mismo!

- Tranquilo, Rambo. Ponet-

- Ya mismo, Comemierda, ya mismo, dije, o los mato a Palazos, ya mismo!!!!

Studentenwerk del otro lado de la residencia, de modo que ellos, es decir, él, pudiese entrar con Dino, evaluar los daños, terminar el informe y traer al vidriero.

A la noche, cuando Dino y este Jörg entraron en la pieza, se encontraron con el piso lleno de vidrios. También había un caño de plomo, y, entre la cama y el plomo, su Nikon, que por milagro estaba intacta. Cuando Jörg le preguntó, él le dijo que no tenía idea de quién podía haber sido.

De acuerdo a lo que Mariam y Franz le contaron después, el ataque había tenido lugar al mediodía, mientras ellos estaban en la cocina. Escucharon el ruido de los vidrios, pero no supieron de dónde venía. Fue recién cuando Franz salió a comprar algo, que vio lo qué había pasado.

Los tres se quedaron hablando en el pasillo un buen rato. Antes de volver cada uno a sus cosas, vieron aparecer a Samuel. Venía con una chica con un top y una calza rosa muy marcada, y un rodete de bailarina, a la que presentó como su novia. No solía hablar mucho, así que enseguida se fue con ella a su pieza. Antes de meterse en lo de Franz - había aceptado la cerveza que le invitaba - alcanzó a ver la calza al final del pasillo.

Dino le hizo saber que estaba muy preocupado. Franz arqueó las cejas. Esperaba algo que explicara el atentado, no la catarata de insultos contra Christiane. Dino le confesó que no se la podía sacar de la cabeza, que no paraba de pensar en lo que podía estar haciéndole, sí a él ,y que, por más que tuviera que concentrarse un montón en el trabajo, la mitad de la cabeza la tenía pensando en esas viejas alemanas que viajaban a *diese scheissländchen*⁹² para hacer turismo sexual, y si a él no le parecía que ella estuviera haciendo lo mismo, dejándose aceitar, perfumar y masajear en algún baño turco vaya a saber por quién después de haber estado todo el día mostrando el culo en la playa.

El vidriero apareció en ese momento.

Peter le hizo saber que acababan de hacer el primer depósito. Como en la semana Dino se había puesto en contacto con Knoll para ver si todavía existía la posibilidad de quedarse en Aachen, ya ese mismo viernes consiguió quedarse. Lo ubicaron en un hotel en la parte vieja de la ciudad. Era un edificio viejo con ventanas de forma irregular que no terminaban de integrarse con el resto de la fachada. Le llamaba la atención los huéspedes o, mejor dicho, la falta de huéspedes. Recién al ir a acostarse, entendió por qué. La iglesia de enfrente tenía unas campanas que, cada vez que daban la hora, parecía que estaban sonando dentro de la habitación.

Resignado a lo poco que le valía la triple protección de vidrio, almohada y tapones, se pasó la noche leyendo.

Al día siguiente, después de desayunar en la fábrica, fue a explicarle todo a Knoll. Riéndose y palmeándole el hombro, Knoll le aseguró que para esa noche se encargaría de cambiarlo de lugar. Dino le dijo que sería sólo un par de días, el lunes tenía que recibir a su novia. A partir del lunes, volvía a tomar el tren a Colonia.

⁹² esos Paisitos de Mierda.

Mientras atravesaba el hall de entrada del hotel nuevo - moderno y lleno de turistas ingleses - recibió la llamada de Christiane. Descontando el mensaje de treinta segundos que le había dejado el domingo en el contestador, era la primera vez que lo llamaba. Ya había llegado, estaba en el aeropuerto. Dino le dijo que no gastara más en celular y le pasó el número del hotel. Se sentó a esperar en uno de los sofás del hall de entrada. Vió pasar dos ingleses y dos franceses. Entonces la gorda rubia de la recepción atendió el teléfono. Lo llamó agitando la mano. Era Christiane, obviamente. A él le pareció que la mujer quería escuchar la conversación, si no, no entendía por qué con lo largo que era el mostrador, tenía que quedarse con el diario prácticamente pegada al teléfono. Como sentía que si le pedía que se corriera, iba a ponerse a discutir, prefirió decirle a Christiane que hablaran en español. Le contó que estaban pagándole la estadía en Aachen pero que esa noche iba para allá a verla. No se imaginaba lo que la había extrañado. Eso sí, para ser sincero, tenía que contarle también que estaba un poco ofendido por no haberlo llamado un poco más. Por lo menos le hubiera escrito. Christiane tosió. Hubo un silencio en la línea. Luego se excusó explicándole que los celulares no agarraban, que había estado lejos de todos de los negocios donde vendían tarjeta, que los padres no tenían computadora y que apenas sí había un televisor en la casa.

- Ok, pero teléfono tenían ¿no? Cuando me dejaste el mensaje podrías haberme pasado el número ¿no?

- Ui... mui cierto. Te ruego mui Perdon. Es que con tantas Cosas en la Cabeza, no se me ocurrio.

Volvió a toser y a callarse. La pausa no duró mucho, ya que por espacio de quince minutos corridos, hizo un resumen de sus aventuras, las cuales incluían paseos en camello, en helicóptero, en gomón, visitas a un *hamam*, un tour por las ruinas de Cartago, regateos en el zoco y hasta un intento de robo que uno de los primos montañeses de Nadine había abortado de un cabezazo. Salvo ese episodio, la gente había sido muy amable y la había hecho sentir muy cómoda. La había pasado re bien y tenía un millón de fotos para mostrarle. Dino la interrumpió diciéndole que le estaban diciendo que necesitaban el teléfono.

En el tren recibió otra llamada, era de la directora del Kulturzentrum de Peter. La mujer le había mandado un mail unos días atrás, pero, ante la falta de respuesta, había decidido llamarlo. Dino se disculpó por no haber estado chequeando su casilla. Ella quería comunicarle que había visto su material con atención, que lo consideraba muy interesante y que le agradecería conocerlo en persona. Ya que viajaba a Nueva York en los próximos días, terminaron arreglando para que fuera a verla los primeros días de octubre.

Así como la vió, tan bronceada, se acordó de cuando la había conocido. Tenía, de hecho, la misma remerita de Sweet Dreams. Sin embargo, ahora la estaba combinando con unas babuchas de un lino fino que se le pegaba a las piernas, y una carterita con la lengua de los Rolling Stones. Tras saludarlo en francés, un francés que ella definió como *weniger als schlecht*⁹³, y besarse un rato largo en el andén, salieron de la estación y fueron a sentarse en la plaza del Dom.

- Esta estreiado - opinó Christiane.

- Más que estrellado...estrelladísimo.

⁹³ menos que malo.

Volvieron a besarse. Luego se pusieron en marcha. Había una brisa muy agradable, así que a él le pareció una buena idea ir a algún Biergarten. Ella le dijo que no. Estaba cansadísima, y lo único que quería era meterse en la ducha y tirarse a dormir.

- Te e traído varios Regalos, comienzo por el que mas me place: un Paniuelo. Adivina que Color...

- ¿Verde, verde loro?

- No.

- ¡Rojo sangre!

- No!

- ¿Amarillo patito? ¿Gris topo?

Tuvo que esperar a que llegaran para verlo. El pañuelo resultó ser un chal blanco y negro. No le quedaba tan mal, aun cuando le diera un aire medio palestino. A medida que rompía los papeles, fueron apareciendo las otras cosas: un souvenir de plástico en forma de circo romano, una daga curva en miniatura que no podía desenvainarse porque formaba una sola pieza con la vaina y un CD de música árabe.

Ali no estaba. Comieron unos fideos rápido y, después de la ducha, se quedaron en la cocina fumando y mirando postale. Las fotos todavía no estaban listas; cuando volviera de Barcelona dejaría todos los rollos juntos.

Ella quiso saber porqué había estado tan raro el día que se fue. El le pidió perdón, le explicó que había sido por el dedo, se lo había doblado en la escalera, ella ya lo conocía.

Le contó las novedades del Kulturzentrum. Era casi seguro de que iban a estar en una colectiva el año próximo. Quería exponer varios de sus desnudos suyos. El que estaba a contraluz con las cortinas atrás pensaba ampliarlo a un metro y medio por dos. En ese tamaño quedaría mil veces mejor. Después se lo regalaría a ella, y si alguien lo quería comprar, diría que estaba vendido y haría otra copia. Es más, había pensado en dárselo para su cumpleaños. Ahora que tenía plata, nada se lo impediría. A menos que ella no se animase a colgarlo.

Durante el desayuno, a Dino se le ocurrió preguntar por Tschitscho. Que no pareciera antes, no le había llamado la atención; supuso que estaba afuera. Pero ahora no entendía que no viniera a recibirlo, ni que no encontrara sus piedras, su escudilla, su vasito con leche. Christiane se puso pálida. « Tschitscho murio » murmuró por fin.

Trató de hacerle un resumen de lo que había ocurrido: al llegar del aeropuerto, no se imaginó con lo que se iba a encontrar. Estaba muerto, metido en una caja de cartón en el baño. Llamó en el acto a Ali al trabajo, y ahí se enteró de todo: de la noche a la mañana, Tschitscho había empezado a vomitar y a no querer comer, y a estar todo el tiempo debajo del sillón. Ali le había restado importancia y supuso que era un capricho, pero la cuestión es que no se le pasó y siguió vomitando hasta que no le quedó otra que llevarlo a la veterinaria. Le informaron que tenía una especie de gripe canina. Le dieron una inyección y unas pastillas para que se las fuera dando cada ocho horas. Eso pasó a la noche. Al día siguiente, es decir, el día anterior, Ali lo encontró muerto. Estuvo tentado de meterlo en el freezer, pero le pareció que podía contaminar la comida, y que sería mejor dejarlo en el baño y enterrarlo luego cuando viniera.

Dino estuvo todo el día en el trabajo pensando lo que a la noche le diría a Ali apenas lo viera. Tenía todo un discurso armado y hasta pensaba en pegarle, llegado el caso. Pero esa noche tampoco apareció.

Al terminar de comer, mientras miraban *La Reina Margot* por cable, la miró fijo y le preguntó en qué parte del jardín lo habían enterrado.

- Hmmm, no lo enteramos. Io le dihe que lo mehor seria sacarlo para evitarr corer Riegos de Contahio, sobre todo porque no sabíamos bien que tuvo el.

- ¿Así que Ali lo sacó a la basura? ¿Así que lo metió en una bolsa de basura y lo tiró como si fuera un montón de basura?

Al ver la cara de energúmeno que Dino ponía, ella apretó *pause* :

- Pues que querias tu que io iciera?...Pues ponte a pensar que el tuviera algun Viru-

- ¡Qué hijo de puta!

Ella le advirtió que ni se le ocurriera meterse con Ali, que ya bastante tensa era la relación como para que encima fuera a pelearse por un gato muerto y agregó: « Io misma le dihe que lo metiera en la Bolsa, io misma para que te quede claro. » No pudo evitar sentirlo: el mejor favor que ella podía hacerle era irse de Colonia cuanto antes.

Christiane salió el veinticinco a la tarde y esta vez fue Andreas quien la ayudó con la mochila y los bolsos.

El sábado le habían dado franco, de manera que como coincidía con que acababan de depositarle el segundo pago, organizó una salida con Peter, Claire y Franz - a Deben no logró ubicarlo - a Zum Otto, un bar sobre la Ottostr., con un escudo con un perro con la cara de Bismarck y el casquito, y donde, por supuesto, invitó a todos.

Regresaron en el auto de Peter. Iban rápido, tenían siempre luz a favor. Justo antes de llegar, sin embargo, un semáforo los obligó a parar. Mientras esperaban y festejaban una ocurrencia de Franz sobre la tequila, Dino alcanzó a ver a través del parabrisas mojado y lleno de reflejos, la figura del tunesino cruzando la calle.

A las promotoras les costaba entender lo que les estaba pidiendo. Primero pensó que era porque no entendían su acento pero al rato se dió cuenta de que les costaba entender en general. Encima era domingo y nadie ahí tenía ganas de trabajar. De haber tenido un ayudante no habría tenido que estar haciéndose mala sangre. Se disponía a darle indicaciones a una de las mujeres sobre la manera correcta de agarrar una pala, cuando advirtió que no iba a poder hacer ninguna toma con las paletas sucias asomándose en el fondo, así que fue a correrlas, y fue seguramente a causa del esfuerzo y de que lo ponía nervioso que todas lo miraran, que, sin ver la ventana que alguien había dejado abierta, terminó retrocediendo más de la cuenta y dándose la punta en la espalda. Si bien pudo aguantar el dolor en el momento, al

llegar a Colonia, apenas fue capaz de subirse a la bicicleta. En una farmacia le vendieron corticoides sin receta.

Llamó a Fritzi para saber si pensaba retomar las clases el veintinueve y ella le dijo que sí, que quería seguir y luego le preguntó si la había extrañado y él le contestó que obvio y le mandó un montón de besos. A pesar de eso, cinco minutos más tarde, recibió un mensaje de ella diciéndole que se había olvidado de que le habían cambiado la hora de gimnasia, y si era posible pasar la clase al miércoles.

Deben estaba tocando la guitarra. Al escuchar que le tocaban la puerta, paró en seco. Era Dino. Le preguntó si no le molestaba si pasaba cinco minutos. No podía dormir. Pero no era por su culpa, la música apenas se escuchaba. En todo el tiempo que lo conocía, ésa era la primera vez que lo visitaba. Como todos los cuartos ubicados de ese lado, el suyo era muy chiquito.

Dino se quedó en silencio escuchándolo repetir mi-LA-RE-mi durante cinco minutos. Cuando paró, Dino quiso saber qué estaba tocando. Le gustaba. Deben le dijo que era una versión por tablaturas del canon de Pachelbel. Lo había bajado hacía unas semanas pero todavía no le salía bien. Entonces Dino aprovechó y le preguntó qué le parecía Christiane. Deben se sorprendió por la pregunta. Le dijo que le parecía muy agradable. La visita lo puso más locuaz que de costumbre, y terminó hablando mucho - sobre todo, de su plan de frustrar las intenciones del padre de casarlo con una mujer de Bombay - y tocando poco.

Aunque a la hora Dino regresó a la pieza creyendo que se caía de sueño, le bastó acostarse para volver a despabilarse.

Lo llamó el lunes a eso de las cuatro, en plena siesta. Al escucharla en catalán, no pudo evitar reírse. Ella se rió con él. Se pasaron la mitad de la conversación riéndose. Ella le dijo que hacía tanto que no se *destornillaba* tanto de risa.

A las seis, se encontraba afeitado, bañado y rumbo al Siebengebirgsallee. La iba a sorprender con una cajita de bombones suizos que le había comprado el último día en Aachen y anunciándole además que tenía el desnudo de la ventana en grande, y que se lo iba a mostrar enmarcado en los próximos días. También se preguntaba qué sorpresa le tenía ella reservada, se preguntaba si sería un libro sobre la Sagrada Familia o ropa de El Corte Inglés o una remera con la cara de Dalí.

Resultó no estar tan errado: le trajo dos remeras - una con la bandera española, otra con la cara de Gaudí -, un libro de un pintor que no conocía con el detalle de una pintura de título *Ceres, Eros y ceros* en la tapa, y un CD doble de Agustina García Fernández.

Después, mientras lo miraba probándose las remeras, Christiane se fue a un rincón. Dándole la espalda y aclarándose la garganta, le aclaró que eso no era todo, que había otra cosa.

- ¿Otra cosa?

Sí, ella quería contarle que lo había engañado.

Después de lo que a él le pareció una eternidad, Christiane se animó a girar. Sin embargo, no le mantuvo la mirada. En vez de eso, empezó a estirar el cuello del pullover con las dos manos, de una manera infantil, como si deseara taparse la cara.

Dino se levantó del borde de la cama. Ella fue a su encuentro diciendo *Entschuldigung*⁹⁴ varias veces y largándose a llorar. Trató de abrazarlo pero él la hizo a un lado.

Apagó el celular. Se tiró a la cama con los zapatos puestos. Sin embargo, no le mantuvo la mirada. En vez de eso, empezó a estirar el cuello del pullover con las dos manos, de una manera infantil, como si deseara taparse la cara.

Dino se levantó del borde de la cama y avanzó hacia ella. Antes de que pudiera decir nada, le pegó un cachetazo.

Le faltaba el aire. Salió al pasillo y se encontró con Deben. Estaba hablando con otro hindú. Se lo presentó. Se llamaba Sunnil y acababa de llegar de Londres. Dino no tenía ganas de conversar, pero menos ganas tenía de volver a la pieza. Si volvía, la cabeza le iba a empezar a trabajar hasta explotarle.

Sunnil se dedicaba a la matemática y hacía un par de años que vivía en Londres. Salvo una vez que había ido con la novia a París unos días, ésta era su primera visita al continente. Por lo que hasta el momento había visto, Colonia le parecía un lugar muy agradable. De todos modos, le gustaría comparar su vida nocturna con la de Londres. Deben le explicó a Sunnil que Dino conocía la noche como nadie, y enseguida, para su sorpresa, propuso que los tres salieran a tomar algo

En el preciso instante en que Dino entraba, el teléfono comenzó a sonar furiosamente.

Eran más de las diez. Deben y Dino ya estaban abajo, y se preguntaban qué hacía Sunnil que tardaba tanto, cuando de repente, y como salida de la nada, vieron a Christiane. Saludó a Deben y luego se acercó a Dino. A él le pareció más encorvada de lo habitual. Con la voz entrecortada y haciendo fuerza para no llorar, le dijo que había estado llamándolo. Por último, sin saber ya más qué hacer para que Dino no le siguiera contestando con gestos y monosílabos, dió media vuelta y empezó a alejarse.

Antes de llegar a la esquina, Dino la alcanzó, se bajó de la bicicleta, la abrazó, la besó y le dijo que la perdonaba.

Fueron a Amadeus, en la Roonstr. Pidieron varias Kölsch. Dino nunca la había escuchado hablar en inglés. Su acento sonaba ridículo y le recordaba a Dirk. Por su parte, Sunnil hablaba hasta por los codos, lo que evidentemente era una suerte, ya

⁹⁴ disculpame

que de esa forma, Dino no intervenía más de lo necesario. Es más, se levantaba todo el tiempo para ir al baño y mandarle mensajes a Fritzi.

Al llegar la hora de irse, Dino aprovechó que Christiane estaba inclinada hacia Sunnil - le costaba entenderlo por la música -, y entonces, sonriéndole de la forma más estúpida y, por supuesto sin que ella lo viera, se le ocurrió hacerle cuernitos.

Durante el camino de regreso, Dino se prometió no volver a hablarle nunca más en español. Pese a que sabía que podía ser más duro a la hora de buscar un castigo, se tranquilizó pensando que ya se le ocurriría algo mejor.

Ali estaba escribiendo mails. Dino siguió derecho y ni se detuvo a saludarlo.

Ya los dos en la pieza, pasó a preguntarle adónde se había metido Erica. Ella le contó que se había quedado en Bonn con los abuelos.

- Dieser soll nicht hierher kommen.

- Won wem sprichst du?

- Von diesem tomboy, diesen dike, von diesem elendes gemeines weib, von diesem leckender unleckeren geleckten schlampe, von diesem drecksack.

- Was sagst du, Mensch? ⁹⁵

Luego el bajó el tono. Se quedaron gran parte de la noche hablando. Aunque parezca mentira, no discutieron.

Justo antes de apagar la luz, le echó en cara que no lo hubiera llamado o escrito ni una sola vez. Ella se defendió diciendo que había sido porque pensaba que no valía la pena por tan poco días, pero que se la había pasado pensando en él. Era la pura verdad, aunque no le creyera. Además, el último día, le había mandado una postal del museo de Figueras, el lugar que más le había gustado de todos. Luego le acarició la cabeza y le dijo que se durmiera, que le iba a hacer bien.

A la madrugada Dino se despertó de golpe. Esta vez no se preocupó: estaba tan cansado que pensaba que con sólo cerrar los ojos, iba a quedarse dormido de nuevo. A medida que los minutos transcurrían, sin embargo, comenzó a registrar las puntadas en la cabeza, en el pie y en la espalda, la acidez en el estómago, las palpitations, el cuerpo contracturado. Acabó por levantarse y bajar al diván. Se puso a acomodar los almohadones en la oscuridad, y seguro se hubiera vuelto a acostar sin hacer el menor ruido de no haber sido por el cable que se le enganchó en el pie. El estruendo de la lámpara rompiéndose en medio de la oscuridad hizo que Christiane se despertara desesperada a los gritos. Dino tuvo que prender la luz de abajo y subir a abrazarla, intentando explicarle lo que había pasado - lo mismo que a Ali, que también se puso a tocar la puerta. Finalmente logró calmarla y hacer que se durmiera.

⁹⁵ - Ese mejor que ni venga para acá.

- ¿De quién estás hablando?

- De ese Marimacho, de esa Trola, de esa Mina asperosa y vulcar, de eso Puta lamedor, fea, lamida, de esa Bolsa de Mierda.

- ¿Qué decís, chabón?

A la mañana empezó a acariciarle la cara. Aun cuando le parecía que lo que iba a hacer era igual a lo que hacían los perros cuando les marcaban el territorio, que era volver a marcarlo, sabía, por otro lado, que hacerlo era la única forma de sacarse el dolor de encima. Le contó que eran casi las once y que tenía un plan para antes del desayuno, pero que primero necesitaban lavarse los dientes.

Terminó exhausto y dolorido. Al salir para el baño dejó caer una gota accidentalmente. Al reaparecer con el toallón, se topó con ella arrodillada y con los pelos revueltos, mientras escupía la alfombra y restregaba la alfombra con papel higiénico, sin parar de decir que no entendía por qué siempre tenía que dejarle la casa hecha un asco.

Se duchó con lentitud. Se cambió. Agarró la campera y la mochila. Fue a buscar los zapatos al botinero. La mesa ya estaba puesta y ella, todavía con el pijama, estaba sentada absorta leyendo el diario y esperando que el omelette acabara de hacerse. Dino tuvo que aclararse la garganta para que ella lo notara.

- Der Kaffee ist fertig. Setz d-

- Nein.... Es sind schön zeiten gewesen ¿weiss du? Es-es hätte eine grosse liebe sein können.⁹⁶

Dino le dijo que había estado pensando toda la noche, y que había llegado a la conclusión de que tenían que cortar. Christiane lo miró con los ojos colorados. Le preguntó si estaba seguro. El le contestó que estaba segurísimo.

Justo antes de doblar la esquina, alcanzó a verla con la cortina corrida y la cara apoyada contra el vidrio.

⁹⁶ - El café está listo. Sentat-

- No....Fue una Epoca muy linda, sabé? Podría-podría haber sido un gran Amor.

OCTUBRE

A pesar de haber empezado la Facultad el miércoles y de haber ido a todos los seminarios, y a pesar de haber tenido la clase con Fritzi, de haberse alegrado de verla de nuevo y de proponerle un viaje a Brujas aún sabiendo que ella iba a decirle que no porque su novio la mataría si se enteraba, Dino jamás hubiera dicho que iba a seguir pensando en Christiane de esa manera. El jueves estuvo menos tiempo en el aula que en el baño llorando. No soportaba que lo vieran así. Se sentía patético, peor que un personaje de telenovela. Por más que tratara de sobreponerse, tenía la cabeza en cualquier lado, tal es así que perdió su mochila, se la dejó en un colectivo. El escándalo al llamar a la empresa no sirvió para hacerla aparecer. Podía consolarse pensando que ese día había metido la billetera, las llaves y el pasaporte en su campera. El viernes, cuando fue a hacer un trámite en el Studentenwerk, la empleada que lo atendió, quiso saber si venía de Barcelona. Dino le contestó que no, que era de Buenos Aires y que Barcelona era una ciudad de mierda. La mujer opinó que se equivocaba, que a ella le parecía una ciudad hermosa, tanto como Buenos Aires. Luego le preguntó, vaya a saber por qué, si no había tenido algún problema con la policía. Dino le dijo que no, pero que, estando allá, su novia había tenido un accidente.

Quería estar con ella pero se daba cuenta de que era porque no estaba con ella, y de que las ganas de estar con ella se esfumarían apenas la viera. Sin embargo, respondió al mensaje que le mandó y arreglaron para devolverse las cosas de cada uno. Ella le propuso pasar por la residencia el sábado pero Dino prefirió ir mejor él.

Puso la caja de detergente con los CDs, el despertador, una toalla gastada y los tres libros, que ni había tenido tiempo de leer, sobre el escritorio, al lado de la lámpara nueva, y le dijo que eso era todo. La plata se la devolvería ni bien Peter le pasara los últimos depósitos. Podría anotar el número de su cuenta en un papelito, él le haría sin falta la transferencia.

Al rato, sin saber bien qué había pasado, se encontraron los dos en el diván fumando marihuana y besándose. Como si una fuerza invisible aplicada uniformemente lo levantara y lo fuera empujando hacia delante, se paró y salió al pasillo, bajó la escalera y se metió en el cuartito que había debajo de la escalera. Regresó con la foto grande envuelta en papel madera. A ella le encantó. Eso no le impidió ponerse a buscarle defectos - no a la foto, sino a su cuerpo - y a decir que se veía rara, así de espaldas, sin vérselo la cara, y que también le costaba reconocerlo a él en el espejo chiquito de la cómoda. Dino cambió de tema. Lo estaba ayudando a

Christian, el del concierto, a preparar Macbeth para el colegio. Entonces ella le contó que a ella también se lo habían hecho leer, y que incluso habían elegido su clase para hacer una puesta muy de entrecasa en el teatrillo del colegio. Se puso a recitar: « *Fair is foul, and foul is fair: / Hover thru the fog and filthy air.* »⁹⁷

- Du bist alles: schön, intelligent und-

- Verrückt⁹⁸ - completó ella

Los dos se rieron. Ella le confesó que tenía una cerveza escondida y los dos se rieron más todavía y comenzaron a brindar y no pararon hasta vaciar la botella. Volvieron al diván, se besaron con música árabe y se pusieron a bailar hasta marearse. Pero de improviso él se puso serio. Quería saber cómo había pasado todo. Christiane no entendía por qué quería hablar de eso ahora. El no le pedía, le exigía.

Christiane terminó cediendo. Le contó que había sido en una fiesta en la casa de un amigo español de Erica. Todos habían tomado alcohol y fumado hachís; ellas también. En un momento, se encontraron solas en un pasillo. Estaba oscuro. Probablemente por el hachís, les dieron ganas de besarse, y pese a ser la primera vez, les pareció natural. Siguieron en el baño y estuvieron encerradas como una hora hasta que alguien fue a tocarles la puerta.

Si había una cosa de la que estaba segura, era de que, en una situación más normal, jamás se le - se les - hubiera ocurrido algo por el estilo, y de que lo que habían hecho no tenía nada que ver con ellas, ya que era obvio que ninguna era trola.

- ¿Was? ¡Ihr tat es schon! Du und diese Erika. Erikakakakakaka. Erikakerlake.

- Genug!

- ¿Was soll das? *Ich* muss genug sagen. Erika, diese scheiss abgefinte, elende, niedertrachtige, ehrlose, gemeinde, dopelzungige, durchtriebene, hinterhältige, miserable kakerlake. Diese schlampe, diese nutte.

- Hör bitte damit auf! Bitte, bitte! Sie ist nicht schuld daran, siehst du das nicht? Ich bin die einzige, die die Schuld tragen muss.

- Wie kommst du darauf?

- Ich hab´s angefangen, soweit ich mich erinnere. Ich bin die Kakerlake⁹⁹ - dijo ella y se puso a llorar. Dino quería saber cuánto tiempo pensaba Erica quedarse en Bonn. Christiane no le quiso contestar. Al final, logró sacarle la verdad. Erica ya estaba en Colonia, en lo de una amiga. Pero Dino debía quedarse tranquilo, porque ella pensaba quedarse ahí o mudarse todavía más lejos. El le dijo que hacía bien, porque si la cruzaba, no repondría por lo que pudiera pasarle. Ella entonces se enojó y lo insultó, y él a ella, pasando a continuación a gritarse hasta que ella no pudo más y, dejándose caer sobre el escritorio, comenzó a llorar. Entonces él se calló, le secó las lágrimas y agarrándola de las piernas le pidió, le rogó que no

⁹⁷ Lo hermoso es feo y lo feo es hermoso,
flota en la niebla y el aire mugroso.

W. Shakespeare. *Macbeth*.

⁹⁸ - Sos todo: linda, inteligente y-

- Loca.

⁹⁹ - Qué? Ustedes lo hicieron! Vos y esa Erika. Erikakakakakaka. Erikacucaracha.

- ¡Suficiente!

- Qué se supone que es eso? *Yo* tengo que decir suficiente. Erika, esa Cucaracha de mierda, anoral, miserable, infame, deshonorada, bulgar, falza, falluta, traicionera y miserable. Esa Puta, esa Atorranta.

- ¡Acabala ya! ¡Por favor, por favor! Ella no es la culpable ¿no lo ves? Yo soy la única que tiene que cargar con la culpa.

- De dónde sacás eso?

- Hasta donde yo me acuerdo, yo empecé todo. Yo soy la cucaracha.

volvieron a pelearse. Ella le dijo que era gracioso que fuera él el que estuviera de rodillas, cuando debería ser al revés. Los dos dejaron de hablar y se besaron. Esa noche volvieron a dormir juntos.

- Ich liebe dich ¹⁰⁰ - le dijo al apagar la luz.

- Ich dich auch ¹⁰¹ - le contestó ella.

Al rato, y como si ya no hubieran hablado bastante, él le preguntó por qué había tenido que cagarlo. Ella se quedó observándolo en la oscuridad. Cuando por fin, se decidió a hablar, hizo un esfuerzo para que su voz sonase tranquila. Le dijo que se lo tenía que aclarar porque, era evidente que no había forma de que se diera cuenta solo. Hacía rato que tenía la impresión de que en el fondo él no la quería, que no sentía nada por ella, y que le daba lo mismo estar con ella o con cualquier otra mina. No obstante lo mucho que se esforzaba por convencerse de que estaba equivocada, sus palabras y actitudes, el modo en que la trataba y la ignoraba, le hacían volver siempre a este tema. Había tenido novios poco demostrativos. Dino, no obstante, representaba el extremo. Esa forma de ser que al principio le había gustado, con el tiempo se había ido convirtiendo en algo odioso e intolerable, en un verdadero muro entre los dos. A veces se sentía tan prescindible, que llegaba a pensar que o era puto o se acostaba con otras. Hablando justamente de eso, deseaba hacerle una pregunta. Le habían contado que lo habían visto besándose con una rubia en Merkenich. Quería saber si era cierto. Dino le respondió que no: no podía creer que creyera una mentira tan repugnante. No sólo se mostró ofendido sino que le dijo que le dijera quién se lo había dicho. Enseguida se puso a resoplar. Le hizo saber que no hacía falta que abriera la boca. Sabía que se trataba de Ali. Iba a bajarle todos los dientes a ese putito. No sería muy grave, visto y considerando que trabajaba con un ortodoncista. Christiane lo interrumpió para informarle que no había sido Ali, que como podía ser que siempre creyera saberlo todo, había sido Andreas. Dino prendió la luz gritando que Andreas era otro puto, que además era ciego y que se lo había confundido con otro. Nunca había ido para ese lado de la ciudad; todas sus alumnas tenían el pelo negro o castaño; no soportaba que ella le saliera con semejante mierda: él no era como ella, él era fiel. Christiane le pidió que parara pero Dino no escuchaba. Christiane se puso a llorar otra vez. En ese estado, les costó bastante dormirse.

No tenía idea de qué hora sería pero apenas abrió los ojos, notó que ella se había zafado de su abrazo. Estaba cerca del borde. La volvió a agarrar.

Al amanecer se despertó de nuevo. Con asombro primero y rabia después, se dió cuenta de que ella se estaba nuevamente en el borde. En lugar de insistir con el abrazo, le pareció que debería darle la espalda él también. Así estuvo un rato largo. Al final, viendo que no era capaz de relajarse y quedarse quieto, se le ocurrió que en vez de seguir conteniéndose, podía aprovechar toda esa carga para hacer un poco de teatro y, en lo que se le ocurrió un raptó de inspiración, empezó a sacudirse como un epiléptico hasta despertarla.

El desayuno tenía de todo, igual que en las mejores épocas, y eso, lo mismo que el CD de The Police, los animaba un poco. Se pusieron a hablar del tiempo, de lo lindo que se había puesto y de ahí saltaron a que Ali se había ido más temprano que de costumbre, a las materias que cada uno cursaba, y por último a la pesadilla de Dino. El le dijo que no se acordaba de nada. Bueno, si hacía un esfuerzo, en

¹⁰⁰ Te quiero.

¹⁰¹ Yo también.

realidad, sí, le parecía que había una tormenta, y que la tormenta lo agarraba. Ella sacudió la cabeza. Le dijo que le llamaba la atención lo que había ocurrido porque ella también había tenido una pesadilla. Dino le preguntó de qué. A ella le costó contárselo. Soñó que estaba dentro de una ambulancia con el delantal de médica y el equipo de primeros auxilios; acababan de llamarla por un accidente, un choque. Al llegar al lugar, se encontró con un montón de gente y, más allá, un auto que se incendiaba. Mirando a través del humo y el fuego, distinguió un hombre. Estaba en el asiento de adelante, inmóvil. Los de la ambulancia tuvieron que agarrarla para que no siguiera adelante. Ella gritaba y gritaba, y sólo se calmó cuando vió que sus compañeros tenían razón, que no había forma de salvar al conductor.

Dino la miraba, sin poder creer lo que acababa de escuchar y sin saber qué hacer tampoco. Al final preguntó: « ¿Und? ¿Glaubst du denn dass ich dieser bin? »¹⁰²

Dino se hallaba muy alterado, los ojos se le salían de las órbitas, escupía cuando hablaba. Sin parar de golpearse el pecho, le aclaró que no era ningún quemado, y que su sueño parecía una película de terror. Ya que estaba podía agarrar la música árabe y ponerla de como banda sonora. Le preguntó, puesto que tanto se llenaba la boca con que él no había sentido nunca nada por ella, si ella acaso alguna vez había sentido algo por él. Ella le respondió que mucho más de lo que podía imaginarse pero que, como se lo había aclarado, la falta de reacción tuvo como consecuencia que sus sentimientos se retiraran poco a poco y que ahora, con todo lo que estaba ocurriendo entre ellos, se hubieran guardado tanto, que ni sabía si todavía existían. A Dino le daban ganas de saltarle al cuello y se limitó a murmurar:

« Christiane, du reibst Salz in die Wunde wider. Du machst mich kapput. Du machst mich krank. Du, der mich heilen solltest. »¹⁰³ Ella le criticaba mucho que no hubiera mostrado sus sentimientos, pero así era él. Sentía que era mejor ser antipático y bueno que simpático y malo. Odiaba actuar y ser lo que no era, para que ella estuviera contenta, y si no le había mostrado más, había sido porque consideraba obvio que ella ya había visto esos sentimientos, y que aun cuando ella no hubiera visto nada, era mejor sentir y no mostrar que mostrar y no sentir. Christiane parpadeó, no entendía ese razonamiento.

Dino suspiró. Lamentaba mucho que ella se hubiera quedado con esa impresión. La razón por la que no había expresado lo que sentía no había sido porque hubiera querido hacerla sufrir sino porque expresar sentimientos le había jugado siempre en contra; ahora, por ejemplo. Al sincerarse así, se ponía a su merced. Debía ayudarlo. Debían ayudarse. Christiane no lo cortó. Retrocedió un poco. Quería ayudarlo...pero ya no podía. Volviendo al lenguaje alegórico que había aprendido de él, le explicó que encontrar esos sentimientos estaba costándole más esfuerzo del que pensaba. Lo peor era que sentía que, de imaginarse que todavía era posible volver a verlos, los encontraría vapuleados y desvalidos, y ya no le daría ganas de nutrirlos ni cobijarlos, sino de destruirlos y asesinarlos. Tenía que comprenderla: no era cruel; era sólo que tenía miedo de ser destruida por ellos.

- Hey, hör zu: was du mir gerade gesagt hast, gefällt mich nicht. Ich verstehe nicht, wie kannst du mir so etwas sagen. Trotz deines verrats ich habe dir verziehen, ich habe dir eine chance gegeben. Ich habe dich nicht verlassen, ich bin zurückgekommen.

- Ich kann nicht

- ¿Was kannst du nicht?

¹⁰² Y? Acaso te creés que ése soy yo?

¹⁰³ Christiane, tirás Sal sobre la Herida de buelta. Me hacés mierda. Me enfermás. Justo vos, que deberías curarme.

- Du hast von mir schon genug gehabt. Ich habe dich beleidigt und verletzt. Ich kann nicht mehr. Ich kann nicht weitermachen-
 - ¡Verdammte scheisse! ¿Was soll diese scheisssscheisse? ¡Hör endlich mit dieser scheisse auf, um scheissgottes scheisswillen!
 - Dieser Tage habe ich mich ausreichend erholt und geschlafen. Ich habe auch viel gelesen, viel Yoga gemacht, viel Musik gehört, viel Zeit mit mir selbst verbracht und ich habe dazu gemerkt, wie gut das mir tat. Es mag egoistisch klingen, aber es ist mir so passiert.
 - Wenn wir zusammen sein, dann wirst du das behalten können. Glaub mich, zeit für dich wird dir nie fällen und falls du-
 - Ich habe mir vieles überlegt: ich fühle...ich fühle nichts, ich bin zu.
 - ¿Was sagst du? ¡Du machst mich kirren! ¿Und die liebe, die du mich gestern abend geschworen hast?
 - Das ist wahr gewesen, ehrlich gemeint...Genauso wahr wie das, was ich jetzt fühle. Meine Gefühle ändern sich so schnell, die sind so wechselnd...
 - Das macht mich kirren.
 - Mich auch. Ein echtes Chaos der Gefühle. Ich muss mich zwingen, etwas zu fühlen aber ich fühle nichts, gar nichts. Es ist so fürchterlich...ich hasse mich. Ich bin es nicht wert, von dir geliebt zu werden, ich bin es einfach nicht wert.¹⁰⁴
- Dino apretaba los dientes.
- Das¹⁰⁵ - continuó ella golpeándose el pecho - ist zu. Das, was du mir so gern zeigst, kann ich nicht mehr empfinden. Ich kann nicht mehr.¹⁰⁶
- Dino susurró que aún estaban a tiempo, que era cuestión de proponérselo. En cuanto a la puerta que estaba cerrándose, no sabía de dónde sacaba que estaba cerrada, si cualquiera sabía que cuando una puerta se cerraba, lo que había que hacer era trazarla con el pie, y que si ya estaba cerrada, entonces se la tiraba abajo y punto.
- Nein, ich kann nicht. Ich will nicht.
 - Alles klar, ich habe die nase voll von dir und deiner scheisse. Ich gehe für immer. Ich stehe dich nicht mehr aus. Du bist gans unerträglich. Du bist kein kannichen

¹⁰⁴ - Che, escuchame: lo que me acabás de decir no mi gusta nada. No entiendo cómo podés decirme algo así. A pesar de tu Traición te yo perdoné, te dí otra Chance. No te dejé, volví.

- No puedo.

- Qué no podés?

- Ya tuviste bastante de mi parte. Te insulté y te lastimé. No puedo más. No puedo segu-

- Maldita Mierda! Qué se supone que es esta Mierda de Mierda? Acabala con esta Mierda ya, por el amor de Mierda de Dios de mierda!

- Estos días estuve descansando y durmiendo lo que necesitaba. También estuve leyendo mucho, haciendo mucho yoga, escuchando mucha música, pasando mucho tiempo conmigo misma y me dí cuenta de lo bien que me hacía. Puede sonar egoísta pero es lo que me pasó.

- Si estamos juntos, vas a poder tener todo eso. Creémi, Tiempo para vos a vos nunca te va a saltar y en caso de que vos-

- Estuve pensando en muchas cosas: yo siento...yo siento poco y nada, estoy cerrada.

- Qué decís? Me ponés de la Cabezar! Y el Amor que me julaste anoche?

- Eso era de verdad, honestamente hablando...Exactamente tan de verdad como lo que ahora siento. Mis sentimientos se transforman tan rápido, son tan cambiantes...

- Eso mi pone de la Cabeza.

- A mí también. Un verdadero caos emocional. Me tengo que obligar a sentir algo pero no siento nada, absolutamente nada. Es tan horrible...me odio. No me merezco ser querida por vos, simplemente no me lo merezco.

¹⁰⁵ Esto.

¹⁰⁶ está cerrado. Esto que me mostrás con tanto gusto, no puedo sentirlo más. No puedo más.

sonder eher eine ratte. Ich lasse dich und deine gefühle in ruhe. *Ich liebe dich, ich liebe dich nicht* ¿Was soll das heissen? ¹⁰⁷

Mientras hablaba, salió de la pieza. Se dió cuenta de que todavía no había terminado de ponerse la ropa. Cuando ella quiso devolverle las cosas, él la paró con una mano. No las quería, podía hacer lo que quisiera con ellas; podía quemarlas, al fin y al cabo, el fuego le gustaba. En cuanto a la foto, ni loco se la regalaba. Fue al botinero y agarró los zapatos.

- ¿Was guckst du mich an?

- Nichts. Gehst du?

- Ja, so weit wie möglich. Du spinnst. Ich lasse mich nicht von niemand zerstören. Du kennst mich nicht, darum du so denkst.

- Stimmt. Ich kenne dich nicht.

- Du kennst mich nicht und du wirst mich nie kennen ¿Weisst du was?

- Was?

- ¡Zür hölle mit dir und deinem lesbenliebesleben! ¹⁰⁸

Siguió: le dijo que no permitiría dejar quemarse por nadie, que ella era la quemada y que además era una vaca puta, una puta tarada que nunca se había dado cuenta de nada, y que le daba pena que fuera tan de cuarta que prefiriera chupársela a otra, pero que no iba a obligarla a ser lo que no era. Le deseaba, por último, suerte con las clases de yoga y que siguiera leyendo a Paulo Coelho, que sus consejos le iban a hacer muy bien seguro. También aprovechaba para decirle que la rubia de Merkenich se llamaba Fritzi; cuando la besaba no tenía mal aliento como ella; a Fritzi le había encantado que la agarrara por atrás.

Tiró el papelito con el número de la cuenta por la ventana del cuarto. Se lamentó de haber ido, tendría que haber dejado que ella viniera a la residencia. Apenas hubiese aparecido, le habría tirado todo por la ventana. Se acordó de haber visto eso en varias películas, pero en general eran minas tirando la ropa de los chabones. Bajó al patio y se fue pasando las bicicletas, al lado de los tachos de basura. El martillo se encargó de convertir la foto en un montón de papel y vidrio.

Se repitió varias veces que cosas de qué ocuparse no le faltaban: tenía que concretar con Fritzi; tenía que dejarse de faltar a la Facultad; tenía que armar la carpeta para Frau Keh. Ansioso como estaba por verse recuperado, arregló con Franz y Deben para salir esa noche.

¹⁰⁷ - No, no puedo. No quiero.

- Todo bien, estoy hasta la Coronilla de vos y tu Mierda. Me voy para siempre. No te aguanto más. Sos copletamente inzoportable. No sos ningún Conejito simo más bien una Rata. Te dejo a vos y a tos Sentimientos en Paz. *Te quiero, no te quiero*. Qué se supone que es todo eso?

¹⁰⁸ - Qué me mirás?

- Nada ¿Te vas?

- Sí, lo más lejos posible. Te patina. No me dejo destruir por nadie. No me conocés, por eso pensás así vos.

- Cierto. No te conozco.

- No me conocés y no me vas a conocer nunca. Sabés una cosa?

- ¿Qué?

- A la Mierda con vos y tu Vida lesbiana amorosa!

- Was für ein langes Gesicht hast du! ¹⁰⁹ - le dijo Fritzi apenas le abrió. Dino le dijo que estaba preocupado por el divorcio de sus padres. Mientras se sentaban en el living, y abrían el manual y el diccionario, le contó que había otra cosa que también lo ponía muy mal. Su amigo Peter estaba viviendo una situación horrible: la novia lo había engañado, con una amiga, encima.

- Eine Freundin von ihr ¹¹⁰ - explicó. Le contó que la mina era la típica lesbiana, o sea una resentida. Esta Erica, aunque no necesitaba del pelo cortito o el arito, odiaba al pene y a todos sus portadores. Fritzi soltó una carcajada, luego se puso seria. No estaba de acuerdo con que todas las lesbianas fuesen así. Según lo que sabía por unas que había en su clase, había tres categorías: las resentidas, las viciosas y las curiosas.

- Diese letzten sind aber keine echte Lesben, normalerweise sind sie b. b, beiseitig befahrbar. ¹¹¹

Mientras comentaban todo eso - ya habían pasado quince minutos de la clase y no habían pronunciado una sola palabra en inglés - la hermana, que estaba en la habitación de al lado mirando televisión, cambió de canal y comenzó a sonar *Message in a bottle*, oportunidad que Fritzi aprovechó para soltarse el pelo, agarrar la birrome a modo de micrófono y ponerse a cantar. No obstante lo mucho que Dino la aplaudió, nunca se hubiera imaginado que desafinara tanto.

Al despedirse le hizo saber que el fin de semana se iba de campamento con el novio, y que no sabía si no iba a estar demasiado cansada para tomar la próxima clase.

El miércoles, después de la Facultad, viajó a Leverkusen. Durante el viaje recibió un mensaje de Peter:

« *Die Liebesgluten, die so lodernd flammten - Wo gehn sie hin, wenn unser Herz verglommen? - Sie gehn dahin, woher sie einst gekommen, - Zur Hölle, wo sie braten, die Verdammten - HH* » ¹¹²

Llegó antes de las dos. Frau Keh le había dicho que mandaría a alguien a buscarlo, de modo que Dino fue directamente al estacionamiento, como habían acordado. Ahí se encontró con un hombre con barba candado y orejas en punta frente a un Audi gris, que tras presentarse como *Xaver, der Assistent der Frau Keh* ¹¹³, lo invitó a subir. Su acento era raro y a Dino no se le ocurría de dónde podía ser.

Llegaron al Kulturzentrum muy rápido. Para llegar a la oficina de Frau Keh, tuvieron que atravesar dos salas vacías y otras dos llenas de fotos de gran formato. Frau Keh se levantó a recibirlo. Tenía la computadora con su CD puesto. Tras ofrecerle un cigarrillo, siguió pasando las fotos. Estaba muy entusiasmada con sus obras. Lo que más le gustaba era ese gusto, esa manía, se corrigió, por hacer referencias a pinturas famosas. Sus preferidas eran los desnudos con la modelo rubia, que obviamente le hacían pensar en Cranach. En cuanto a la colectiva, le contó que compartiría dos salas con Luis Carlos e Ingeborg Ruff. Cuando le

¹⁰⁹ ¡Qué cara larga que tenés, che!

¹¹⁰ Una Amiga de ella.

¹¹¹ Sin embargo estas últimas no son verdaderas lesbianas; en general son d.m, doble mano.

¹¹² Las brasas del amor que tan intenso ardieron,

¿adónde van tras consumir nuestro corazón?

Van al lugar de donde vinieron:

van adonde crepitan las malditas, al infierno.

H. Heine. *Poemas*

¹¹³ Javier, el asistente de la Sra. Keh.

preguntó si los conocía, él negó con la cabeza. Ella le contó que ambos eran artistas muy sensibles, sensibles a la belleza, sensibles a la luz y sensibles al blanco y negro como él. Otra cosa que había planeado era que en vez de armar algo con obras viejas, les pediría que hicieran nuevas tomando el pasado de Colonia como eje temático. Luis e Inge se habían entusiasmado con la idea y ya habían comenzado con el Römerturm y el Römisch-germanisches Museum respectivamente. Dino dijo que podía hacer algo con el Dom. Siempre le había llamado la atención; las condiciones lumínicas eran interesantísimas, sobre todo con lluvia y niebla; el lugar tenía una energía particular. La mujer asintió: era el mausoleo de Melchor, Gaspar y Baltasar. Dino no lo decía por eso, sino por ser el antiguo templo de Mitra. Eso le habían contado. Si era así, Mitra estaría reptando por las criptas. Dino y los otros debían, claro está, ir mostrándoles el material a medida que avanzaban; a ella y a - *vor allem der* ¹¹⁴ recalcó - Frau Westenrieder, la curadora y co-directora del Kulturzentrum.

- Oh, Entschuldigung! Einen Kaffee?- exclamó de golpe, como si se hubiera olvidado de algo fundamental - Javier, Javier! Mach uns bitte einen Kaffee und einen Kamillentee! Danke...Javier kommt aus Costa Rica. Er ist auch Fotograf. Ich habe ihm über Sie erzählt...¹¹⁵

Cuando Dino le preguntó qué tipo de fotos sacaba, le respondió en voz baja que del tipo que a ella no le gustaba. Dino se rió arqueando las cejas; después abrió la mochila:

- Frau Keh, ich möchte ihnen meine mappe mit den neuen bildern zeigen und wenn sie-

- Sag doch *du*, bitte. Und sag doch Frauke.

- ¿Frauke?

- Ja.

- ¿Möchten-möchtest du sie mal anschauen?

- Gerne.

- Bitte.

- Danke.

- Währenddessen, ¿darf ich zur toilette?

- Selbstverständlich.¹¹⁶

No había podido hacer pis desde que había salido. Al pasar por la kitchenette al lado del baño, alcanzó a sentir el aroma del café; también a ver a Javier de espaldas usando una taza amarilla como cenicero. Cuando regresaba se lo encontró en la oficina sirviendo. La taza roja era para ella, la amarilla, para él. Frau Keh no paraba de hablar de los proyectos que estaba organizando, y lo hacía de forma tan

¹¹⁴ sobre todo a.

¹¹⁵ ¡Oh, discúlpeme! ¿Un café? ¡Javier, Javier! ¡Hacenos por favor un café y un té de manzanilla! Gracias...Javier viene de Costa Rica. También es fotógrafo. Le conté mucho sobre Ud...

¹¹⁶ - Sra. Keh, me gustaría mostrarle mi Carpeta con las Fotos nuevas y si Ud....

- Tuteame, por favor y decime Frauke.

- Frauke?

- Sí

- Le-te gustaría mirarlas?

- Con gusto.

- Por favor.

- Gracias.

- Mientras tanto, podría ir al Baño?

- Obviamente.

apasionada que, cuando se levantó a los quince minutos para despedirse de Dino con dos besos en la mejilla, no se dio cuenta de que no había probado el café. La idea era que Javier lo acompañara de vuelta a la estación. Mientras se acercaban a la puerta, Javier le dijo de pronto en castellano:

- ¡Qué raro tu nombre!
 - ¿Perdón?
 - ¡Qué raro tu nombre!
 - ¿Por qué?
 - Porque no pareces argentino y menos italiano
 - ¿Ah no? ¿Y qué parezco?
 - Y...árabe.
 - Vos en cambio parecés lo que sos: un mulato pelotudo.
 - A mucha honra, colega. Te diré que por lo menos no me han recogido de la calle, quizá tu madre te-
 - ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, hijo de puta? ¿Encima que me tirás ceniza te metés ahora con mi madre, conchudo?
- Frau Keh no entendía una palabra de lo que estaba presenciando pero estaba ahí parada con la boca abierta; en el instante en que Javier dio un paso hacia adelante moviendo las manos, incluso pareció que iba a desmayarse.
- ¿Sabés karate? - preguntó Dino
 - No.
 - Se nota.

A los cinco minutos estaba esperando el colectivo. No podía entender por qué había tenido que pasar por todo eso.

Estaba muy enojado. Pese a que Dino trató de hacerle entender que no era el culpable del escándalo y que era al costarricense al que le faltaba un tornillo y que si lo había hecho quedar mal, no había sido a propósito y si quería la llamaba a Frau Keh ahí mismo para explicarle, no hubo forma de que Peter lo escuchara y dejara de gritarle. Al final, Dino se hartó de que le gritara y le cortó.

Apenas entendió el mensaje de Manuel en el contestador acerca de la resolución del Tribunal de Appellohofplatz con fecha 30 de septiembre firmada por la jueza Marie Scheide, por la cual se desestimaba el recurso de amparo y se le obligaba a pagar 200 euros en concepto de costas. Manuel opinaba que no había que tenerle miedo a una jueza con ese apellido, y que iba a seguir apelando. El mensaje terminaba con que ése era el momento de pedirle a la novia que se casaran.

Unos metros antes de llegar a la parada había un negocio donde vendían tarjetas. Todas tenían nombres de hombre y mujer, en letras doradas, su etimología y un dibujito abajo.

En el colectivo, se le ocurrió sacar la que había comprado. Su intención era volverla a mirar, pero sus manos se rebelaron, rompiéndola y tirándola por la puerta del colectivo. A una mujer con el pelo batido sentada cerca, eso le cayó mal, así que, sin dejar de sacudir la cabeza, le preguntó por qué no tiraba la basura donde correspondía.

Dino dió por concluída la barba. Lo tenía harto y la odiaba con todas sus fuerzas. Lo que más odiaba era lo mucho que siempre había estado picándole. Al principio había creído que con el paso del tiempo se acostumbraría, pero se equivocó. Afeitarse al ras después de tantos meses fue una liberación. El pelo lo tenía igual de harto, así que también se lo cortó. Además, se prometió no volver a teñírselo.

A Santiago lo había llamado una vez en tres años y ahora, de golpe, era la tercera vez que hablaba con él en el día. Después le tocó el turno a Deben y a Mariam y al resto de sus vecinos del pasillo, los nuevos incluidos, y luego a los compañeros de clase - incluso aquellos de los que ni sabía el nombre - y también a la panadera de la esquina y a la gente con la que hablaba en la cola del banco. A sus padres, en cambio, no les hizo el menor comentario. Era consciente de lo incómodo que se sentía hablándole a todo el mundo de Christiane. De todas formas, insistía porque creía que de esa forma, es decir viendo las cosas desde otros puntos de vista, encontraría una solución. Pero la verdad es que, más allá de que hablar resultaba un alivio, siempre acababa más confundido que antes.

Levantó el mensaje de Fritzi antes de ducharse. Tenía la voz muy ronca. Había faltado al colegio y todo. El campamento le había hecho mal y desde la noche anterior estaba con gripe. Le pedía por favor que corrieran la clase al miércoles.

Estaba despidiéndose de Christian, cuando vió pasar un patrullero a toda velocidad. Sin prestarle mucha atención, se subió a la bicicleta y comenzó a hacer el camino habitual por la Longericherstr. Rumbo a la estación del 6. Faltaba poco para que oscureciera, soplaban un viento frío y lloviznaba. Era evidente que el invierno estaba adelantándose y probablemente pronto empezara a caer aguanieve. A la altura del cementerio, escuchó detrás suyo al patrullero. Para su sorpresa, no siguió de largo sino que comenzó a bajar la velocidad hasta ponerse a la par. Finalmente se subió a la vereda, y dos policías, un hombre y una mujer, bajaron. La mujer se quedó parada con la mano apoyada sobre la pistola mientras su compañero se le acercaba pidiéndole que no se pusiera nervioso, que era un procedimiento de rutina. Le explicó que una persona había sido asaltada del otro lado del cementerio, y que la descripción del autor coincidía con la suya. Dino empezó a gritar que cómo podía ser, que con qué derecho lo confundían con un criminal y que podía probar de dónde venía. Necesitaba únicamente que lo acompañaran dos cuerdas hasta la casa amarilla donde había estado la última hora y media, y entonces les presentaría a su amigo Christian y a sus padres, quienes confirmarían sus dichos en el acto. Sin esperar una respuesta, agarró la bicicleta. No pudo irse, sin embargo. La mujer lo apuntaba a la cabeza y le gritaba al otro que lo esposara. El policía no le hizo caso. Muy tranquilo le pidió a Dino que se bajara y que no intentara irse a ningún lado sin su permiso, ya que actuando así podía hacer que alguien saliera lastimado. Luego hizo que le diera el pasaporte, que le pasó a la mujer, que regresó al auto. Mientras el hombre seguía con las

preguntas, anotando lo que Dino decía en una planilla, la mujer se puso a hablar por radio. Al cabo de unos minutos, ella anunció con expresión triunfante que tenían permiso para llevárselo. Dino no entendía nada. Lo primero que se le cruzó por la mente fue tirarles la bicicleta encima, hacerle un piquete de ojos al tipo, y sacar a la otra de los pelos por la ventanilla, pero antes de que pudiera decidirse, los dos lo empujaron contra el coche y lo esposaron. En un instante ya tenía un segundo patrullero llegando. Tras sacarle la mochila que Deben le había regalado, atar la bicicleta a un poste y tirar la mochila, la llave del candado y el contenido de los bolsillos de su campera en una bolsa de plástico, la mujer abrió una de las puertas del auto y, poniéndole la mano sobre la cabeza, lo obligó a entrar.

En el camino se enteró de que pensaban que era ilegal. Entonces se puso tan nervioso que tuvieron que frenar. El policía sacó un aparatito negro y, tras sugerirle que se portara bien a menos que quisiera un tratamiento de electroshock, continuaron la marcha hasta una comisaria de Chorweiler.

Pasaron a una oficina llena de policías con un escritorio chiquito con un hombre con la frente llena de arrugas. Estaba más preocupado por hacer que la birome funcionara que por la presencia de Dino. O por lo menos así fue hasta que Dino abrió la boca: su pasaporte estaba en regla, el papelito de adentro era un permiso avalado por el Juzgado de Appelloplatz, debían sacarle las esposas inmediatamente y dejar que llamara a su abogado. El hombre se aclaró la garganta y le dijo que no entendía su acento, y que se callara porque no quería escuchar lo que no podía entender. Cuando los formularios estuvieron listos, le mandó sacarse los cordones de los zapatos y su pullover peruano de alpaca. Dino puso los cordones sobre la mesa pero siguió con el pullover puesto. El hombre le hizo saber que justamente ese pullover estaba prohibido; tenía un cordón en el cuello.

- ¿Aber warum darf ich nicht die schnurr herausziehen und den pullover behalten? Es ist mir kalt.

- Hier tut man, nur was ich sage! ¹¹⁷

Lo metieron en un cubículo de cemento. Mientras los insultaba - en español - y golpeaba la puerta con los puños, los escuchó del otro lado, riéndose y haciéndose comentarios - únicamente alcanzó a entender *das kommt mir Spanisch vor!* ¹¹⁸ - hasta que tuvo que callarse porque ya le dolía mucho la garganta.

Miró a su alrededor. No había nada salvo una cama de material saliendo de la pared, que le hizo pensar en los bancos de Facultad de Medicina, y cuatro paredes escritas hasta el techo. Se puso a leer: *ICH BIN 1 COP KILLER, Germanika, Ab in die Heia! Gott Bitte gibb mir eine letzen chancen! O ich bringe die Polizei um!!! O Schweine !! Des einen Brot ist des andren Tod, i kill you, Zuweilen dunkel drohend, Schlampe, Auf in den Kampf! Kreator, Deutschland ist ein verstopftes Klo. Wir spülen und spülen, die Scheiße kommt dennoch hoch. GG der SS* ¹¹⁹, *FUCK THE POLICE* y un diablo con la inscripción *Den Teufel an die Wand...* ¹²⁰ a sus pies, más miles de cosas más, algunas en turco o ruso. Aparte de la cara de diablo había siluetas femeninas, penes, hojas de cannabis, varias esvásticas y A de anarquía, una V con una P adentro, otra P con una V saliéndole como cuernos, calaveras, culos,

¹¹⁷ - Pero por qué no puedo sacar el Corrdón y quedarme con el Pullover? Tengo frío.

- ¿Acá se hace solamente lo que yo digo!

¹¹⁸ parece chino básico.

¹¹⁹ SOY UN ASESINO DE POLICÍAS, Germanika, ¡A la cama! ¡Dios Por Favor damme una último Oportunidad! ¡¡¡Ah, mato a la policía!!! ¡¡ Ah, cerdos!! La felicidad para unos es la desgracia para otros, te mato, En ocasiones oscuro y amenazante, Puta ¡A luchar! Kreator, Alemania es un inodoro tapado. Lo limpiamos y lo limpiamos pero la mierda sigue subiendo. GG de las SS.

¹²⁰ « (Pintar) el diablo en la pared » es anunciar algo desagradable.

monstruos, etc. Dino se preguntaba cómo habían hecho para decorar todo de esa forma, llegando a la conclusión de que a los otros no los habían registrado tan bien como a él, dejándolos pasar con llaves, cuchillos y punzones, o de que había gente que, a la hora de expresarse, lo hacía hasta con las uñas y los dientes.

Reloj no se veía por ningún lado, así que no tenía conciencia, ni interna ni externa, del tiempo, aunque sí, y de sobra, del frío. Como con la remera sola le era difícil seguir aguantando, se puso a golpear hasta lograr que la mirilla se corriera. Dino dijo que estaba una heladera y que necesitaba el pullover. La voz que correspondía a los ojos azules le respondió que no era posible y cerró la mirilla. Dino volvió a golpear. Cuando la voz y los ojos volvieron, quisieron saber a qué se debían tantas ínfulas; después de todo no se alojaba en un hotel, y por algo era; los dos sabía muy bien que había hecho algo malo. Dino le dijo que si en vez de hablar con él, hablara con su abogado, se daría cuenta de que se equivocaba, y también que si no quería hablar con él, lo dejara por lo menos hablar con él. La voz le preguntó que con quién. Dino gritó que con su abogado. El otro no entendía por qué, no habiendo hecho nada malo, tenía un abogado, y le advirtió que si no quería que se lo olvidaran adentro, más le valía dejarse de molestar.

Dino regresó a la cama. Al rato vió cómo le pasaban una colcha por abajo de la puerta. Ya estaba por dar las gracias pero al final no dijo nada porque, además de sucia y agujereada, estaba mojada. La tiró asqueado; prefería tener frío.

Unas horas después, la puerta chirrió y el del escritorio con otros más entraron. Le pusieron las esposas y lo metieron en un patrullero con un acompañante a cada lado. Iban a Kalk, al Präsidium. El auto era bastante mejor que el anterior y tenía un asiento mullido. Agarraron por partes de la ciudad que no conocía.

El Präsidium parecía vacío, sólo se veían reflectores y alambres de púa. El que manejaba paraba cada tanto, pasaba una tarjeta y los portones se abrían. El último tramo se hizo a pie. Enseguida llegaron a una sala con una lámpara roja y un ventanal de vidrio grueso. Esperaron. Cuando los autorizaron a seguir, tomaron por unos pasillos, en los que se fueron cruzando con muchos otros policías. Todos se saludaban, todos se conocían. Los pasillos no terminaban nunca. Dino estaba cansado, el dedo le dolía, tenía hambre y se moría de ganas de hacer pis. Salieron a otra sala igual que la primera. Volvieron a esperar. Del otro lado del vidrio, en una sala de paredes recién pintadas, se escuchaba un gran griterío. Cuatro policías intentaban controlar a un hombre con la cabeza afeitada y los brazos tatuados. Les estaba costando trabajo; el hombre consiguió zafarse y correr unos metros. Fue recién con la ayuda de otros dos, que lograron reducirlo y encadenarlo de pies y manos. Valiéndose de una mordaza y una barra bajo los codos, y cargándolo como un mueble, se lo llevaron a otro lugar.

Las paredes eran tan blancas que tuvo que entrecerrar los ojos al entrar. El lugar se veía impecable y de no ser por unas gotitas de sangre en el piso, le hacía acordar al Kulturzentrum.

- Guten Abend! ¹²¹ - lo saludó un hombre con bigotitos y anteojos.
- ¡Schlechten abend meinen sie!
- Also, das kommt darauf an...
- Ich bin nicht illegal, ich bin unschuldig.
- Ich glaube Ihnen aber alle sagen es so. ¹²²

¹²¹ - ¡Buenas noches!

¹²² - Malas Noches querrá decir!

- Bueno, eso depende...

-No soy ilegal, soy inocente.

Antes de que Dino pudiera agregar algo, volvieron a revisarlo.

- ¿Darf ich jetzt das telefon benutzen? Ich muss meinen anwalt anrufen.

- Nein...Später

- Wann?

- Später.¹²³

Después de pasar delante de varias puertas con números pintados de azul, se detuvieron frente a la 72. Volvían a darle una celda individual. Sin duda lucía mejor que la otra, tenía paredes con azulejos, y una cama con una especie de colchoneta, una almohada y un par de mantas más o menos limpias. A medio camino entre la cama y la puerta, había un inodoro, que junto con el lavatorio formaba una sola pieza de aluminio. Lo usó con gusto. Sacando una ventana blindada que alguna diferencia haría si fuese de día, el lugar estaba iluminado por un tubo. Como el techo era muy alto, la luz era muy débil, y, de haber tenido un diario, no habría alcanzado para leer.

Fue a tocar la puerta. Se escuchó un ruido, la mirilla se corrió y entonces apareció una cara pálida y sin arrugas. Al pedirle las galletitas que tenía en la mochila, la cara le respondió que no estaba autorizado. Dino le dijo que por lo menos cumpliera con lo del llamado. La cara se arrugó con una sonrisa enorme y, tras declarar que no estaba al tanto, desapareció. Se quedó mirando la pared un buen rato, después volvió a la carga. Ahora usaba al conmutador. Es que acababa de darse cuenta de que no era un interruptor. Apretó varias veces, le pareció que no andaba. Estaba a punto de ponerse a golpear, cuando una voz-zumbido hizo su aparición. Dino le preguntó cuándo iban a dejarle usar el teléfono. La voz le respondió que se lo averiguaría enseguida. Dino dejó pasar una o dos horas, no había forma de saberlo. Volvió al conmutador preguntando qué había pasado al final. El zumbido preguntó a su vez qué había pasado con qué. Dino dijo que ya habían hablado. La voz le dijo que era la primera vez, y que por favor le explicara su problema. Dino repitió todo, proponiendo finalmente que fueran ellos los que llamaran. La voz le pidió el número del abogado. Dino no lo sabía de memoria, necesitaba fijarse en su el celular. La voz le informó que eso estaba terminantemente prohibido, pero que podía ver si se lo autorizaban. Pasaron dos o tres hora. Dino se pegó al botón.

- ¿Was ist passiert?

- Keine Ahnung was passiert ist.

-¿Was ist mit meinen handy passiert?

- Ihrem Handy?

- Mein handy. Das handy, das sie mir geben müssen.

- Ich? Ich muss es Ihnen nicht geben. Ich darf nicht.

- Jemand musste.

- Wer?

- Ich weiss nicht...

- Machen Sie keine Sorgen. Er wird das tun.

- Wer?

- Le creo pero todos dicen eso.

¹²¹ - Puedo usar el Teléfono ahora? Tengo que llamar a mi Abogado.

- No...Más tarde.

- Cuándo?

- Más tarde.

- Ich weiss nicht...
- ¡Mein gott! Ich will meine kekse, ich will meinen anwalt anrufen und ich will auch wissen, welche meine rechte sind, welche meine rechte sind, welche meine rechte sind, welche-
- Shhhhhh! Du bist schlechter als meine Frau, verdammt nochmal!
- ¡Mich nicht duzen, bitte!
- Ist das ein Witz oder was? Du gehst mir tierisch auf die Eier! Schlaf gut! ¹²⁴

A Dino se recostó. Se le ocurrieron algunas ideas, por ejemplo lo bien que andarían las cosas si cada policía, sin haber hecho nada, pasaba al menos una noche ahí dentro, y que andarían todavía mejor si esa pena se aplicara a todo el mundo, no sólo a los policías. Si se dedicara a la política, propondría una ley como ésa.

Afuera continuaban los ruidos: conversaciones en voz alta, llaves tintineando o raspando puertas a propósito, taconeos. Con el dedo, la espalda y los nervios a la miseria, hubiera dado cualquier cosa por un poco de silencio o, por lo menos, por sus taponos. Intentó hacerse unos con papel higiénico pero por más que los apelmazó con agua, no se le agarraron. Cada tanto sentía que abrían la mirilla.

Se despertó cuando abrieron la puerta. Entraron tres. El de aspecto de físicoculturista se presentó como detective de la Kripo¹²⁵. Le ordenó que se levantara porque había que hacer trámites. Dino quiso saber la hora. Le dijo que las cuatro y media. Fueron a un cuarto grande, en el que tuvo que sacarse fotos y hacerse impresiones digitales. A continuación le pidieron los datos nuevamente. Al entregarle el formulario para firmarlo, Dino se negó. El físicoculturista empezó a gritarle que ese papel era sólo para certificar su identidad y si acaso pensaba que estaba en la república bananera de donde venía. Dino le contestó que no, que estaba en el país responsable de dos guerras mundiales. Lo llevaron enseguida a la celda pero apenas había cerrado ojos, volvieron a entrar para dejarlo en la misma oficina otra vez. Al mirar el reloj de la pared, se enteró de que eran las cinco y veinte. El hombre de bigotes y anteojos que antes le había tomado las huellas, le pidió que extendiera las manos para la tinta. Dino se rió; acababa de hacer eso. El otro le dijo que había salido mal y había que repetirlo.

Cuando estuvo de regreso, prefirió no sentarse en la cama; resultaba obvio que no iban a dejarlo dormir; no se equivocó. A los pocos minutos, aparecieron el de la cara lisa, una mujer con un carrito y un hombre mayor. La mujer sacó una bandejita con tres pedazos de pan mientras el hombre servía un líquido oscuro en

¹²² - Qué pasó?

- Ni idea qué pasó.
- Qué pasó con mi Celular?
- ¿Su celular?
- Mi Celular. El Celular, que usted me tiene que dar.
- ¿Yo? Yo no tengo que dárselo. No puedo.
- Alguien tenía que dármelo
- ¿Quién?
- No sé...
- No se preocupe. Lo va a hacer.
- ¿Quién?
- No sé...
- Dios mío! Quiero mis Galletitas, quiero llamar a mi Abogado y también quiero saber cuáles son mis Derechos, cuáles son mis Derechos, cuáles son mis Derechos, cuáles-
- ¡Shhhhhh! ¡Sos peor que mi mujer, la puta madre!
- No me tutée, por favor!
- ¿Es un chiste o qué? ¡Me rompés terriblemente las pelotas! ¡Que duermas bien!

¹²³ Kriminalpolizei.

un vasito. Ninguno le habló. El hombre movía una pierna con dificultad; la mujer, tenía una cicatriz en la mejilla.

A las once y media pudo llamar a Manuel. A la una y media apareció en el Präsidium. A las tres lo soltaron. Recuperó todas sus cosas, menos la llave del candado, que no apareció por ningún lado. Para cortar la cadena, se vió obligado a pedir prestado un cortafierros en el Studentenwerk y volver con eso a Longerich. Como el celular se había descargado completamente, recién cuando lo enchufó en su cuarto, pudo ver las llamadas de Fritz. También le había dejado un mensaje contándole que había pasado una noche muy fea con fiebre y todo, y que debían cancelar una vez más.

Del martes al jueves no le quedó más que suspender todas las clases - las particulares y las de la facultad. Así como estaba dándose las cosas, era probable que las del viernes también. A Lageman le dijo que su hermano había tenido un accidente y que tenía que viajar. En cuanto a la facultad, ya habría tiempo de hablar después con cada profesor.

El miércoles y el jueves se la pasó con Manuel yendo y viniendo de una oficina a otra. Primero fueron al edificio de la Herkulesstr., luego tuvieron que ir a uno más moderno en Mülheim. Sacaban número, se sentaban con caras de amargados rodeados de gitanos, negros, rusos, turcos y marroquíes con la misma cara, y esperaban a que los atendieron unos empleados que no podían salir o entrar sin dar un portazo. El panorama no se presentaba muy favorable: el expediente había saltado del limbo burocrático y ahora se hallaba en la parte de arriba de la pila de algún escritorio. El jueves después del mediodía Manuel se acercó a Dino con unos papeles en la mano y le confirmó lo que se venía anunciando:

« Beschluss:

In dem verwaltungsgerichtlichen Verfahren

des Herrn Dino Amaciél Bianco, Eichendorffstraße 24, 50823 Köln,

Antragstellers,

*(Prozessbevollmächtigter : Rechtsanwalt Manuel López-Martínez,
Helenenwaldstraße 20, 50697, Az: Bianco Bsw)*

gegen

den

*Oberbürgermeister der Stadt Köln, Amt für öffentliche Ordnung, Ausländerabteilung,
Herkulesstraße 42, 50823 Köln,*

Az: 332/P-240/01 L 80 V,

Antragsgegner,

wegen

Versagung einer Aufenthaltsgenehmigung und Androhung der Abschiebung;

(hier: Antrag auf Regelung der Vollziehung)

hat der 17. Senat des

OBERWALTUNGSGERICHT FÜR DAS LAND NORDRHEIN-WESTFALEN

am 16. Oktober 2003

durch

Richterin am Oberwaltungsgericht Scheide,

Richter am Oberwaltungsgericht Bauer und

*Richter am Oberwaltungsgericht Trepel
auf die Beschwerde des Antragstellers gegen den Beschluss des Verwaltungsgerichts
Köln vom 13. August 2002*

beschlossen, dass:

Die Beschwerde als unzulässig verworfen wird,

Der Antragsteller die Kosten des Beschwerdeverfahrens trägt und

Der Streitwert für das Beschwerdeverfahren auf 5.000,-- Euro festgesetzt wird.

Gründe:

Die Beschwerde ist als unzulässig zu verwerfen.

Es mag dahinstehen, ob die Beschwerdefrist, §147 Abs. 1 Satz 1 VwGO eingehalten worden ist bzw.- falls dies nicht der Fall- ob dem Antragsteller Wiedereinsetzung in den vorigen Stand, § 60 VwGO, zu gewähren wäre.

Jedenfalls ist die Beschwerde nicht fristgerecht begründet worden. Die einmonatige Begründungsfrist, § 146 Abs.4 Satz 1 VwGO, begann mit der am 3. - so die Postzustellungsurkunde - oder 4. Februar - so die Behauptung des Prozessbevollmächtigten des Antragstellers - erfolgten Zustellung des mit einer ordnungsgemäßen Rechtsmittelbelehrung versehenen Beschlusses des Verwaltungsgerichts und endete dementsprechend mit Ablauf des 16. bzw 17. Oktober 2003. Nach dem letztgenannten Zeitpunkt sind keine weitere Beschwerdebegründungen zu den Akten gelangen zu lassen.

Die Kostenentscheidung beruht auf § 154 Abs. 2 VwGO, die Streitwertfestsetzung auf §§ 13 Abs. 1, 20 Abs. 3 GKG.

Dieser Beschluss ist nicht anfechtbar.

Scheide-Bauer-Trepel. »¹²⁶

¹²⁶ **Fallo:**

En el proceso del Tribunal Administrativo
del Sr. Dino Amaciél Blanco, Eichendorffstraße 24, 50823 Colonia,
demandante,

(representante procesal : Abogado Manuel López-Martínez, Helenenwaldstraße 20, 50697, Az:
Bianco Bsw)

contra

el Intendente de la Ciudad de Colonia, Oficina para el Orden Público, Dirección de Migraciones,
Herkulesstraße 42, 50823 Colonia,

Az: 332/P-240/01 L 80 V,

demandado,

por

denegación de permiso de residencia y amenaza de expulsión;

(aquí: demanda sobre las normativas de la ejecución)

el 17º Senado del TRIBUNAL SUPERIOR ADMINISTRATIVO PARA EL ESTADO DE
RENANIA DEL NORTE-WESTFALIA

ha resuelto el 16 de octubre del 2003

a través

de la Jueza Scheide del Tribunal Superior Administrativo,

del Juez Bauer del Tribunal Superior Administrativo y

del Juez Trepel del Tribunal Superior Administrativo

en la querella del demandante contra el fallo del Tribunal Administrativo de Colonia del 13 de agosto del 2002 que:

La querella es desestimada por improcedente,

El demandante carga con los gastos procesales de la querella y que

Las costas procesales de la querella se fijan en 5.000,-- Euros.

Fundamentos:

La querella debe ser desestimada por improcedente.

Manuel lo miró, tosiendo antes de hablar:

- Me temo que hasta aquí llegamos, *che*...no hay nada que hacer.

La palidez de Dino hizo que Manuel se sintiera avergonzado por ser tan directo. Agregó que tan mal no había salido y que, al fin y al cabo, tenían el otro documento - nada fácil de conseguir, por cierto, sobre todo habida cuenta de lo arrinconados que estaban -, en el que les otorgaban una extensión de quince días para preparar el viaje en paz. Normalmente, al emitirse una orden de expulsión se daban tres días. Pero no debía ponerse triste. Una vez en Buenos Aires, no tenía más que ponerse en contacto con la embajada y pedir la visa de estudiante. Le juraba que en un par de meses estaba de nuevo en Colonia. Dino le dijo que no se sentía triste sino decepcionado. Sin embargo, no quería hablar más de eso sino de algo muy importante, la plata. Lo que le quedaba del primer pago de su trabajo en el verano era poquísimo y ni siquiera le alcanzaría para el pasaje. Más allá de que Peter siguiera haciéndose el ofendido y jugara a las escondidas, Dino no pensaba dejar que se quedara con su plata. Lo mataría si fuera necesario. Manuel se rió incómodo, le palmeó el hombro asegurándole que compraría el pasaje con su tarjeta, y luego se encargaría de lo del amigo.

- Créeme que lo haré, pues, que soy el primer interesado de que tengas tu dinero contigo. Que si no, no sólo no cobraré tu pasaje...sino tampoco mis honorarios, jajaja.

Otro tema pendiente eran los 5000 que querían sacarle. Igualmente no debía preocuparse mucho; pensaba presentar un documento certificando la total insolvencia de Dino. No estaba de más recordarle, por último, que debía portarse bien, ahora más que nunca, y que no se le iban a ocurrir locuras como hacerle algo a Peter o escaparse. « Si te pillan » acotó « nos van a hacer pagar cada uno de eso euros o más, y a ti vuelven a meterte preso, lo cual significa entre dos semanas y cuatro meses. » Cuando llegaron al auto, Manuel se ofreció a dejarlo en la residencia. Dino le agradeció y le dijo salió que pensaba visitar a una amiga que vivía en Mülheim. La verdad era que no quería aguantar su aliento podrido ni un minuto más.

Carece de relevancia resolver si el plazo de la querella, Sección 147 Párrafo 1 Renglón 1 VwGO ha sido observado o si, de no ser éste el caso, al demandante debería serle concedida la restitución del estado anterior, Sección 60 VwGO.

De todos modos la querella no ha sido fundada en el plazo previsto. El plazo de fundamentación de un mes, Sección 146 Párrafo 4 Renglón 1 VwGO, comenzó el 3 - de acuerdo a la notificación postal - o el 4 de febrero - de acuerdo a la aseveración del representante procesal del demandante - con la entrega efectiva del fallo del Tribunal Administrativo (al que se adjuntó una debida instrucción de derechos), concluyendo correspondientemente en el transcurso del día 16 y/o 17 de octubre del 2003. Después de la última fecha mencionada no se permitirá el ingreso a las actas de ninguna fundamentación adicional en la querella.

La decisión sobre gastos del proceso se apoya en la Sección 154 Párrafo 2 VwGO, la fijación de las costas en la Sección 13 Párrafo 1 y Sección 20 Párrafo 3 GKG.

Este fallo es inapelable.

Scheide-Bauer-Trepel.

- Grüss Gott!
- ¡Grüss teufel, verdammt nochmal!
- Was ist los?
- Die scheisshölle ist los.
- Ist es wegen dem Pass?
- Nein.¹²⁷

Dino se puso a hablar de Christiane por enésima vez. No le contó nada del ultimátum, de hecho no se lo había contado a nadie, tampoco a sus padres. Franz le aconsejaba que viera las cosas con ella desde otra óptica: si realmente se había encamado con un ex - Dino les contó a todos que había sido con un ex - había sido a propósito, no por accidente, es decir para mostrar que no se sentía querida por él y llamar, por ende, su atención o para poner punto final a lo que no sabía cómo terminar de otra forma. También cabía la posibilidad de que ella no lo hubiese engañado nunca y de que todo fuese un invento. Actuando como él actuaba, ella conseguía manejarlo a su antojo, y resultaba evidente que ahora ella le había encontrado el gusto al juego y lo disfrutaba. Si Dino era tan básico como para dejarse llevar así de las narices, entonces nada iba a impedir que ella lo tuviera para siempre a sus pies. En su opinión debía ser más cool, no verla más, no pensar más en ella e irse con Fritzi. Dino le aseguraba que no podía, que cuando estaba con Fritzi, seguía pensando en Christiane, aunque no porque Fritzi no le gustara lo suficiente - en realidad Fritzi le gustaba más - sino porque a Christiane la necesitaba. Era una necesidad física, era como necesitar respirar. La necesitaba por más que la odiara. Por eso había decidido llamarla y pedirle perdón. Franz sacudió la cabeza; en su opinión lo mejor era medir las reacciones y evitar ir del amor al odio todo el tiempo, ya que ser así de impulsivo lo hacía manejable y vulnerable y, aparte, peligroso, peligroso para él mismo. Al cabo de media hora de hablar más o menos sobre lo mismo, Franz le dijo que tenía que salir para la Facultad, y, al despedirse, lo abrazó, palmeándolo muy efusivo en la espalda.

Podía hacer lo que Manuel le decía, y volver a Buenos Aires, y apenas llegara se ponía a tramitar una visa como un boludo - porque había que ser un boludo para no imaginarse que lo primero que haría la embajada, sería ponerse en contacto con el Ausländeramt para ver si tenía todo en regla - o podía quedarse en Colonia en la casa de alguien - aunque no se le ocurría quién - o irse a Checoslovaquia y luego de unos meses intentaba cruzar la frontera o se mudaba a lo de Santiago en Barcelona. Podía hacer lo que Manuel le decía o podía buscar a Peter y sacarle los euros a trompadas. Por otro lado estaba ese exceso de generosidad de Manuel con el pasaje. No es que Dino no fuera capaz de reconocer lo que había hecho por él esos dos años, no, no era eso; se lo reconocía y se lo agradecía. Pero ahora las cosas habían cambiado y evidentemente el gallego había hecho los números y se había dado cuenta de que un pasaje iba a salirle menos que una multa de 5000 Euros.

¹²⁷ - ¡Buenas!

- Malas, la puta madre!
- ¿Qué pasa?
- Pasa que estoy en el Horno.
- ¿Es por el pasaporte?
- No.

Pobre Deben. No sólo le estaba prestando la bicicleta sino que también le estaba dando algo de efectivo. Dino le aseguró que se lo devolvería apenas cobrara el giro de su padre. También lo había convencido de que le cuidara cuatro de las ocho cajas en las que había metido sus cosas. El resto se lo llevaría el martes a María Luz, su amiga colombiana que, a pesar de que Dino no se bancara al marido, era siempre muy comprensiva con él y ya le había dicho que podía guardarlas en el sótano todo el tiempo que quisiera. Volvió a la habitación para encontrarse con un cuadrado de sol en medio del piso. De pronto sintió que ése era el momento de llamar a Christiane. Contra todos los pronósticos, la encontró y, contra todos los pronósticos, ella aceptó la invitación para ir a comer a la Mensa. A las seis le parecía bárbaro.

Dino se bajó frente al Aachner Weiher. Cruzó la avenida y entró en un puesto de comida donde estuvo más de una hora masticando un Döner y mirando el lago en cuya parte más oscura se reflejaba el cielo lleno de nubes. Apenas terminó de comer, fue al locutorio de la esquina y compró una tarjeta de larga distancia. Como todavía era muy temprano para llamar, siguió dando vueltas hasta pasar delante de una iglesia con un cartel anunciando un concierto de órgano. Escuchó música, de manera que entró. No había mucha gente. Seguramente era por la hora del día y por ser un día de semana, no porque la música fuera mala: es más, le pareció muy buena. Fue a sentarse en uno de los bancos de la izquierda. Había estado caminando más de la cuenta y era obvio que tenía el pie dolorido. También le dolía el riñón; quizás le había caído mal lo que comió. Se sacó un zapato, después el otro. El organo sonaba sin énfasis, y se sintió contento de que hubiera algo así en el mundo. Una mujer sentada de espaldas a él en los primeros bancos le hizo pensar en Christiane. No pudo contenerse y empezó a llorar. Muy despacio al principio, más fuerte después. Entonces alguien le tocó el brazo. Se dió vuelta. Un sacristán le pedía que se calzara. Si decir una palabra, Dino se levantó y, agarrando los zapatos, se puso a caminar descalzo hasta salir por la puerta principal. El sacristán miró a las dos personas que habían presenciado la escena y sonriéndoles se golpeó la sien con el dedo.

Ella llegó antes que él. La Mensa acababa de abrir y eran los primeros. Aunque se la veía contenta, miraba el reloj todo el tiempo. Es que se había olvidado de avisarle que tenía una clase de gimnasia a las siete y media. De todos modos, el gimnasio estaba ahí nomás.

El riñón le seguía doliendo - iba a tener que sacar un turno - de manera que se pidió un té solamente. En cambio ella se puso a cargar la bandeja con un montón de cosas: pollo con puré con espinaca, un pan integral, una Coca light y un flan sin azúcar, lo que hizo que él no pudiera aguantarse y empezara a cargarla diciendo que iba a explotar si después pensaba hacer gimnasia. Ella no se rió, le contestó que era en realidad lo contrario, que necesitaba estar fuerte.

Se ubicaron en una mesa al lado de un ventanal. Mientras Dino miraba cómo comía, empezó a contarle que el día anterior, esperando el colectivo, había visto una paloma acurrucada. « Und? »¹²⁸ se rió ella. Dino le corrió el flequillo para

¹²⁸ ¿Y?

mirarle los ojos, y le aclaró que no era una paloma común y corriente, que estaba lastimada y no podía volar más. Se apretaba contra la pared e intentaba refugiarse de la llovizna pero apenas podía moverse. De la gente que tenía cerca, nadie parecía haberla notado. Dino no supo qué hacer pero cuando vino el colectivo siguió a los demás y se subió. Durante el viaje fue incapaz de sacarse de la cabeza que tendría que volver, agarrarla y llevarla en una caja a la pieza. A la noche, no la encontró. Como eso lo puso muy mal, tuvo que agarrar una hoja y ponerse a escribir. « ¡Guck mal! »¹²⁹ le dijo sacando un papel doblado. Ella leyó en silencio:

*« Hay una paloma en esa esquina. Hay
una paloma, a la
que viste atravesar
nubes y follajes hace un año en otoño. Hay
una paloma, a la
que viste huir a tiempo del invierno. Hay
una paloma que volvió
para anidar en primavera en tu ventana. Hay
una paloma, que, con tantas, volaba de techo en techo en verano.
Hay una paloma en esa esquina,
que camina en círculos, sin
saber adónde
ir, muy lejos del cielo,
entre los pies
de la gente, esperando, perdida,
herida de muerte, la muerte. »*

Terminó rápido. Ella pensaba que era muy lindo, pero debía mostrárselo a alguien que supiera de poesía, ella no sabía nada realmente. El se sintió ofendido, le dieron ganas de pegarle, de tirarle el té en la cara. Pero, en vez de eso, le sonrió diciéndole que tenían que amigarse. Ella volvió a reírse: quedaba clarísimo que podían seguir siendo amigos, sin embargo, también quedaba clarísimo que no iban a ser pareja nunca más. Lo de terminar en buenos términos le parecía maduro, re adulto de su parte: no había nada más patético y lamentable que andar peleándose en la calle, ventilando reproches y miserias a los cuatro vientos. Dino le dijo que la quería todavía. Ella le repitió que la separación era un hecho y se sirvió un poco más de puré. No se podía construir una relación siendo tan distintos. El admitió que fueran distintos pero estaba convencido de que eso era algo positivo y que nada podría construirse siendo demasiado parecidos. Los opuestos se atraían, para que hubiese corriente debía haber dos polos. Ella se atragantó con el pan, tosió y luego, levantando el índice y el vaso, le advirtió que no iba a convencerla con nociones básicas de electromagnetismo. Si de algo estaba segura, era de que no funcionaban, no compatibilizaban, y de que tenían poco y nada en común. Pensaba que por ahí era la diferencia de edad. El le señaló que tampoco era tan joven, había tenido novias más jóvenes. Ella hizo una mueca irónica. Seguro que les había dicho que tenía 25. El le respondió que les había mentado, aunque al final se habían dado cuenta, pero que eso no había sido la muerte de nadie. Christiane declaró que la verdad y la honestidad eran sus máximos valores. Ahora fue él, el que hizo la mueca. Ella no se dió por aludida, pasando, en cambio, a explicarle su *Wellentheorie*.¹³⁰ La ola, o sea su amor por él, había ido creciendo y creciendo hasta alcanzar en julio su punto máximo; desde entonces no había parado de caer.

¹²⁹ Mirá!

¹³⁰ teoría de la ola

Ahora de la ola no quedaba nada. Había muchas razones, pero la principal era que sentía que no lo conocía. Para serle sincera, sentía que lo conocía menos que cuando se conocieron. El le dijo que era lamentable que pensara todo eso.

- So ist das Leben

- Nein, stimmt nicht. Das leben ist nicht so. Das leben ist es, was du von ihm machst. Es ist wie ein leer glas.

- ?

- Du kannst es mit wasser, wein oder urin ausfüllen.

- Deine Bilder gefallen mir überhaupt nicht!

- ¿Meine fotos?

- Deine Sprechweise.¹³¹

Acto seguido, de forma brusca y torpe, y en un intento desesperado por cambiar el giro de la conversación y la reunión, le propuso que fueran al curso de tango de la Facultad. Empezaba en una semana. La inscripción se hacía en parejas. Si ella quería, podía pasar el lunes y los anotaba. Ella le respondió que bueno, pero enseguida se arrepintió y le dijo que tenía que ver si los viernes no le agregaban una práctica.

Al pasar por el British Council se paró delante de una vidriera llena de solcitos de cerámica iguales a los que ella tenía colgando de la cama. Seguir así era tener ganas de seguir bajando cada vez más, y todo resultaba tan patético y grotesco que no lo podía creer.

Se sentó en la cama, sintió que su cabeza se despejaba un poco. Los tranquilizantes se empeñaban en no hacerle efecto y hacía más de 48 horas que casi no pegaba un ojo. No había alternativa. Si iba más despacio, no daría abasto con todo: en trece días tenía que dejar la residencia, buscar otro lugar, buscar a Peter y vengarse de Christiane.

.Otracosaquenopuedoperdonarteesquevengasdetuviajeytequierassacarlaculpaymelocu entestodoapenasmeveassinpensarcómesomevaahacersentirsin pensarenotracosaquenoseatunecesidad

desentirtemejoryesevidentequetusganasdevomitartuculpaesmayorqueelcuidadoqueteto másporsaberdónde puede caer el vómito, queporsinoteenterastetodavía, mecayódirectoenlagarganta.

¿Vostequejásdequenotedabatiempo,justovosquesiempreestabastanocupadacontumal dit amedicinaytuscosasytusamigosytumal ditophysikumytusvacacionessolaparadejartecoge rporotraminaigualdeputaquevoseigualdefeayseguroconelmismoalientoapodrido?

.Duhastgesagtdumussdeinegefuehleumbringenundbegraben.Du machstmich fertigund dumachst michkapput .

.Conlosojoscerradoste veosonriendote veoteacaricio, te veo sonriendo,teveo,teacaricio.Conlapiezaen silenciote escuchocantarte escucho.Te abrazo

¹³¹ - Así es la vida.

- No, no es cierto. Así no es la Vida. La Vida es lo que vos hacés de ella. Es como un Vaso vacía.

- ¿?

- Podés llenarlo con Agua, con Vino o con Pis.

- ¡Tus imágenes no me gustan nada!

- Mis Fotos?

- Tu forma de hablar.

uta Insomniodesmilnochesseguidasyanoaguantomás. Ich has

se dich, weil ich ohne dich nicht leb

e.

¿Cómo puede ser que hayas sido tan ciega que nunca hayas visto l

o que sentía?

*.Noteentendílosuficienteperovostampocoloyasifue
comoelmalentandidofuecreciendohastallegaralcielo.*

- *¡Ich liebe dich!*
 - *Das geht mir meilenweit am arsch vorbei!*
 - *¡Du scheissau!*
 - *Du bist soooo gemein!*
 - *¡Du auch!*
 - *Schurke!*
 - *¡Schlampe!*
 - *Geh weg! Verzieh dich! Back dir ein eis, du loser!*
- ¡Wassfuereineeinlechleckenlegeleckeunleckerefrau,wasfuereinesolchleckenlegeleckeunleckeresau!*

Se levantó a las once como si nunca se hubiera acostado. Recién ahí supo a qué se debía lo del riñón: había sido Franz cuando lo abrazó. Pero eso era un detalle ahora. Sentía el cuerpo duro, las ojeras tirantes. No podía seguir en la cama, tenía nada más que trece días o ya doce. Cada segundo contaba, cada segundo era cuestión de vida o muerte. Por empezar, fue a lavarse la cara. A continuación, desayunó con el vino y las galletitas dulces que le quedaban. Después se dedicó a llenar una bolsa de consorcio con cosas. Terminaron siendo tres bolsas. Las llenó con fotos, con todas sus fotos, no sólo las de ella. Tiró las copias, los negativos, los CDs, todo. Al bajarlas pensó que seguramente habrían sacado a Tschitcho en una de esas bolsas. Tiró todo al tacho.

Ya que Manuel se empecinaba en llamarlo - tenía el pasaje - no le quedó más que apagar el celular y desconectar el teléfono. No podía estar sin los chicles. Le dolían las mandíbulas ya. No eran chicles solamente: los mezclaba con los pelos rubios que encontraba en su ropa. Había un signo de interrogación en la pared. Hasta entonces había creído que se trataba de una telaraña. Alguno de los ocupantes anteriores, por ahí, el mismo Gerhard, habría considerado ocurrente dejar eso a modo de saludo para los futuros inquilinos deprimidos. No podía estar seguro pero parecía hecho con una birome finita y luego velado con una mano de látex. Se quedó mirándolo hasta que la oscuridad se instaló en el cuarto.

Aunque el sábado a la tarde fue peor que a la mañana, a la noche fue todavía peor que a la tarde. Serían las nueve, cuando logró levantarse de la cama. Caminó unos pasos y finalmente decidió que iba a darse la cabeza contra la pared. Entonces Samuel fue a tocarle la puerta pidiéndole silencio, que estaba tratando de estudiar. Como Dino le respondió que se fuera a la mierda, Samuel comenzó a golpear nuevamente. Dino abrió la puerta, y, de no haber estado Franz, Deben y Borak presentes, los dos hubieran acabado a los golpes. Dino estaba que no paraba de gritar que lo soltasen porque quería reventar a Samuel, que a su vez decía algo parecido. Después de eso, Samuel fue a buscar el celular y lo amenazó con llamar a la policía. Pero Mariam intervino y la cosa no pasó a mayores.

El domingo estuvo casi todo el día en la cama, mirando el techo como si fuera una pantalla donde los reflejos de los autos entraban, se cruzaban, salían. Cuando se hizo de noche, siguió con lo mismo.

La dieta del fin de semana habían consistido en té de tilo, Marlboros, pastillas para dormir, vino, galletitas, chicles.

Se cansó de pensar y se puso a revolver la pila de libros. Así aparecieron muchos de los que se había olvidado: uno de Franz, tres de Peter, algunos de Dirk. Agarró el de Franz, y después de decir en voz alta: « Jamás se lo voy a devolver al forro ese », lo abrió:

« Als Gregor Samsa eines Morgens aus unruhigen Träumen erwachte, fand er sich in seinem Bett zu einem ungeheueren Ungeziefer verwandelt. Er lag auf seinem panzerartig harten Rücken und sah, wenn er den Kopf ein wenig hob, seinen gewölbten, braunen, von bogenförmigen Versteifungen geteilten Bauch, auf dessen Höhe sich die Bettdecke, zum gänzlichen Niedergleiten bereit, kaum noch erhalten konnte. Seine vielen, im Vergleich zu seinem sonstigen Umfang kläglich dünnen Beine flimmerten ihm hilflos vor den Augen.

„ Was ist mit mir geschehen? “ dachte er. Es war kein Traum. Sein Zimmer, ein richtiges, nur etwas zu kleines Menschenzimmer, lag ruhig zwischen den vier wohlbekanntesten Wänden. Über dem Tisch, auf dem eine auseinandergepackte Musterkollektion von Tuchwaren ausgebreitet war - Samsa war Reisender - hing das Bild, das er vor kurzem aus einer illustrierten Zeitschrift ausgeschnitten und in einem hübschen, vergoldeten Rahmen untergebracht hatte. Es stellte eine Dame dar, die, mit einem Pelzhut und einer Pelzboa versehen, aufrecht dasaß und einen schweren Pelzmuff, in dem ihr ganzer Unterarm verschwunden war, dem Beschauer entgegenhob.

Gregors Blick richtete sich dann zum Fenster, und das trübe Wetter - man hörte Regentropfen auf das Fensterblech aufschlagen - machte ihn ganz melancholisch. „ Wie wäre es, wenn ich noch ein wenig weiterschliefe und alle Narrheiten vergäße “ dachte er, aber das war gänzlich undurchführbar, denn er war gewöhnt, auf der rechten Seite zu schlafen, konnte sich aber in seinem gegenwärtigen Zustand nicht in diese Lage bringen. Mit welcher Kraft er sich auch auf die rechte Seite warf, immer wieder schaukelte er in die Rückenlage zurück. Er versuchte es wohl hundertmal, schloß die Augen, um die zappelnden Beine nicht sehen zu müssen und ließ erst ab, als er in der Seite einen noch nie gefühlten, leichten, dumpfen Schmerz zu fühlen begann.

„ Ach Gott “ dachte er „ was für einen anstrengenden Beruf habe ich gewählt! Tag aus, Tag ein auf der Reise. Die geschäftlichen Aufregungen sind viel größer, als im eigentlichen Geschäft zu Hause, und außerdem ist mir noch diese Plage des Reisens auferlegt, die Sorgen um die Zuganschlüsse, das unregelmäßige, schlechte Essen, ein immer wechselnder, nie andauernder, nie herzlich werdender menschlicher Verkehr. Der Teufel soll das alles holen! “ Er fühlte ein leichtes Jucken oben auf dem Bauch; schob sich auf dem Rücken langsam näher zum Bettpfosten, um den Kopf besser heben zu können; fand die juckende Stelle, die mit lauter kleinen weißen Pünktchen besetzt war, die er nicht zu beurteilen verstand; und wollte mit einem Bein die Stelle

betasten, zog es aber gleich zurück, denn bei der Berührung umwehten ihn Kälteschauer.

Er glitt wieder in seine frühere Lage zurück. „Dies frühzeitige Aufstehen“ dachte er „macht einen ganz blödsinnig. Der Mensch muß seinen Schlaf haben. Andere Reisende leben wie Haremsfrauen. Wenn ich zum Beispiel im Laufe des Vormittags ins Gasthaus zurückgehe, um die erlangten Aufträge zu überschreiben, sitzen diese Herren erst beim Frühstück. Das sollte ich bei meinem Chef versuchen; ich würde auf der Stelle hinausfliegen. Wer weiß übrigens, ob das nicht sehr gut für mich wäre. Wenn ich mich nicht wegen meiner Eltern zurückhielte, ich hätte längst gekündigt, ich wäre vor den Chef hin getreten und hätte ihm meine Meinung von Grund des Herzens aus gesagt. Vom Pult hätte er fallen müssen! Es ist auch eine sonderbare Art, sich auf das Pult zu setzen und von der Höhe herab mit dem Angestellten zu reden, der überdies wegen der Schwerhörigkeit des Chefs ganz nahe herantreten muß. Nun, die Hoffnung ist noch nicht gänzlich aufgegeben; habe ich einmal das Geld beisammen, um die Schuld der Eltern an ihn abzuführen - es dürfte noch fünf bis sechs Jahre dauern - mache ich die Sache unbedingt. Dann wird der große Schnitt gemacht. Vorläufig allerdings muß ich aufstehen, denn mein Zug fährt um fünf.“

Und er sah zur Weckuhr hinüber, die auf dem Kasten tickte. „Himmlischer Vater!“ dachte er. Es war halb sieben Uhr, und die Zeiger gingen ruhig vorwärts, es war sogar halb vorüber, es näherte sich schon dreiviertel. Sollte der Wecker nicht geläutet haben? Man sah vom Bett aus, daß er auf vier Uhr richtig eingestellt war; gewiß hatte er auch geläutet. Ja, aber war es möglich, dieses möbelererschütternde Läuten ruhig zu verschlafen? Nun, ruhig hatte er ja nicht geschlafen, aber wahrscheinlich desto fester. Was aber sollte er jetzt tun? Der nächste Zug ging um sieben Uhr; um den einzuholen, hätte er sich unsinnig beeilen müssen, und die Kollektion war noch nicht eingepackt, und er selbst fühlte sich durchaus nicht besonders frisch und beweglich. Und selbst wenn er den Zug einholte, ein Donnerwetter des Chefs war nicht zu vermeiden, denn der Geschäftsdienstler hatte beim Fünfuhrzug gewartet und die Meldung von seiner Versäumnis längst erstattet. Es war eine Kreatur des Chefs, ohne Rückgrat und Verstand. Wie nun, wenn er sich krank meldete? Das war aber äußerst peinlich und verdächtig, denn Gregor war während seines fünfjährigen Dienstes noch nicht einmal krank gewesen. Gewiß würde der Chef mit dem Krankenkassenarzt kommen, würde den Eltern wegen des faulen Sohnes Vorwürfe machen und alle Einwände durch den Hinweis auf den Krankenkassenarzt abschneiden, für den es ja überhaupt nur ganz gesunde, aber arbeitsscheue Menschen gibt. Und hätte er übrigens in diesem Falle so ganz unrecht? Gregor fühlte sich tatsächlich, abgesehen von einer nach dem langen Schlaf wirklich überflüssigen Schläfrigkeit, ganz wohl und hatte sogar einen besonders kräftigen Hunger.

Als er dies alles in größter Eile überlegte, ohne sich entschließen zu können, das Bett zu verlassen - gerade schlug der Wecker dreiviertel sieben - klopfte es vorsichtig an die Tür am Kopfende seines Bettes. „Gregor“ rief es - es war die Mutter - „es ist dreiviertel sieben. Wolltest du nicht wegfahren?“ Die sanfte Stimme! Gregor erschrak, als er seine antwortende Stimme hörte, die wohl unverkennbar seine frühere war, in die sich aber, wie von unten her, ein nicht zu unterdrückendes, schmerzliches Piepsen mischte, das die Worte förmlich nur im ersten Augenblick in ihrer Deutlichkeit beließ, um sie im Nachklang derart zu zerstören, daß man nicht wußte, ob man recht gehört hatte. Gregor hatte ausführlich antworten und alles erklären wollen, beschränkte sich aber bei diesen Umständen darauf, zu sagen: „Ja, ja, danke Mutter, ich stehe schon auf.“ Infolge der Holztür war die Veränderung in Gregors Stimme draußen wohl nicht zu merken, denn die Mutter beruhigte sich mit dieser

Erklärung und schlürfte davon. Aber durch das kleine Gespräch waren die anderen Familienmitglieder darauf aufmerksam geworden, daß Gregor wider Erwarten noch zu Hause war, und schon klopfte an der einen Seitentür der Vater, schwach, aber schon mit der Faust. „Gregor, Gregor“ rief er „was ist denn?“ Und nach einer kleinen Weile mahnte er nochmals mit tieferer Stimme „Gregor! Gregor!“ (...) Die sanfte Stimme! Gregor erschrak, als er seine antwortende Stimme hörte, die wohl unverkennbar seine frühere war, in die sich aber, wie von unten her, ein nicht zu unterdrückendes, schmerzliches Piepsen mischte, das die Worte förmlich nur im ersten Augenblick in ihrer Deutlichkeit beließ, um sie im Nachklang derart zu zerstören, daß man nicht wußte, ob man recht gehört hatte. Gregor hatte ausführlich antworten und alles erklären wollen, beschränkte sich aber bei diesen Umständen darauf, zu sagen: „Ja, ja, danke Mutter, ich stehe schon auf.“ Infolge der Holztür war die Veränderung in Gregors Stimme draußen wohl nicht zu merken, denn die Mutter beruhigte sich mit dieser Erklärung und schlürfte davon. Aber durch das kleine Gespräch waren die anderen Familienmitglieder darauf aufmerksam geworden, daß Gregor wider Erwarten noch zu Hause war, und schon klopfte an der einen Seitentür der Vater, schwach, aber schon mit der Faust. „Gregor, Gregor“ rief er „was ist denn?“ Und nach einer kleinen Weile mahnte er nochmals mit tieferer Stimme: „Gregor! Gregor!“ (...) Die sanfte Stimme! (...) ¹³²

¹³² Al despertar de unos sueños intranquilos una mañana, Gregor Samsa se encontró en su cama, transformado en un monstruoso parásito. Yacía sobre su espalda dura como una especie de caparazón y veía, si levantaba un poco la cabeza, su abdomen abombado, marrón y dividido en partes rígidas en forma de arcos, desde cuya altura apenas podía mantener la frazada, lista para deslizarse hacia abajo por completo. Sus muchas patas, lastimosamente delgadas en comparación con el resto de su tamaño, le temblaban desamparadas ante los ojos.

“¿Qué me ha sucedido?” pensó. No era un sueño. Su habitación, una verdadera habitación humana, si bien algo pequeña, estaba tranquilamente ubicada entre las cuatro paredes que tan bien conocía. Por encima de la mesa, sobre la cual había extendido un muestrario de telas empaquetado por separado - Samsa era viajante - colgaba la foto que hacía poco había recortado de una revista ilustrada y colocado en un hermoso marco dorado. Representaba a una dama provista de un sombrero de piel y una boa de piel, sentada derecha y levantando hacia el observador un espeso mitón de piel, en el que desaparecía todo su antebrazo.

La mirada de Gregor se dirigió entonces a la ventana, y el mal tiempo - se escuchaban las gotas de lluvia golpeteando la chapa de la ventana - lo puso completamente melancólico. “¿Qué pasaría si durmiera un poco más y me olvidara de todas estas estupideces?” pensó, pero en su estado presente eso era irrealizable por completo ya que estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho; pero no podía ponerse en esta posición. No importaba con cuánta fuerza se arrojaba al lado derecho, siempre volvía como una hamaca a su posición de espaldas. Lo intentó probablemente cientos de veces con los ojos cerrados para no tener que ver las patas agitándose, y desistió recién al comenzar a sentir en el costado un dolor leve y difuso nunca antes sentido.

“¡Ay, Dios!” pensó “qué profesión más agotadora he elegido! Día y noche viajando. Las preocupaciones laborales son más grandes que en la mismísima Casa Central, y además se me impone todavía esta tortura de los viajes, las preocupaciones por las combinaciones de los trenes, la comida mala y a deshora, el trato humano que siempre cambia, que nunca dura, que nunca llega a ser cordial...¡Que el diablo se lleve todo!” Sintió una leve picazón arriba, sobre el abdomen; se arrastró lentamente sobre su espalda más cerca del poste de la cama para poder levantar mejor la cabeza; encontró el lugar del escozor, que estaba claramente ocupado por unos puntitos blancos que no sabía cómo explicar; y quiso palpar el lugar con una pata, pero la retiró enseguida, puesto que unos escalofríos lo envolvieron al sentir el contacto.

Se deslizó de vuelta a su posición anterior. “Esto de levantarse temprano” pensó “lo pone a uno completamente estúpido. El hombre debe tener sus horas de sueño. Otros viajeros viven como mujeres de un harén. Cuando, por ejemplo, regreso a la hostería durante la mañana para pasar en limpio los pedidos levantados, estos señores recién se sientan a desayunar. Eso mismo debería probar yo con mi jefe; me sacaría volando en el acto. Por otra parte, quién sabe, si eso no sería muy bueno para mí. Si no me contuviera por mis padres, hace rato ya que hubiera renunciado, me

Llegado a este punto, tuvo que parar y apagar la luz; al fin y al cabo, no estaba tan mal que no tuviera conciencia de lo poco que entendía lo que leía. Cada tanto le daba taquicardia y entonces se convencía de que iba a tener un ataque y de que iba a terminar muriéndose. « Tendría que haberle hecho caso al puto de Peter » se decía « cuando me decía que tendría que haberme aparecido con Fritzi y mostrarle

hubiera plantado delante del jefe y le hubiera dicho mi parecer desde lo más profundo de mi corazón ¡Se habría tenido que caer del escritorio! También es una forma extraña eso de sentarse en el escritorio y desde ahí arriba charlar con el empleado, que además debe aproximarse muchísimo debido a la dureza de oído del jefe. Ahora bien, la esperanza no está perdida todavía por completo, apenas haya juntado el dinero para pagarle la deuda de mis padres - podría durar de cinco a seis años todavía - hago estas cosas sí o sí. Entonces habré terminado con todo. Por el momento, sin embargo, debo levantarme puesto que mi tren sale a las cinco.”

Y miró entonces en dirección al reloj despertador que hacía tic-tac sobre el armario. “ ¡Señor de los cielos! ” pensó. Eran las seis y media, y las agujas avanzaban con tranquilidad, eran incluso y media pasadas, se acercaban ya a las menos cuarto ¿Pudo el despertador no haber sonado? Desde la cama se veía que estaba puesto correctamente a las cuatro; por supuesto que también había sonado. Sí, pero ¿era posible haber seguido durmiendo tranquilo con ese ruido que sacudía los muebles? Ahora bien, tranquilo, de hecho, no había dormido, pero era probable que sí profundamente ¿Pero que debería hacer ahora? El próximo tren salía a las siete; para alcanzarlo hubiera debido apurarse como un tonto, y el muestrario no estaba empaquetado todavía; y él mismo de ninguna manera se sentía particularmente fresco y despabilado. Y aun cuando alcanzase el tren, un ataque de rabia del jefe iba a ser inevitable, puesto que el muchacho del negocio lo había esperado en el tren de las cinco e informado hacía rato de su negligencia. Era un gusano del jefe, sin coraje ni juicio ¿Y qué si daba parte de enfermo? Eso sería extraordinariamente lamentable y sospechoso puesto que durante sus cinco años de servicio, Gregor no había estado enfermo ni una sola vez. Por supuesto que vendría el jefe con el médico del seguro, le haría reproches a los padres por el hijo holgazán y desestimaría todas las objeciones con la evidencia dada por el médico, para el cual sólo había, de hecho, personas completamente sanas pero con aversión al trabajo ¿Y estaría por cierto completamente equivocado en este caso? Gregor se sentía, sacando una ligera somnolencia después de tanto sueño, efectiva y completamente bien e incluso tenía un apetito particularmente voraz.

Mientras reflexionaba sobre esto con la mayor prisa sin poder decidirse a dejar la cama - justo entonces dió el despertador las siete menos cuarto -, golpearon con cuidado la puerta junto a su cama, del lado de los pies. “ Gregor ” llamaron, era la madre “ son las siete menos cuarto ¿No querías irte? ” ¡Qué suave voz! Gregor se asustó cuando escuchó su voz respondiendo, la cual casi indudablemente era la suya de antes, pero en ella, como desde abajo, se mezclaba un piar doloroso e imposible de reprimir, que virtualmente dotaba a las palabras de claridad sólo en un primer momento, para destrozarlas en su reverberación de tal forma, que no se sabía si se había escuchado bien. Gregor hubiera querido responder en detalle y explicar todo pero se limitó a decir, dadas las circunstancias: “ Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.” Probablemente a causa de la puerta de madera, afuera no se notó el cambio en la voz de Gregor puesto que la madre se tranquilizó con esta explicación y se alejó arrastrando los pies. Pero por este pequeño diálogo, a los otros miembros de la familia les llamó la atención que Gregor, en contra de lo esperado, aún estuviera en la casa, y el padre ya golpeaba una de las puertas del costado suavemente - aunque con el puño. “ Gregor, Gregor ” llamó “¿qué pasa, eh? ” Y tras un breve instante advertía de nuevo con voz más profunda: “ ¡Gregor, Gregor! ” (...) ¡Qué suave voz! Gregor se asustó cuando escuchó su voz respondiendo, la cual casi indudablemente era la suya de antes, pero en ella, como desde abajo, se mezclaba un piar doloroso e imposible de reprimir, que virtualmente dotaba a las palabras de claridad sólo en un primer momento, para destrozarlas en su reverberación de tal forma, que no se sabía si se había escuchado bien. Gregor hubiera querido responder en detalle y explicar todo, pero se limitó a decir, dadas las circunstancias: “ Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.” Probablemente a causa de la puerta de madera, afuera no se notó el cambio en la voz de Gregor puesto que la madre se tranquilizó con esta explicación y se alejó arrastrando los pies. Pero por este pequeño diálogo a los otros miembros de la familia les llamó la atención que Gregor, en contra de lo esperado, aún estuviera en la casa, y el padre ya golpeaba una de las puertas del costado suavemente - aunque con el puño. “ Gregor, Gregor ” llamó “¿qué pasa, eh? ” Y tras un breve instante advertía de nuevo con voz más profunda: “ ¡Gregor, Gregor! ” (...) ¡Qué suave voz! (...)

F. Kafka, *La transformación*.

a Christiane cómo le metía la lengua. Se hubiera puesto re loca, hubiera estado genial. Pero ahora ya no...Momentito, por ahí no es demasiado tarde, por ahí cuando la cite por lo de tango...»

Se le ocurrió prender los teléfonos y escuchar los mensajes. Había uno de Fritzi. Le contaba que había una película argentina que pasaban a la tarde en el auditorio de una biblioteca cerca de su casa y le preguntaba si no tenía ganas de ir. Los demás eran de Manuel. Parecía muy alterado. Quería saber qué le pasaba y por qué no atendía. Le reclamaba que no hubiera pasado por el pasaje y le decía que lo llamara con urgencia al número de la mujer, no al celular o a la casa; sospechaba que le habían intervenido la línea y hasta que lo seguían. A Dino le dió una ataque de risa.

El despertador marcaba las tres. A pesar de que la almohada le tapaba la cara y le impedía respirar bien, siguió en esa postura. No quería moverse. Por ahí de esa forma conseguía dormirse; en un momento pensó que había dormido algo. Miró el reloj. Seguía marcando las tres. Se dijo que no podía ser. Manoteó el celular y vió que eran las seis menos cinco.

Afuera estaba oscuro y frío, y aunque no llovía, había mucha niebla.

No contó las veces que apretó el timbre pero fueron varias. Apenas reconoció la voz de Ali en el portero, le explicó que tenía que hablar con Christiane; era una urgencia; esa misma mañana se volvía a Buenos Aires.

Lo esperaba con la puerta ya abierta. Estaba con el pelo revuelto y una robe de chambre escocesa muy arrugada. Le preguntó si había pasado algo grave. Dino le dijo que se trataba de una desgracia familiar. Ali no se animó a preguntar más y lo hizo pasar al cuarto. El velador estaba prendido, ella ya se había despertado. Asomó la cara por el borde de la cama y, sin saludarlo, quiso saber que hacía ahí a esa hora. Dino esbozó una sonrisa. Mientras la miraba, pudo verle una lagaña en el ojo izquierdo. Subió.

- Deine Hände sind kalt. Rühr mich nicht an, bitte.

- Dein herz ist kalt.

- Was? Nicht bitte dieselbe Platte wieder!

- Einmal im leben, aws du einaml nicht jeden tag finden kannst.

- Wie bitte?

- Nichts. Ich sage nur, dass das nicht der fall ist. Dass ich dich liebe.

- Echt? Wenn du mich lieben würdest, würdest du nicht um halb sieben Uhr zu Besuch kommen.

- Ich bin hier gekommen, nicht um zu diskutieren sondern um etwas wichtiges zu sagen.

- Und was ist das?

- Es ist nur dass unsere liebe ist einen grossen schatz. Weisst du, es ist etwas, was du nur einmal im leben finden kannst.

- Eigentlich geht es um keinen Schatz, nur um ein großes Mißverständnis, das würde ich sagen.

- ;Nein! Wie kannst du so scheissnegativ sein, wie kannst du so etwas sagen? Ich hasse es.

- Warum sagst du immer « ich hasse dies, ich hasse das, ich hasse, ich hasse »?

- Darum. Du bist böse auf mich aber du siehst wie ein engel aus.
- Jetzt glaubst du, dass ich ein Engel bin? Was passiert ist, lässt sich einfach erklären: also, ich bin kein Engel. Also-
- Selbstverständlich. Du bist keinen. Du bist eine schmutzige schlampige hexe.
- Hör mit den harschen Worten, mit der Beleidigung bitte auf! Mit dir ist alles ja so anstrengend. Willst du wieder streiten? Ich habe keine Kraft mehr...Wie du mich so böse anblickst und mich dann plötzlich anlächelst macht mir wirklich Angst!
- Deine eigene gefühle, nicht mein gesicht sind schuld daran. Deine gefühle machen auch angst ¿siehst du nicht? Es ist so arschklar, meiner meinung nach. Sie sind so unvertrauenswürdig, so komischerweise wechselnd, dunkel, drohend. Dein herz dreht mit dem wind...Bitte nicht weinen, bitte. Verzeihung.
- Verzeihung?
- Ja, verzeihungsverzeihungsverzeihungsverzeihungsverzeihung
- Basta! Bist du verrückt geworden oder was?
- Du machst mich verrückt. Du bist kalt, kälter als...Vielleicht bist du schon tot. Was zwischen uns bleibt, ist nur egoismus oder, wie du sagst, selbserhaltungstreib. Du sagst, du möchtest nie mehr ein anderen wie ich kennenlernen. Mach dir keine sorge darum, weil es wird nicht passieren; in deinem ganzen scheissleben wirst du nie wieder von jemanden so tief geliebt werden. Wir beides haben die chance verpasst, zusammen leben zu kennen. Nun sind wir lichtjahre voneinander entfernt...Ich merke auch, dass du nichts verstanden hast, das du weniger intelligent bist, als ich dachte und dass dein scheissmuschibetrug nicht so schlimm gewesen ist wie der, dem du mit deinen hertz getan hast.
- Ist das alles?
- Das ist alles...¿Was machen wir denn? Die schmerzen dauern noch. Du meinst, du liebst mich nicht ¿oder?
- Ich liebe dich nicht.
- Gut...Mach´s gut. Nee, kein « Mach´s gut ». Du, kleine dumme blonde schlampe ¿Fahr zur hölle! ¿Ich habe die nase voll von dir! ¿Mach´s schlecht!
- Musst du wirklich dieses Theater machen?...Es ist einfach peinlich, unglaublich peinlich! Du forderst, du erlangst etwas, was nicht zu erlangen ist...und wenn ich nicht mitmachen will, was dann? Wirst du mich schlagen? Ohne jeden Zweifel spinnst du total. Ja, klar, das weiß ich schon... Du hast nicht alle Tassen im Schrank. Ich bitte darum, mein Bett und mein Haus sofort zu verlassen. Ich liebe dich nicht, mag dich nicht, kann dich nicht auf den Tod ausstehen... Fass mich nicht an! Verschwinde! Lass dich hier nie wieder blicken! Du armer Teufel! Hau einfach ab, du Schafskopf!
- Hast du mich einen schafkopf gennant?
- Du Schafskopf, Lucker, Loser, Schurke, Wichser, Impotenter!
- Du bist eine-
- Was nun?
- Du bist-du bist eine grosse lesbische pute.
- Auf nimmerwiedersehen!
- Ok, das war´s. Ich gehe weg. Aber lass mich dich zum letzten mal küssen.
- Küssen? Du gehst mir extrem auf die Nerven! Was machst du? Flossen weg, du Penner! Du hast Mundgeruch-Igitt! Hau ab!! Geh weg verdammt nochmal!!!
- Ich rufe A-¹³³

¹³³ - Tus manos están frías. No me toques, por favor.

- Tu Corazón está frío.

- ¿Qué?¿El disco rayado de nuevo no por favor!

Al teparle la boca, sintió que le clavaba los dientes, y tuvo que darle una cachetada para que soltara la mano. Ella no se quedaba quieta, trataba de pegarle con los puños. En medio del forcejeo, Dino pudo agarrar uno de los almohadones para usarlo como escudo. Eso fue así sólo al principio, ya que en el instante en que ella se puso a gritar de nuevo, él se le tiró encima para teparle la boca, con el almohadón

-
- Una vez en la Vida lago que vos no una zev podés encontrar todo los Días.
 - ¿Cómo?
 - Nada. Lo que quiero decir es que ése no es el Caso. Que yo te quiero.
 - ¿En serio? Si me quisieras, no vendrías de visita a las seis y media de la mañana.
 - Vine acá no para discutir sino para decir algo importante.
 - ¿Y qué es?
 - Solamente que nuestro Amor un es gran Tesoro. Sabés qué? Es algo que podés encontrar solamente una vez en la Vida.
 - En realidad no se trata de ningún tesoro, solamente de un gran malentendido, diría yo.
 - Noooo! Cómo podés ser tan putamente negativa, cómo podés decir algo semejante? Odio eso.
 - ¿Por qué siempre decís: « odio esto, odio aquello, odio, odio »?
 - Porque sí. Estás enojada conmigo pero parecés un Angel.
 - ¿Ahora te creés que soy un ángel? Lo que pasó se puede explicar muy fácil: bueno, no soy ningún ángel. Bueno-
 - Ovio. No sos. Sos una Bruja sucia puta.
 - ¡Acabála por favor con las malas palabras, con los insultos! Con vos, todo es realmente tan estresante ¿Querés volverte a pelear? No tengo más fuerzas...; La verdad que me da miedo que me mires tan enojado y que de repente me sonrías!
 - Tus Sentimientos, no mi Cara son los que tienen la culpa. Tus Sentimientos dan Miedo también ¿no lo ves? Es claro como el Agua, en mi Opinión. Son tan poco confiables, tan extrañamente cambiantes, oscuros, amenazantes. Tu Corazón cambia con el viento...Por favor no llores, por favor. Perdón
 - ¿Perdón?
 - Sí, perdónperdónperdónperdónperdón.
 - ¡Basta! ¿Te volviste loco o qué?
 - Vos me volvéis loco. Sos fría, más fría que... Por ahí ya estás muerta. Lo que queda entre nosotros es solamente Egoísmo o, como decís, Instinto de Atoconservación. Decís que nunca más te gustaría conocer a otlo como yo. No te preocupes porque pasar no va; en toda tu Vida de Mierda nunca vas a ser tan profundamente querida por alguien. Los do perdimos la Oportunidad de pedir vivir juntos. Ahora estamos a Años Luz de distancia el uno del otro...Me doy cuenta también de que no entendiste nada, qui sos menos inteligente de lo que pensaba y que el Engaño de tu Concha de Mierda no fue tan malo como el que hiciste con to Coresón.
 - ¿Eso es todo?
 - Eso es todo...Que hacemos entonces? Los Dolores duran todavía. Vos querés decir que no me querés ¿no?
 - No te quiero.
 - Está bien...Que te vaya bien. No, nada de « que te vaya bien ». Putita rubia y tonta. Andate a la Mierda! Me llegás hasta la Coronilla! Que te vaya mal!
 - ¿De verdad tenés que hacer todo este teatro?...;Es simplemente lamentable, increíblemente lamentable! Vos demandás, exigís algo que no se puede exigir...y si yo no quiero seguir ¿qué entonces? ¿Me vas a pegar? Sin duda te patina a full. Si, claro, ya lo sé...Te falta un jugador. Te pido que te vayas inmediatamente de mi cama y de mi casa. No te quiero, no me gustás, no te soporto en lo más mínimo...;No me agarrés! ¡Desaparecé! ¡No te vuelvas a asomar por acá! ¡Pobre diablo! ¡Rajá, tarado!
 - Me dijiste Tarado?
 - ¡Tarado, infeliz, fracasado, villero, pajero, impotente!
 - Sos una-
 - ¿Qué?
 - Sos-sos una Pavota lésbica.
 - ¡Hasta nunca!
 - Ok, eso es todo. Me voy. Pero dejame que te bese por última Vez.
 - ¿Besarme? ¡Me ponés los nervios de punta no sabés cómo! ¿Qué hacés? ¡Sacá los garfios, huevón! Tenés mal alient-puaj! Rajá!! Andate a la puta que te parió!!! Llamo a A-

esta vez, sin imaginarse que ella iba a ofrecer semejante resistencia ni que él iba a verse obligado a empujar tanto durante tanto tiempo, y, mucho menos, que, con el frío que hacía, iba a terminar con la remera toda traspirada.

Entonces escuchó un golpeteo muy suave en la puerta, y enseguida la voz de Ali:

- Alles klar?

- Alles klar.¹³⁴

Volvió a acomodar el velador en la repisa. La lamparita se había quemado y debería ir a prender la luz de abajo, si quería ver lo que había hecho. Pero no podía, no conseguía moverse. Apenas era capaz de respirar. El pecho le dolía más que nunca; la cabeza, en cambio, no la sentía; era como si se la hubieran arrancado. Se sacó la campera y el pullover y se acostó a su lado. Por la calle no pasaba ningún auto. Lo únicos ruidos eran los de Ali entrando en la ducha, saliendo, yendo a la cocina, volviendo al cuarto, abriendo la puerta de la casa, cerrando con llave desde afuera.

El primer impulso al despertarse fue tocarle el brazo y decirle que mirara el solazo que había. Estaba teniendo calor, incluso tenía ganas de sacarse la campera y el pullover. Enseguida se dió cuenta de que estaba más dormido que despierto; le llevó un tiempo incorporarse, correr el almohadón, verle la cara. Seguía como siempre, no estaba torcida ni con ninguna mueca rara. De no ser por la mirada perdida, hubiera dicho que estaba durmiendo. Cerró los ojos y lloró un rato largo.

Le costaba creer que en la residencia no se hubiera cruzado con nadie. Fue directamente a la cocina. Se preparó un bol de cereales con miel y después volvió al cuarto. Le había agarrado un sueño terrible, apenas podía estar parado.

Tras prender el celular, se encontró con tres mensajes de Manuel, uno de su padre, uno de Luz y otro de Fritzi. Fritzi deseaba saber qué le había pasado que no había venido a darle la clase. Esperaba que anduviese todo bien, y le rogaba que la llamara.

Al salir pisó un sobre sin querer pero no se molestó en recogerlo, pensando que se trataba de una citación o de un vencimiento. Fue recién cuando volvía de la ducha, que vió que era una postal con una pintura de Dalí.

Eran las tres y la neblina no se había ido. A pesar de lo bien que le había hecho dormir, no estaba lo suficientemente repuesto como para hacer el camino hasta el Dom en bicicleta, así que se tomó el 9. En Neumarkt bajó para combinar con el 16 o el 18, con el primero que viniera. Mientras esperaba, pensaba en lo que haría apenas llegase, o sea, en que pagaría la entrada, subiría la escalera en caracol, vería al guarda viejo, el guarda le gritaría que no se podía pasar al otro lado porque era muy peligroso, él seguiría en dirección a las gárgolas, por más que le dolieran el dedo, la cabeza, la espalda y el pecho, y entonces vería reunirse una gran cantidad de gente ahí abajo, más que en el cumpleaños de Christiane, más que en Stiefel - los padres de Fritzi, Peter, algunos amigos de la primaria, Adelajda, los policías

¹³⁴ -¿Todo bien?

-Todo bien.

gritándole que no saltara si no quería ir preso, y muchos más que no conocía - y de repente vería también a Christiane abriéndose paso, avanzando hacia él para abrazarlo y besarlo, pero al final su imagen se desvanecería como una pompa de jabón y no habría nada más que un vacío infinito a sus pies. Mientras esperaba, alguien detrás suyo, alguien que se le había estado acercando sin que lo hubiese notado, tomó carrera y, en el preciso momento en que aparecía el 16, lo empujó a las vías.

